

fundación de
investigaciones
marxistas



www.fim.org.es

ISSN: 2529-9808

Núm. 2

nuestra historia

Revista de Historia de la FIM

Núm. 2, 2º semestre de 2016

El XX Congreso y los comienzos de la desestalinización

nuestra historia

El XX Congreso y los comienzos de la desestalinización



fundación de
investigaciones
marxistas



Nuestra Historia

Revista de Historia de la FIM



Usted es libre de:

- Copiar, distribuir y comunicar públicamente esta obra.

Bajo las siguientes condiciones:

- No comercial: No puede utilizar los contenidos del Boletín para fines comerciales.
- Sin obras derivadas: No puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.

Con el siguiente caso particular:

- Esta licencia no se aplica a los contenidos publicados procedentes de terceros (textos, gráficos, informaciones e imágenes que vayan firmados o sean atribuidos a otros autores). Para reproducir dichos contenidos será necesario el consentimiento de dichos terceros.

Nuestra Historia: Revista de Historia de la FIM

Edita: Fundación de Investigaciones Marxistas • **Equipo coordinador:** Manuel Bueno Lluch, Francisco Erice Sebares, José Gómez Alén y Julián Sanz Hoya • **Diseño de portada:** Francisco Gálvez (fjglvz@gmail.com) • **Consejo de Redacción:** Irene Abad Buil, Juan Andrade Blanco, Manuel Bueno Lluch, Claudia Cabrero Blanco, Francisco Erice Sebares, Juan Carlos García-Funes, José Gómez Alén, Fernando Hernández Sánchez, José Hinojosa Durán, David Ginard i Féron, Adrià Llacuna Hernando, Mirta Núñez Díaz-Balart, Victoria Ramos Bello, Julián Sanz Hoya, Víctor Santidrián Arias, Juan Trías Vejarano, Julián Vadillo Muñoz, Santiago Vega Sombría • **Envío de colaboraciones:** historiapce@fim.org.es • **Administración:** c/ Olimpo 35, 28043, Madrid. Tfno: 913004969. Correo-e: administracion@fim.org.es • web: www.fim.org.es • Foto de portada: TASR/AP (Fuente: <http://rus-biography.ru>) • ISSN: 2529-9808.

Nuestra Historia

Revista de Historia de la FIM

Número

2

Segundo semestre de 2016

ÍNDICE

EDITORIAL

***Nuestra Historia*, número 2**

Consejo de Redacción 5

DOSSIER: EL XX CONGRESO Y LOS COMIENZOS DE LA DESESTALINIZACIÓN

Presentación

Francisco Erice 7

Renovación y continuidad: El Partido Comunista Italiano y el año 1956

Alexander Höbel 11

El PCF en 1956: el miedo al vacío

Roger Martelli 31

Consolidar el viraje en medio de una tormenta: El Partido Comunista de Uruguay ante la desestalinización de 1956

Gerardo Leibner 48

El Partido Comunista de España, el giro de 1956 y la *lectura selectiva* del XX Congreso

Francisco Erice 66

El PSUC frente a una desestalinización impactante

Josep Puigsech 89

Los intelectuales comunistas italianos y franceses frente a la desestalinización (1956-1967)

Marco Di Maggio 103

NUESTROS CLÁSICOS

«Los Principios Comunistas» y los historiadores en el 1956 británico

Madeleine Davis 123

A través del humo de Budapest

Edward P. Thompson 131

NUESTROS DOCUMENTOS

- Introducción al *Memorial de Yalta***
Carlo Spagnolo 142

- Memoria de Palmiro Togliatti sobre las cuestiones del movimiento obrero internacional y de su unidad**
Palmiro Togliatti 145

AUTOR INVITADO

- La revolución rusa y nosotros**
Josep Fontana 155

ENTREVISTA

- María Dolores Ramos Palomo**
Sonia García Galán 164

ACTIVIDADES DE LA SECCIÓN

- La Sección en la Fiesta del PCE**
Sección de Historia de la FIM 180

- Constitución del Colectivo Historia Crítica en Asturias**
Colectivo Historia Crítica 183

LECTURAS

- Cuarenta años con Franco*, de Julián Casanova**
Iván Heredia 184

- Cuando las mujeres lucharon por organizarse: El Movimiento Democrático de Mujeres: De la lucha contra Franco al feminismo*, de Francisco Arriero**
Irene Abad Buil 188

- Romper el consenso: La izquierda radical en la Transición española (1975-1982)*, de Gonzalo Wilhelmi**
Eduardo Abad García 193

- El bulldozer negro del General Franco*, de Fernando Hernández Sánchez**
José Ramón González Cortés 198

<i>E. P. Thompson: Marxismo e Historia social</i> , de Julián Sanz, José Babiano y Francisco Erice (eds.) Sergio Sánchez Collantes	203
<hr/>	
ENCUENTROS	
«Comunismo británico y compromiso» Sheryl Bernadette Buckley	208
«II Congreso de Historia del PSUC» Mariano Aragón	213
« <i>Lost in traslation?</i> XIII Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea» Julián Sanz	215
<hr/>	
MEMORIA	
Memoria Democrática (Histórica), una nueva estrategia que impulse el proceso constituyente Antonio Segura	218
Memoria e Historia del Presente: La asignatura en que España no progresa adecuadamente Fernando Hernández Sánchez	227
El ADN de la Memoria: Fosas del franquismo, semillas de la memoria Paqui Maqueda	234
Ángeles Agulló de Guillerna: Una luchadora asesinada por su camaradas Carlos Fernández Rodríguez	237
Entre la amnesia y el flagelo: Elucubraciones en torno a algunos de los episodios más traumáticos de la historia del PCE Ramón García Piñeiro	245
<hr/>	
AUTORES (DOSSIER)	251

Nuestra Historia, número 2

Sección de Historia de la FIM

El primer número de *Nuestra Historia* dedicaba una atención especial al 80º aniversario del Frente Popular español. El segundo, que ahora ve la luz, se centra también en una conmemoración, en este caso la sexagésima, de otro momento importante en la historia del movimiento comunista y revolucionario del pasado siglo: el XX Congreso soviético (1956) y los comienzos de la desestalinización. Las consecuencias del citado acontecimiento se reflejaron de manera diversa en los distintos partidos comunistas, influyendo de forma importante en la evolución posterior del movimiento en su conjunto. En el dossier central de la revista, historiadores de varios países (Alexander Höbel, Marco Di Maggio, Roger Martelli, Josep Puigsech, Gerardo Leibner y Francisco Erice) analizan varios ejemplos significativos: los casos de Italia, Francia, España, Cataluña y Uruguay, así como los efectos específicos de la desestalinización entre los intelectuales franceses e italianos.

En relación con este tema central, la sección «Nuestros Clásicos» recoge el vibrante texto de Edward P. Thompson «Through the Smoke of Budapest» («A través del humo de Budapest»), que añade a su interés intrínseco el hecho de aparecer publicado por primera vez en castellano. Se trata probablemente del primer alegato netamente antiestalinista que emerge del interior de un partido comunista occidental. Va acompañado de una clarificadora presentación de la historiadora británica Madeleine Davies. Asimismo, en la Sección «Nuestros Documentos», incorporamos el célebre «Memorial de Yalta» (1964), infor-



me de Togliatti poco antes de su muerte, con interesantes reflexiones sobre los resultados contradictorios de la desestalinización y las perspectivas futuras del comunismo, también oportunamente contextualizado por nuestro colega italiano Carlo Spagnolo.

Todos estos materiales constituyen, en su conjunto, una aportación que creemos relevante al debate sobre lo que supuso el «nuevo rumbo» del movimiento comunista desde 1956, analizado además desde perspectivas bastante variadas y en ámbitos nacionales distintos, que permiten o facilitan una visión comparativa y contrastada.

Como «Autor invitado» tenemos la satisfacción de contar en este número con Josep Fontana, del que reproducimos una interesante reflexión sobre lo que fue y representó la revolución de Octubre de 1917, anticipando las controversias que, sin duda, proliferarán el año próximo, el del centenario del evento, y a las que desde estas páginas prestaremos, en su momento, la debida atención.

La entrevista, al igual que en el número 1, está dedicada a una historiadora, en este caso M^a Dolores Ramos, pionera y una de las mejores cultivadoras en nuestro país de la historia de las mujeres y los estudios históricos de género. Dolores, respondiendo a las preguntas de Sonia García Galán, desgrana en pocas páginas su visión de lo que este campo de análisis comporta y lo que ha supuesto para la renovación historiográfica de las últimas décadas.

Tras unas breves notas acerca de algunas de las actividades desarrolladas por la Sección de Historia de la FIM, en las lecturas y recensiones de novedades bibliográficas recientes hemos optado por una selección que abarca desde una visión divulgativa y de síntesis del franquismo a la enseñanza de nuestra historia reciente, pasando por el papel del Movimiento Democrático de Mujeres; de la izquierda radical en la Transición a la propuesta historiográfica de Thompson. Irene Abad, Ramón González Cortés, Iván Heredia, Eduardo Abad y Sergio Sánchez Collantes dan cumplida cuenta de tan sugerentes contribuciones.

La crónica de encuentros, congresos y jornadas de debate se centra en esta ocasión en las jornadas sobre el comunismo británico y el compromiso celebradas en Manchester el pasado mes de junio, el XIII Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea (septiembre) y el II Congreso de historia del PSUC (octubre), relatados respectivamente por Sheryl Bernadette Buckley, Julián Sanz y Mariano Aragón.

Se completa este segundo número de la revista con un denso apartado dedicado a la Memoria. En él se incluyen trabajos sobre legislación (Antonio Segura), contenidos de memoria en la enseñanza (Fernando Hernández), exposiciones (Paqui Maqueda), microbiografías (Carlos Fernández) y debates acerca de la reparación pública en determinados episodios vidriosos de la lucha guerrillera (Ramón García Piñeiro). Dado que algunos de los temas abordados en estos trabajos —como en los de anteriores secciones— pueden resultar controvertidos, queremos recordar a los lectores que los planteamientos, opiniones y contenidos de cada texto son responsabilidad exclusiva del propio autor, y que las páginas de esta revista —y éso sí es de nuestra competencia— nunca serán reducto de la censura ideológica y permanecerán abiertas al debate histórico serio, libre, amplio, franco y fraternal.

Si lo comparamos con el anterior, el número actual contiene un volumen más amplio de textos que ha sido necesario traducir al castellano desde diversas lenguas (inglés, francés e italiano) y es previsible —y deseable— que así siga sucediendo en números posteriores. Nuestros recursos para ello se limitan, de momento, al trabajo militante, con compañeros y compañeras que ya desempeñaban estas tareas en el Boletín que precedió a esta revista y siguen haciéndolo sin desmayo (Antonia Tato), y algunos que se han incorporado en esta ocasión (Javier Aristu, Paco Rodríguez de Lecea) mostrando una generosidad —unos y otros— que no podemos por menos de agradecer de manera muy especial. Vaya dirigida a ellos nuestro particular reconocimiento y el orgullo de que también formen parte a su manera de este modesto colectivo que cree en la Historia como una herramienta de aprendizaje y de lucha, y que se ensancha con cada número de nuestra revista, fruto del esfuerzo colectivo y el compromiso compartido.

Presentación

Francisco Erice

Coordinador del dossier

Hobsbawm asegura en sus memorias que, en la historia del movimiento revolucionario del siglo XX, hubo en dos ocasiones «diez días que estremecieron al mundo»: la insurrección de Octubre de 1917 y el XX Congreso del Partido Comunista soviético (PCUS) de 1956. La primera —asegura— inició el movimiento comunista mundial y febrero de 1956 lo destruyó.

El historiador británico escribe con la «ventaja» de conocer el desenlace frustrado de la experiencia reformadora de Jruschov. Pero tal vez resulte excesivamente tajante plantear las cosas de ese modo, sobre todo si se pasa de la imagen del movimiento comunista como unidad homogénea o ejército disciplinado a una realidad más dispersa, heterogénea y, como le gustaba decir a Togliatti, «policéntrica». Porque lo cierto es que la implosión del centro permitió el desarrollo de muchas «vías nacionales» periféricas, variantes y experiencias que enriquecieron la práctica política y también la teoría. Y ello fue así en Europa y en el Tercer Mundo, en el seno de los partidos comunistas oficiales y de una Nueva Izquierda contestataria, políticamente débil pero intelectualmente fértil. El mismo Hobsbawm reconoce que «la desestalinización reabrió antiguas posibilidades».

¿Por qué tanto revuelo alrededor de un acontecimiento singular como el XX Congreso? ¿Hasta qué punto supone una línea divisoria fundamental? No podemos olvidar que los signos de cambio habían

comenzado a producirse ya desde la misma muerte de Stalin, con rehabilitaciones, excarcelaciones y otros síntomas de liberalización. Algunos tímidos —pero no imperceptibles— puntos de inflexión también se comenzaban a notar en la política exterior; de hecho se plasmaron en el llamativo viaje de reconciliación de Jruschov a Belgrado en mayo de 1955 y se extendieron en forma de recomendaciones o consejos desde Moscú a los partidos gobernantes en las democracias populares o a los principales partidos comunistas de Europa occidental. Sin embargo, sin ignorar estos indicios previos, lo ocurrido entre el 17 y el 25 de febrero de 1956 justifica, sin lugar a dudas, caracterizaciones enfáticas como la de Geoff Elley («el comunismo se sumió en la confusión») o Lucio Magri (que habla del «shock del XX Congreso»); siempre, claro está, que se añadan los correspondientes matices o se evoquen a continuación los mecanismos puestos en práctica para amortiguar el golpe y los procesos de recomposición prontamente iniciados. Sin duda el comunismo como comunidad de fervorosos creyentes había sufrido un rudo golpe; Togliatti lo expresaba bien al lamentar cómo «una tempestad se ha abatido sobre nosotros». Es verdad que las estructuras que articulaban al comunista como un movimiento internacional comenzaron —a veces lentamente— a erosionarse. Pero el comunismo como ideología y praxis emancipadoras, como representación política en muchos lugares



Nikita Jruschov interviniendo en la apertura del XX Congreso del PCUS. Moscú, febrero de 1956
(Fuente: wikimedia.org).

de las clases subalternas, como sueño de transformación social con fuerte capacidad de seducción incluso, distaba mucho aún de perder su viejo mordiente y su atractivo.

Lo cierto es que los 1.436 delegados, arropados por representantes de 55 partidos hermanos llegados de todo el mundo, que se reunieron en Moscú en febrero de 1956, pronto percibirían que asistían, más allá de la pomposa retórica al uso, a un acontecimiento verdaderamente histórico. Primero vinieron las sesiones ordinarias, con los tradicionales informes sobre los «éxitos» económicos y político-sociales del socialismo; luego siguieron las tesis acerca de la coexistencia pacífica, la estrategia «frentepopulista» de aproximación a los socialistas, la pluralidad de vías (incluida la «parlamentaria») al socialismo, o la crítica del «culto a la personalidad» y la defensa de la «responsabilidad colectiva». Las tímidas propuestas de cambio anteriores se confirmaban y ya no cabía duda de que las expec-

tativas de los últimos años demostraban no ser ilusorias. Pero la «bomba política», ya anunciada en las tesis públicas pero ahora confirmada en lo que —para los admiradores de Stalin— era el peor de los desenlaces, llegaba con la famosa sesión, reservada sólo para delegados, de la noche del día 25. Fue entonces cuando un Jruschov en tono altamente emotivo y durante cuatro horas se explayó detallando crímenes, deportaciones, abusos y violaciones sistemáticas de la «legalidad socialista» de quien había sido endiosado, elevado a los altares de las virtudes revolucionarias y sometido durante dos décadas a un auténtico y extremado culto.

Las críticas a Stalin pronto oscurecieron otras tesis renovadoras recogidas en el XX Congreso, pese a que el Informe presentado por Jruschov se consideró «secreto». Difícilmente podía serlo cuando, aunque en condiciones de estricta reserva y en información oral —leída—, fueron puestos al día

los dirigentes de los restantes partidos comunistas y, posteriormente, se decidió difundirlo en reuniones más o menos amplias en la propia URSS. Las primeras filtraciones del «parricidio memorable» que acababa de cometerse —en expresión de David Priestland— dieron paso finalmente a la publicación del texto completo, primero por el *New York Times* y luego por *Le Monde* y otros periódicos en distintos países del mundo.

Las propuestas de la «diversidad de vías al socialismo», con distintas modulaciones posteriores, calaron hondo en algunas de las «democracias populares» y en muchos partidos comunistas que no estaban en el poder. Pero las denuncias sobre Stalin resultaban más difíciles de asimilar, por la carga emotiva y simbólica del personaje y por los argumentos que venían a suministrar para la potencial descalificación del régimen. Se optó, como es sabido, por individualizar las culpas y centrarlas en el chivo expiatorio del dirigente georgiano, desde luego con méritos sobrados para ello, pero exonerando así a la gran mayoría del grupo de los que lo secundaron y salvando de la crítica tanto al partido como los desarrollos fundamentales en la construcción del socialismo en la URSS. Es cierto que con ello, como señalara Deutscher, sólo se levantó «una esquina del velo», o, como nos recuerda Losurdo, el Informe sirvió a una parte de la izquierda marxista como justificación para no verse obligada a repensar «la teoría del Maestro y la historia de los efectos desplegados por ella». Por consiguiente, se habló poco de *estalinismo* para designar una práctica que la política jruschoviana de cambios controlados pretendía evitar que se equiparara al sistema político general del país desde los años treinta o que se pensara que lo había contaminado de manera amplia o irreparable. El término usado fue el de «culto a la personalidad», a la vez eufemismo que convertía los «crímenes» en «errores» y tropo

que confundía el efecto, el signo, o la parte (el culto al dirigente) con la causa, la cosa en sí o el todo (el despotismo o las arbitrariedades del sistema político).

Vistas así las cosas, pudiera pensarse que la *desestalinización* —nombre que los comunistas de entonces procuraban rehuir para no admitir el estalinismo como *sistema*— se limitó a ser una medida defensiva para salir de una crisis o un *impasse* puramente coyuntural; ya en su momento, Deutscher analizó la *necesidad* de reformas del sistema como estímulo de los cambios. O bien podría tildársela de artimaña para evitar transformaciones reales, un recurso lampedusiano de las élites soviéticas o una parte de ellas, una especie de «revolución pasiva» a la manera gramsciana. Sin embargo, lo cierto es, por muy decepcionante que resultara el posterior *estancamiento* brezneviano, que la represión virulenta de la época estaliniana no volvió a reproducirse, y los cambios bajo Jruschov, con todas sus contradicciones, representaron un alivio para la población soviética desde muchos puntos de vista. Pero, sobre todo, el potencial renovador y el estímulo de principios como el de la coexistencia pacífica o la posibilidad de vías propias al socialismo se dejarían sentir en los años posteriores en otros países y partidos comunistas. Ello nos ayuda a no entender 1956 como un momento de crisis catastrófica en términos negativos. En la primavera de ese año el alcance del «nuevo curso» estaba lejos de quedar delimitado, y todas —o muchas cosas— parecían entonces posibles.

No es extraño que personajes como Isaac Deutscher, antiguo seguidor de Trotski, o el historiador ruso Roy Mevdedev compartieran entonces esperanzas semejantes en el potencial renovador del sistema soviético. O que estas expectativas se extendieran a muchos progresistas en todas partes, como el poeta español Gil de Biedma, que soñaba

entonces con una Unión Soviética que «renunciara al pontificado» y se limitara a ser un «*primus inter pares*», con lo cual «el comunismo habrá demostrado una vitalidad magnífica y su posición en Europa habrá mejorado notablemente». Pese a la denuncia de Stalin, la impronta jruschoviana contribuyó por un momento a cambiar la imagen del comunismo, incluso con sus gestos extemporáneos o en apariciones públicas como las de su viaje a los Estados Unidos. La reacción, que aprovechó obviamente en su favor las denuncias del XX Congreso y el aislamiento de los comunistas en el momento culminante del drama húngaro, no dejaba de percibir que el dinamismo del reformador soviético, su facundia, su imagen popular y campechana o los mismos éxitos espaciales de la URSS no encajaban con la imagen tenebrosa del «socialismo real» propagada durante la guerra fría. No hace muchos años, Lucio Magri, en una lúcida reflexión sobre la historia del comunismo (*El sastre de Ulm*) reconocía que la creencia de entonces sobre las posibilidades de renovación del sistema podía ser excesiva, pero «tenía una base real», y resaltaba el optimismo de muchos comunistas del momento y el miedo de sus enemigos: «si bien con muchas dificultades, el XX Congreso en conjunto obtuvo a la postre un consenso entre los comunistas, les infundió una renovada confianza, al menos durante años afianzó la unidad entre sus partidos y, paradójicamente, sus adversarios lo consideraron no como el inicio de una descomposición, sino como el inicio de una nueva fase de expansión que los obligaba también a ellos a buscar un diálogo y prepararse ante un nuevo reto».

De este momento auroral, de sus palpables contradicciones, de las reacciones ante el XX Congreso, tratan los trabajos reunidos en este dossier. En él se analiza la recepción del «nuevo curso» soviético en los partidos comunistas de Francia (Roger Martelli), Italia (Alexander Höbel), Uruguay (Gerardo Leibner), Cataluña (Josep Puigsech) y España (Francisco Erice), así como las posibilidades de debate y reflexión que abrió en años sucesivos entre los intelectuales de los dos partidos comunistas occidentales más importantes, Francia e Italia (Marco Di Maggio). Cada uno de los autores plantea a su manera y en contextos diferentes los efectos del Informe Secreto y las nuevas propuestas políticas del XX Congreso, los cambios ideológicos, la dialéctica resistencia-renovación en el impulso *desestalinizador*, la incorporación de las novedades en las políticas ya desarrolladas por cada partido y otros muchos aspectos de un proceso poliédrico que si algo demuestra es la diversidad de situaciones y de realidades. Hecho éste que hubiera resaltado aún más de haber incorporado análisis sobre alguno de los países socialistas u otros partidos comunistas occidentales. En todo caso, creemos que las contribuciones de los trabajos contenidos en este dossier ofrecen suficientes perspectivas comparativas interesantes, tanto cuando las plantean explícitamente como cuando suministran materiales que las facilitan. Todos ellos, en definitiva, contribuyen a una visión plural y crítica del movimiento comunista en una de sus etapas más interesantes, frente a la imagen monolítica y gris que una determinada historiografía sectaria y plagada de prejuicios ha gustado de difundir.

Renovación y continuidad. El Partido Comunista Italiano y el año 1956*

Renewal and continuity. The Italian Communist Party and the year 1956

Alexander Höbel
Universidad de Napoles

Resumen

El XX Congreso del PCUS abre para el PCI nuevos escenarios para relanzar la «vía italiana al socialismo», delineada en 1944-1947 y articulada en su VIII Congreso al final del año. Togliatti analizaba en *Nuovi Argomenti* la experiencia soviética, la figura de Stalin y la historia del movimiento comunista en el nuevo contexto internacional para poner en primer plano la diversidad de vías al socialismo y el «policentrismo» del movimiento revolucionario. Togliatti y el PCI «cierran filas» ante la revuelta húngara, injustificable en un país socialista pero criticando la permanencia de métodos de dirección que acrecentaban la distancia entre el Partido y las masas. El PCI podría superar la crisis, reactualizando el vínculo con las masas y entre democracia y socialismo en nombre de una «renovación en la continuidad» para abrir en 1956 una nueva fase en su historia.

Palabras clave: Partido Comunista Italiano, Palmiro Togliatti, vía italiana al socialismo, revuelta húngara, unidad en la diversidad.

Abstract

The 20TH Congress of the CPSU opens for the PCI a new scene to relaunch the «Italian road to socialism» outlined in 1944-1947 and articulated at its 8TH Congress at the end of the year. In Nuovi Argomenti Togliatti analyzed the Soviet experience, the figure of Stalin and the history of the Communist movement in the new international context in order to bring to the forefront the diversity of roads to socialism and the «polycentrism» of the revolutionary movement. Togliatti and the PCI «closed ranks» against the Hungarian revolt, unjustifiable in a socialist country; at the same time they criticized the old methods of the party leadership that increased the distance between the party and the masses. The PCI could overcome the crisis by reviving the link with the masses and by promoting the nexus between democracy and socialism in behalf of a «renewal in continuity» to open a new phase in its history in 1956.

Keywords: The Italian Communist Party; Palmiro Togliatti; the Italian road to socialism; the Hungarian revolt; unity in diversity.

* Traducción de Paco Rodríguez de Lecea

El XX Congreso del PCUS y la entrevista a Togliatti en *Nuovi Argomenti*

En la historia del Partido Comunista Italiano, 1956 es una fecha central, un momento de cambio y un pasaje decisivo para la evolución del partido y para la definición de su perfil estratégico y de su misma identidad. Hacia el final de aquel año la «vía italiana al socialismo» quedará delineada en adelante de un modo claro y articulado, y al mismo tiempo el posicionamiento internacional del PCI y su rol, tanto en el movimiento comunista como en el más amplio alineamiento antiimperialista mundial, quedarán definidos en términos nuevos.

La capacidad de dirección y de elaboración de Togliatti en aquel año tan delicado para el movimiento comunista internacional y para el partido italiano, resultará decisiva, y no será casualidad que su liderazgo salga reforzado al hilo de unos acontecimientos tan difíciles y contradictorios.

En las innovaciones introducidas por Jruschov en el XX Congreso del PCUS, Togliatti había apreciado sobre todo la línea de la coexistencia pacífica y las afirmaciones relativas a las diferentes formas de transición al socialismo, incluida la democrática y predominantemente «parlamentaria». En su saludo al congreso, el secretario del PCI había afirmado: «La vía que vosotros habéis seguido para llegar al poder y construir una sociedad socialista no es obligatoria en todos sus aspectos para los demás países. A nosotros nos corresponde la tarea de elaborar una vía italiana»^[1].

En cuanto al Informe secreto de Jruschov sobre el «culto a la personalidad» de Stalin, de la delegación italiana (compuesta, además de Togliatti, por Scoccimarro, Cacciapuoti, Rita Montagnana, Bufalini, Bugliani,

1.- *Il saluto di Palmiro Togliatti, XX Congresso del Partito comunista dell'Unione Sovietica. Atti e risoluzioni*, Roma, Editori Riuniti, 1956, p. 435.



Palmiro Togliatti interviniendo en un acto del SED en Berlín, julio de 1950 (Foto: Das Bundesarchiv).

más Vidali por el PC de Trieste)^[2] solo tuvieron conocimiento del mismo el secretario, que recibió una copia, y Scoccimarro, a quien lo mostró el propio Togliatti. De regreso a Italia, el líder del PCI, sintiéndose atado por la reserva solicitada por Jruschov, informó solo al secretariado^[3]. En su infor-

2.- Recuerdos y testimonios en: Giuseppe Boffa, *La grande svolta*, Roma, Editori Riuniti, 1959, pp. 37-49; Vittorio Vidali, *Diario del XX Congresso*, Milán, Vangelista, 1974; Paolo Bufalini, *Uomini e momenti della storia del PCI*, Roma, Editori Riuniti, 1982, pp. 139-147; Salvatore Cacciapuoti, *Storia di un operaio napoletano*, Roma, Editori Riuniti, 1972, pp. 141-154.

3.- Cfr. *Quel terribile 1956. I verbali della Direzione comunista tra il XX Congresso del PCUS e l'VIII Congresso del PCI*, a cargo de Maria Luisa Righi, Introducción de Renzo Martinelli, con un prólogo de Giuseppe Vacca, Roma, Editori Riuniti, 1996, pp. 57-60.

me al Comité Central, se extiende sobre todo en otros elementos surgidos en el XX Congreso: el crecimiento del movimiento comunista mundial, y en consecuencia la cuestión de las «diversas vías al socialismo» (de la cual se desprende que la función de guía de la URSS está «por lo menos, en proceso de modificación») y de la «utilización del parlamento». Sobre esto —añade— «alguna cosa creo que hemos hecho nosotros», así como en la búsqueda de esa «vía nuestra, italiana, de desarrollo hacia el socialismo» que «fue ya una preocupación constante de Antonio Gramsci». En cuanto a Stalin, Togliatti subraya su papel y sus méritos, criticando en cambio su tesis del «continuo endurecimiento de la lucha de clases» durante el proceso de transición, por considerarla, no un «pretexto» para la represión (como en cambio había dicho Jruschov), sino más bien una tesis «exagerada, falsa», que había favorecido las violaciones de la legalidad socialista, y en paralelo el «situarse, poco a poco, por encima de los órganos dirigentes del partido» y el «culto a la persona», que había favorecido «la burocratización de los aparatos»^[4].

Tres días después, la dirección discutió sobre la inminente disolución del Cominform, también anunciada en Moscú, y la propuesta de sustituirlo por «contactos entre grupos de partidos». Scoccimarro propuso que se crearan «grupos regionales de partidos», en tanto que Pajetta insistió en la necesidad de una acción coordinada y unitaria con el PCF^[5]. Mientras, la noticia de la existencia de un «Informe secreto» de Jruschov se difunde, iniciándose en

todo el partido el debate sobre Stalin^[6]. Se celebran reuniones agitadas de los grupos parlamentarios: entre los diputados, aparecen las críticas de Amendola, Pajetta y Gullo, y el mismo Togliatti afirma que, con las revelaciones de Jruschov, también los comunistas italianos se han «liberado de un peso»; entre los senadores, Terracini pone en cuestión la calidad democrática del sistema soviético. En la dirección, Ingrao se pregunta si los errores denunciados por Jruschov no indican que «hay en el sistema algo que se debe corregir», mientras que para Longo se confirma «la validez del sistema, incluso porque se ajusta a la particularidad concreta [de las vías nacionales] y a las cosas nuevas»^[7].

En el Consejo Nacional del PCI para la preparación de las elecciones administrativas, Togliatti dedica pocos minutos a las problemáticas aparecidas en el XX Congreso, lo que provoca una desilusión de la que se hacen portavoces Amendola y Pajetta. En las conclusiones, pues, el secretario vuelve sobre la cuestión de Stalin, e insiste en la fase histórica dramática en la que se había desarrollado su acción, subrayando los aspectos positivos. El grupo dirigente, acostumbrado a un enfoque sólidamente historicista, le tributa un aplauso «atronador, polémico»^[8].

Para Togliatti, las críticas «debían producirse. Son críticas justas [...] manifestaciones de una corrección en curso». En cuanto a Stalin, él

4.- Palmiro Togliatti, «Il XX Congresso del Partito comunista dell'Unione Sovietica», informe al Comité central del PCI de 13-14 marzo 1956, *L'Unità*, 14 marzo 1956, en Id., *Opere*, vol. VI, 1956-1964, a cargo de Luciano Gruppi, Roma, Editori Riuniti, 1984, pp. 93-124.

5.- Partido comunista italiano, 1956, Dirección, 16 marzo, en *Quel terribile 1956*, pp. 5-9.

6.- Gian Carlo Pajetta, *Le crisi che ho vissuto*. Budapest *Praga Varsavia*, Roma, Editori Riuniti, 1982, p. 59.

7.- Partido comunista italiano, 1956, Dirección, 29 marzo, en *Quel terribile 1956*, pp. 12-20. Cfr. la Introducción de Renzo Martinelli, pp. XXXIV-XXXV.

8.- Cfr. Pietro Ingrao, «Il XX Congresso del PCUS e l'VIII Congresso del PCI», en *Problemi di storia del Partito comunista italiano*, Roma, Editori Riuniti-Istituto Gramsci, 1971, pp. 153-154; G.C. Pajetta, *Le crisi che ho vissuto*, pp. 60-62; Giorgio Amendola, *El rinnovamento del PCI*, Roma, Editori Riuniti, 1978, pp. 115-119; Aldo Agosti, *Palmiro Togliatti*, Turín, UTET, 1996, pp. 437-439.

«se ha asegurado un lugar en la historia al encabezar una obra ingente, la Revolución de Octubre, la construcción de la sociedad socialista, la afirmación y la defensa hasta el final de esta sociedad.

Ese lugar, este hombre lo ocupa y lo ocupará siempre en la historia y en la conciencia de los hombres que saben comprender las cosas. Las críticas borran los errores de la exaltación personal y los defectos que de tales sucesos se habían derivado en la vida del partido y en la vida política de la Unión Soviética. Las investigaciones históricas no acaban hoy y no acabarán pronto, creo, porque se trata de una personalidad que ha ocupado un cierto espacio en el escenario de la historia».

Por otra parte —añade— no es adecuado que el proceso de revisión crítica se inicie ahora, cuando parecen abrirse nuevas perspectivas gracias a la quiebra del sistema colonial, a la distensión y al desarrollo mismo del socialismo. «He aquí por qué precisamente en este momento la sociedad socialista puede liberarse y se libera del peso de determinados errores, que han sido un doloroso tributo pagado a las condiciones mismas en las que se desarrolló la lucha y era obligado combatir, *con frecuencia incluso cerrando los ojos*, para no ser aplastados»^[9]. Es una alusión en ciertos aspectos también autobiográfica, y en general Togliatti insiste en el contexto dramático en el que hubieron de desarrollarse las vicisitudes soviéticas.

La actitud del líder del PCI respecto del XX Congreso es, en general, cautelosa. Según el historiador Francesco Benvenuti, su

«renuencia [...] a afrontar el tema Stalin nacía da una reserva seria sobre el informe de Jruschov» y el modo como este había planteado temas tan delicados y complejos. Gian Carlo Pajetta, entonces uno de los máximos dirigentes del partido, confirma: «Se dio en él una especie de fastidio [...] también intelectual, frente a lo que consideraba la tosquedad jruschoviana». Togliatti fue «uno de aquellos a los que el documento gustó menos [...] precisamente porque apuntaba a las emociones y evitaba [...] el análisis»^[10]. Por su parte Pietro Ingrao, a la sazón director de *L'Unità*, escribe:

«Evaluó de inmediato las implicaciones importantes de la 'ruptura' producida en el siglo XX, vio las maniobras que en torno a ella estaba tejiendo el adversario de clase, e insatisfecho con las formas y los métodos con los que se había gestionado el cambio por el grupo dirigente soviético, esperó o buscó que el movimiento comunista internacional consiguiera guiar el proceso de renovación de un modo más positivo, medido en las formas [...] pero avanzado en lo sustancial».

Es probable, pues, que Togliatti esperara una señal en este sentido de los propios soviéticos^[11].

Mientras tanto el *New York Times*, que ha entrado en posesión del Informe secreto por medio del Departamento de Estado USA, lo publica íntegro; en Italia lo imitan otros diarios. El PCI critica «el modo insólito» como se ha divulgado el documento;

9.- Palmiro Togliatti, «Conclusioni al IV Consiglio nazionale del Pci», 5 de abril de 1956, extractos en *Da Gramsci a Berlinguer. La via italiana al socialismo attraverso i congressi del Partito comunista italiano*, vol. III, 1956-1964, a cargo de Francesco Benvenuti, Edizioni del Calendario, Venecia-Milán 1985, pp. 18-19. Cursivas del autor del artículo.

10.- Cfr. A. Agosti, *Palmiro Togliatti*, pp. 434-439; Francesco Benvenuti, «Dall'indimenticabile' 1956 al 'destino dell'uomo'», Introducción a *Da Gramsci a Berlinguer*, vol. III, p. XXVI; Gian Carlo Pajetta, *La lunga marcia dell'internazionalismo*, Entrevista de Ottavio Cecchi, Roma, Editori Riuniti, 1978, p. 127; Id., *Le crisi che ho vissuto*, pp. 53-56.

11.- P. Ingrao, «Il XX Congresso del PCUS e l'VIII Congresso del PCI», pp. 154-155.

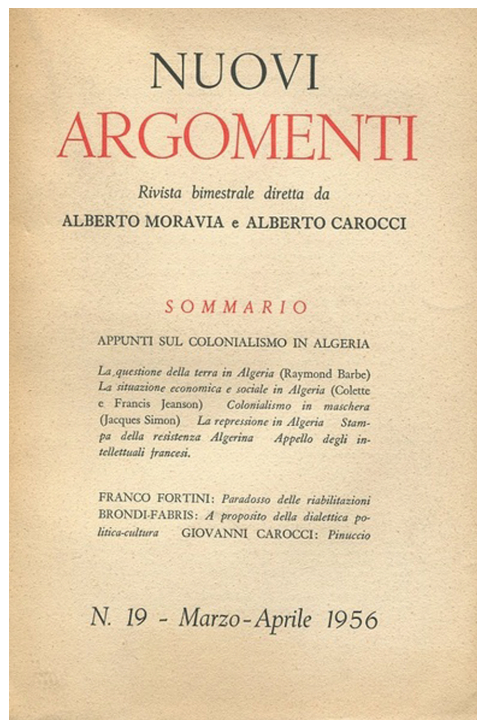
pero la necesidad de una toma de posición se hace acuciante^[12]. A finales del mes, aparece la entrevista a Togliatti en la revista *Nuovi Argomenti*, que había planteado a varios intelectuales y dirigentes políticos «Nueve preguntas sobre el estalinismo» (una categoría, esta última, que el dirigente del PCI rechazará siempre, por juzgarla simplificadora y liquidatoria al mismo tiempo). En sus respuestas Togliatti subraya

«la progresiva superposición de un poder personal a las instancias colectivas de origen y naturaleza democráticos y, como consecuencia de ello, la acumulación de fenómenos de burocratización, de violación de la legalidad, de parálisis, e incluso, parcialmente, de degeneración, en diferentes puntos del organismo social.

Sin embargo, debe añadirse de inmediato que esta superposición ha sido parcial y probablemente sus manifestaciones más graves se han dado en la cúpula de los órganos de dirección del Estado y del partido. De ahí ha surgido una tendencia a la restricción de la vida democrática [...] pero no se puede decir en absoluto que se haya derivado la destrucción de las líneas fundamentales de la sociedad soviética, de las que deriva su carácter democrático y socialista [...]».

La dureza de la lucha contra las oposiciones internas está justificada hasta cierto punto, pero «el grave error cometido por Stalin fue extender ilícitamente este sistema [...] a situaciones posteriores, cuando ya no era necesario». Explicar con el sabotaje o con la traición (que sin embargo existían) cualquier laguna o retraso del sis-

12.- Cfr. *Quel terribile 1956*, p. 51; Giuseppe Vacca, *Togliatti sconosciuto*, Roma, L'Unità editrice, 1994, p. 184; Giovanni Gozzini, Renzo Martinelli, *Storia del Partito comunista italiano. VII. Dall'attentato a Togliatti all'VIII Congresso*, Torino, Einaudi, 1998, p. 531.



Portada del número 20 de la revista *Nuovi Argomenti*, donde se incluye la entrevista a Togliatti sobre el estalinismo.

tema, además, no solo creó una situación de «inauditas violaciones de la legalidad socialista», sino que impidió además reconocer y afrontar una serie de problemas objetivos. Sin embargo, «la línea seguida en la construcción socialista continuó siendo justa, aun si los errores [...] no pueden dejar de haber limitado seriamente los éxitos de su aplicación». El juicio de Togliatti es, pues, muy articulado y dialéctico. También respecto de la denuncia jruschoviana, aun juzgándola «absolutamente necesaria», el líder del PCI expresa con claridad su insatisfacción:

«En la medida en que se limita [...] a denunciar, como causa de todo, los defectos personales de Stalin, se mantiene en el ámbito

del 'culto a la personalidad'. Antes, todo lo bueno era debido a las sobrehumanas cualidades positivas de un hombre; ahora, todo lo malo es atribuido a sus no menos excepcionales [...] defectos. Tanto en un caso como en el otro nos encontramos fuera del criterio de juicio propio del marxismo».

Es preciso, pues, continuar la investigación y profundizar el análisis, y esa tarea corresponde en primer lugar a los soviéticos. En cuanto al movimiento comunista, «*el conjunto del sistema se hace policéntrico* y [...] no se puede hablar ya de una guía única, sino más bien de un progreso que se alcanza siguiendo caminos a menudo diferentes»^[13].

La entrevista —con la que se identifica toda la dirección^[14]— tiene un fuerte eco en el mundo. De la parte soviética, y precedida por una carta de Jruschov a Togliatti, llega una resolución del PCUS en la que, aun apreciando la profundidad del análisis y compartiéndolo, se critica el texto por el uso del término «degeneración»^[15]. Se decide, pues, enviar una delegación a la URSS para una clarificación recíproca. En particular, se desea saber de los soviéticos si están previstas «nuevas revelaciones», qué medidas se han tomado para evitar los ma-

les denunciados, y cómo piensan que deben gestionarse las relaciones entre los partidos comunistas (¿«policentrismo» o relaciones bilaterales?). La delegación, compuesta por Pajetta, Negarville y Pellegrini, tiene varios encuentros con Ponomariov, Pospelov y el propio Jruschov. En cada ocasión, los dirigentes soviéticos vuelven sobre el término «degeneración», que consideran «una formulación trotskista [...] que significa un retorno al capitalismo», e invitan a la delegación italiana a precisar su sentido. Solo en el encuentro final con Jruschov se margina la cuestión. En su informe a la dirección, los enviados del PCI subrayan «el cambio de tono», debido al desvanecimiento del temor de que la entrevista de Togliatti «se convirtiese en un arma de lucha» en el movimiento comunista internacional. En cuanto a este último, los soviéticos proponen regular las relaciones internas «en el plano de los contactos bilaterales»^[16]. Y en efecto, subraya Amendola, «el dato nuevo es este tipo de relación que se ha creado con los compañeros soviéticos, de partido a partido». El grupo dirigente del PCI, así pues, se reafirma en su propia posición^[17]. Es una «afirmación de autonomía [que] no debe infravalorarse y que diferencia profundamente al PCI del PCF». «La posibilidad de la discrepancia [...] aparece de forma perjudicial como nueva base de método en las relaciones entre PCI y PCUS»^[18]. Y en efecto, a partir de 1956 estas últimas se desarrollarán siempre en estos términos, en el cuadro de un vínculo muy fuerte pero al

13.- Palmiro Togliatti, «Intervista a 'Nuovi Argomenti'», mayo-junio de 1956, en Id., *Opere*, vol. VI, pp. 125-147 (curativas del autor del artículo). Togliatti insistirá en su juicio crítico sobre el Informe secreto también en *Rinascita* de enero 1957 («Considerazioni su una crisi che non c'è e sulle crisi che ci sono»): «No fue un documento adecuado para crear claridad ideológica [...]. Fue un desahogo, cierto, una invectiva, por lo demás en parte abstracta, porque aísla completamente algunos elementos de la realidad presentándolos después de un modo que induce a creer que ellos fueron toda la realidad».

14.- Ver la transcripción de la reunión de 20 de junio en *Quel terribile* 1956, pp. 51-85.

15.- La carta de Jruschov a Togliatti, de 30 junio 1956, se encuentra en G. Vacca, *Togliatti sconosciuto*, pp. 190-193; y en *Quel terribile* 1956, pp. 138-142. Para la resolución del CC del PCUS, cfr. *L'Unità*, 2 de julio de 1956.

16.- El informe de la delegación Pajetta, Negarville, Pellegrini [julio 1956], como anexo a la reunión de la Dirección del 18 de julio, está en *Quel terribile* 1956, pp. 142-158. Un relato detallado se encuentra también en G.C. Pajetta, *Le crisi che ho vissuto*, pp. 63-69.

17.- Partido comunista italiano, 1956, Dirección, 18 julio, en *Quel terribile* 1956, p. 126; *L'Unità*, 3 de julio de 1956.

18.- G. Gozzini, R. Martinelli, *Storia del Partito comunista italiano*. VII, cit., p. 549.

mismo tiempo crítico: una dialéctica que acompañará a las relaciones entre el partido italiano y el soviético hasta el final.

Las nuevas estructuras del mundo, el «policentrismo», la «vía italiana al socialismo»

El XX Congreso ha puesto sobre la mesa el tema de las «vías nacionales». El PCI es uno de los partidos más interesados en desarrollar este discurso, ligado al de las nuevas formas de relación entre las fuerzas del movimiento comunista internacional. En el momento en que la disolución del Cominform —organismo al cual él nunca había dado excesivo crédito— se hace oficial, Togliatti expresa un juicio positivo:

«Debería derivar de aquí, sobre todo, una mayor agilidad y capacidad de adecuar nuestro movimiento a las condiciones y necesidades del desarrollo democrático y socialista en cada país. Debería derivar también una mayor autonomía en la evaluación crítica de los progresos y también de los errores cometidos [...] Supondría una gran ventaja [...] si quedara claro que no es verdad que en nuestro movimiento existe una situación en virtud de la cual, cuando unos se equivocan, necesariamente todos los demás tienen que haberse equivocado antes o se equivocan después del mismo modo; o bien que cuando unos progresan, eso quiere decir sin más que para progresar todos deben hacer las mismas cosas»^[19].

Sobre estos acontecimientos, por lo demás, no faltan preocupaciones y puntos de

vista diferentes incluso en el interior del grupo dirigente italiano. Pietro Secchia, dirigente histórico del partido, muy ligado a la Unión Soviética, escribe: «Personalmente, más que de una mayor autonomía de juicio, siento la necesidad [...] de que exista además un juicio colectivo, y en consecuencia de que determinadas decisiones [...] se tomen por lo menos después de un debate entre los dirigentes del movimiento comunista internacional»^[20].

Las crecientes expectativas de tirar adelante con coherencia una «vía italiana», sin embargo, no significan para el partido italiano encerrarse en una dimensión estrechamente nacional. Al contrario, ya en las semanas siguientes al XX Congreso se hace patente lo que Aldo Agosti ha definido como «un nuevo dinamismo en la iniciativa internacional del PCI», que pone en marcha una serie de contactos bilaterales en nombre de ese *policentrismo* sobre el que Togliatti teorizará poco después. En mayo tienen lugar tanto un encuentro reservado con el PCF, como entrevistas Togliatti-Tito que sellan la reconciliación con los comunistas yugoslavos^[21]. Con Tito, el dirigente italiano comparte la esperanza de una superación gradual de la estructura bipolar. Como el líder yugoslavo, Togliatti intuye «el alcance histórico del proceso de descolonización», y no por casualidad —observa Marco Galeazzi— empieza a hablar «de ‘mundo’ y no de ‘campo’ socialista». Sin embargo, mientras Tito mira sobre todo

19.- Palmiro Togliatti, «Lo scioglimento dell'Ufficio di informazione e i nuovi compiti dei partiti comunisti», *l'Unità*, 18 abril 1956, en *Il Partito comunista italiano e il movimento operaio internazionale 1956-1968*, a cargo de Roberto Bonchio, Paolo Bufalini, Luciano Gruppi, Alessandro Natta, Roma, Editori Riuniti, 1968, pp. 29-33.

20.- Fundación Giangiacomo Feltrinelli, *Archivio Pietro Secchia 1945-1973*, a cargo de Enzo Collotti, Milán, Feltrinelli, 1979, p. 324.

21.- A. Agosti, *Palmiro Togliatti*, pp. 439-440; Marco Galeazzi, «Togliatti fra Tito e Stalin», en *Roma-Belgrado. Gli anni della guerra fredda*, a cargo de Id., Ravenna, Longo editore, 1995, pp. 97-126; Id., «Appunti sulle relazioni tra i comunisti italiani, francesi e jugoslavi (1948-64)», en *Nazione, interdipendenza, integrazione. Le relazioni internazionali dell'Italia (1917-1989)*, a cargo de Federico Romero y Antonio Varsori, Roma, Carocci, 2006, vol. II, 57-83, pp. 62-63.

hacia los «países emergentes», Togliatti contempla en primer lugar «el movimiento obrero de los países capitalistas» y la «posibilidad de una transición al socialismo en el Occidente avanzado». La sintonía entre los dos líderes, por tanto, no genera una «convergencia estratégica»^[22].

En todo caso el cambio en las estructuras del mundo es para el secretario del PCI un punto central. Hablando a la Cámara de los diputados, Togliatti observa que el mundo «no está ya dividido en dos [...] sino en tres campos»: además de los países capitalistas y de los Estados socialistas, aparece «un sistema de Estados nuevos», que no se adhieren a uno de los bloques, sino que «proclaman y defienden un principio general, la coexistencia y la colaboración entre todos los Estados, independientemente de su orientación» de fondo; son los países que han suscrito los «cinco puntos de Bandung», «el programa de política exterior más moderno y más actual que se haya presentado» en aquella fase. Tales países —prosigue— tienden a unir «la recién alcanzada independencia nacional a una renovación económica y social alcanzada siguiendo caminos nuevos» en relación con «los que el socialismo ha trazado» hasta ahora; y sin embargo, se aproximan «cada vez más al mundo socialista», recibiendo la influencia de lo que en él se hace «para resolver el gran problema del bienestar y de la justicia social». También gracias a ellos, en fin, se crean las condiciones para una política internacional nueva, que «garantice la colaboración de los pueblos y la paz». He aquí por qué, concluye Togliatti, «la guerra fría empieza a parecer una cosa del pasado»^[23].

22.– Marco Galeazzi, *Togliatti e Tito. Tra identità nazionale e internazionalismo*, Roma, Carocci, 2005, pp. 138, 143, 150-151.

23.– Palmiro Togliatti, «Sulla politica estera del governo», discurso a la Cámara de diputados, 13 junio 1956, en



Cartel del PCI de 1956
(Fuente: dellarepubblica.it).

En las mismas semanas, Togliatti presenta el informe al Comité Central que se hará famoso con el título *La vía italiana al socialismo*. Aquí vuelve a insistir en el «cambio de las estructuras objetivas del mundo», en el cual emerge «la tendencia de nuevos pueblos y Estados [...] a no seguir ya la vía del capitalismo», mientras también el campo de los países socialistas se extiende y se diversifica. «La marcha hacia el socialismo asume así formas más amplias y plantea problemas nuevos [...] en cada país [...] se presentan posibilidades reales y nuevas de acumular fuerzas cada vez más amplias» para marchar en esa dirección.

«De aquí la afirmación de que el método democrático, en la lucha por el socialismo

Id., *Discorsi parlamentari*, Roma, Cámara de los diputados, 1984, vol. I, pp. 923-946, pp. 928-930.

y en el avance hacia él, adquiera hoy una importancia que en el pasado no siempre pudo tener. Es posible así obtener determinados y grandes resultados en la marcha hacia el socialismo sin abandonar ese método democrático, siguiendo vías diferentes a las seguidas de forma casi obligatoria en el pasado, evitando las rupturas y las asperezas que entonces fueron necesarias».

La posibilidad de vías democráticas al socialismo —sobre la base siempre de la lucha y de la acción de masas— es vista por Togliatti como un efecto del mismo crecimiento del movimiento comunista, de la ampliación del frente de los países que no tienen intención de seguir la vía capitalista, de la difusión de las ideas de emancipación. De lo que se desprende que la tendencia a marchar «hacia el socialismo» puede ser asumida no solo por parte de partidos no comunistas, sino «además por organizaciones y movimientos que no se denominan socialistas», y en consecuencia «se plantea [...] de modo nuevo» también el problema de la unidad de un alineamiento mucho más vasto y heterogéneo que en el pasado. «Se crean así diversos puntos o centros de orientación y de desarrollo. Se crea [...] un sistema policéntrico». Entre los partidos comunistas se desarrollan también las «relaciones bilaterales», los intercambios de ideas y de experiencias, y esto puede permitir además extender las relaciones con «movimientos de orientación socialista, no comunistas» y «resolver de un modo nuevo las cuestiones de la aproximación entre sectores diferentes del movimiento obrero»^[24].

Son consideraciones muy innovadoras, que preludian el «nuevo internacionalismo» que será desarrollado más tarde por

24.- Palmiro Togliatti, «La via italiana al socialismo», informe al Comité central del Pci, 24 junio de 1956, en *Id., Opere*, vol. VI, cit., pp. 148-183, pp. 153-159.

Luigi Longo, en los años de su secretaría^[25]. El PCI mientras tanto continúa tejiendo su red de contactos internacionales. En julio tiene lugar un nuevo encuentro reservado con el PCF, en el cual, sin embargo, decaen las hipótesis de acción común surgidas en mayo, de modo que el único acuerdo firmado se refiere a un intercambio de observadores que durará apenas un par de años^[26]. En setiembre se celebra el VIII Congreso del Partido Comunista Chino: en los encuentros con la delegación italiana, Mao expresa un juicio positivo sobre la «denuncia de los errores de Stalin» hecha por Jruschov, y en cambio son los comunistas italianos quienes deben explicar su posición sobre el policentrismo, vista «como de una cierta oposición al PCUS»; para los chinos «solo hay un centro, la Unión Soviética», si bien luego «cada cual es responsable en su casa»^[27]. El mes siguiente, en fin, hay otro encuentro público entre comunistas italianos y yugoslavos, en el que se aprecia una sintonía sustancial y se restablecen las relaciones normales entre los dos partidos^[28]. «Vía italiana» e «internacionalismo de nuevo tipo» parecen, pues, poder avanzar al mismo ritmo.

Togliatti y el PCI frente a los «hechos de Hungría»

A lo largo de las semanas siguientes la situación internacional sufre nuevas sacudidas. A finales de junio se produce la

25.- Cfr. Alexander Höbel, *Il Pci di Luigi Longo (1964-1969)*, Nápoles, Edizioni scientifiche italiane, 2010.

26.- G.C. Pajetta, *Le crisi che ho vissuto*, cit., pp. 78-79; G. Gozzini, R. Martinelli, *Storia del Partito comunista italiano*. VII, p. 522.

27.- Cfr. el relato de la delegación en la reunión de la Dirección de 17 octubre, en *Quel terribile 1956*, pp. 190-192.

28.- *Documenti politici del Comitato centrale, della Direzione e della Segreteria*, a cargo del Secretariado del PCI, Roma, 1957, pp. 154-156.

revuelta de los obreros de Poznan, que provoca una diferenciación pública en el grupo dirigente comunista, con el artículo del líder de la CGIL Di Vittorio, que habla de «descontento amplio» entre los obreros polacos, y el de Togliatti («La presencia del enemigo»), que insiste en los elementos de provocación inducidos por los Estados Unidos^[29].

Mientras tanto en Polonia Gomułka, que había sido cesado del cargo de secretario del partido en 1949 y encarcelado en 1951-54, es designado por la Oficina política del POUP como nuevo secretario; siguen días de tensión y una imprevista visita de Jruschov, que finalmente acepta la nueva situación. En el discurso de su toma de posesión, Gomułka reivindica la diversidad de las vías al socialismo, ataca el «sistema» del culto a la personalidad, y hace autocritica en relación con Poznan, prometiendo la mejora del nivel de vida y la puesta en marcha de los consejos obreros^[30]. En un telegrama de 23 de octubre al vértice del PCUS, Togliatti afirma que en Polonia el partido habría podido «perder el control de la situación», con el peligro de verse forzado después a «buscar dominarla por la fuerza, lo que podría conducir a una catástrofe», y critica las divisiones manifestadas en el interior del grupo dirigente soviético y entre este y el polaco^[31]. En sustancia, su impresión es la de que ha sonado un peligroso timbre de alarma.

En los mismos días, en Hungría, se producen manifestaciones para conmemorar

a Rajk, condenado a muerte el año '49, y exigir la revisión del proceso y la vuelta al poder de Imre Nagy, el comunista reformador que dirigió el gobierno en 1953-55, fue luego expulsado del partido y acababa de ser readmitido. El 22 de octubre una asamblea del Politécnico de Budapest y del Círculo Petöfi lanza una plataforma de 16 puntos, que exige el fin de la presencia de tropas soviéticas en el país, un proceso a Rákosi y al jefe de la policía para la seguridad del Estado (AVH), Farkas, la recuperación de la antigua bandera nacional y elecciones pluripartidistas^[32]. El 23 desfila un cortejo lleno de banderas con el escudo de la república cortado (que se convertirá en el emblema de la revuelta), que reclama la «independencia de Hungría» y «Nagy primer ministro», y rechaza tanto al gobierno como a la Unión Soviética. Nagy pronuncia también algunas palabras desde el Palacio del Parlamento, si bien el calificativo de «compañeros» dirigido a los manifestantes y el tono interlocutorio no son muy apreciados. Mientras tanto, una parte de los manifestantes derriba la estatua de Stalin, y otros rodean y luego asaltan las sedes de la radio, del diario del partido y del partido mismo, y se producen allí las primeras víctimas de ambos bandos^[33]. La revuelta es seguida por la petición de intervención de tropas soviéticas, que se encuentran frente a una auténtica «guerrilla urbana», pero

29.- *Quel terribile 1956*, cit., p. 142; Palmiro Togliatti, «La presenza del nemico», *L'Unità*, 3 julio 1956, en Id., *Opere scelte*, a cargo de Gianpasquale Santomassimo, Roma, Editori Riuniti, 1974, pp. 770-772.

30.- Giuliano Procacci, *Storia del XX secolo*, Milán, Bruno Mondadori, 2000, pp. 347-348; Aldo Agosti, *Bandiere rosse. Un profilo storico dei comunismi europei*, Roma, Editori Riuniti, 1999, pp. 185, 216-217.

31.- Cfr. Giulietto Chiesa, «Togliatti: Compagni russi l'Ungheria è in pericolo», *La Stampa*, 11 de setiembre de 1996.

32.- Federigo Argentieri, *Ungheria 1956. La rivoluzione calunniata*, Venecia, Marsilio, 2006, pp. 47-48.

33.- Cfr. György Dalos, *Ungheria, 1956*, Roma, Donzelli, 2006, pp. 37-48 y 202. Una interesante reconstrucción de los acontecimientos de aquellos días se encuentra en el relato de algunos militantes del PCI, que se encontraban en Budapest: *Relazione sulla rivolta di Budapest*, 1º noviembre 1956, en Fundación Gramsci (en adelante, FG), Archivo del Partito comunista italiano (en adelante, APC), Fondo Moscú, microfilm 253, carpeta 16, fascículo 100, pp. 1-6. Sobre los asaltos a la radio y al diario del partido, cfr. *Sui fatti d'Ungheria. Testo del Rapporto del Comitato Speciale dell'ONU*, Roma, 1957, p. 28.

también por el nombramiento como jefe del gobierno de Nagy. Este último pide a los revoltosos deponer las armas, prometiendo el sobreseimiento de los procesos abiertos y «la sistemática democratización de nuestro país»^[34]. En sus Diarios, Luciano Barca —entonces director de la edición turinesa de *l'Unità*— señala, además de la aparición de «consejos obreros» en varias fábricas, «la presencia, en medio de las masas que luchan en nombre del XX Congreso, [...] de grupos de provocadores, auténticos comandos a los que, del modo más idiota, la vieja clase agraria y el clero ligado al cardenal Mindszenty dan su apoyo abierto»^[35].

El PCI toma posición con un editorial de Ingrao —«Desde un lado de la barricada»— que exhorta a elegir «entre la defensa de la revolución socialista y la contrarrevolución blanca»; y más tarde con un comunicado, en el que insiste en que «el hecho esencial es que se debía rechazar y se ha rechazado un ataque contrarrevolucionario»^[36]. El 25 Nagy anuncia en la radio el inicio de negociaciones sobre las relaciones con la URSS y sobre la retirada de las tropas soviéticas, cuya intervención —añade— «ha sido necesaria para los intereses vitales de nuestro orden socialista». Mientras, Kádár ha sustituido a Gerö al frente del POSU, lo que confirma la puesta en marcha de la negociación con la URSS sobre las cuestiones más candentes. El mismo Comité central del partido húngaro aprueba la institución de los consejos obreros y se compromete a construir

«una Hungría soberana, independiente, democrática y socialista». La revuelta, sin embargo, no se apacigua: los manifestantes se concentran delante del Parlamento y la policía dispara, causando decenas de muertos; se suceden protestas pacíficas y acciones armadas de los revoltosos, y duras reacciones del ejército y la policía. El mismo Nagy afirma que al «movimiento de manifestantes pacíficos [...] se han sumado putschistas contrarrevolucionarios». El 27 forma un gobierno que incluye a no comunistas, y el día después ordena el «cese el fuego» y anuncia la retirada de las tropas soviéticas, la disolución del AVH y la recuperación de la vieja bandera nacional. Se negocia, además, para englobar a los sublevados en el ejército regular, y se anuncian reformas en la agricultura. El 29 comienza la retirada de las tropas soviéticas de Budapest, mientras dirigentes como Gerö y Hegedüs se hacen expatriar en la URSS. El 30, en fin, queda abolido el monopartidismo, se constituye un nuevo gobierno con representantes del partido socialdemócrata, y se insiste en la intención de exigir a la URSS «la retirada de todas sus fuerzas armadas de Hungría»; sobre este último punto se da una afirmación de disponibilidad a partir de una resolución del PCUS sobre el respeto de la soberanía húngara y sobre la necesidad de revisar el tipo de relaciones con varios países del bloque soviético. Los revoltosos parecen haber vencido; en sustancia, solo la exigencia de la salida del país del Pacto de Varsovia no es aceptada, pero —como ha escrito György Dalos— «esta era una exigencia que ningún gobierno húngaro podía conceder». Sin embargo, los resultados alcanzados «no tuvieron ningún efecto»^[37].

34.- G. Dalos, *Ungheria, 1956*, cit., pp. 52, 60; *Relazione sulla rivolta di Budapest*, cit., pp. 6-7. Cfr. G.C. Pajetta, *Le crisi che ho vissuto*, cit., pp. 90-93; F. Argentieri, *Ungheria 1956*, cit., p. 48. El comunicado del 24 y la llamada de Nagy están recogidos en *Sui fatti d'Ungheria. Testo del Rapporto del Comitato Speciale dell'ONU*, cit., pp. 133-134.

35.- Luciano Barca, *Cronache dall'interno del vertice del PCI*, vol. I, *Con Togliatti e Longo*, Soveria Mannelli, Rubbetino, 2005, pp. 156-157.

36.- [Pietro Ingrao], «Da una parte della barricata a difesa del socialismo», *L'Unità*, 25 de octubre de 1956.

37.- G. Dalos, *Ungheria, 1956*, pp. 68, 86-88, 97-101, 107-111, 203; *Sui fatti d'Ungheria. Testo del Rapporto del Comitato Speciale dell'ONU*, pp. 32-33, 135, 157-159. Cfr. Maria Rosaria Sciglitano, «Pensavamo possibile un'Ungheria neutrale», entrevista a György Konrad, *Il Manifesto*, 22 de

En las horas siguientes, en efecto, mientras Dudàs, el ex dirigente del Partido de los pequeños propietarios que no reconoce al gobierno Nagy, guía a un grupo armado a la ocupación del ministerio de Defensa, se desencadena una despiadada «caza al comunista». La sede del partido en Budapest es asaltada con artillería pesada; después de varias horas algunos funcionarios salen con los brazos en alto y una bandera blanca, pero son linchados o fusilados de inmediato, y sus cadáveres colgados de los árboles; entre los muertos está el secretario local del POSU, un moderado próximo a Nagy. Se suceden otros hechos que —escribe también Dalos— recuerdan «la furia de los oficiales blancos después de la caída de la República de los Consejos, en agosto de 1919». Es en este punto, según Victor Sebestyen, cuando los soviéticos optan por la segunda intervención^[38]. También en Italia, mientras tanto, se producen agresiones a sedes del PCI y de *l'Unità*^[39]. Por otra parte la situación internacional se agrava todavía más: el 29 Israel ataca a Egipto, según un plan orquestado con Francia y Gran Bretaña, que el día siguiente empiezan a bombardear los aeropuertos egipcios^[40].

Las repercusiones en el PCI de los acontecimientos húngaros son costosas. El 29 se publica una carta de desacuerdo de 101 intelectuales comunistas (entre ellos Asor Rosa, Tronti, Muscetta, Colletti), que exigen «una renovación profunda en el grupo dirigente del partido»^[41]. Surgen «polos de

contestación» —sobre todo entre los intelectuales— en Roma (la sección «Italia», la redacción de *Paese Sera*, dirigentes como Natoli y Lombardo Radice); Milán (Fortini, Rossanda, Occhetto, pero también Feltrinelli y los estudiosos situados al frente de su Fundación)^[42]; Turín (donde la célula «Giaime Pintor» de la editorial Einaudi lanza una «Llamada a los comunistas», exigiendo que «se desautorice lo actuado por la dirección», y se declare la «plena solidaridad» con los rebeldes y el «llamamiento» a dirigentes y «masas populares» soviéticos a batirse por una renovación radical). Las notas al margen de Togliatti en este documento son explícitas: «Contrarrevolución abierta»^[43]. Todo el partido, de todas formas, se agita en una discusión áspera y encendida. La CGIL deplora la intervención soviética, con un comunicado del secretariado que señala en los acontecimientos húngaros «la condena histórica y definitiva de métodos antidemocráticos de dirección política que determinan el alejamiento entre dirigentes y masas populares»; el secretario general, el comunista Giuseppe Di Vittorio, confirma dicha posición, lo que le convierte, junto al diputado Antonio Giolitti, en el punto de referencia de los disconformes^[44].

Milán, Garzanti, 1986, pp. 210-211; Nello Ajello, *Intelletuali e PCI. 1944-1958*, Roma-Bari, Laterza, 1997, pp. 401-406, 535-538. Muchos firmantes retirarán su adhesión declarando haber entendido la carta como un elemento de debate interno y rechazando la utilización por parte de la prensa adversaria.

42.— Pietro Ingrao, *Le cose impossibili. Un'autobiografia raccontata e discussa con Nicola Tranfaglia*, Roma, Editori Riuniti, 1990, pp. 87-88; Id., «Il XX Congresso del PCUS e il VIII Congresso del PCI», pp. 161-162; *Quel terribile 1956*, pp. 219-222; G. Gozzini, R. Martinelli, *Storia del Partito comunista italiano. VII*, p. 591; Carlo Feltrinelli, *Senior Service*, Milán, Feltrinelli, 1999, pp. 103-105.

43.— L. Barca, *Cronache dall'interno del vertice del PCI*, vol. I, cit., p. 158; Cella «Giaime Pintor» della casa editrice Einaudi, *Appello ai comunisti*, 29 ottobre 1956, en Fondo Moscú, mf. 253, b. 16, f. 100, FG, APC.

44.— Cfr. Adriano Guerra, Bruno Trentin, *Di Vittorio e l'om-*

octubre de 2006.

38.— G. Dalos, *Ungheria*, 1956, pp. 76-77, 103-104, 122, 203; L. Barca, *Cronache dall'interno del vertice del PCI*, vol. I, cit., pp. 159-160; F. Argentieri, *Ungheria 1956*, cit., pp. 49-50, 58-59. Cfr. la entrevista a Victor Sebestyen in *la Repubblica*, 3 de octubre de 2006; del mismo, ver *Budapest 1956*, Milán, Rizzoli, 2006.

39.— A. Agosti, *Palmiro Togliatti*, p. 455.

40.— G. Proccacci, *Storia del XX secolo*, p. 376.

41.— Paolo Spriano, *Le passioni di un decennio (1946-1956)*,

El 30, un artículo de Togliatti estigmatiza el «incomprensible retraso de los dirigentes» húngaros «en comprender la necesidad de activar los cambios [...] que la situación exigía, y de corregir errores sustanciales que afectaban a la línea seguida en la marcha hacia el socialismo»; pero añade que «a la insurrección armada [...] no se puede responder sino con las armas»^[45]. El mismo día, el secretario dicta un segundo telegrama al PCUS, en el que describe la situación interna en el PCI y la consolidación del disenso en torno a Di Vittorio, considera que el gobierno húngaro marcha «en una dirección reaccionaria», y expresa «preocupaciones» sobre el mantenimiento de la colegialidad en el grupo dirigente soviético, cuya eventual ruptura tendría «consecuencias [...] muy graves para todo el movimiento»^[46]. El CC del PCUS le responde el día siguiente, expresando un acuerdo unánime sobre la situación húngara y definiendo de «infundadas» las preocupaciones de Togliatti^[47].

En la dirección del PCI, el secretario describe dos posiciones erróneas: «Todo esto ocurre por culpa del XX Congreso. Posición falsa porque tira por la borda todo lo nuevo que ha aparecido y que se ha hecho», y esa otra para la cual «la insurrección ha sido democrática y socialista, y teníamos que haberla apoyado desde el principio». Para

Togliatti la crítica, incluso dura, es positiva, pero no se puede legitimar la revuelta armada en los países socialistas. En cualquier caso —añade— «se está con la propia parte incluso cuando esta se equivoca». Con él concuerda todo el grupo dirigente, excepto Di Vittorio, según el cual «la insurrección es un hecho histórico del que debemos extraer las lecciones. Es necesario modificar radicalmente los métodos de dirección en los países de democracia popular y cambiar también la política económica», democratizando la planificación y dando más espacio a la producción de bienes de consumo. También Berlinguer subraya que «en Hungría se ha dado una explosión de descontento popular, y eso exige una explicación de las causas»; Ingrao destaca la «ausencia de una iniciativa obrera en defensa del poder»; y Pajetta añade: «Para avanzar hay que cambiar el modo de actuar. El conservadurismo es hoy el enemigo principal. [...] Quien no entienda que es necesario dirigir de un modo nuevo, no puede dirigir el movimiento obrero». Sin embargo, todos condenan la revuelta armada, y Di Vittorio es criticado con dureza por su toma pública de distancias. Concluye Togliatti: «En Hungría no se desarrollaba una discusión, había una insurrección contra el gobierno. [...] En una situación así, o se aplasta la insurrección o se acaba aplastado por ella»^[48]. El comunicado de la dirección insistirá en que el origen de la crisis reside en la «insuficiente capacidad para consolidar las alianzas de la clase obrera y la tarea común de la edificación socialista con una política acorde con las estructuras sociales, con la historia y con las tradiciones nacionales», lo cual ha derivado en «un distanciamiento entre el Estado y las masas» agravado por «métodos burocráticos de dirección»; pero confirma

bra di Stalin. *L'Ungheria, el PCI y l'autonomia del sindacato*, Roma, Ediesse, 1997. El comunicado del Secretariado de la CGIL, de 26 octubre, en *Rassegna sindacale*, 30 de octubre-15 de noviembre de 1956.

45.- Palmiro Togliatti, «Sui fatti d'Ungheria», *l'Unità*, 30 de octubre de 1956, también en Alexander Höbel, *Il Pci e il 1956. Scritti e documenti dal XX Congresso del Pcus ai fatti di Ungheria*, Nápoles, La Città del Sole, 2006, pp. 127-130.

46.- Cfr. G. Chiesa, «Togliatti: Compagni russi l'Ungheria è in pericolo», cit.; «Togliatti on Nagy, 30 October 1956: missing cable found», *Cold War International Project Bulletin*, 8-9 (1996-97), p. 357; G. Gozzini, R. Martinelli, *Storia del Partito comunista italiano. VII*, pp. 597-598.

47.- Cfr. *Cold War International Project Bulletin*, 5 (1995), p. 33.

48.- Partido comunista italiano, 1956, Dirección, reunión de 30 octubre, en *Quel terribile 1956*, pp. 210-240.

que «era un deber sacrosanto [...] cerrar la puerta» al regreso de las fuerzas reaccionarias^[49].

El PCI, pues, aun afirmando la inevitabilidad de la intervención militar frente a la revuelta abierta, es decididamente crítico en relación con los dirigentes húngaros, por su incapacidad para evitar que se llegase a un punto tan crítico, del que en consecuencia han de ser considerados responsables. El mismo juicio aparece también en la relación enviada por algunos cuadros del partido italiano que se encontraban en Budapest en aquellos días, la cual constituye por otra parte un testimonio precioso de la gravedad y dureza de la revuelta^[50].

Mientras tanto el grupo dirigente soviético, que inicialmente había optado por una solución pacífica del conflicto, el 31 decide la segunda intervención, en parte bajo la pesada influencia de los bombardeos anglo-franceses sobre los aeropuertos egipcios. Las transcripciones del Presidium del PCUS de aquellos días, publicadas por el historiador Mark Kramer, muestran el peso del ataque anglo-francés a Suez en el cambio de línea del grupo dirigente del PCUS^[51]. El 1º de noviembre, al tener no-

ticia de movimientos de tropas soviéticas en la frontera, Nagy decide romper con la URSS y proclama la salida de Hungría del Pacto de Varsovia, y la neutralidad del país. El día siguiente Kádár y Münnich, reunidos en Moscú con los dirigentes del vértice soviético, reclaman la retirada de las tropas, pero coinciden en la necesidad de evitar que la situación se precipite. En Hungría, mientras el cardenal Mindszenty pide la restitución a la Iglesia de sus antiguas propiedades, en el gobierno entran también el Partido de los pequeños propietarios y el Partido Petöfi. El 4 tiene lugar la segunda intervención soviética. Nagy se refugia en la embajada yugoslava, mientras Kádár encabeza un nuevo gobierno, del que forman parte varios ministros del Ejecutivo precedente^[52]. El 12 los soviéticos se retiran; diez días después, Nagy y sus colaboradores son arrestados.

Para Togliatti, la alternativa a la intervención habría sido «la anarquía y el terror blanco». Había sido, en consecuencia, «una dura necesidad», que confirmaba la urgencia de corregir los errores del pasado, avanzar en la línea del XX Congreso y «hacer explícitas todas sus consecuencias»^[53]. La defensa de las razones de la intervención soviética se acompaña así con la crítica de errores y limitaciones ya expresada en la entrevista en *Nuovi Argomenti*.

La articulación y la complejidad de la po-

49.- «Il giudizio della Direzione del PCI sui fatti di Ungheria e di Polonia», *L'Unità*, 3 de noviembre de 1956, en A. Höbel, *Il Pci e il 1956*, pp. 151-161.

50.- «En primer lugar [...] en la base de los trágicos hechos húngaros está el fuerte descontento por el empeoramiento de las condiciones económicas de los estratos más numerosos de trabajadores [...]. En segundo lugar [...] en Hungría las resoluciones del XX Congreso fueron [...] adoptadas con un retraso injustificado. En Hungría se acumularon [...] una serie de errores de los que todos hablaban, pero [...] el CC del partido no tomaba en sus propias manos la iniciativa política para [...] colocarse al frente del debate». Además «durante el período de la violación de la legalidad socialista [...] se cometieron numerosos y graves crímenes. Todo ello había llevado a una extrema confusión ideológica entre los mismos miembros del partido», y «también entre los obreros faltaba la fe en el método de construcción del socialismo en Hungría» (*Relazione sulla rivolta di Budapest*, p. 7).

51.- Mark Kramer, «New Evidence on Soviet Decision-

making and the 1956 Polish and Hungarian Crises», en *Cold War International Project Bulletin*, 8-9 (1996-97), pp. 367-368; «The 'Malin Notes' on the Crises in Hungary and Poland, 1956», *ivi*, pp. 385-410.

52.- G. Dalos, *Ungheria, 1956*, pp. 117-120, 125-128, 135-137; *Sui fatti d'Ungheria. Testo del rapporto del Comitato Speciale dell'ONU*, pp. 37-40, 153-154, 161-162.

53.- Palmiro Togliatti, «Per difendere la civiltà e la pace», *L'Unità*, 6 de noviembre de 1956; *Id.*, «Ancora sui fatti di Ungheria», discurso al VIII Congreso provincial de la Federación boloñesa del PCI, 18 de noviembre de 1956, en *Il Partito comunista italiano e il movimento operaio internazionale 1956-1968*, pp. 97-102.

sición del PCI frente a los hechos de Hungría se confirman en las reuniones celebradas en París del 15 al 17 de noviembre entre el dirigente del PCI Velio Spano y una delegación del PCF, para verificar la posibilidad de un pronunciamiento conjunto sobre la situación internacional, la revuelta húngara y la necesidad de salvaguardar la unidad de las «fuerzas democráticas y populares» en la lucha por la distensión^[54]. En la apertura de las conversaciones, Spano contesta a Thorez que no basta decir que se está «al lado de los trabajadores húngaros y del Ejército rojo soviético», «sino que hace falta explicar qué quiere decir eso cuando, de hecho, no parece que los trabajadores húngaros estén del mismo lado que el ejército soviético, al menos en su gran mayoría». La divergencia de los análisis es nítida. Se preparan en consecuencia dos borradores de un comunicado conclusivo. En el borrador en italiano, se imputan los acontecimientos húngaros a dos factores: «los graves errores cometidos en la dirección económica y política del país», y «la escisión y disgregación en las filas del Partido de los trabajadores, que habría debido [...] permanecer unido, y proceder [...] a las profundas correcciones necesarias». En ausencia de todo ello, «ha sido posible que una parte de las masas populares se dejara arrastrar a un movimiento de carácter insurreccional [...] atizado por enemigos del poder popular y del socialismo», y en el que se han introducido «de un modo cada vez más amplio y [...] abierto grupos y fuerzas reaccionarias y fascistas», provocando «una oleada de terror blanco, la matanza en masa de buenos militantes

[...] el avance amenazador del viejo fascismo». En esta situación,

«las fuerzas soviéticas han constituido la única barrera posible en defensa de los valores y de las posiciones que debían ser defendidos a toda costa [...].

[...] el predominio en Hungría de fuerzas reaccionarias [...] habría creado en la Europa oriental un foco de provocaciones a la guerra, con el desencadenamiento casi seguro de un conflicto armado. El recurso a la fuerza soviética ha sido, en estas condiciones, una dura necesidad, de la cual deben darse cuenta todo el movimiento obrero y todos los buenos demócratas».

El borrador concluye con una llamada a los «principios de plena y recíproca independencia y soberanía» que deben presidir las relaciones entre países socialistas, y a la «lucha para que se ponga fin a la política de bloques militares enfrentados, y todas las tropas y bases militares extranjeras sean retiradas de todos los países»^[55].

En relación con este documento Togliatti hace llegar una enmienda en la cual insiste en que «una corrección de los errores hecha en el momento oportuno habría sin duda evitado el movimiento popular que condujo a la insurrección, así como una relación más profunda con las masas habría permitido al partido dominar la situación sin hacer la primera llamada a las fuerzas soviéticas, que provocó una exasperación del sentimiento nacional»^[56]. Se trata de un añadido no marginal, que completa y modifica el análisis propuesto.

No es casualidad que se centren precisamente en la enmienda de Togliatti las críticas de los dirigentes del PCF, que ven

54.- M. Galeazzi, *Togliatti e Tito*, pp. 173-176; Alexander Höbel, *Il PCI, il PCF e i 'fatti d'Ungheria': una missione ufficiale a Parigi il 15-17 novembre 1956*, en *Giano. Pace ambiente problemi globali*, setiembre-diciembre 2006, pp. 87-95. El informe de Velio Spano, «Resoconto viaggio a Parigi (15-17 nov. 1956)», en Fondo Moscú, mf. 198, b. 17, f. 101, pp. 96-106, FG, APC.

55.- Alegato n. 1 al informe Spano, en Fondo Moscú, mf. 198, b. 17, f. 101, FG, APC.

56.- Alegato n. 3, ibidem. El documento presente en APC está en francés.

en ella la presencia de «un desacuerdo de fondo» y excluyen la posibilidad de un comunicado conjunto. Fajon acusa al PCI de tener la misma posición que Tito, mientras Thorez se opone a la definición de la revuelta como «movimiento popular». También el juicio sobre la intervención soviética como «dura necesidad» es rechazado, y los franceses hablan de «deber de clase» y señalan que «la lucha de clases no se ha extinguido aún en las democracias populares» (Duclos). La divergencia se extiende también al policentrismo, pues para los franceses «existe un solo centro, la Unión soviética» (Guyot), y a la línea general a la que atenerse en relación con las dificultades del movimiento comunista. «Es necesario insistir en las responsabilidades del enemigo de clase y no en nuestros errores, de no ser así todo se desbarata», dice la Vermeersch, y Thorez añade: «Hoy es necesario hacer frente al ataque exterior, y abortar todo intento de disgregación en el interior. [...] No estamos pues de acuerdo: ni en la insurrección popular; ni en cualquier reserva [...] en la solidaridad hacia el ejército soviético; ni en ninguna fórmula que exprese la idea de que los soviéticos deben abandonar Hungría»^[57].

De las conversaciones de París salen, así, confirmadas las distancias entre PCI y PCF, no solo sobre Hungría sino en general sobre las perspectivas post-XX Congreso, cuyas potencialidades enfatizan los italianos, mientras los franceses hacen hincapié sobre todo en los riesgos. En la Dirección, Spano dirá: «Nuestro equilibrio debe hacerse sentir también a escala internacional, ayudando a los compañeros soviéticos a captar ciertos aspectos de la realidad que desconocen»^[58].

La posición de los comunistas italianos —Togliatti *in primis*— se sitúa, pues, lejos de un alineamiento acrítico y del mero dejar constancia de la situación, que con todo constituye el punto de partida. Incluso en el juicio sobre la necesidad de la intervención soviética, de hecho, vuelve la insistencia en señalar los errores del grupo dirigente húngaro, en el que una conducta más atenta unida a una relación más orgánica con las masas populares habría podido evitar el precipitarse de la situación hasta un punto en el que la intervención se hizo inevitable. El acento, pues, se coloca una vez más en el problema de la relación partido-masas, el cual a su vez remite a las cuestiones más generales de la hegemonía que caracterizan gran parte de la elaboración del PCI y de Togliatti en particular.

El VIII Congreso del PCI, la «unidad en la diversidad», el relanzamiento de la «vía italiana»

El «precio» pagado por el PCI por su toma de posición en defensa de la intervención soviética en Hungría no fue barato. En los meses inmediatos saldrán del partido dirigentes como Fabrizio Onofri, Eugenio Reale y Antonio Giolitti, aparte de diversos intelectuales, empezando por el escritor Italo Calvino. Ya en octubre, por voluntad sobre todo del líder socialista Nenni, se había rescindido el pacto de unidad de acción entre PCI y PSI, sustituido por un acuerdo de mera consulta. Después de Hungría, Nenni considera que «un abismo» separa a los socialistas de los comunistas^[59]. El riesgo del aislamiento y del repliegue a una posición sectaria es, por consiguiente, real. Por el contrario, los comunistas italia-

57.- V. Spano, «Resoconto viaggio a Parigi (15-17 nov. 1956)», cit., pp. 1-7 (en el texto publicado en *Giano*, pp. 97-104).

58.- Partido comunista italiano, 1956, Dirección, reunión

de 21 de noviembre, en *Quel terribile 1956*, p. 246.

59.- Cfr. *Quel terribile 1956*, pp. XLII, 193; G. Gozzini, R. Martinelli, *Storia del Partito comunista italiano. VII*, p. 6



VIII Congreso del PCI, celebrado en Roma en diciembre de 1956 (Foto: l'Unità. Fuente: dellarepubblica.it).

nos consiguen «salir del rincón», y relanzar una perspectiva propia. En particular, el XX Congreso y los hechos de Hungría inducen a Togliatti y a su partido a profundizar la reflexión sobre el tema de la relación socialismo-democracia.

En el VIII Congreso del PCI, el de la «vía italiana al socialismo», el secretario reivindica «una política europea y mundial nueva, fundada en la renuncia a la organización de bloques militares». El mundo mismo, en efecto, «se ha hecho policéntrico», y los dos campos están cada vez más articulados en su interior. En este cuadro, critica la «imitación servil del modelo soviético» que se ha producido en varios países del Este europeo, y reafirma en cambio el «principio de las vías diferentes de desarrollo hacia el socialismo», que implica «un

sistema de Estados socialistas [...] en el que la soberanía de los países más pequeños no se vea limitada [...] por intervenciones y presiones de los Estados más fuertes». En cuanto a las relaciones en el seno del movimiento comunista, este «debe tener [...] una unidad propia», pero una «unidad creada a partir de la diversidad y originalidad de las experiencias singulares». «No hay ni un Estado guía, ni un partido guía», afirma significativamente. «La diversidad de las vías de avance hacia el socialismo brota de la historia, de la economía, del desarrollo del movimiento obrero», y el PCI debe seguir «una vía italiana»^[60]. La *Declaración programática* con la que se clausura el congreso

60.- Palmiro Togliatti, «Rapporto all'VIII Congresso del Partito comunista italiano», en Id., *Opere*, vol. VI, cit., pp. 184-239.

retoma casi al pie de la letra estos párrafos, insistiendo en la «multiplicidad» de las vías al socialismo (mientras es «errónea y peligrosa la imitación servil [...] de las medidas adoptadas para la construcción socialista en la Unión Soviética»), y profundizando los rasgos de la «vía italiana», dotada ahora de un perfil programático preciso —desde la reforma agraria hasta las nacionalizaciones, desde la «introducción de un sistema general de seguridad social» hasta la «defensa y extensión de la democracia»—, estrechamente ligado a la misma Constitución republicana y al proyecto de transformación esbozado en ella^[61].

En particular, se relanza la idea de las «reformas estructurales». Estas —observa Togliatti— «no son el socialismo. Son sin embargo una transformación de las estructuras económicas que abre el camino para avanzar hacia el socialismo», mirando entre tanto «a limitar y quebrar el poder económico de los monopolios». Entre ellas se incluyen las nacionalizaciones. Ciertamente,

«por sí sola, una nacionalización puede no significar gran cosa. Hecha de determinada manera, puede incluso dar ciertas ventajas a ciertos grupos capitalistas [...]. Pero las cosas cambian cuando esta u otras medidas [...] forman parte integrante de una acción continua, de una lucha incesante [...]. Entonces la intervención del Estado en la vida económica puede asumir un valor muy distinto del que tiene cuando el gobierno actúa como pura comisión de negocios de los grupos monopolistas»^[62].

Es una observación importante en el plano teórico. También sobre la concepción

del Estado, en suma, Togliatti introduce innovaciones no secundarias respecto de una lectura esquemática de Marx y de Lenin. Lo decisivo son las relaciones de fuerza en la sociedad, y las reformas estructurales —observa Giuseppe Vacca— son «la trama de la vía italiana al socialismo», que es democrática no solo por su método sino porque «la maduración de la clase obrera como nueva clase dirigente avanza [...] sobre el terreno de una progresiva extensión [...] del control democrático sobre los procesos de la producción y sobre el desarrollo económico»^[63].

Al día siguiente del Congreso, la estrategia de Togliatti y del PCI es impugnada por Roger Garaudy, intelectual destacado del Partido Comunista Francés, que critica precisamente el concepto de reformas estructurales y la posibilidad de una vía democrática al socialismo. Como observa Agosti, no se puede excluir «que la iniciativa francesa se encuadrara en una campaña ‘antirrevisionista’ más amplia inspirada por los soviéticos, y dirigida principalmente contra los partidos yugoslavo y polaco, aunque destinada también a enviar un aviso al PCI acerca de los límites insuperables de la autonomía de toda ‘vía nacional’»^[64]. En su réplica, Togliatti reivindica la posibilidad de una «vía italiana», subrayando el nexo entre reformas estructurales y cambio en la dirección política del país, y el existente entre luchas democráticas y lucha por el socialismo, más allá de la naturaleza del PCI como partido que pretende *hacer política* y no solo propaganda, estableciendo así «con las masas trabajadoras una relación que, antes que organizativa, ha sido y es política, es decir, derivada del hecho de que el partido [...] trabaja continuamente para situarse a la cabeza de las masas en las lu-

61.- «Elementi per una dichiarazione programmatica del Partito comunista italiano», en *Da Gramsci a Berlinguer*, cit., vol. III, pp. 127-139.

62.- P. Togliatti, «Rapporto all'VIII Congresso del Partito comunista italiano», pp. 211-212.

63.- Giuseppe Vacca, *Saggio su Togliatti e la tradizione comunista*, Bari, De Donato, 1974, pp. 372-373.

64.- A. Agosti, *Palmiro Togliatti*, pp. 465-467.

chas que en cada momento se presentan». En este sentido, «nosotros no separamos nunca la lucha económica de la política, la utilización del Parlamento de la acción de las masas, las reformas estructurales de las luchas reivindicativas»^[65].

Y en efecto, precisamente el aliento de masas de su política será uno de los factores decisivos que permitirán al PCI superar la crisis, aun perdiendo en el año siguiente cerca de doscientos mil afiliados. Al mismo tiempo, como observará Ingrao, a partir de 1956 el partido buscó «rechazar la tendencia a una defensa dogmática del pasado y orientar a los militantes y a las masas a la búsqueda y la iniciativa sobre las cuestiones salidas a la luz», obviamente con la conciencia clara de que esa búsqueda y «ese avance de lo 'nuevo' debían realizarse al calor de una confrontación política mundial en la que los grupos dominantes del Occidente capitalista procurarían romper el alineamiento de la izquierda y las fuerzas antiimperialistas», por lo cual era necesario a toda costa «mantener la cohesión de éste»^[66].

En lo que respecta a Togliatti, superó con brillantez la puesta en discusión de su liderazgo, y consiguió presentarse como el punto de equilibrio más avanzado entre las exigencias del PCI en el plano nacional y su pertenencia al movimiento comunista internacional^[67]. Este último elemento, lejos de ser un factor accesorio o, como luego

han sostenido algunos, un factor de «retraso» para el conjunto de la izquierda italiana, seguía siendo un dato central e ineludible. Como ha observado Donald Blackmer, para el PCI, «un partido fuera del gobierno, privado del sostén de un fuerte sentimiento nacionalista como el que disfrutaba Tito, y dependiente para su prestigio, en parte, de sus relaciones internacionales, [...] separarse del resto del movimiento habría significado virtualmente su autodestrucción». Mucho más prudente y adecuada a la realidad histórica fue en cambio la línea de la «unidad en la diversidad», que a partir de entonces y más que nunca llevará adelante el PCI ^[68].

Ha escrito Paolo Spriano: «Redescubrimos la 'vía italiana al socialismo'. Lanzada por Togliatti como perspectiva histórica en 1944, aquella vía pareció quedar bloqueada a finales de 1947. [...] En marzo de 1956 fue relanzada, en una iniciativa precursora de muchas consecuencias positivas». A partir de ese momento, «el PCI empieza a adquirir una fisonomía original, a convertirse de veras en adelantado de las 'vías nacionales', de la autonomía de los diferentes partidos, del policentrismo», incluso a costa de polémicas con el PCUS, con el partido chino y con el francés^[69]. Se habilitan en fin nuevas relaciones con distintas fuerzas progresistas y antiimperialistas, y se sientan las bases del papel central del partido italiano en el movimiento comunista y en la escena internacional, que se desarrollará en los años siguientes. Es precisamente en 1956, pues, cuando en el PCI —sobre la base de una «renovación en la continui-

65.- La intervención de Roger Garaudy, «Osservazioni critiche ai dibattiti e alle posizioni del nostro Congresso», y la «Postilla» de Palmiro Togliatti están ambas en *Rinascita*, diciembre 1956. La «Postilla» se incluye también en *Il PCI e la svolta del 1956*, Roma, Editrice l'Unità, 1986, pp. 101-110.

66.- G. Gozzini, R. Martinelli, *Storia del Partito comunista italiano*. VII, cit., p. 608; P. Ingrao, «Il XX Congresso del PCUS e l'VIII Congresso del PCI», p. 163.

67.- Cfr. Silvio Pons, «Il fattore internazionale nella 'leadership' di Togliatti (1944-1964)», *Ricerche di storia politica*, 3 (2002).

68.- Donald L.M. Blackmer, «Continuità e mutamento nel comunismo italiano del dopoguerra», en Id., a cargo de Sidney G. Tarrow, *Il comunismo in Italia e in Francia*, Milano, Etas libri, 1976, p. 98; Id., *Unity in Diversity. Italian Communism and Communist World*, Cambridge (Mass.), MIT Press, 1968.

69.- P. Spriano, *Le passioni di un decennio*, pp. 201 y 215.



Cabecera de la portada del diario *l'Unità* durante el VIII Congreso del PCI (9 de diciembre de 1956).

dad» reivindicada abiertamente por Togliatti^[70]— se reemprende la reflexión sobre una estrategia de avance hacia el socialismo «adecuada a las condiciones de la so-

ciedad italiana y, más en general, del Occidente europeo»; y en este cuadro se inicia un proceso «de búsqueda real y de compromiso para un nuevo internacionalismo»^[71].

70.- G. Gozzini, R. Martinelli, *Storia del Partito comunista italiano*. VII, p. 633.

71.- Giuseppe Chiarante, Introducción a *Il PCI e la svolta del 1956*, pp. 10-11; G.C. Pajetta, *La lunga marcia dell'internazionalismo*, pp. 128-129.

El PCF en 1956: el miedo al vacío*

The PCF in 1956: fear of the void

Roger Martelli

Co-director de la revista Regards y miembro de Espaces Marx

Resumen

En 1956, el PCF pertenece al grupo de los que rechazan la puesta en cuestión de Stalin llevada a cabo por Nikita Jruschov. Coincide con Mao Zedong en enunciar los riesgos del oportunismo, que atribuye a los comunistas italianos, yugoslavos o polacos. Esta actitud suscita vivas reacciones en los medios comunistas intelectuales, sin provocar crisis en el entorno militante. Pero afecta de forma duradera a la imagen comunista en la sociedad francesa.

Palabras clave: Thorez, Jruschov, Informe Secreto, Desestalinización, Marxismo-leninismo.

Abstract

In 1956, the PCF belonged to the group of those who rejected Nikita Khrushchev's denunciation of the Stalin era. They concurred with Mao Zedong in stating the risks of opportunism, which they attributed to Italian, Yugoslavian and Polish Communists. This attitude generated sharp reactions among the Communist intellectuals but did not lead to a crisis among the militants. However, it had a lasting impact on the communism's image in French society.

Key words: Thorez, Khrushchev, Secret Speech, de-Stalinization, Marxism-Leninism.

* Traducción de Francisco Erice

En 1956, el Partido Comunista Francés es una organización poderosa, bien implantada en el tejido sociopolítico francés. Para él, como para el conjunto del mundo comunista, el XX Congreso del PCUS provoca lo que Giuseppe Boffa llamará más tarde «una sacudida telúrica»^[1].

El PCF resiste

En el XX Congreso, el PCF está representado por su secretario general, Maurice Thorez^[2], acompañado de Jacques Duclos y de dos miembros del Comité Central, Georges Cogniot y Pierre Doize. Ante los congresistas, Thorez se felicita de las tesis avanzadas por Jruschov sobre la distensión y la diversidad de vías al socialismo... explicando a la vez que las audacias del número uno soviético no decían nada distinto que lo que él mismo había enunciado en su entrevista en el Times de noviembre de 1946. Sobre todo, el dirigente francés se complace en citar las «grandes ideas de Marx, Engels, Lenin y Stalin». La referencia a Stalin desentona: el francés es el único en elogiar al dirigente difunto... junto con Mao Zedong. El mensaje del dirigente chino, leído en la tribuna por el mariscal Zhu De, evoca, en efecto, «la invencibilidad del PCUS creado por Lenin y templado por Stalin con sus compañeros de armas más próximos». En los dos casos, si se cree la transcripción oficial del Congreso, la mención a Stalin provoca los «vivos aplausos» de una parte de los delegados soviéticos, que encuentran la ocasión de burlarse de Jruschov y de los que, desde hace tres años, no dejan de criticar al genial Stalin.

El propósito de Thorez no tiene nada de

improvisación ni de torpeza. Cuando, menos de tres años antes, las primeras muestras de distanciamiento con Stalin se manifestaron en Moscú, la dirección francesa hizo oídos sordos. Así, del 12 al 14 de julio de 1953, los responsables del Kominform — el organismo internacional creado en 1947, al comienzo mismo de la guerra fría— convocaron a los nueve partidos miembros a un encuentro en Moscú. Malenkov, Molotov y Jruschov se reunieron con Jacques Duclos, número dos del PCF, y Pietro Secchia, por entonces secretario de organización del PC italiano, para informarles de la eliminación de Beria. Sus primeras críticas sobre Stalin aparecen atemperadas por las afirmaciones según las cuales Stalin había sido «un gran marxista y un gran jefe». Pero la toma de distancia se ha producido sin ambigüedad: «defectos en los métodos de dirección», «decisiones personales unilaterales», «culto erróneo a la personalidad». La consigna transmitida a todos es «respetar rigurosamente el carácter colectivo de la dirección». Secchia rindió cuentas pronto de sus entrevistas a la dirección del PCI^[3]; no parece que Duclos hiciera lo mismo en París. Algunas semanas más tarde, el francés Auguste Lecoœur, homólogo de Secchia para el PCF, recibió las mismas informaciones de Mijail Suslov. Según sus declaraciones, lo comunicó al Buró político, lo cual habría provocado la cólera de Jeannette Thorez-Vermeersch, bloqueando inmediatamente toda discusión^[4]. La dirección francesa,

3.- Las libretas de Pietro Secchia han permitido reconstruir este episodio (E. Collotti, ed., *Archivio Pietro Secchia, 1945-1973*, Milan, Feltrinelli, 1979).

4.- Testimonio recogido por Philippe Robrieux, *Histoire intérieure du parti communiste*, tome II, 1945-1972, Paris, Fayard, 1981. Los archivos no conservan ninguna huella de este episodio. Pero la insistencia de Lecoœur en evocar las cuestiones de funcionamiento de la dirección ponen en marcha, desde el mes de diciembre de 1953, el proceso de su marginación, que se hará efectiva en la primavera de 1954

1.- Giuseppe Boffa, «Le repercussions internazionali del XX Congresso dei comunisti sovietici», en Varios autores, *Il XX Congresso del Pcus*, Milano, Franco Angeli, 1988.

2.- Annette Wieworka, *Maurice et Jeannette. Biographie du couple Thorez*, Paris, Fayard, 2010.

al corriente de los primeros signos de la desestalinización, los había rechazado en 1953. Continúa haciéndolo en el momento del XX Congreso.

Thorez y sus camaradas tienen, sin embargo, todas las informaciones en sus manos. El dirigente del PCF forma parte, con su homólogo italiano Palmiro Togliatti, del reducido puñado de responsables extranjeros que son puestos al corriente de las sonadas revelaciones hechas exclusivamente ante los delegados soviéticos. Sin duda en el momento en que Jruschov pronuncia su discurso, Thorez recibe por mensajero especial una copia del documento explosivo, con la consigna de no tomar notas y devolver el texto el mismo día. Georges Cogniot, que conoce perfectamente el ruso, es encargado de traducirlo a toda prisa y en la tarde del 25 de febrero da lectura del mismo a los miembros de su delegación. «Como era natural, quedamos aterrados», añade en sus memorias⁵. Aterrados, pero decididos a no seguir los pasos del sucesor de Stalin...

El 5 de marzo de 1956, aniversario de la muerte de Stalin, *L'Humanité* es uno de los escasos periódicos comunistas en el mundo que publica una foto del dirigente desaparecido. Jacques Duclos hace algo más aún el 9 de marzo, al día siguiente de su regreso de Moscú. Esa noche los militantes parisinos han acudido en masa a la sala Wagram para escuchar un informe del popular diputado, cuya retórica generosa sabía remover a las multitudes. En su larguísima intervención, consagrada al único informe público, Duclos evoca prudentemente los errores, se desmarca del «culto a la personalidad que es ajeno al espíritu del marxismo-leninismo» y elogia, de manera convencional, el «principio de la dirección colectiva», citando la declaración de Mikoyan al XX Congre-



El 6 de marzo de 1953 *L'Humanité* coloca un retrato gigante de Stalin en su fachada principal (Foto: AFP).

so. Después, bruscamente, en una vena de la cual sólo él conoce el secreto, exclama: «Pero nadie puede olvidar el papel jugado por Stalin en la construcción del socialismo en la URSS y en la conducción de la guerra contra los hitlerianos [...] Los méritos del camarada Stalin están inscritos en la historia, forman parte del patrimonio del movimiento obrero internacional». La sala ovaciona al orador; la tonalidad de París no es decididamente la de Moscú...

Los dirigentes se tranquilizan con la reacción de los militantes parisinos⁶. ¿Thorez y Duclos van a aprovechar para evocar públicamente el informe secreto? No en un primer momento. El 13 de marzo, en el Buró Político —el BP—, donde habla por primera vez del Congreso soviético, Thorez lo evoca de forma general, aborda la crítica del «culto a la personalidad», pero no dice nada del segundo informe Jrus-

5.- Georges Cogniot, *Parti pris*, Paris, Éditions sociales, 1978, t. 2, p. 347.

6.- El Secretariado del PCF decide pronto publicar el informe de Jacques Duclos con una tirada de 10.000 ejemplares.

chov^{7]}. ¿Stalin? Es un «águila de la revolución». No hay que rechazarlo y olvidar que «el proceder constante de los trotskistas es calumniar toda la política del partido bajo el pretexto de criticar los defectos». Thorez añade incluso una frase sibilina, como forma de distanciarse del número uno soviético: «He declarado al camarada Jruschov que habría sido mejor acompañar la crítica de los defectos y de los errores de Stalin con algunas frases reconociendo sus grandes méritos históricos». ¿Hay que sacar lecciones para el PCF? Prudente, Thorez avanza algunas pistas tímidas: acabar con la expresión «el partido de Maurice Thorez», evitar «las celebraciones llamativas y demasiado frecuentes de los aniversarios». No llegará más lejos.

Sin embargo, el 19 de marzo, al día siguiente de las primeras «filtraciones» del *New York Times* que dejan constancia de la discusión de un segundo informe Jruschov, *L'Humanité* publica en primera página una reseña evocando su existencia. El 20 de marzo, el corresponsal en Moscú del periódico, Pierre Hentgès, refiere que «las cuentas rendidas del informe de Jruschov sobre los méritos y los errores de Stalin prosiguen en toda la Unión Soviética». El silencio absoluto no es ya, desde entonces, sostenible: el núcleo dirigente escoge la revelación controlada, a cuentagotas. El 22 de marzo, el Comité Central se reúne en ausencia de Maurice Thorez, que no ha considerado oportuno confrontarse a sus camaradas, algunos días después de las indiscreciones americanas^{8]}. Es Duclos quien presenta el informe introductorio y justifica la discreción observada hasta entonces. «No nos juzgábamos autorizados para

dejar constancia del informe presentado en sesión cerrada del Congreso [...], informe considerado como prioritariamente un asunto interior del Partido Comunista de la Unión Soviética, y del que queríamos ante todo informar a nuestro Comité Central^{9]}. Duclos confirma, pues, que ha habido un segundo informe pronunciado por Jruschov, pero sin revelar que la delegación francesa haya tenido conocimiento de él y, sobre todo, insistiendo sobre el hecho de que el citado informe trata «de los méritos y los errores de Stalin», volviendo a tomar las fórmulas de Hentgès. En resumen, el silencio es completo sobre la letanía de las represiones en masa, sobre los viejos bolcheviques eliminados, sobre la paranoia de Stalin. Todo lo más, algunas vagas alusiones: servicio mínimo en la divulgación y silencio máximo sobre el análisis... El error de Stalin, explica, consistió en «colocarse progresivamente por encima de los órganos dirigentes del Partido y sustituir por su dirección personal la dirección colectiva».

Duclos se detendrá ahí. Sin duda menciona, de paso, las «extendidas medidas de represión llevadas a cabo en menosprecio de la legalidad socialista». ¿Tuvo el sentimiento de haber dicho demasiado? No habiendo guardado los archivos huellas de esta sesión del Comité Central, no se sabe gran cosa de la discusión^{10]}. ¿Quién, al menos, participó en ella? Según Philippe Roubrieux, una docena de oradores intervinieron sobre el informe de Duclos. Cita los nombres de Maurice Kriegel-Valrimont, de Jean Pronteau y de Benoît Frachon, pero

9.- El informe de Duclos, el 22 de marzo, así como el manuscrito de su discurso en la sala Wagram están depositados en el Musée de l'Histoire Vivante de Montreuil (agradezco a Frédérick Genevée et Eric Lafon haberme permitido consultar y utilizar esos archivos). Pero la transcripción taquigráfica de la discusión es hoy inencontrable.

10.- *L'Humanité* del 23 de marzo reproduce la resolución, pero no el informe ni un balance de la cuestión, contentándose con citar los nombres de los intervinientes.

7.- Mathilde Regnaud, *Au cœur du Parti communiste français. Les notes de Bureau politique de Maurice Thorez 1947-1964*, Thèse de l'École des Chartes, 2005 (en prensa).

8.- El 9 de mayo, lamentará esta ausencia, que justifica diciendo: «estaba cansado; he creído poder dispensarme».

ninguno de ellos aparece en la lista de intervinientes mencionados por *L'Humanité* al día siguiente. ¿Fue tensa la discusión? Los testimonios recogidos por Robrieux lo dejan suponer. De todos modos, la resolución adoptada al final de la sesión no se aparta del informe de apertura presentado por Duclos, que no será publicado por *L'Humanité*. El Comité Central, se explica en ella, «expresa su acuerdo con las críticas del XX Congreso sobre algunas tesis avanzadas por Stalin, así como acerca de los métodos de dirección que han estado vigentes durante todo un período». Pero, añade el texto, eso «no elimina sino que sitúa en su justo lugar el papel y los méritos de Stalin». La resolución, al final, ratifica el silencio sobre el informe secreto...

Thorez contra Jruschov

Una semana más tarde, el 27 de marzo, Thorez otorga su apoyo al análisis del Comité Central, en un largo artículo de *L'Humanité* en el que reconoce «infracciones serias a las reglas leninistas de la vida del Partido». Pero lo hace para, enseguida, trasladar la responsabilidad a los «agentes de la reacción», a los imperialistas que «han multiplicado las bases de operación para cercar a la Unión Soviética». No se trata, concluye, de aceptar «una maniobra clásica de los trotskistas y otros agentes de la reacción: partir de una crítica fundada que es enunciada en función de una línea general justa, para intentar precisamente poner toda esa línea en cuestión». El 24 de abril, el más crítico de los dirigentes franceses^[11], Pierre Courtade, afirma en *L'Humanité* que

11.- Pierre Courtade es en ese momento responsable de la sección de política exterior en *L'Humanité*. Entre el 24 y el 27 de abril, publica varios artículos sobre el XX Congreso. «No debemos temer la verdad», escribe el 24. Tres días más tarde, es aún más claro: «hay heridas que no cicatrizan bien si no han sido previamente abiertas».

el «segundo informe» de Jruschov no es más que una «ilustración» del primero y que no contiene «nada diferente».

En la primavera, Thorez ha decidido no hacer concesiones sobre la cuestión de Stalin^[12]. Quizás ha podido, en Moscú, cambiar impresiones con su viejo compañero del Komintern, Molotov. ¿Está al corriente de las tensiones que se experimentan en la cúpula del PCUS? ¿Está persuadido de que las posiciones de Jruschov son aún frágiles? En todo caso, Thorez tiene su punto de referencia y no es el secretario soviético. Si quiere seguir una huella es la de Mao Zedong: a mediados de abril, *L'Humanité* otorga un lugar central a un texto chino publicado unos días antes^[13]. En ese momento, Thorez piensa aún contar con el apoyo de su homólogo italiano. En el mismo mes de abril, se presenta en Roma, teóricamente en visita privada y de hecho para encontrarse con Togliatti. Los recuerdos del más francés de los responsables italianos de la época, Giulio Ceretti^[14], nos dicen que este encuentro no fue decididamente del gusto de Thorez. Lejos de abundar en el sentido de su camarada francés, Togliatti se muestra evasivo, cada vez que su interlocutor se arriesga a arañar a Jruschov^[15]. De hecho, Togliatti ha comprendido, en la primavera, que el sismo de las revelaciones sobre Sta-

12.- El 13 de abril, ante la propuesta de Marcel Servin, el secretariado decide «no mantener una reunión especial de los intelectuales de París sobre el XX Congreso» (Fondos Gaston Plissonnier, Archivos departamentales de Seine-Saint-Denis). Oficialmente, es para no interferir en las reuniones estatutarias de preparación del Congreso. De hecho, la dirección quiere evitar el crecimiento de las críticas sobre su gestión del expediente Stalin.

13.- «De l'expérience historique de la dictature du prolétariat», *Jenminjeapo (Quotidien du peuple)*, 5 de abril de 1956.

14.- Giulio Ceretti, *À l'ombre des deux T. 40 ans avec Palmiro Togliatti et Maurice Thorez*, Paris, Julliard, 1973.

15.- Sobre el viaje de Thorez a Italia, puede leerse el preciso relato que de él proporciona Annette Wieworka, *Maurice et Jeannette*, Paris, Fayard, 2010, pp. 544-545.



Stalin a la vanguardia de los esfuerzos soviéticos por mejorar la producción de algodón. Uzbekistan, en torno a 1940 (Foto: Max Penson).

lin está activado y que nada permitirá volver atrás.

La actitud de su camarada italiano no modifica la de Thorez, que no quiere cambiar de idea. El 10 de mayo intenta el gran golpe. Ante los miembros del Comité Central reunidos para preparar el próximo congreso del partido, habla repentinamente del informe consagrado a Stalin^[16]. Hemos tenido conocimiento de él, reconocía, pre-

sentando este hecho como una seña de distinción inaudita para el Partido comunista francés. Decide al mismo tiempo remachar la mentira esbozada por Duclos algunas semanas antes. Este informe, asegura, contenía a la vez un análisis de los defectos y de los méritos del camarada Stalin. ¿Por qué, públicamente, los soviéticos no respetan este equilibrio? ¿Cómo van a reaccionar los miembros del Comité Central? Thorez es rápidamente tranquilizado: a excepción de Pierre Courtade que pide que se impulse la crítica esbozada por Jruschov, la mayor parte de los intervinientes muestran su satisfacción. Aprueban y, sin que les sea formalmente solicitado, guardarán silencio sobre lo que acaban de vivir. Ninguno de los miembros del Comité Central revelará, incluso mucho tiempo después del aconteci-

16.- Los debates del Comité Central del PCF son en adelante consultables en los Archivos departamentales de la Seine-Saint-Denis. Una serie de cuatro volúmenes presenta un estado detallado de esos fondos, con un resumen de las intervenciones. El tercer volumen incluye las doce sesiones de 1956, disponibles en los registros. Pero la del 22 de marzo ha sido retirada del fondo, de forma hasta el momento inexplicada. *Réunions du Comité central du PCF 1921-1977. État des fonds et des instruments de recherche*, t. 3 1954-1964, Fondation Gabriel Péri et Département de la Seine-Saint-Denis, 2010.

miento, que Thorez, aquel día, les ha confesado que él había tenido conocimiento del informe «secreto». Ninguno... incluso los que abandonarán el PCF¹⁷. Guardar silencio: el sentido del secreto es decididamente constitutivo de una cultura de la organización anclada en el mito bolchevique...

Thorez ha ganado. El 4 de junio, acenúa aún su distanciamiento de Jruschov, tomando pretexto de un artículo del diario yugoslavo Borba, muy acerbo contra el PCF. «No iremos al congreso del Partido», exclama Thorez entre los aplausos de los miembros del Comité Central, «proclamando que todo nuestro trabajo durante treinta y cinco años ha sido inútil, diciendo que Stalin es un muerto que es necesario aún enterrar [...] Stalin permanece como un gigante». Cuando *Le Monde*, a partir del 6 de junio, publica una traducción francesa de la versión del informe difundida por el New York Times, Thorez fulmina a los dirigentes soviéticos. Sus notas personales para el Buró político del 18 de junio son rabiosas: «Nos han engañado y han engañado [a las] masas. Ellos eran solidarios. Al menos en un período. Al menos parcialmente. No se puede aceptar que digan [: nosotros] no podíamos saber¹⁸. Ese 18 de junio, la dirección francesa finge incluso olvidar que *L'Humanité*, a finales de marzo, evocaba la discusión del segundo informe por los militantes del PCUS. La resolución adoptada deplora que «la prensa burguesa haya estado en condiciones de publicar los hechos que los comunistas franceses habían ignorado». Ella ratifica, pues, la mentira origi-

nal, pide que el PCUS le transmita el «informe atribuido al camarada Jruschov» —la fórmula va a popularizarse— y espera «un análisis marxista profundo».

A finales de junio, mientras que se reanudan las relaciones con los yugoslavos, se envía una delegación a Moscú, compuesta por Etienne Fajon, Marcel Servin et Waldeck Rochet. Ésta trae de regreso en sus maletas el largo texto soviético del 30 de junio, que marca el retroceso prudente de Jruschov. La satisfacción en París es completa: a fin de cuentas, es la lectura Mao-Molotov-Thorez la que ha ganado. El 6 de julio, el Comité Central aprueba como un solo hombre un «documento de un valor inestimable para el movimiento obrero internacional». En su informe introductorio, Fajon declara sin tapujos: «Estamos seguros de que su publicación ha aligerado y reconfortado a nuestro Partido, que va a relegar a un segundo plano el famoso informe secreto atribuido al camarada Jruschov, salvo quizás en el espíritu de algunos camaradas que querían aún pescar en el cieno». Incluso Courtade, que ha opuesto resistencia hasta entonces, parece adherirse a la posición del secretario general. El 7 de julio, se dirige a los soviéticos en *L'Humanité*: «¡Gracias, camaradas!».

La discusión es bloqueada por la dirección, que trata de evitar toda crítica, abocada a ser juzgada como una «tentativa tendente a poner en causa los principios marxista-leninistas del Partido, a sembrar la duda y la desconfianza en la clase obrera con el Partido y su dirección»¹⁹. Cuando, en la discusión preparatoria del XIV Congreso del PCF, el escritor Claude Morgan quiere establecer el vínculo entre Francia y la URSS, explicando que «el alcance del XX Congreso se ha minimizado en lo que concierne a los problemas de la vida interior

17.- Habrá que esperar al 12 de enero de 1977 para que un comunicado del Buró político del PCF, a través de una declaración de Georges Cogniot y de Pierre Doize, presentes en Moscú en febrero de 1956, reconozca oficialmente que la delegación del PCF había tenido conocimiento en Moscú del segundo informe Jruschov (*L'Humanité* del 18 de enero de 1977).

18.- Mathilde Regnaud, *Au cœur du Parti communiste français*, tesis citada (ver nota 6).

19.- La fórmula es de Raymond Guyot, secretario de la federación del Sena, rindiendo cuenta de su conferencia federal, el 4 de julio.

del Partido», Marcel Servin, el número dos del PCF, le responde secamente que «nosotros no somos responsables de las ‘faltas graves’ de Stalin». Thorez, el 22 de junio, había dado definitivamente el tono ante el Comité Central: «¿Cuáles son nuestras responsabilidades? Son nulas en el sentido de que no hemos ejercido la dictadura en la URSS. No tenemos que cubrarnos la cabeza de cenizas».

El XIV Congreso del PCF, que se celebra en Havre del 18 al 21 de julio de 1956, cierra la reflexión. Mientras que el semanario del PC, *France nouvelle*, publicaba en la primavera los puntos avanzados de la reflexión de los jruschovistas soviéticos sobre las vías diversas al socialismo y sobre la vía parlamentaria^[20], la preparación del congreso es la ocasión de una llamada al orden. Se elogia, ciertamente, la audacia de Jruschov en su informe público, pero insistiendo sobre aquello que lo relativiza: toda esta diversidad no es más que un conjunto de variantes de una misma vía, que es la de la dictadura del proletariado, de la cual el grupo dirigente no percibe bien en qué, en el fondo, podría distinguirse del fastidioso modelo impuesto en la URSS a partir de 1929. «En el Estado proletario, no hay libertad para los enemigos del pueblo», había recordado Jeannette Vermeersch ante el Comité Central, el 22 de junio.

Los preliminares pueden cambiar, la táctica revolucionaria puede variar de un país a otro, pero la ruptura no puede ser en este punto diferente sobre el fondo y, justo después de que la toma del poder se haya logrado, ¿qué otro proceso puede haber más

que el soviético en su versión estaliniana? En cuanto a la crítica del pasado, no hay necesidad de volver a ella: ya ha sido hecha. La intervención, sin embargo moderadamente crítica, que hace ante el congreso el secretario general del Rhône, Jean Cagne, será expurgada en el informe oficial y su conferencia federal será incluso repetida después del congreso. Thorez no se ha andado con rodeos: «No reconocemos a los hombres cuyas intervenciones en el interior del Partido convergen con los ataques lanzados desde fuera por nuestros enemigos la ‘libertad’ de propagar en nuestras filas sus concepciones destructivas y anti-comunistas. Mejor, tomamos la libertad de ponerlos fuera del Partido».

Thorez tiene suerte: las tensiones de la guerra de Argelia han pesado ampliamente sobre la mentalidad comunista «profunda» de este año de 1956. Cuando se celebra el XX Congreso, en febrero, la escena política francesa está dominada por la victoria del Frente popular y los primeros pasos del gobierno Guy Mollet, que ha prometido la paz en Argelia durante su campaña electoral. ¿Va a reencontrar Francia el impulso de 1936, de ese «nuevo frente popular» que había estado en el corazón de la campaña comunista de las legislativas en diciembre de 1955? Cuando aparecen los primeros indicios de la existencia del segundo informe Jruschov, en la segunda quincena de marzo, la atención de los comunistas está polarizada sobre la decisión de votar los «poderes especiales» a Guy Mollet para su política argelina. Cuando se hincha la polémica que sigue a la aparición del informe secreto en *Le Monde*, el gobierno francés ha dado la vuelta a su política argelina, lo que Guy Mollet confirma el 5 de junio ante la Asamblea, mientras que las relaciones se tensan con Tunez.

Cuando Polonia y Hungría se agitan, en la segunda quincena de octubre, Francia se

20.- Por ejemplo, el artículo de William Grossin, «Les formes variées du passage au socialisme», en el número del 28 de abril. Retomando la argumentación de Jruschov en su informe público, el autor explica, entre otras cosas, que «la extensión de la base social de la revolución permite vislumbrar la utilización de las formas parlamentarias de lucha para la instauración del socialismo».

conmueve por el reconocimiento por los cazas franceses del avión que transportaba a los responsables del FLN argelino, y especialmente Ben Bella. Finalmente, cuando se anuda el drama de Budapest, Francia está comprometida en el desastroso asunto de Suez, que no carece de relación con la cuestión argelina. En un período en que *L'Humanité* es frecuentemente secuestrado por la justicia francesa por sus tomas de posición anticoloniales, la atención de los dirigentes y los militantes está focalizada hacia la «guerra sucia» y los actos del gobierno socialista de Guy Mollet alrededor del expediente argelino. En primavera, los militantes y los propios responsables están más afectados por los poderes especiales que por los incidentes confusos del XX Congreso soviético. No es falso, en ese sentido, decir que Thorez ha podido apoyarse sobre lo que «Argelia ha servido de tema de sustitución de la desestalinización»^[21].

El otoño, en todo caso, no ha hecho más que confirmar la rigidez thoreziana^[22]. Se produce una llamada al orden discreta, pero real. El 16 de noviembre, el Buró político decide reemplazar, a la cabeza del semanario *France Nouvelle*, a Florimond Bonte —criticado desde el mes de junio por sus complacencias jruschovianas^[23]—, por

François Billoux, responsable de la «sección ideológica» al comienzo de los años 50 y considerado más «vigilante» ante las posibles derivas. Es este PCF replegado sobre su deseo de identidad el que va a afrontar, dos años más tarde, la tormenta que barrerá la Cuarta República. Pero entre tanto, los efectos del informe secreto sobre las democracias populares habrán arruinado una parte de las esperanzas de Jruschov en febrero de 1956.

Los efectos de la crisis húngara

En todas partes, los sobresaltos polaco y húngaro del verano y sobre todo del otoño de 1956 provocan la retracción del mundo comunista. La fiebre anticomunista que se desata en noviembre de 1956, cuando la revuelta húngara ha estallado en sangre, galvaniza las filas comunistas. Los militantes se apiñan en defensa de *L'Humanité* asediada el 7 de noviembre por tropas de choque de la derecha anticomunista, mientras que *L'Unita* titula en el mismo momento: «De este lado de la barricada, para defender el socialismo». «¡Viva el Ejército rojo!», exclama Giuliano Pajetta en la Cámara de diputados, en Roma, el 2 de noviembre de 1956. Durante algunos días, renacen las palabras y el perfume belicoso de la guerra fría... En un sentido, Thorez y Togliatti se reencuentran codo a codo, en la tormenta de un otoño inesperado. El tono, claro, no parece el mismo a quien descifra el lenguaje comunista de Roma y de París. El 25 de octubre, Togliatti ha defendido el «proceso de democratización» emprendido por el primer gobierno Nagy, y afirma algunos días más tarde que el recurso a las tropas soviéticas «ha complicado las cosas». Pero no percibe más que los otros lo que el movimiento húngaro, a imagen del Octubre polaco, puede conte-

21.- Cécile Richard-Nicolas, «1956. L'escamotage du rapport Khrouchtchev», en N. Dioujeva y F. George (éd.), *Staline à Paris*, Paris, Ramsay, 1982.

22.- Esto se observa en todos los dominios. Desde la primavera de 1956, Maurice Thorez y Jeannette Vermeersch lanzan la campaña contra el «*birth control*», el control de natalidad. Los médicos que defienden este principio, como el comunista Jacques Derozy, son violentamente cuestionados por el mismo Thorez. Para desactivar la crítica antiestaliniana, el grupo dirigente francés hace una llamada explícita a los reflejos «identitarios», incluso a un cierto sentido del orden que se supone «proletario».

23.- Durante todo el año 1956, Bonte dejará publicar artículos ampliamente favorables a las innovaciones venidas de Moscú, especialmente sobre la cuestión de las «vías» al socialismo. La crítica a Bonte es impulsada por el grupo thoreziano desde mediados de junio (notas de Thorez, en

Mathilde Regnaut, *tesis citada*, véase nota 6).

ner de revuelta antiestalinista desde abajo. Como Thorez y la mayor parte de los jefes del movimiento comunista, Togliatti considera que Nagy «ha evolucionado irreversiblemente en una dirección reaccionaria»^[24]. El 30 de octubre, explica así que «no es verdad que la libertad deba estar por encima de las reformas económicas. Pensamos que para construir el socialismo, se necesitan sacrificios y restricciones que deben ser comprendidos y aceptados por las masas». Pueden contemplarse revoluciones desde arriba si no hay más remedio, pero sobre todo nada de sublevaciones populares, nada de un nuevo Kronstadt^[25]... Ni hablar de ver, en la confusión febril de Budapest, alguna premisa de que se trate de una revolución antitotalitaria. Togliatti comprenderá más tarde que se ha equivocado, pero en ese momento, como los soviéticos, como la mayoría de los partidos comunistas en el mundo, no quiere retener más que la atmósfera de los últimos días de octubre, los locales comunistas saqueados en Budapest y los cadáveres colgados en las farolas. Lo que se había convertido a sus ojos en una contrarrevolución necesitaba el empleo de la fuerza.

El lenguaje es más tajante en Francia que en Italia, en un momento, es verdad, en que Francia se encuentra comprometida en el desastroso asunto de Suez. Durante la crisis polaca, el PCF ha aceptado con desgana

el nuevo curso impulsado por Gomulka y la prensa comunista, en octubre y en los meses siguientes, no deja de denunciar los discursos oficiales polacos sobre la pluralidad de los modelos, incluso sobre el estalinismo. «El culto a la personalidad es un sistema», había declarado Gomulka el 20 de octubre. Tito retoma la fórmula en *Pula*, el 11 de noviembre. El eje Gomulka-Tito no le gusta a Thorez, que decididamente critica con severidad a los yugoslavos. «Hablar de estalinismo es conducir a la idea de sistema», explica el líder francés a finales de noviembre. Sin embargo el sistema no ha sido pervertido por el culto a la personalidad. De nada sirve, pues, hablar de vía francesa, de vía italiana o de vía yugoslava. La dictadura del proletariado es única en su esencia. «Su modelo ha sido y sigue siendo proporcionado por la revolución de Octubre [...] Nuestro partido mantendrá los ojos fijos sobre la experiencia gloriosa del partido de Lenin»... Esta peroración de Thorez ante el Comité Central, el 21 de noviembre, es la conclusión para la dirección francesa de un año atormentado. Mientras tanto, el PCF nunca ha dudado ante la sublevación húngara. El 26 de octubre, la relación de conclusiones del Buró político subraya que es necesario «continuar recalcando fuertemente que son los elementos reaccionarios y fascistas los que, con ayuda de los imperialistas extranjeros, han fomentado los motines en Hungría». Al día siguiente, el redactor jefe de *L'Humanité*, André Stil, se apresura a denunciar a «la escoria de las clases derrotadas».

La sucesión de los acontecimientos será vivida como una legitimación de las prevenciones iniciales: se ha tratado, desde el principio, de un «movimiento contrarrevolucionario ilegal, ayudado desde el exterior, fuertemente armado, preparado por los cuadros experimentados del antiguo ejército fascista», afirma Etienne Fajon ante los

24.- Ésos son los términos de un telegrama que envía el 30 de octubre a la dirección soviética (Citado en Csaba Békés, Malcolm Byrne, Janos M. Rainer, *The 1956 Hungarian Revolution. A history in Documents*, Budapest-New-York, CEU Press, 2002).

25.- En febrero de 1921, los marinos de la base naval de Kronstadt se rebelan contra el poder bolchevique y contra el « comunismo de guerra ». Forman incluso un Comité revolucionario provisional el 2 de marzo. La revuelta es violentamente reprimida por el general Toukhatchevski, pero Lenin saca del drama la convicción de que hay que cambiar el curso de la política soviética: la NEP (la «nueva política económica») reemplaza al comunismo de guerra.

militanes parisinos, el 2 de noviembre. Sin duda, hay matices en los discursos de los responsables. Laurent Casanova, el responsable de los intelectuales, y Waldeck Rochet, el futuro secretario general, se empeñan más que Thorez en insistir sobre los errores del PC húngaro en el movimiento que ha conducido a la tragedia del otoño. Pero para unos y otros, la responsabilidad de la sangre vertida en noviembre corresponde enteramente a la contrarrevolución. El 5 de noviembre, *L'Humanité* saluda, pues, la victoria del «poder popular»: «Hubiera sido inconcebible que el ejército de los obreros y campesinos de la URSS no respondiese a la llamada que se le dirigió (sic)». La intervención soviética no es una dolorosa necesidad sino una elección ineluctable que se saluda, pues «no se trata de conceder libertades a los estranguladores de la libertad» (François Billoux, *Cahiers du Communisme*, noviembre de 1956). Oficialmente, el PCF se ha tranquilizado. «Budapest vuelve a sonreír a través de sus heridas», escribe desde Hungría André Stil, el 20 de noviembre. A posteriori, el otoño húngaro legítima, a los ojos de la dirección francesa, su prudencia en la crítica de Stalin y sus reticencias sobre la evolución de la situación polaca y las posiciones de Gomulka. Los franceses tenían razón: había mucho de contrarrevolución en el motín de Poznan, en junio de 1956, igual que ha habido contrarrevolución en Hungría...^[26].

En Francia y en Italia, la actitud de las

direcciones provoca reacciones, especialmente en los medios intelectuales^[27]. Sin embargo la respuesta de las direcciones no es fundamentalmente diferente en los dos casos: tanto en París como en Roma es la «firmeza bolchevique» lo que predomina. Cuando el escritor martiniqués Aimé Césaire escribe a Maurice Thorez una virulenta carta de dimisión del PCF^[28], el filósofo Roger Garaudy le responde secamente en *L'Humanité* del 2 de noviembre: el PCF «es el único partido en pie en la tempestad» y «tú escoges este momento, Césaire, para aportar tu contribución al asalto contra este Partido». Cuando, el 7 de noviembre, los comunistas Claude Morgan, Jacques-Francis Rolland, Claude Roy y Roger Vailland protestan con Simone de Beauvoir y Jean-Paul Sartre contra la intervención soviética, la dirección se conmueve y amenaza. El 10 de noviembre, el Buró político pide a las direcciones «que examinen la situación y el comportamiento de determinados miembros del Partido que desarrollan una actividad fraccional y desagregadora». De hecho, las exclusiones y las amonestaciones se multiplican contra los que escriben en la «prensa burguesa»: Rolland es expulsado el 21 de noviembre; Morgan, Roy y Vailland son amonestados.

La intervención en el interior mismo del Partido no es mejor tolerada. Después de la carta enviada al Comité Central por diez intelectuales comunistas^[29], entre ellos Pablo Picasso y Henri Wallon, la réplica oficial es seca. El 24 de noviembre, *L'Humanité*

26.- Todavía el 2 de noviembre, Etienne Fajon polemiza con Gomulka que, volviendo sobre los motines de Poznan, explicaba a finales de octubre que era «de una gran ingenuidad política» atribuir la responsabilidad de la sublevación a los «imperialistas y provocadores». Fajon replica violentamente: «Nosotros pensamos que la ingenuidad consistiría, por el contrario, en no ver la acción funesta de esos elementos enemigos». Y añade: «Creemos que la corrección necesaria de los errores del Partido no llegaría a buen término con la tesis falsa y desmovilizadora según la cual todo lo que va mal le sería imputable».

27.- Véase el artículo de Marco Di Maggio en este mismo número.

28.- «¡Vaya! Todos los partidos comunistas se agitan. Italia, Polonia, Hungría, China. Y el partido francés, en medio de este torbellino general, se contempla a sí mismo y se considera satisfecho. Jamás he tenido tanta conciencia de tal retraso histórico que aflige a un gran pueblo».

29.- Georges Besson, Marcel Cornu, el doctor J. Harel, Francis Jourdain, Hélène Parmelin, Pablo Picasso, Édouard Pignon, Paul Tillard, Henri Wallon, René Zazzo.

denuncia «la voluntad de trabajo fraccional de uno o de varios de los camaradas inspiradores del texto». El partido «no es un club de discusión», espeta la dirección comunista^[30]. Unos días más tarde, el 30 de noviembre, Laurent Casanova remacha el clavo: los firmantes «no tienen el derecho de imponer su punto de vista al Partido por medios ilícitos».

Las posturas no son tan diferentes en Italia^[31]. Frente al «manifiesto de los ciento uno», que agrupa a comunistas de renombre (Carlo Muscetta, Renzo de Felice, Lucio Colletti) para criticar la actitud de los partidos comunistas y condenar el estalinismo, Togliatti llama en efecto a «discutir, diferencia». Pero no prepara menos las presiones sobre los firmantes, para llevarlos a retractarse.

Francia-Italia: semejanzas y diferencias

Los partidos comunistas francés e italiano requieren un análisis aparte. No son simples adaptaciones del estalinismo, sino el producto de delicadas negociaciones y compromisos con el modelo original. Su carácter común es su nacionalización: para el PCF, comienza en la ante-guerra, alrededor de 1926 y después en 1934-1936; para el PCI, se instala en la reconstrucción que sigue a la eliminación de Mussolini y el fin de la guerra. Son, podría decirse, estalinismos nacionales que a la vez se relacionan con el estalinismo ruso y se distinguen de él tanto en algunos de sus elementos como en su lógica general de desarrollo.

Los dos partidos, lo hemos visto, no ad-

ministran de la misma manera el choque del XX Congreso. ¿Cabe asombrarse de ello? A decir verdad, sus condiciones no son las mismas. Por ejemplo, la autoridad de Togliatti es muy fuerte pero, hasta 1943, la clandestinidad del PC italiano y la presencia de Togliatti en la sede de la Internacional, en Moscú, han obligado a establecer una doble dirección. Esta particularidad ha determinado la legitimidad de otros responsables además del secretario general: son subordinados a Togliatti, pero igualmente legítimos y el líder italiano debe en todo momento tenerlo en cuenta. No es el caso de Thorez, cuyo magisterio no ha sido afectado por el estallido de los centros dirigentes durante la guerra y que incluso se ha reforzado con la eliminación de Doriot en 1934, de Marty y Tillon en 1952, incluso — en menor medida— de Lecoœur en 1955. Los grupos dirigentes francés e italiano no funcionan, pues, de manera idéntica. Más aún, no afrontan la misma coyuntura nacional. El PCI de 1956 está preocupado por signos de desgaste de su base obrera^[32], confirmados por el resultado decepcionante que registra en las elecciones administrativas del 27 y 28 de mayo de 1956, y busca un relanzamiento. Thorez y el grupo dirigente francés, por el contrario, se tranquilizan con las elecciones de enero de 1956, en las que el PCF ha mantenido su potencial electoral de la Liberación. No dudan y, al revés, el XX Congreso es percibido por ellos como un elemento perturbador más que como un punto de apoyo.

Finalmente, no se podrían subestimar los efectos de ciertas diferencias en la cultura política de los dos líderes. Thorez y Togliatti son, en efecto, los dos estalinianos y han compartido la sensibilidad del Frente popular. Pero Togliatti ha sido un respon-

30.- A partir del otoño, se emplea con gusto, en los círculos dirigentes, la fórmula: «no somos el círculo Petöfi». La iniciativa de los comunistas críticos de Hungría es así presentada, durante mucho tiempo, como el modelo...de lo que en modo alguno se debe hacer.

31.- Nello Ajello, *Intellettuali et PCI, 1944-1958*, Rome-Bari, Laterza, 1979.

32.- En marzo de 1955, la CGIL (el gran sindicato italiano) pierde más de un cuarto de sus votos en las elecciones sindicales en la FIAT.



Maurice Thorez se dirige a la multitud en la Plaza de la Concordia, París, durante la celebración del 1º de Mayo de 1947 (Foto: APF).

sable kominterniano de primer plano; tiene una incontestable fibra estratégica, que ha demostrado desde 1938-1939, alrededor de España, con su reflexión sobre las «vías nuevas» y, más aún, en sus construcciones políticas después de 1943, alrededor del «giro de Salerno» y de la noción de «partido nuevo». Thorez, por su parte, no se siente investido de la estrategia global del movimiento, que delega en los soviéticos. En él, la creatividad —real hasta 1947— se despliega en la puesta en práctica de la línea general, no en su formalización. En cambio, Thorez trastabilla culturalmente sobre la cuestión de la democracia y la dictadura del proletariado, que es, a sus ojos, una señal identitaria última de los partidos comunistas, la frontera necesaria e infranqueable entre el comunismo y la socialdemocra-

cia. Ceder, por poco que sea, sobre Stalin, es reconocer que Blum tenía razón en 1920 y que la dictadura del proletariado en su variante bolchevique no es otra cosa que despotismo. Thorez se ha sentido siempre más cómodo en las fases de apertura que de repliegue. Sin embargo, en 1956, como diez años antes³³, es incapaz de imaginar una trayectoria revolucionaria que se aparte de la revolución desde arriba conducida

33.- En 1946, mientras que Dimitrov piensa en la posibilidad de ahorrarse la «dictadura del proletariado» en el cuadro de la «democracia popular», el PCF permanece dubitativo. La famosa entrevista en el *Times*, de noviembre de 1946, no hace referencia a ello. En junio de 1947, ante la conferencia federal del Sena, Thorez explica: «Cuando el camarada Dimitrov es jefe de gobierno [...], ya sabéis, eso puede llamarse dictadura del proletariado. De hecho el poder está en manos de la clase obrera [...]. ¿Es eso una condena, como algunos camaradas han declarado, de la dictadura del proletariado?».

por Stalin a partir de 1929. Quizás el Thorez de 1934 habría aprovechado la oportunidad brindada por Jruschov para ir hacia adelante. Pero el Thorez de 1956 es un hombre debilitado por la enfermedad, cuyos resortes políticos han sido rotos dos veces, al fin del verano de 1939 y en el otoño de 1947³⁴. A falta de poder despejar alternativas estratégicas o culturales, ¿qué le queda sino la tentación de afianzarse sobre el pasado? Thorez tenía en Stalin una confianza total, que no traslada a su sucesor. Sinceramente conmovido por el informe secreto, no reconsidera jamás su primera reacción negativa. Togliatti, por su parte, modifica poco a poco su visión inicial.

Sería un error, sin embargo, limitarse a las diferencias entre los dos partidos. En los dos casos, la actitud frente a la crisis de 1956 presenta semejanzas sorprendentes. Las dudas de la cúpula son, de partida, las mismas, en Togliatti y en Thorez. En Roma como en París, se intenta cerrar filas, reducir la onda de choque, trabajar «el espíritu de partido»: Togliatti no es menos brutal que Thorez al condenar a los que «capitulan ante el enemigo de clase». En los dos casos, en fin, la estrategia de silencio de Thorez y la dopiezza de Togliatti son posibles porque no había, desde abajo, una expectativa claramente expresada de transparencia y de verdad. En muchos aspectos, la verdad es lo contrario: los militantes tienen ante todo necesidad de ser tranquilizados.

Pues si el comunismo italiano y el comunismo francés son totalidades originales, si su homogeneidad política no es absoluta, son, en 1956, culturalmente homogéneos,

agrupados alrededor de una generación dirigente que se ha formado en el corazón del período estaliniano y que ha compartido una experiencia común entre el comienzo de los años 30 y el fin de los años 40. Esta homogeneidad cultural —siempre relativa pero real— ha producido una identificación soldada por la referencia común a Stalin y vertebrada por algunas fórmulas sobre la inevitabilidad de la violencia revolucionaria: «el acero se templea cuando se le golpea», «no se hace una tortilla sin romper los huevos» y «no se puede tener razón contra el partido». Esta identificación, que tiene sus marcadores simbólicos, funciona fundamentalmente con la diferencia. Durante dos decenios, referirse a Stalin es distinguirse del adversario de clase y de la socialdemocracia; es, pues, ser revolucionario, ser comunista.

Los comunistas han tomado más o menos la costumbre de pasar de una línea política a otra (lo han hecho a menudo entre 1926 y 1953). Pero, ¿se puede pasar de un ser a otro, de una identificación a otra? La elección de Jruschov es lógica: para relanzar la máquina soviética, siente la necesidad de una terapia de choque, pero que no ponga en cuestión el sistema, lo que supone focalizar la crítica sobre el individuo Stalin. El problema es que Stalin no ha pervivido solamente como la encarnación de un modo de gestión social o de un modo de gobierno. Se ha convertido en una figura simbólica universal, y por tanto un elemento estructurante de identificación más allá de la formación social soviética. ¿Qué es lo que diferencia al comunista a la vez de la derecha, del socialismo y del trotskismo deshonorado? El amor a Stalin. ¿Se puede ser el mismo si se ha pasado del amor al odio? Para muchos, el dilema es insoluble en 1956. Así se explica el alivio de hombres como Gaston Monmousseau, figura histórica del movimiento sindical, cuando oye a

34.- En el otoño de 1939, después de 1947, Thorez ha aceptado el giro estratégico soviético (el de la « guerra imperialista » en 1939 y de los « dos campos » en 1947), mientras que su propia inclinación política no le llevaba hacia esas inflexiones. Pero Thorez no puede en ningún caso « tener razón » contra los soviéticos y contra Stalin. Salvo en 1956, contra Jruschov...

Maurice Thorez evocar el informe Jruschov, el 9 de mayo de 1956. El 22 de junio, ante sus camaradas del Comité Central, el viejo dirigente explica, emocionado: la publicación en la prensa del informe Jruschov «es, de lejos, el más duro golpe que he recibido en toda mi vida militante». «Estoy —añade— petrificado por cierto número de cosas en que los hombres han jugado un papel tan grande. No quiero destruirme a mí mismo». El mismo día, Jeannette Vermeersch replicaba a las críticas de Courtade que «cada uno de nosotros ha nacido una segunda vez cuando comprendió lo que era la revolución socialista». Y añadía: «¿Por qué no ver los problemas que tenemos que resolver hoy y por qué remontarnos a problemas que pondrían todo en cuestión?».

En resumen, en Francia como en Italia, el activo militante ha permanecido en 1956 ajeno a una crítica antiestaliniana que contrastara demasiado brutalmente con el mito que había alimentado tanto tiempo su esperanza. Fuera de los movimientos intelectuales, en que el choque es violento, el partido profundo se ha mostrado más bien impermeable al discurso de la desestalinización^[35].

¿Por qué la crispación francesa?

Si, en 1956, la diferencia entre el PCF y el PCI no es tan grande como se dice a veces, hay sin embargo razones particulares que contribuyen a la crispación interna de Thorez y de su grupo dirigente. Esas razones pueden encontrarse a la vez en la dinámica social francesa y en la originalidad del sistema político francés.

35.— Las pérdidas de efectivos del PCF son débiles entre 1956 y 1957 (60.000 adherentes sobre alrededor de 360.000), en la media de los años precedentes. Son más netas en 1957 en el PCI (200.000 adherentes sobre un poco más de 2 millones), pero no afectan apenas a los obreros y campesinos.

La fuerza del comunismo francés, en primer lugar, se debe a que no era sólo un partido político, sino una galaxia compleja, estructurada alrededor del PC sin reducirse a él. Fuera de la organización partidaria misma, ese comunismo se nutría de una triple matriz, sindical, asociativa y municipal. Con la Liberación, los comunistas se convirtieron en mayoritarios en el seno de una CGT que, en 1956, agrupa aún los dos tercios de los efectivos sindicales y recoge más de la mitad de los sufragios en las elecciones de delegados del personal en los comités de empresa. Están, por otra parte, a la cabeza de decenas de asociaciones de todo tipo, que mantienen en efecto relaciones muy diferentes con la organización comunista, pero muchas de las cuales pertenecen al dominio de la categoría comunista de «organizaciones de masa»^[36]. Finalmente, a mediados del decenio de 1950, el PCF está a la cabeza de 1.100 a 1.300 ayuntamientos de todos los tamaños y cuenta con unos 25.000 consejeros municipales, cuya actividad traza el contorno de un verdadero «comunismo municipal», original por su modelo de gestión y su estilo de sociabilidad. En suma, el PCF ha conseguido constituir a su alrededor la red social que es en otras partes propia de la socialdemocracia de la Europa del Norte-Oeste y que el socialismo francés no ha conseguido tejer, ni antes de 1914 ni después de 1920^[37].

Los años 1930-1940 han establecido así una sinergia entre la sociabilidad obrera y urbana de un movimiento obrero en ascenso y la sociabilidad comunista irrigada por la vasta galaxia más o menos controlada por el partido. Puesto que los años 1950 ven dibujarse un giro que entremezcla la evolu-

36.— En 1969, la revista anticomunista *Est et Ouest* registra siempre varias decenas de éstas (*Est et Ouest*, 433, 16-31 de octubre de 1969).

37.— Roger Martelli, *L'Empreinte communiste. PCF et société française 1920-2010*, Paris, Éditions sociales, 2010.

ción industrial (el deslizamiento hacia las industrias «ligeras» de consumo), la transformación de la sociabilidad popular (las primicias de una «sociedad de consumo»), la aceleración de la urbanización y la transformación del cuadro urbano (el empuje de las «grandes urbanizaciones», el apogeo del salariado, la expansión de las capas medias asalariadas, la feminización de la población activa y el peso creciente de la inmigración en el mundo del trabajo industrial).

Estas evoluciones alimentan, desde el comienzo de los años 1950, la idea de que el mundo obrero ya no es lo que era, que se entra en la era de los «managers»^[38] y de lo que se llamará, un poco más tarde, la «nueva clase obrera». Sucede que esas temáticas son apropiadas en la izquierda por fuerzas contendientes con el partido comunista. En 1952, el socialista Jules Moch —la «bestia negra» de los comunistas desde su paso por el Ministerio del Interior entre 1947 y 1950— publica una obra titulada *Confrontaciones*, donde retoma las ideas de Joseph Schumpeter de una nueva era capitalista que deslegitima el modelo clásico, «leninista», de la revolución^[39]. De manera más preocupante aún, la llegada al poder del radical Pierre Mendès France ve emerger una sensibilidad nueva, nutrida de espíritu keynesiano, y que quiere imponer un modelo renovado de gestión de izquierdas, base de un reformismo gestor y pragmático, más próximo a las sensibilidades laboristas y socialdemócratas que a la tradición doctrinal del socialismo francés.

Consecuentemente, esta primera mitad del decenio de 1950 reaviva el dilema original de la tradición revolucionaria francesa. A diferencia de Alemania y de Italia,

por ejemplo, la idea republicana precede a la afirmación socialista, lo que replantea periódicamente el dilema fundamental: ¿es posible afirmar la autonomía obrera y socialista sin caer, sea bajo el alineamiento con la socialdemocracia, sea en el aislamiento y el riesgo del «solo fúnebre» evocado por Marx en el siglo precedente? Contra la tentación «separatista» del sindicalismo revolucionario y el doctrinarismo de los socialistas «guesdistas», el acierto de Jaurès consistió, a comienzos del siglo XX, en articular con fuerza la especificidad irreducible de la tradición obrera revolucionaria y la voluntad igualmente fuerte de disputar la hegemonía a las fuerzas reputadas como «burguesas» en el seno del movimiento republicano. Ese fue también el mérito del grupo dirigente thoreziano, a mediados de los años treinta: retomar esta doble ambición en el cuadro de las estrategias del «Frente popular».

Pero el mismo grupo dirigente que había dado prueba de iniciativa creadora en 1934-1936 se bloquea en medio de los años cincuenta. La idea según la cual la sociedad capitalista está cambiando, ¿no se arriesga a poner en dificultades los equilibrios pacientemente contruidos en los dos decenios precedentes? ¿No es ésta, inexorablemente, la base para deslegitimar esta «galaxia» que había servido de zócalo a la influencia comunista? En 1955, para hacer frente al «mendesismo»^[40] naciente, que cuenta con la modernización del aparato productivo, Maurice Thorez opone la realidad de una clase siempre marcada por la desposesión y anclada en su pasado^[41]. Este

38.— Tal es la tesis de James Burnham, del cual *La era de los organizadores* ha sido traducida al francés en 1947 en las ediciones Calmann-Lévy, con un prefacio de Léon Blum.

39.— *Confrontations (Doctrines - Déviations - Expériences - Espérances)*, Paris, Gallimard, 1952

40.— El « mendesismo » designa, a la vez, la política seguida por Pierre Mendès France en el gobierno en 1954-1955, la corriente de opinión que le es favorable y la nebulosa variada que se relaciona más o menos con el ejemplo de «PMF» (Edmond Maire, Gilles Martinet, Jean-Jacques Servan-Schreiber, Simon Nora, Michel Rocard...).

41.— «La situation économique de la France. Lutter pour les

es, en consecuencia, el tiempo de los discursos apasionados sobre la « pauperización absoluta » de los obreros franceses.

En eso, el discurso crítico de Nikita Jruschov es percibido como un regalo por los que contestan en Francia la hegemonía del PCF sobre la izquierda y sobre el espacio obrero y urbano. Si Stalin respondía al retrato que dibuja el secretario general soviético, se da la razón a los que explicaban, en 1920, que el método bolchevique conduciría a la dictadura. Blum tenía razón; pero, por consecuencia, Mendès-France tiene razón. Mejor que coger al vuelo la pista innovadora esbozada por Jruschov —es verdad que de manera emborronada—, Thorez y su grupo dirigente se encabritan. Al principio, como lo hace el mismo Togliatti. Pero mientras que el número uno italiano, guardando sus prevenciones sobre la ligereza metodológica de su homólogo soviético, comprende que el inmovilismo doctrinal es un callejón sin salida, Thorez se aproxima a Mao para afirmar la legitimidad persistente de un modelo fundador indefinidamente leído bajo el prisma de la experiencia estaliniana.

Sin duda el bloqueo es tanto más grande cuanto que los riesgos de desfase con la evolución social no son aún efectivos en el dominio propiamente político. En enero de 1956, las elecciones legislativas que registran el éxito general de la izquierda refuerzan las bases electorales nacionales de un PCF que aglutina siempre un cuarto de los

sufragios expresados y dispone de un grupo parlamentario de 150 diputados, o sea 54 más que en 1951. Sin embargo, mientras que los responsables franceses, con Thorez a la cabeza, habían sabido aprovechar las inflexiones moscovitas de 1934 para romper con la estrechez de los años de «clase contra clase», en 1956 escogen la actitud inversa. Habrá que esperar al comienzo de los años 1960, el choque del cambio de régimen en 1958 y los efectos del cisma chino-soviético, para que Thorez mismo se resuelva a una inflexión global y a una apertura controlada, sobre la historia de la URSS y sobre la evolución de las sociedades occidentales.

Toda duda, sobre todo si deja huellas, gravita sin embargo pesadamente sobre las evoluciones posteriores. Cuando las mutaciones sociales se aceleran, existe un gran riesgo de que la recuperación se realice aun cuando nuevos desarrollos sean necesarios para asegurar la reproducción de un anclaje sociopolítico. En cierta forma el PCF acabará por pagar muy cara su duda en transformarse, aunque fuese por miedo a desdeshacerse... Es verdad que estamos ya muy lejos del momento en que se celebró el gran congreso soviético. Pero la pusilanimidad de la «cúpula» del partido, durante «el inolvidable 1956»^[42], abre las primeras grietas, que se ensancharán más tarde, a menudo acentuadas, por otra parte, por las relecturas divergentes del pasado.

intérêts de la classe ouvrière, c'est lutter pour l'avenir de la France», *Cahiers du communisme*, 3 (1955).

42.- Pietro Ingrao, «L'indimenticabile 1956», *Rinascita*, 29 de octubre de 1956 (retomado en *Problemi di storia del Partito comunista italiano*, Roma, Editori Riuniti, 1971)

Consolidar un viraje en medio de una tormenta. El Partido Comunista del Uruguay ante la desestalinización de 1956

Consolidating a sharp turn in the middle of a storm. The Communist Party of Uruguay and the 1956's destalinization

Gerardo Leibner
Universidad de Tel Aviv

Resumen

Apenas medio año después de haber depuesto a su propio secretario general e iniciado un profundo viraje político la dirección del PCU tuvo que afrontar la sorpresa del informe Jruschov sobre Stalin y las conmociones del viraje desestalinizador en Europa Oriental. El viraje comunista uruguayo iba a consolidarse en medio de la redefinición de referentes simbólicos e ideológicos internacionales. El artículo rastreará las reacciones y actitudes del PCU ante la denuncia a Stalin, las tormentas en Polonia y Hungría y la novedosa legitimidad a la «vía pacífica» al socialismo. Los comunistas uruguayos fueron configurando elementos para una nueva línea estratégica que se balanceaba entre la adopción y elaboración de novedades doctrinarias con condicionantes ancladas en el dogma y los símbolos anteriores.

Palabras clave: Comunismo, Uruguay, XX Congreso PCUS, vía pacífica, Arismendi

Abstract

Just half a year after deposing its own Secretary General and beginning a deep political turn the leadership of CPU had to deal with the surprising report of Khrushchov on Stalin and the immediate commotions that the destalinization process had in East Europe. The Uruguayan communist turn was consolidated in the middle of a process of redefinition of international symbolic and ideological referents. The article will follow the reactions and attitudes of the CPU leadership toward the denounces on Stalin, the political storms in Poland and Hungary and the new legitimacy toward the possibility of a «peaceful road to socialism». The Uruguayan Communists were elaborating elements for a new strategic line that kept a balance between the adoption and development of doctrinal novelties with conditions anchored in previous dogma and symbols.

Keywords: Communism, Uruguay, 20th CPU Congress, peaceful road, Arismendi

Al despuntar el año 1956 los dirigentes del Partido Comunista del Uruguay (PCU) esperaban finalizar y consolidar durante el nuevo año el profundo viraje político iniciado medio año antes con la deposición y expulsión de Eugenio Gómez, dirigente fundador del partido y anterior Secretario General. La lucha intestina había sido definida rápidamente entre julio y setiembre de 1955. La inmensa mayoría del partido se había alineado y unificado en torno a la nueva dirección, repudiando el culto a la personalidad de Gómez y las inconductas de su hijo, Eugenio Gómez Chiribao, anterior secretario de organización. El trabajo partidario estaba siendo reorientado hacia la sociedad, particularmente hacia la clase obrera y la intelectualidad, superando prácticas y actitudes sectarias que caracterizaron al comunismo uruguayo en la década anterior. Y los primeros frutos del viraje ya despuntaban: decenas de militantes que habían sido expulsado por los Gómez o que se habían apartado del partido molestos y heridos en su dignidad regresaban a las filas del Partido. Ahora había que trabajar más profundamente en el rediseño de la estrategia política. Esta había comenzado a ser esbozada, pero requería un debate más serio, amplio y profundo a la vez. Obviamente aún se esperaban embestidas por parte de Eugenio Gómez que había quedado fuera del Partido con un grupo muy reducido de seguidores. Y había que esforzarse más en convencer a un par de valiosos dirigentes que fueron expulsados en 1951 por acusados de «economicismo» y de «no dar la cara del Partido» junto a varias calumnias y que se mostraban reticentes a creer en que algunos de sus otrora acusadores realmente se rectificaban^[1]. Fuera de eso, el anunciado XX Congreso del Partido Comunista de la

Unión Soviética era la ocasión más propicia para obtener pública y definitivamente el reconocimiento oficial de los líderes del movimiento comunista internacional a la nueva dirección emergente del PCU. Con el sello del Partido de Lenin y Stalin la nueva dirección comunista uruguaya quedaría sancionada como legítima ante los ojos del más reticente afiliado que aún prestaba oídos a las versiones que difundía Eugenio Gómez. Sin embargo, las cosas iban a complicarse de una manera que los dirigentes comunistas uruguayos no podían imaginar. Ante un imprevisto viraje del propio PCUS y una serie de tormentas en los países dirigidos por comunistas, a lo largo de 1956 tendrían que lidiar con problemas más profundos de legitimación y reposicionamiento ideológico del movimiento comunista internacional.

Me he detenido en aquel peculiar momento histórico, posterior al viraje comunista uruguayo y anterior al XX Congreso del PCUS, precisamente para recalcar la distinción entre ambos. Luego, las pasiones de la lucha política e ideológica y la distancia del tiempo han contribuido a confundirlos o a esbozar supuestos lazos entre ambos procesos. En la versión de los vencedores de aquella decisiva pugna del comunismo uruguayo, personalizados por Rodney Arismendi, el viraje del PCU realmente antecedió al XX Congreso y provino de una correcta y necesaria interpretación de los problemas del sectarismo y el culto a la personalidad que afectaban al PCU y al movimiento comunista internacional en su conjunto. Los comunistas uruguayos eran presentados como adelantados y autónomos. En la versión del perdedor, el depuesto Eugenio Gómez se consideraba una víctima de una conspiración internacional preparatoria del XX Congreso y el viraje formal del PCUS en manos de una fracción que el tildaba de «trotskista-opportunista» y que se

1.- Me refiero al ex secretario de organización del PCU y exdiputado comunista Antonio Richero y al popular dirigente sindical textil y exdiputado Héctor Rodríguez.

venía apoderando del control de partidos comunistas. De esta manera Gómez quitaba toda importancia al contexto comunista uruguayo y a las particulares razones de su deposición y se ubicaba como una víctima más de los enemigos del estalinismo^[2]. En análisis históricos superficiales el viraje histórico que los comunistas uruguayos procesaron en 1955 puede ser considerado como parte de una ola desestalinizadora en los Partidos Comunistas como reflejo del proceso de desestalinización soviética, que no se inició con el XX Congreso sino ya en 1953, con la amnistía a los médicos que habían sido condenados por el agonizante Stalin. Digo superficiales porque no se han presentado evidencias de algún tipo de injerencia o inspiración externa en el proceso de viraje uruguayo. En mis investigaciones ya he demostrado que las razones y el detonante de la crisis y viraje del PCU en 1955 fueron esencialmente locales y no hay indicios de una conspiración o inspiración internacional^[3]. Sin embargo, el contexto comunista internacional fue muy importante en el proceso comunista uruguayo de reconfiguración ideológica y estratégica, sobre todo, a lo largo del año 1956. En este artículo ubicaré históricamente el XX Congreso del PCUS y las tormentas comunistas de 1956 en el contexto del proceso de viraje estratégico del Partido Comunista del Uruguay.

2.- Tan paranoico como megalómano Gómez sostuvo que se trataba de un complot internacional destinado a eliminar o apartar «a los que se sabía que no nos rendiríamos a la calumnia contra Stalin...». En ese sentido relacionaba su propia destitución con la muerte del dirigente checo Gotwalt una semana después de regresar del entierro de Stalin. Eugenio Gómez, *Historia de una traición*, Montevideo, 1960, pp.107-108.

3.- Gerardo Leibner, *Camaradas y compañeros. Una historia política y social de los comunistas del Uruguay*, Montevideo, Trilce, 2011, pp.190-268.

De Stalin legitimador a Stalin cuestionado

Antes de entrar en el tema principal corresponde aclarar algunas cosas con respecto al viraje comunista uruguayo de 1955. Se trató de una rebelión procesada dentro de la dirección del PCU, dirigida contra el secretario general Eugenio Gómez pero centrada inicialmente en denuncias contra su hijo Eugenio Gómez Chiribao, elevado a pesar de su temprana edad e inexperiencia al puesto de secretario de organización del partido, acusado de prácticas corruptas, de abuso de poder, incluso de acosos sexuales, en lo que fue definido como «conducta indigna de un dirigente comunista». Rápidamente, la ofensiva contra el hijo se transformó en un enfrentamiento con el padre, que no quiso aceptar las evidencias presentadas y destituir a quien consideraba su heredero.

El viraje comunista uruguayo de 1955 se realizó tomando la consigna soviética contra «el culto a la personalidad», atribuida a las resoluciones del XIX Congreso del PCUS, el último congreso bajo el liderazgo de Stalin. Por ejemplo, el diario *Justicia* editorializaba el 17 de julio, tratando de centrar la crítica a Eugenio Gómez en cuestiones de principios^[4]: «[...] se permitió la transgresión de normas estatutarias y de principios de Partido que con diáfana claridad se expusieron en el XIX Congreso del Partido Comunista de la URSS, en cuanto al funesto culto de la personalidad, a la nefasta concepción de jefes colocados por sobre el Partido, en sustitución de la acción y la sabiduría colectiva del Comité Nacional [...] nunca como hoy adquiere mayor importancia la afirmación del camarada Stalin, de que los comunistas debemos velar por la unidad del Partido, como por la niña de nuestros ojos».

4.- *Justicia*, 17 de julio de 1955.



Arismendi con otros dirigentes del Partido Comunista del Uruguay (Fotografía facilitada por la Fundación Rodney Arismendi, Uruguay).

A lo largo y a lo ancho de la discusión ideológica que marcaba las diferencias con Gómez y afirmaba una nueva línea partidaria, Stalin era citado como fuente inspiradora y como argumento legitimador. Gómez era acusado de apartarse y desoir las enseñanzas de Stalin. Por ejemplo, argumentando contra la consigna sectaria de Gómez de «dar la cara del Partido» el periódico *Justicia*, en manos de la nueva dirección del PCU, citaba a Stalin en *Sobre los fundamentos del leninismo*: «... las masas solo pueden comprender esto a través de su propia experiencia»^[5]. En el informe principal al XVI Congreso del PCU que en setiembre de 1955 formalizó el viraje comunista

5.- «Sobre un punto clave de la falsa línea contrabandeada por los liquidacionistas. No hay nada capaz de sustituir la experiencia directa de las masas», *Justicia*, 3 de agosto de 1955, p.2.

uruguayo Rodney Arismendi citaba repetidamente a Stalin^[6].

La notoria incomodidad con que los dirigentes del Partido Comunista del Uruguay afrontaron el proceso de denuncia de algunas de las aberraciones de Stalin iniciado en el informe especial de Jruschov bastaría para desvirtuar el presunto complot mundial «anti-estalinista» y «trotskista-oportunista» denunciado por Eugenio Gómez. Los contenidos centrales del informe confidencial, filtrado y reproducido por las agencias de noticias occidentales, fueron en una primera instancia desmentidos por los comunistas uruguayos, que luego callaron por una semana, y, finalmente, con un atraso de diez días de su primera publicación, co-

6.- Ver pp.24, 36, 37, 40, 42, 43, 55, 57, 59, 62, 65, 66, 69, 71, 79, 83, 84.

menzaron a ser parcialmente admitidos, interpretados, y gradualmente asumidos e incorporados al discurso del PCU. Tan sólo en el mes de mayo, dos meses después de la primera publicación, atentos a las argumentaciones de otros dirigentes comunistas internacionales y a la reacción oficial soviética publicada en *Pravda*, y tras un proceso interno de discusión, los dirigentes comunistas uruguayos elaboraron una línea de respuesta más o menos integral, ya algo segura de sí misma, si bien apologética, pero a la vez políticamente ofensiva.

Al XX Congreso del PCUS reunido en Moscú a fines de febrero de 1956 había concurrido una delegación del PCU compuesta por Rodney Arismendi, Enrique Pastorino y Gregorio Sapin. Sabemos que al menos un colaborador, periodista de *Justicia*, el diario del PCU, acompañaba a la delegación oficial⁷. El viernes 2 de marzo, en su portada, *Justicia* publicaba una foto de Arismendi en la tribuna de los oradores «saludando al XX Congreso del PCUS»⁸. Aparentemente las delegaciones de los partidos comunistas no-gobernantes no tuvieron acceso a la sala donde Jruschov pronunció su informe confidencial denunciando a Stalin. Luego fueron informados muy ligeramente y se nutrieron principalmente de rumores que sí corrían, sin confirmación oficial y con versiones variadas y contradictorias⁹.

Los principales dirigentes de los Partidos Comunistas mayores, tanto los gobernantes de los países de Europa Oriental y Asia así como los relativamente poderosos

partidos comunistas de Europa Occidental, el italiano y el francés, recibieron copias o versiones del informe. De todas maneras, una copia del informe textual se filtró a los servicios de inteligencia occidentales y extractos de él fueron publicados y reproducidos alrededor del mundo en casi todos los idiomas entre el 8 y el 10 de marzo. La primera reacción de *Justicia* ante la reproducción de estas informaciones en la prensa uruguaya, se puede resumir en la siguiente frase: «Los yanquis pretenden ocultar la trascendencia del XX Congreso. Lanzan sus habituales cortinas de humo»¹⁰. Una reacción defensiva inmediata, característica de los comunistas uruguayos ante toda denuncia de eventos problemáticos en la URSS y en Europa Oriental, a lo largo de casi toda la guerra fría. Lo descubierto por la prensa anti-soviética sobre la URSS era considerado como parte de una operación de «encubrimiento» de las verdades que la prensa burguesa y pro-imperialista no quería revelar sobre el proceso de construcción del socialismo.

El viernes 16 de marzo, una vez que la delegación uruguaya al XX Congreso ya se encontraba de regreso en Uruguay, se empezaron a publicar en *Justicia* las resoluciones oficiales del XX Congreso. El informe confidencial de Jruschov no fue incluido en esta primera publicación. Su no inclusión, a pesar que extractos del él ya habían sido publicados en la prensa uruguaya (primero en el diario *Acción* del ala batllista entonces gobernante y luego en el resto), acarrió duras críticas a los comunistas uruguayos, que procuraban ocultar ante su público de lectores lo que realmente sucedía en el mundo comunista, dependiendo de los informes y silencios de Moscú para poder elaborar sus versiones apologéticas.

Entre los cuestionamientos y las burlas

7.- Nico Schvarz.

8.- A tan solo medio año de la destitución de Gómez era importante demostrar –en el primer viaje de Arismendi a la URSS como Secretario General del PCU– que era aceptado como tal por los anfitriones soviéticos. Cualquier duda al respecto podría servir a Gómez que pretendía restar legitimidad al viraje.

9.- De acuerdo a lo expresado por Nico Schvarz en entrevista personal, mayo 2003.

10.- *Justicia*, 11 de marzo de 1956, p.2.



Intervención de Rodney Arismendi, como representante de la delegación uruguaya, en el XX Congreso del PCUS, celebrado en Moscú en febrero de 1956 (Foto: Fundación Rodney Arismendi).

frente al silencio y los desmentidos comunistas ante las insistentes informaciones sobre el ataque de Jruschov contra la figura de Stalin, la mayoría de los observadores externos no percibió la enorme importancia de lo que sí publicó *Justicia* con respecto al XX Congreso. En su segunda página el diario comunista había incluido, un largo párrafo referente a la situación mundial en el cual, bajo el subtítulo «Nuevas perspectivas de tránsito de los países del capitalismo al socialismo», el PCUS admitía, por primera vez desde la fundación del Comintern, la posibilidad de la vía pacífica al socialismo. Era una importante concesión ideológica a las posiciones que reclamaban algunos partidos comunistas, particularmente el italiano. Volveremos más adelante sobre el

enorme significado de esto para la elaboración estratégica a la que estaba abocado el Partido Comunista del Uruguay.

Recién cuatro días después, el 20 de marzo, *Justicia* publicó un primer reconocimiento implícito de que Stalin había sido cuestionado en el XX Congreso del PCUS. Bajo el título «Stalin, su grandeza, sus faltas» se reproducían extractos del informe de Palmiro Togliatti al retornar a Italia del XX Congreso. El dirigente e ideólogo del PCI fue el primer dirigente comunista en el mundo occidental en reaccionar públicamente ante la incómoda situación creada por la filtración del informe confidencial de Jruschov y ante el transitorio silencio oficial de los soviéticos al respecto. Togliatti, con la doble autoridad de haber sido un cuadro

dirigente del Comintern por muchos años y de estar dirigiendo a uno de los partidos comunistas más grandes, pretendía dar línea al resto de los partidos comunistas. Al otro día, 21 de marzo, tras comprobar que así comenzaban a hacerlo los voceros comunistas en otros países, la dirección del PCU ya encaraba el tema directamente, editorializando en la primera página de *Justicia*, bajo el título «Las cosas en su lugar». El atraso en la información se procuraba justificar denunciando «las intrigas de la prensa capitalista acerca del XX Congreso». El editorial no entraba en detalles del informe, sino que explicaba que en el XX Congreso del PCUS se habían tomado decisiones contra el culto a la personalidad y que se había criticado la «falta de dirección colectiva durante 20 años». Luego, tras citar los recientes artículos de Palmiro Togliatti, del dirigente comunista francés Maurice Thorez¹¹ y del máximo dirigente de Alemania Oriental Ulbricht, *Justicia* explicaba a sus confundidos y preocupados lectores, que: «Stalin ha sido puesto en el lugar que le corresponde». No toda su obra quedaba

invalidada, ni mucho menos. Tampoco se estaba reivindicando a ninguna de las pasadas disidencias comunistas condenadas como peligrosas herejías desde los '30. El diario comunista desmentía la supuesta rehabilitación de Trotsky y citaba a Juschov expresamente pronunciándose contra los *trotskistas* y los *bujarinistas*. Al día siguiente, 22 de marzo, *Justicia*, reforzaba su línea editorial reproduciendo la traducción al español de un artículo del ideólogo comunista francés Jacques Duclos, publicado en *L'Humanité*, dedicado a la importancia del restablecimiento de la dirección colectiva en el PCUS. A comienzos de 1956, poco tiempo después de la crisis interna que había sacudido al PCU y sin haber acumulado suficiente autoridad política, Arismendi y sus compañeros en la dirección del PCU necesitaban validar su posicionamiento ante las dramáticas novedades soviéticas por medio de pronunciamientos de reconocidos dirigentes comunistas europeos.

Para aumentar el desconcierto de los comunistas uruguayos, el primer y largamente esperado número de la nueva revista teórica del Partido, *Estudios*, salió a fines de marzo conteniendo sobre el XX Congreso del PCUS sólo una breve página informativa en la cual anunciaba qué en el número siguiente, una vez llegados los materiales al Uruguay, se publicarían las resoluciones tomadas. El único material complementario era un artículo extraído de la revista comunista internacional *Por una paz duradera, por una democracia popular* en el cual en medio de alabanzas al espíritu de unidad del PCUS demostrado en la apertura del XX Congreso, sólo se insinuaba algo acerca del «restablecimiento del principio de dirección colectiva». La revista internacional había sido publicada el 24 de febrero, el anteuúltimo día del Congreso y antes que el informe confidencial fuera publicado en occidente. *Estudios* había salido al público

11.- Maurice Thorez era una figura de gran prestigio debido a que representaba al heroico «Partido de los fusilados» con tantos mártires en la lucha contra la ocupación nazi. Personalmente Thorez era una figura familiar y querida para muchos comunistas en el mundo entero que leyeron su autobiografía titulada *Hijo del pueblo*. Traducida a diversos idiomas fue difundida como una biografía comunista ejemplar, una especie de «vida de santo» comunista. El pronunciamiento de Thorez acerca de lo sucedido en el XX Congreso y la revaloración de Stalin tenía un fuerte significado legitimador, simbólico y afectivo, para muchos comunistas, confundidos y afectados por el súbito derrumbe de la imagen que habían venerado como conductor ejemplar de su movimiento. Algunas de las ediciones de su autobiografía anteriores a 1956: *Fils du peuple* (Paris, Éditions sociales internationales, 1937 y Paris, Éditions sociales, 1954); *Ein Sohn des Volkes*, (Berlin, Dietz, 1951); *Son of the people* (London, Lawrence and Wishart, 1938); *Sin na naroda* (1950, ruso), *A zun fun folk* (Paris, 1950, yiddish), *El hijo del pueblo* (Montevideo, Ediciones Pueblos Unidos, 1940), *Hijo del pueblo* (Buenos Aires, Ediciones Espiga, 1945).

pocos días más tarde, cuando el tema ya se había destapado en la prensa internacional y local. Es más, en uno de los artículos se citaban a dos autoridades del comunismo internacional: el dirigente brasileiro Prestes y Stalin^[12]. La nueva revista teórica del PCU, supuesta expresión del viraje partidario y portadora de una actitud más seria y rigurosa a los temas de importancia ideológica, quedó así muy mal parada, eludiendo la cuestión que en ese momento más despertaba el interés de la opinión pública y más inquietaba a sus lectores comunistas. Esa no era, indudablemente, la impresión que los dirigentes comunistas uruguayos querían dejar con su nueva revista, ni ante la intelectualidad crítica de la izquierda ni ante sus propios militantes.

El problema más profundo de los comunistas uruguayos era ante sí mismos, ante el derrumbe de una imagen del líder perfecto que habían idealizado y venerado al igual que todos los partidos comunistas del mundo. Arismendi, por solo dar un ejemplo, al retornar del anterior Congreso del PCUS, el XIX, había expresado su admiración en estos términos: «las palabras de Stalin son diáfanas e insustituibles como la verdad misma...»^[13]. Y es que incluso el viraje del PCU en 1955, si bien criticando el culto a la personalidad de Gómez, fue sustentado con profusas citas de Stalin. El resquebrajamiento de la mítica figura de Stalin estaba cuestionando la fe de los comunistas alrededor del mundo. En el caso uruguayo se ponía a prueba en qué medida el PCU había logrado afirmarse durante los meses anteriores sobre su propio proceso de renovación ideológica y política y, sobre todo, su cohesión como una comunidad afectiva

capaz de superar unida un golpe moral de tal entidad, redefiniendo sus puntos de referencia simbólicos.

El antecedente de la destitución y expulsión de Eugenio Gómez había creado en el PCU un fuerte sustento ideológico y afectivo contra «el culto a la personalidad» que implicaba una predisposición a pasar del culto del líder mitológico soviético al culto del PCUS como institución vanguardia del proletariado mundial. Es importante mencionar que la consigna contra «el culto a la personalidad» ya había sido introducida en el XIX Congreso del PCUS, aún dirigido por Stalin, y que luego ésta había sido utilizada por Jruschov y sus aliados en las luchas intestinas, entre otras para deponer al temido Beria. Claro que venerar ahora al Partido que había encumbrado a Stalin en vez de venerar al líder infalible tampoco era una solución teóricamente correcta. A pesar de todo, ofrecía una «salida» aceptable para aquellos comunistas que psicológicamente necesitaban tener la certeza que alguien en Moscú tenía la guía de la verdad o la brújula revolucionaria en la mano, ya estaba forjando el mundo del mañana y alumbraría a los revolucionarios de otros pueblos el camino a seguir^[14]. No se trataba de una persona determinada, ya que un Marx o un Lenin no se repetirían. Al menos, no para aquellos comunistas que estaban efectuando el tránsito del culto de los líderes geniales al de las instituciones iluminadas.^[15]

14.- Esa necesidad psicológica se reflejaría luego en las disidencias comunistas que buscaban una fuente de poder y certeza alternativa en otros supuestos comandos generales de la revolución —Pekin, Tirana, La Habana—.

15.- Muchos de los que no realizaron ese tránsito fueron encontrando en Mao Tse Tung al supuesto líder genial que personificaba la conducción universal del movimiento comunista y era depositario de la verdad marxista-leninista. Creo que de ahí se desprende, y no sólo de la línea concreta de los maoístas, el carácter primitivo e infantil que tuvieron frente a los comunistas pro-soviéticos y frente a quienes evolucionaron a distintas variantes de comunis-

12.- Leopoldo Bruera, «El engrandecimiento del Partido Comunista, problema cardinal de la lucha liberadora», *Estudios*, 1, febrero-marzo de 1956, pp.48-49.

13.- «Un valioso documento político», *Justicia*, 9 de enero de 1953, p.4.

Pero, en aquel relato, sí era un colectivo, la dirección del PCUS, su Comité Central, que había conseguido superar, colectivamente, los errores acumulados por el culto a la personalidad de Stalin. Esa capacidad de auto-corrección se convertiría, en ojos de los creyentes que querían renovar su fe, en la prueba de la casi infalibilidad del PCUS. El partido leninista no era infalible, pero en caso de equivocarse, no tardaría en corregir el error por sí mismo. La victoria contra el nazi-fascismo, los proclamados éxitos en la construcción del socialismo, en el desarrollo de la URSS, en su política internacional que asistía eficazmente al proceso de descolonización de los pueblos asiáticos y africanos, eran los que le daban a la dirección del PCUS la autoridad simbólica para realizar la autocritica y corregir los errores.

El número 2 de la revista *Estudios* expresaba, con dos meses de atraso, la actualización de la línea del PCU, acorde con la mayoría del movimiento comunista internacional y con el pronunciamiento soviético en *Pravda*^[16]. Los comunistas uruguayos salían a responder «las tergiversaciones» y «mentiras» de «la prensa venal». Arismendi en un extenso informe ante una sesión del Comité Nacional ampliado abordaba casi todos los temas que interesaban al PCU en aquel momento, tomando en cuenta además las novedades ideológicas del XX Congreso, a la larga mucho más significativas para el futuro del movimiento comunista que la condena al culto a la personalidad de Stalin^[17]. Tras el mencionar los errores de Stalin admitidos por los soviéticos añadía Arismendi: «¿Significa esto que los comu-

nistas dejaremos de estudiar en las obras de Stalin tantas cosas útiles...?»^[18].

Días después de la sesión especial del Comité Nacional ampliado del PCU, en un acto público en el cine Astor, ante cientos de comunistas, el dirigente obrero Enrique Pastorino resumía muy bien la nueva línea comunista uruguaya en cuanto a la figura de Stalin^[19]. Había cometido errores, producto del culto a la personalidad y la dirección unipersonal, pero no se lo denigraba y se le reconocían sus méritos de dirigente revolucionario, de marxista-leninista, y su importante papel en la construcción y las victorias de la URSS, rescatándose así de la revisión crítica buena parte del idealizado pasado comunista soviético. La retórica de Pastorino es muy expresiva del ánimo con el cual los comunistas refutaban las críticas y las interpretaciones adversas: «¿Significa que Stalin aplicaba una política que no estaba regida, en lo fundamental, por los principios del marxismo-leninismo? De ninguna manera». En el informe de Arismendi, adoptado como resolución del Comité Nacional ampliado, se rechazaba la pretensión de Eugenio Gómez de presentarse como un fiel estalinista: «¿Qué tendrá que ver el nombre de Stalin, un marxista-

18.- Arismendi iba a mantenerse en esa convicción durante el resto de su vida. Si bien por razones de conveniencia política y de oportunidad las citas de Stalin iban a ir desapareciendo de sus textos publicados en los '60, siendo remplazados por citas de Lenin o por frases similares sin referencia. Sin embargo, en las ocasiones en que Arismendi tuvo que referirse expresamente a Stalin lo hizo considerándolo como un «personaje complejo» que junto a sus grandes «errores» tuvo en su haber «un enorme papel». En esta actitud fue consecuente toda su vida. En esos términos se pronunció incluso en una época mucho más tardía en la cual él mismo estaba apoyando a la Perestroika soviética. Álvaro Barros-Lémez, *Arismendi: forjar el viento*, Montevideo, Monte Sexto, 1987, pp.107-108.

19.- Enrique Pastorino, «Una mentira repetida mil veces sigue siendo una mentira. (El XX Congreso del PCUS según sus detractores). Intervención en el Cine Astor el 22 de mayo», *Estudios*, 2, abril-mayo 1956, pp.47-52.

mo nacional y/o al euro-comunismo.

16.- *Pravda*, el diario que oficiaba de órgano oficial del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética era considerado el portavoz más autorizado de Moscú.

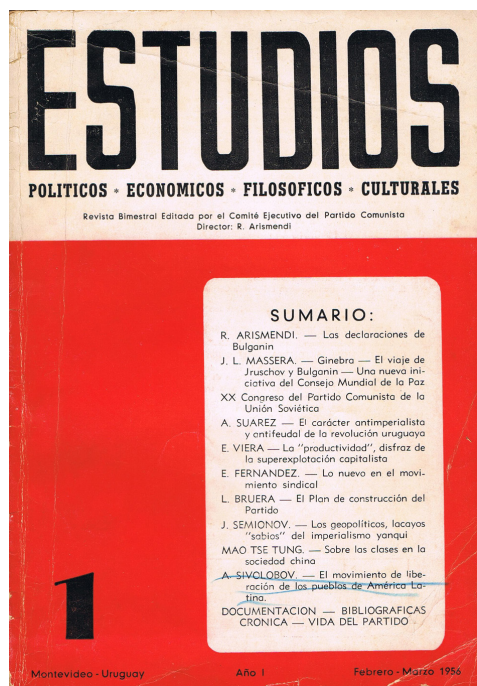
17.- Rodney Arismendi, «El XX Congreso del PCUS. Informe al Comité Nacional Ampliado del P. Comunista del Uruguay», *Estudios*, 2, abril-mayo de 1956, pp.15-45.

leninista y gran revolucionario, cuyo nombre está para siempre en la historia, con un nacionalista burgués anti-soviético, que quiso poner al Partido al servicio de sus intereses personales!». El PCU no se desprendía del símbolo de Stalin, simplemente lo reubicaba «en su lugar». Pastorino denunciaba la maniobra de Gómez: «tiende a utilizar un honesto sentimiento que existe en amplias masas y en el seno del Partido, de cariño por el camarada Stalin...». Un desprendimiento completo de Stalin por parte de los dirigentes del PCU podría abrir un flanco peligroso, dando pie a su propio líder depuesto a obtener apoyos entre quienes no asimilaban las denuncias de Jruschov.

A la larga, a partir de ese momento, el PCU iría pasando a Stalin del estrado a un patio interior, para luego, sin ceremonias ni escándalos, irlo enterrando casi en el olvido, en un depósito en el subsuelo de su conciencia, casi sin tocar el tema hasta la segunda mitad de los 80 cuando Gorbachov lo puso crudamente sobre la mesa del movimiento comunista internacional.

En realidad, entre los militantes del PCU había distintas actitudes hacia Stalin. Algunos fueron seriamente afectados y conmocionados ante el resquebrajamiento de la venerada figura de Stalin, en 1956 probablemente la mayoría de los comunistas uruguayos, otros ya con anterioridad habían expresado fuertes críticas hacia Stalin y el estalinismo, como es el notorio caso del dirigente sindical Gerardo Cuesta y el puñado de militantes comunistas proveniente de la breve experiencia de la Agrupación Socialista Obrera (A.S.O.)^[20]. Probablemen-

20.- Agrupación Socialista Obrera (1948-1953) se había constituido como un desgajamiento hacia la izquierda de un grupo de jóvenes socialistas y militantes sindicales independientes. La organización fue evolucionando y definiéndose como marxista revolucionaria primero, y marxista-leninista después, expresamente anti-estalinista y, a la vez, anti-trotskista. De ella se fueron desprendiendo militantes, varios de los cuales se incorporaron al PCU. La



Portada del primer número de *Estudios*, revista teórica del PCU, febrero-marzo de 1956 (Fundación Rodney Arismendi).

te había dirigentes y militantes con toda una variedad de posiciones intermedias y sentimientos encontrados. Al parecer, las discusiones sobre el lugar de Stalin y el culto a la personalidad fueron muy intensas a lo largo y a lo ancho del Partido. La posición oficial, el informe transmitido por Aris-

salida de Cuesta y de un grupo de obreros metalúrgicos fue un golpe del cual A.S.O. no logró recuperarse y acabó disolviéndose a fines de 1953. Cuesta se incorporó al PCU en 1954 teniendo reservas en relación al estalinismo soviético y sus reflejos en el PCU pero con la esperanza que se iniciaba una era de cambios en la URSS y en el movimiento comunista internacional. De acuerdo a Julio Rodríguez, antiguo compañero de ASO, en la época que Cuesta decidió incorporarse al Partido le comentó tras leer los estatutos del Partido, que estos «tienen un tufillo estalinista». Entrevista, octubre 2000. Sobre ASO, ver Gerardo Leibner, «La experiencia de A.S.O. (1948-1953): Fracaso político e impulso a la renovación clasista de la izquierda uruguaya», *Contemporánea. Historia y problemas del siglo XX*, 4 (2013), pp. 145-166

mendi y aprobado por el Comité Central, se aferraba a la posición soviética. Pero, de acuerdo a Niko Schvarz, en algunos casos fueron expresadas posiciones más críticas y profundas, que se atrevieron a ir más lejos en la crítica al estalinismo y sus causas y en otros casos expresiones de adhesión a Stalin incrédulas respecto a las denuncias en su contra^[21]. Schvarz recuerda expresiones muy críticas por parte de la profesora Lucía Sala en la discusión de la agrupación de los trabajadores de la prensa comunista, expresiones rechazadas por la mayoría. En otro caso, representativo del insólito pluralismo alcanzado en el proceso de discusión, el mismo Schvarz y el dirigente obrero portuario Félix Díaz fueron comisionados para trasladar el informe de la dirección del Partido a una asamblea de los comunistas de la ciudad de Rivera. Según recuerda Schvarz, en el informe y en el subsiguiente debate los dos representantes de la dirección del PCU expusieron opiniones divergentes.

La discusión amplia en los marcos partidarios puede haber actuado como amortiguadora de las conmociones causadas entre los comunistas. Según diversos veteranos entrevistados, a diferencia de lo habitual en el pasado del PCU nadie fue expulsado o formalmente sancionado por los puntos de vista sostenidos en estas discusiones. Tampoco encontré rastros de sanciones ni de amenazas de sanción en la prensa comunista de aquellos días. El PCU había aprendido bastante de la época de Gómez. Al menos aprendió a ser más tolerante con sus disidentes, mientras las disidencias fueran planteadas internamente, en los marcos del Partido, evitando así auto-destruirse ante cada discusión ideológica. Esto no significa que era fácil expresar opiniones divergentes en las reuniones del partido o que el disidente no tuviera que recurrir junto a su

honestidad intelectual a mucho coraje para expresarse ante sus camaradas y enfrentar en la discusión el prestigio de los dirigentes. El hecho que se realizaran discusiones internas reales y que estas no culminaran en expulsiones demuestra el éxito del viraje del año anterior en un aspecto muy importante de la vida del partido. Si bien las disidencias ideológicas pudieron causar alejamientos y dejaron cicatrices, no fueron en sí mismas causantes de «purgas». Sin duda, la «des-gomezación» del PCU fue más profunda y exitosa que la desestalinización del PCUS.

El PCU ante las tormentas del Este: Polonia y Hungría

Producto de las conmociones del proceso de desestalinización en los países del Este europeo el año de 1956 aún trajo varias tormentas que afectaron a los comunistas en todo el planeta. En Polonia surgieron protestas obreras en las que se conjugaban el descontento por la colectivización forzada de los campesinos que había causado escasez y carestía de alimentos en las ciudades industriales, con el descontento hacia el autoritarismo burocrático de los dirigentes estalinistas y el resentimiento nacionalista hacia el dominio soviético. El más dramático estallido fue en la ciudad de Poznan, en donde hubieron heridos y muertos en el curso de la represión de manifestaciones obreras. La imagen de obreros reprimidos en un país gobernado por comunistas^[22], amenazaba con romper o al menos resquebrajar los paradigmas en los que sustentaba la fe de los comunistas acerca del mundo del mañana socialista que estaba siendo construido en Europa Oriental.

Los acontecimientos en Polonia deri-

21.- Entrevista personal, septiembre 2000.

22.- El gobernante Partido Obrero Unificado era una confluencia de los viejos Partidos Comunista y Socialista bajo la hegemonía del primero.

varon en un vuelco político al interior del Partido de gobierno. Gomulka, un popular dirigente comunista que unos años antes fue acusado de desviaciones *titistas*, destituido de la dirección del Partido y encarcelado, fue reivindicado, reincorporado al Comité Central y designado Secretario General del Partido. La mayoría de los puntos de vista que habían acarreado su anterior destitución se convirtieron en política oficial. Gomulka consolidó la pequeña propiedad privada de la tierra, dando marcha atrás al proceso de expropiaciones y colectivización y dejando un amplio margen al mercado de alimentos complementario al abastecimiento central. Más aún, Gomulka proclamaba que las formas de desarrollo al socialismo de Polonia no debían ser una imitación de la soviética sino una vía propia^[23]. Para ello se basaba precisamente en una de las afirmaciones de las resoluciones del XX Congreso del PCUS, reivindicando a Yugoslavia como estado socialista había reconocido explícitamente la multiplicidad de vías y formas en la construcción del socialismo. Por otro lado, ante una delegación soviética, preocupada por manifestaciones de nacionalismo polaco, Gomulka reafirmó la permanencia de Polonia en el bloque del este europeo y sus buenas relaciones con la URSS.

La situación polaca se fue estabilizando, pero casi de inmediato se agudizó la crisis interna en Hungría, otra «democracia-popular» que afrontaba protestas populares. Los cambios al interior del partido de gobierno no conformaron a quienes protestaban en las calles. Por su parte, Imre Nagy, el nuevo dirigente comunista, se comprometió a no reprimir manifestaciones. Rápidamente, la apertura democrática se le fue

de las manos. En Hungría existía una pluralidad de movimientos políticos, algunos de los cuales percibieron que se podía voltear el régimen. Miles de manifestantes demandaban retirar las fuerzas militares soviéticas del territorio húngaro. Algunos dirigentes comunistas aceptaron los reclamos. Finalmente, el régimen comunista húngaro fue «rescatado» por la intervención de las fuerzas armadas del Pacto de Varsovia. En el violento acto de intervención militar los soviéticos forzaron la renuncia de los dirigentes del sector de Nagy y marcaron claramente los límites de la desestalinización para los países que del Este europeo. Reformas y vía propia al socialismo como en Polonia— sí, cambio de régimen y abandono de la alianza militar y política con la URSS— no.

Ante ambos casos, que se sobrepusieron cronológicamente entre los meses de julio y octubre de 1956, el Partido Comunista del Uruguay reaccionó en forma lenta y tardía ante eventos difíciles de procesar dentro de sus paradigmas ideológicos. La gran prensa uruguaya se hizo eco de la propaganda norteamericana al respecto. También los socialistas uruguayos procuraron utilizar los hechos en el marco de su batalla ideológica contra el PCU. Los tanques soviéticos reprimiendo en Hungría les valieron a los comunistas uruguayos muchas situaciones incómodas. Particularmente en debates dentro de sindicatos y de organizaciones estudiantiles. Para solo dejar un ejemplo, en enero de 1957 la XII Convención del Magisterio en la cual unos cien delegados representaban a unos 5000 maestros afiliados, incluyó en sus resoluciones enérgicas condenas a la agresión imperialista contra Egipto por parte de Gran Bretaña, Francia e Israel y a la intervención militar «rusa» en Hungría. Una moción distinta propuesta por el delegado Selmar Balbi, miembro del PCU, fue

23.- La mayor novedad política polaca era la participación de un segundo partido político en la coalición gobernante. El Partido Agrícola representaba, sin tapujos, los intereses sectoriales de los campesinos independientes.

descartada por amplia mayoría^[24].

A pesar de las inquietudes internas para procesar las desconcertantes noticias de países a los que imaginaban como armónicos constructores del socialismo las exageraciones, las especulaciones fáciles y las inexactitudes de la propaganda occidental permitía a los comunistas uruguayos simplemente negar veracidad a muchas informaciones ciertas, y elaborar un discurso justificativo que más allá de la apología servía para el contraataque ideológico. En un largo artículo, que refleja la modalidad polémica usada, Arismendi aprovechaba en forma habilidosa las inexactitudes y simplificaciones de la gran prensa montevideana (*El Día*, *El País* y *Acción*) en torno a los sucesos polacos y húngaros desvirtuando los argumentos en contra del comunismo, poniendo también en duda toda la información brindada por medios de comunicación occidentales^[25]. Ese método iría a ser uno de los más usados en las polémicas internacionales en la prensa comunista uruguaya en los años siguientes. Su eficacia no estaba tan sólo en la polémica hacia afuera, hacia los rivales ideológicos o hacia una supuesta opinión pública neutral, sino en que inmunizaba a los propios comunistas ante las informaciones propagadas por los medios de comunicación rivales. «Como se le iba a creer a la propaganda anti-soviética de unos diarios que decían tales barbaridades y demostraban tal ignorancia», es la explicación dada por un veterano militante ante la pregunta de cómo las informaciones acerca de las persecuciones a disidentes no habían corroído su absoluta confianza en la URSS^[26]. Las «barbaridades» a las que se

refería y que le habían quedado en la memoria habían sido publicaciones propagandísticas, falsas o al menos muy inexactas, de cómo en la URSS se separaba a los hijos de sus padres y se saboteaban las relaciones familiares. Ni que hablar del argumento más difundido aún entre los propios militantes comunistas que quién mentía y justificaba las intervenciones yanquis en América Latina no podía decir verdades en cuanto a los lejanos países socialistas.

Lo que más le costaba al PCU enfrentar, tanto para fines de su propia elaboración como para incrementar su influencia entre la intelectualidad de izquierda, era la publicación de documentos polémicos del mundo socialista en las páginas del semanario *Marcha*, tribuna de intelectuales de izquierda, así como opiniones divergentes de dirigentes europeos o de reconocidos intelectuales pro-comunistas^[27]. Ante ese tipo de informaciones y de enfoques sí que el PCU sufría un grave atraso en sus respuestas debido a la habitual lentitud de respuesta de los soviéticos y de *Pravda*, de cuya línea Arismendi no se quería apartar. Por lo tanto, la prensa comunista uruguaya no siempre respondía ante noticias y documentos políticos desconcertantes como los informes de Gomulka, de Tito, etc. Ese atraso sobresalía más aún ante los esbozos de matices y divergencias de los comunistas europeos, inmediatamente reproducidos y comentados por un semanario como *Marcha* siempre muy atento a las novedades internacionales^[28].

Sin embargo, Arismendi y José Luis Mas-

24.- *El Sol*, 18 de enero de 1957, pp.2 y 6.

25.- Rodney Arismendi, «No se engañen, señores... Polonia seguirá siendo socialista. Algunas puntualizaciones más en torno a los acontecimientos de Polonia y Hungría», *Estudios*, 3-4, agosto-noviembre de 1956.

26.- Entrevista personal, septiembre 2000.

27.- Por ejemplo: Boris Souvarine, «El 'testamento' de Lenin ya es oficial», *Marcha*, 13 de julio de 1956; «El discurso de Gomulka», *Marcha*, 1 de noviembre de 1956; «Después de Budapest. Habla Sartre», *Marcha*, 16 de noviembre de 1956; «Tito Levanta la Cortina de Hierro», *Marcha*, 30 de noviembre de 1956.

28.- Por ejemplo, el agudo análisis en «Los poco amables dialogados intercomunistas», *Marcha*, 8 de julio de 1956.

sera, los ideólogos del PCU, utilizaban las tormentas de la Europa del Este para destacar, ante los lectores comunistas, los avances que había implicado el XX Congreso del PCUS interpretando sus decisiones de forma más benevolente que lo que los soviéticos solían admitir. En el mencionado artículo, por ejemplo, Arismendi resaltaba el caso polaco y no el húngaro, e interpretaba favorablemente el proceso: «Los cambios sobrevenidos en Polonia ahondan el proceso democrático en ese país dentro del marco de la construcción del socialismo y del poder estatal democrático-estatal». O sea, la cuestión no era revisar críticamente lo que se apoyó en el pasado sino hacer hincapié en los procesos positivos del presente, que apuntaban a un futuro mejor. Ese énfasis, resaltando lo positivo y prometedor de lo nuevo sin detenerse en la crítica del pasado, sintonizaba bien con el ánimo generalizado de los comunistas uruguayos que no querían demorarse en analizar la época anterior de Gómez, ya superada, ni hacer una y otra vez las cuentas de ese doloroso pasado, apostando así, por el proyecto de reconstrucción del Partido al que estaban abocados. De esta manera y dando cierta libertad de cuestionamientos y discrepancias dentro de los marcos y las instancias partidarias internas a los camaradas que tenían dudas respecto a Polonia o Hungría, se superaban en el PCU eventos que en otros partidos comunistas creaban conmociones y hasta desgajamientos. Eso sí, la posibilidad de expresar libremente opiniones disidentes dentro del Partido no se extendía al uso de la prensa partidaria. Las normas del centralismo democrático seguían vigentes y eran rigurosamente aplicadas. La dirección del Partido rechazó la solicitud de algunos militantes de publicar en *El Popular* opiniones divergentes sobre la intervención militar soviética en Hungría. Alberto Suárez, Secretario Nacional de Organización, justi-

ficó tajantemente dicha negativa^[29].

Las narrativas apologéticas que siempre justificaban las posiciones y actuaciones oficiales del PCUS iban acompañadas de una interpretación algo más flexible que las habituales interpretaciones soviéticas. José Luis Massera, por ejemplo, dedicó una serie de tres artículos en para explicar los sucesos en Hungría^[30]. Tras presentar en las dos primeras notas una versión de los hechos bastante propagandística, justificadora de la necesidad de la intervención soviética y denunciando la injerencia conspirativa de fuerzas externas junto a reaccionarios locales, en la tercera nota bajo el título de «Los errores que ayudaron a nuestros enemigos», Massera criticaba los errores en el proceso de construcción del socialismo húngaro. Éste había descuidado la producción de bienes de consumo a favor del desarrollo veloz de la industria pesada despertando el descontento en la población cuyo nivel de vida no mejoraba: «A esto iba unida la copia servil de la experiencia de experiencias y métodos que había aplicado con éxito la Unión Soviética, pero en condiciones políticas enteramente diferentes; este calco mecánico no sólo era un absurdo en sí sino que irritaba profundamente los sentimientos nacionalistas. En fin, hubo una deformación de la esencia de la dictadura del proletariado, que se tradujo, por un lado, en restricciones indebidas a la democracia so-

29.- Alberto Suárez, «Balance positivo de un importante debate», *Estudios*, 8, marzo de 1958, p.76: «Nuestra prensa es tribuna de defensa, exaltación y divulgación del marxismo-leninismo. La verdad se halla —o a ella nos acercamos— iluminando la realidad con los principios marxistas leninistas, utilizando nuestra doctrina y nuestro método de pensamiento y análisis, por ser el único realmente justo. Los camaradas que en aquellos momentos sufrieron esta confusión, seguramente valoran hoy la justeza de la posición del Partido, al negarse a que nuestra prensa divulgara una línea ajena al marxismo-leninismo».

30.- *El Popular*, 2 de febrero de 1957, p.3; 3 de febrero de 1957, p.3; 6 de febrero de 1957, p.3.

cialista y en represiones injustificadas...». Esencialmente era la misma crítica admitida por los soviéticos y por los comunistas húngaros que quedaron con la conducción del país. Más aún, a esta crítica del pasado estalinista seguía una del viraje conducido por dirigentes comunistas húngaros como Nagy y los intelectuales del círculo Petofi que «emprendieron el camino de denigrar todo el pasado y de propugnar una ‘democratización’, qué al no distinguir entre el pueblo y sus enemigos, de hecho, abría las puertas para una acción frontal destructora del régimen socialista». Sin embargo, los términos utilizados por Massera eran bastante más audaces. Mientras aquellos, de Jruschov en adelante, criticaban la «copia mecánica» de experiencias y modelos de un país a otro, jamás utilizaban un término como «servil» para referirse a quién los había copiado aún en el período estalinista.

El extremismo anti-comunista ofició como el mejor factor coagulante para que los comunistas uruguayos se sobrepusieran a desgarramientos internos debidos a la tormenta húngara. Las dudas propias y las críticas desde la izquierda incomodaban a muchos miembros del PCU, particularmente a los ligados al ámbito universitario e intelectual. Pero, el atentado incendiario contra la delegación soviética en Montevideo en noviembre de 1956 realizado por un grupo de ultra-derecha con la participación de emigrados húngaros actuó de elemento cohesionador que empujó a los comunistas vacilantes a cerrar filas tras la dirección de su Partido y, con ella, tras el PCUS^[31].

31.- Al menos Julio Rodríguez, un intelectual que entonces oficiaba de traductor para la legación soviética y por lo tanto había suspendido sus actividades partidarias (una norma establecía la incompatibilidad entre el trabajo asalariado en las representaciones diplomáticas de los países socialistas y la militancia en el PCU), dijo haber estado a punto de renunciar a su trabajo y cuestionar la posición del PCU respecto a Hungría. Pero, tras el atentado, se sintió moralmente obligado a continuar en su trabajo y no

Bienvenida la vía pacífica (si el enemigo no acude a la violencia)

El XX Congreso del PCUS fue clave para la historia del Partido Comunista del Uruguay por haber abierto expresamente la posibilidad a cada partido comunista de elaborar por sí mismo una estrategia política acorde a las condiciones que consideraban específicas de su país. Declarando que el tránsito revolucionario hacia el socialismo revestiría variadas formas en distintos países y momentos históricos, el XX Congreso del PCUS, estaba legitimando una ya existente variedad en cuanto a los procesos de la toma del poder y la conformación de Estados que construían el socialismo en Europa Oriental y en Extremo Oriente. Una importante descentralización estratégica que luego se procuraría balancear. Los dirigentes comunistas necesitaban superar las limitaciones derivadas de los intentos por repetir o copiar mecánicamente las anteriores experiencias soviéticas en la organización de la producción y la distribución y en las instituciones sociales y culturales. En la esfera política, desde el arranque, las llamadas «democracias populares» portaban características distintas a la organización política soviética. En algunos casos el partido único no se llamaba comunista, sino que era el resultado de la fusión de aquel con otros de izquierda que fueron hegemonizados por aquellos^[32]. La reconciliación de Jruschov con Tito unos meses

hacer pública su crítica. Entrevista personal, octubre 2000.

32.- Partido Obrero Unificado en Polonia, Partido Socialista Unificado en Alemania Oriental (RDA), Partido del Trabajo de Albania, Partido Socialista Obrero Húngaro. En Checoslovaquia, Rumania y Bulgaria gobernaban partidos denominados comunistas. Y en Yugoslavia, tomando en cuenta la necesidad de un federalismo nacional y regional con la idea de la autogestión obrera, supuestamente menos centralista que el sistema soviético, el partido gobernante no se reclamaba como tal sino como Liga de los Comunistas de Yugoslavia.

antes implicaba un reconocimiento a la legitimidad de la vía yugoslava al socialismo que precisamente se autoproclamaba original. También los comunistas chinos, que pocos años después iban a polemizar con lo que consideraban una revisión negativa de los postulados del marxismo-leninismo por parte del XX Congreso, se mostraron contentos en principio de tener las manos libres, desde el punto de vista de la legitimidad doctrinaria que otorgaba el PCUS, para ensayar sus propios caminos. Y por lo tanto aplaudieron al XX Congreso, aunque luego lo negaron^[33].

La innovación doctrinaria más relevante para el PCU era la referencia explícita a la posibilidad de la vía pacífica de tránsito al socialismo. Se trataba de la adopción por parte de los soviéticos de un reclamo que venían haciendo los dos grandes partidos occidentales, el PC francés y el italiano. Para los comunistas uruguayos, que se encontraban en las primeras etapas de un debate ideológico, estratégico y programático en torno a las perspectivas de la revolución uruguaya, ésta posibilidad legitimada por el PCUS era una novedad auspiciosa que les permitiría, tal vez, trazar una estrategia acorde con las tradiciones democráticas, cívicas y relativamente pacíficas del país, tradiciones muy ancladas en las sensibilidades de la mayoría de los uruguayos.

Así presentaba Arismendi la novedad ideológica en su informe al Comité Nacional ampliado: «en las nuevas condiciones mundiales, no es obligatorio que la revolución socialista sea siempre acompañada por la guerra civil, es decir, por la insurrección y la lucha armada subsiguiente. En algunos países, dentro de determinadas circunstancias, es posible la transición pacífica e in-

clusive, la utilización del Parlamento para el pasaje al socialismo»^[34]. Arismendi era muy cauteloso al presentar la nueva posibilidad estratégica. Tras mencionar antecedentes en los que Marx y Engels habrían considerado que en casos excepcionales la vía electoral y parlamentaria podría conducir a una transformación revolucionaria, Arismendi recordaba como Lenin había salido resueltamente al cruce tanto del abierto «revisionismo anti-marxista de los socialdemócratas» como de quienes procuraron aferrarse a los posibles casos excepcionales mencionados por Marx y Engels para renunciar a la revolución. Al fin y al cabo, precisamente en esa discusión residía una de las principales divisiones históricas que separaron a los comunistas de los socialistas. No se trataba ahora de admitir las posiciones de los socialistas. Arismendi aclaraba: «la diferencia sustancial entre comunistas y reformistas no consistió nunca, primordialmente, en el uso de la insurrección armada como un instrumento de la revolución socialista, sino en la realización o no de esa revolución». Por si con lo anterior no quedaba suficientemente claro, Arismendi se refería por revolución no a los métodos sino «a la sustitución o no de las relaciones capitalistas de producción» y «a la elevación o no del proletariado a la condición de fuerza dirigente de la sociedad». Rechazando toda noción de revisionismo ideológico en las nuevas tesis, Arismendi explicaba que estas «corresponden a la nueva correlación de fuerzas mundiales; no son la revisión del marxismo-leninismo, sino su más clamorosa victoria», admitiendo que 20 años antes, previa a la configuración de un amplio campo de países constructores del socialismo, las mismas tesis hubieran significado una claudicación revisionista.

33.- La traducción de un artículo muy sintetizador de la discusión del Comité Central del PC de China fue publicada en *Estudios*. «Sobre la experiencia histórica de la dictadura del proletariado», *Estudios*, 2, abril-mayo de 1956.

34.- «El XX Congreso del PCUS. Informe al Comité Nacional ampliado del Partido Comunista», *Estudios*, 2, abril-mayo de 1956, p.33-36.

Arismendi, y tras él la mayoría en el PCU, abrazó la nueva posibilidad con claras reservas. Mientras otros, al menos dos miembros del Comité Nacional del PCU, propusieron durante las discusiones programáticas y estratégicas de los meses siguientes la adopción de la vía pacífica como «la vía uruguaya al socialismo»^[35], Arismendi advirtió que tan sólo se trataba de «una posibilidad». Al no comprometerse con la vía pacífica ante la incertidumbre de ciertos parámetros futuros, la resolución final permitió coexistir en un mismo partido tanto a quienes se inclinaban entusiasmados por la vía pacífica como a quienes, guardianes de la ortodoxia, seguían aferrados a la idea original de los comunistas: que la revolución tendría las formas y no sólo los contenidos de una revolución.

Los argumentos de Arismendi no eran tan sólo una ambigüedad calculada para mantener la unidad partidaria ni una especie de hábil oportunismo. Él consideraba a la perspectiva de una vía pacífica en el Uruguay como dependiente de determinadas condiciones. Primero, del poderío de las fuerzas revolucionarias y su núcleo conductor. Para que «la clase obrera aliada al campesinado, a los intelectuales, y al frente de todas las fuerzas patrióticas» pueda realizar transformaciones sociales radicales desde una fuerte mayoría parlamentaria, «la clase obrera y su Partido» tendrían que ser «la fuerza rectora del proceso revolu-

cionario». Aun así, la materialización de esa posibilidad no dependía de la propia voluntad de los revolucionarios, sino de la situación «objetiva», correlación de fuerzas y dinámicas vigentes en determinados momentos, en tres contextos relevantes: el nacional, el latinoamericano y el mundial. Muy consciente de la fuerte tradición democrática uruguaya, de la importancia de ubicarse dentro de ella y de la oportunidad creada por la nueva tesis acerca de la posible vía pacífica y parlamentaria, Arismendi argumentaba que el PCU se pronunciaba «por el camino menos doloroso de transición al socialismo». Sin embargo, había que tomar en cuenta que «nuestro pueblo como todos los pueblos de Latinoamérica deben combatir contra el reinado del terror y la violencia que el imperialismo yanqui procura extender a todo el continente». Mencionando las «dictaduras terroristas» sostenidas por los EEUU y las fuerzas regresivas latinoamericanas, recordando el caso de Guatemala y el maccarthismo en general, Arismendi culminaba esos pasajes llamando la atención hacia el peligro de «la prédica de la persecución por ideas» y contra las libertades y derechos sindicales de los grandes periódicos de la derecha uruguaya. El PCU prefería la vía democrática, pacífica y parlamentaria, pero reconocía la existencia de fuerzas externas e internas que eventualmente procurarían cerrar el paso a tal posibilidad. En otras palabras, el uso de la violencia no dependería tan sólo de la propia voluntad de los comunistas sino de la reacción de sus opositores.

Conclusión: un año de redefiniciones

1956 resultó ser un año mucho más complejo y difícil que el imaginado por los comunistas uruguayos. La reconfiguración de su estrategia nacional tuvo que ser acompañada con el viraje del PCUS y con

35.- Suárez se refería expresamente a la existencia de dicha posición en las discusiones del PCU: «...opiniones de camaradas que impacientes, querían declarar como único camino válido, el camino pacífico; en su afán de destruir la rémora dogmática, caían —sin quererlo y sin pensarlo— en las redes del revisionismo». Alberto Suárez, «Balance positivo de un importante debate», *Estudios*, 8, marzo de 1958, p.73. He aquí otra expresión del gran cambio operado en relación al pasado cercano bajo el liderazgo de Gómez. Ahora si bien las posiciones divergentes eran criticadas y catalogadas como desviaciones, ya no se dudaba de la integridad de quienes las habían sostenido. Por lo tanto, tampoco se les sancionaba o expulsaba.

redefiniciones ideológicas y estratégicas de todo el movimiento comunista. El PCU encontró las soluciones y equilibrios que le permitieron sortear los peligros de la incertidumbre y la posible dispersión ideológica y política en una coyuntura tal. Tanto en la actitud adoptada ante Stalin como ante las conmociones de Polonia y Hungría y la adopción condicionada de la posible «vía pacífica» resalta la tendencia a balancear las posiciones novedosas con precauciones ancladas en el dogma y en la cultura política anterior. Pareciera que indepen-

dientemente de la evaluación concreta de cada línea política elaborada durante 1956, la capacidad de virar de manera balanceada preservó la unidad partidaria y permitió el viraje. Los debates estratégicos de 1956 proveyeron los insumos para la que sería la estrategia del PCU en su período de mayor auge político 1955-1973^[36], estrategia mediante la cual el PCU se iba a transformar de un pequeño partido sectario en un partido de masas, hegemónico en el movimiento obrero uruguayo y determinante en el proceso de unidad de las izquierdas.

36.- Estrategia redactada como tal en la Declaración Programática del PCU en 1957.

El Partido Comunista de España, el giro de 1956 y la *lectura* selectiva del XX Congreso

*The Communist Party of Spain (PCE), the 1956 turn and the
selective reading of the 20th Congress*

Francisco Erice
Universidad de Oviedo

Resumen

Las reacciones al XX Congreso soviético por parte de los comunistas españoles estuvieron marcadas por la situación de ilegalidad a la que los sometía la dictadura franquista y por el despliegue casi simultáneo de la Política de Reconciliación Nacional. La lectura española del XX Congreso asumió de forma preferente lo que avalaba esta política (la coexistencia o la vía pacífica al socialismo), y con mayores dificultades lo referente a las críticas a Stalin. No sin cautelas, lentitud y contradicciones, se iniciaba un proceso de autonomía con respeto al modelo soviético que iría cristalizando, por necesidades prácticas, en los años sucesivos.

Palabras clave: XX Congreso, Desestalinización, Reconciliación Nacional, Partido Comunista de España, Informe Secreto.

Abstract

The reactions of the Spanish Communists to the 20th Soviet Congress were marked by the illegal status to which Franco's dictatorship subjected them and by the almost simultaneous emergence of the Policy of National Reconciliation. The Spanish reading of the 20th Congress was prepared to accept what this policy advocated (coexistence or the peaceful road to socialism), and had greater difficulties with the criticisms of Stalin's errors. Not without caution and contradictions, a slow process of autonomy, respectful of the Soviet model, would take shape in the following years.

Key words:- 20th Congress, de-Stalinization, National Reconciliation, Communist Party of Spain, Secret Speech

La primera recepción en España. XX Congreso y Reconciliación Nacional

Podemos señalar al menos dos elementos que condicionan de manera especial y singularizan la recepción del XX Congreso y sus derivaciones por parte de los comunistas españoles: la existencia de una dictadura que convertía al PCE en una organización clandestina y severamente perseguida, y la coincidencia del evento soviético con el «giro táctico» del partido español en 1956, plasmado en la denominada Política de Reconciliación Nacional (RN). Por lo que atañe al primer factor, el PCE era, por entonces, un pequeño partido de apenas unos cuantos miles de militantes, repartidos entre el exilio (Francia, México, Unión Soviética, etc.) y grupos reducidos del interior, a menudo dispersos o ligados entre sí por lazos flexibles, pese a los progresos recientes obtenidos entre sectores de obreros, intelectuales o estudiantes. La represión, aun superados los peores excesos de la postguerra, seguía siendo muy intensa. Ser comunista significaba, en la España de 1956, arriesgarse a todo tipo de represalias, despidos, detenciones, torturas, consejos de guerra (por «rebelión militar») y a veces largos años de cárcel. El número de presos políticos de esta ideología superaba seguramente el millar y todavía en noviembre del mencionado año, aprovechando el impacto de los acontecimientos de Hungría, el régimen conducía ante un pelotón de fusilamiento al militante del partido Ricardo Beneyto.

Sin embargo, algo empezaba a moverse dentro del país. Síntoma de ello eran los conflictos estudiantiles de febrero y luego algunas tímidas huelgas, suficientes en todo caso para despertar la siempre sensible fibra voluntarista de la dirección del PCE y la convicción de que —como aventuraba Santiago Carrillo— «la crisis del fran-

quismo» había quedado «planteada abiertamente en medio de la calle»^[1].

Las propuestas de Reconciliación Nacional, que habían ido madurando en los meses anteriores, bastarían por sí solas para justificar el entusiasmo de la dirección del PCE ante las tesis jruschovianas^[2]. No en vano la coexistencia y la posibilidad de un paso pacífico al socialismo parecían encajar como un guante en una táctica política que proponía poner fin a la dialéctica de guerra civil mantenida por el régimen y sentar las bases de un cambio sin violencia del franquismo a la democracia.

En ese sentido, las primeras manifestaciones de los órganos de expresión comunistas subrayaban precisamente estos aspectos del «nuevo curso» soviético y su coincidencia con los planteamientos que el PCE estaba elaborando. Así sucedía, por ejemplo, en las informaciones de Radio España Independiente (la Pirenaica), la conocida emisora del PCE que, apenas concluido el congreso, aseguraba que las nuevas tesis ayudarían a desvanecer los temores de las fuerzas no comunistas a comprometerse en la lucha por la democracia en España^[3]. Parecidos argumentos pueden encontrarse en la prensa escrita del partido en los meses siguientes, por ejemplo en los semanarios *España*, editado en París, o *España Popular*, que se publicaba en México. Al mismo tiempo, iban apareciendo las primeras referencias al otro asunto fundamental del congreso: las críticas del «culto a la personalidad» y los «errores de Stalin». Tan espi-

1.- Santiago Carrillo, «La lucha del pueblo español contra el franquismo», *Mundo Obrero* (en adelante, *MO*), febrero de 1956.

2.- Véase Francisco Erice, «Los condicionantes del giro táctico del PCE en 1956. El contexto de la Política de Reconciliación Nacional», *Papeles de la FIM*, 24, 2ª época (2006), pp. 129-150.

3.- «Editorial. Un Congreso histórico», Emisiones R.E.I., vol. 120, 25 de febrero de 1956, 1ª emisión, Archivo Histórico del PCE (AHPCE).



V Congreso del PCE, celebrado en Bucarest en 1954 (Foto: Archivo Histórico del PCE).

noso tema se abordaría, en estos momentos iniciales, con particular prevención, bien limitándose a recoger escuetamente las formulaciones de los documentos congresuales públicos, bien desmintiendo supuestas «calumnias» sobre el alcance de las censuras a Stalin. Ambos periódicos incorporaron pronto referencias al culto a la personalidad, y *España Popular*, en concreto, se apresuró a rechazar «insidias» de la prensa burguesa como ésta: «En una de estas informaciones tendenciosas se dice que el camarada Jruschov lanzó tremendos cargos contra el camarada Stalin en un discurso pronunciado en el XX Congreso del PCUS»^[4].

Mejor conocedora de los hechos, la Pi-

renaica reconocía pronto la existencia del citado informe, presentado «en una sesión especial», no publicado y «que se está discutiendo ampliamente en las asambleas de comunistas y sin partido en toda la URSS»; del cual —añadía— se tergiversaban interesadamente las críticas, a la vez que se silenciaban los logros mostrados en el congreso. Al mismo tiempo, la emisora utilizaba declaraciones de Togliatti censurando el culto a la personalidad y la ausencia de dirección colectiva, cuestionando algunas tesis de Stalin y a la vez puntualizando que el georgiano había sido, pese a ello, una gran figura que no podía borrarse de la historia. El corolario era que los dirigentes soviéticos habían mostrado su valentía con esta autocrítica y que los comunistas no debían dejarse arrastrar por los intentos de descré-

4.- «Aspectos de un gran congreso», *España*, 8 de marzo de 1956. «Los documentos del XX Congreso. La posibilidad de evitar la guerra» y «Una campaña de insidias», *España Popular*, 16 y 23 de marzo de 1956.

dito puestos en marcha por el enemigo^[5].

También *Mundo Obrero*, el periódico oficial del partido, dedicaba parte fundamental de sus números de marzo, abril y mayo-junio a glosar los resultados del histórico cónclave. El primero se iniciaba con el saludo, a toda página, de la secretaria general del PCE al congreso, enfatizando que sus acuerdos ayudaban a los comunistas españoles a superar las «concepciones estrechas y sectarias» y a facilitar el entendimiento con los trabajadores de distintas ideologías y con la «burguesía nacional»; ante el PCE se abrían, según Dolores Ibárruri, nuevas perspectivas, en un momento en que la crisis del franquismo se agudizaba. En esa misma entrega, otro artículo comentaba la «previsión leninista» de la diversidad de vías al socialismo, puntualizando que las nuevas tesis contribuían a disipar el temor albergado por algunos antifranquistas de que el derrocamiento de la dictadura «entraña una especie de Noche de San Bartolomé para los burgueses españoles»^[6].

En abril, *Mundo Obrero* reproducía un artículo de *Pravda* sobre el culto a la personalidad, con acusaciones a Stalin por haberlo potenciado, pero reconociendo a la vez los méritos del dirigente en el proceso de construcción del socialismo. Otro texto, firmado por Dolores, defendía la posibilidad de la vía al socialismo basada en una amplia alianza de fuerzas obreras capaz de atraer a su órbita a sectores de la pequeña burguesía y las clases medias, combinando

la acción parlamentaria con la movilización de masas^[7].

El número siguiente del órgano comunista recogía la valoración del Congreso aprobada por la dirección del PCE que, tras señalar los grandes éxitos del socialismo o la política de paz de la URSS, subrayaba nuevamente la aplicabilidad a España de las resoluciones. Arremetía luego contra el culto a la personalidad como desviación del marxismo-leninismo, por rebajar el papel de la organización partidaria y de las masas, y llamaba a la vigilancia contra tal deformación, a la vez que se preservaba «la unidad ideológica y política de nuestro Partido»^[8].

En definitiva, los cambios del XX Congreso venían a avalar las políticas que el PCE ya había comenzado a desarrollar. Por ello, presentar la RN como mero reflejo de «los nuevos aires que vienen de Moscú» resulta cuando menos simplificador^[9]. Lo cierto es que el «giro táctico» de 1956 se asentaba sobre análisis (fueran o no correctos) y se proyectaba en propuestas plenamente incardinadas en la realidad española, con las heridas de la Guerra civil aún en carne viva, y se había ido gestando con anterioridad al XX Congreso que, en todo caso, permitió y facilitó su despliegue. Los mismos contenidos particulares de la propuesta jruschoviana (dirección colectiva, coexistencia, diversidad de vías —incluido el camino pacífico— al socialismo, etc.) no

5.- «Editorial. En torno a una campaña», «Togliatti sobre el XX Congreso» y «Fragmento de discurso de Togliatti sobre consecuencias negativas del culto a la personalidad», Emisiones R.E.I., vol. 122, 28 de marzo de 1956 (2ª emisión), 21 de marzo de 1956 (3ª emisión), y 30 de marzo de 1956 (3ª emisión), AHPCE.

6.- «Saludo de Dolores Ibárruri al XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética» y «Aportaciones teóricas del XX Congreso del P.C.U.S. La posibilidad de utilizar la vía parlamentaria como una de las formas de paso al socialismo», por Víctor Velasco, *MO*, marzo de 1956.

7.- «¿Por qué el culto a la personalidad es ajeno al espíritu del marxismo-leninismo? (Artículo publicado en *PRAVDA* del 28-3-1956)», y «Reforzar la unidad de las fuerzas que luchan por impedir una nueva guerra», por Dolores Ibárruri, ambos en *MO*, abril de 1956.

8.- «Resolución del Buró Político del Comité Central del Partido Comunista de España sobre el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética», *MO*, mayo-junio de 1956.

9.- Así lo hace, por ejemplo, Víctor Alba, *El Partido Comunista de España. Ensayo de interpretación histórica*, Madrid, Planeta, 1979, p. 297.

resultaban, en sí mismos, estrictamente novedosos en su formulación, ni siquiera en España. A modo de ejemplo, en julio de 1955, Dolores Ibárruri, escribiendo sobre la reconciliación de la URSS con Yugoslavia, recordaba que los procesos de transformación socialista, aunque semejantes en el fondo, podían adoptar formas muy diversas. Meses más tarde, Carrillo defendía la controvertida entrada de España en la ONU como «un triunfo de la política de paz y de coexistencia encabezada por la Unión Soviética». Y podemos remontarnos al menos a 1952, a la «Carta del Comité Central a las organizaciones y militantes del Partido», para encontrar menciones a la «dirección colectiva», el rechazo del «orden y mando» y los llamamientos al «trabajo colectivo»^[10].

Carece, por tanto, de sentido plantearse si este viraje fue consecuencia de la adecuación forzada a la nueva línea consagrada en la URSS; pero sí lo tiene especular sobre si hubiera resultado viable a contrapelo de ella, dados los estrechísimos lazos políticos y psicológico-afectivos, de dependencia y afinidad del PCE respecto al PCUS. Carrillo asegura en sus *Memorias*, pretendiendo resaltar la independencia del PCE, que se les advirtió (sin precisar quién ni cómo) que la expresión «reconciliación nacional» encajaba mal en los escritos de Lenin, pero, al aprobar los españoles las resoluciones del XX Congreso, el aviso no pasó de tal, y personalmente Jruschov, «sin meterse en honduras ideológicas, nos hizo sentir su simpatía»^[11].

Hubo, en todo caso, una primera in-

terferencia del nuevo rumbo soviético en los conflictos internos de la dirección que atravesaba el PCE y que, como es sabido, se desencadenaron desde finales de 1955, con la discrepancia de posturas en torno a la admisión de España en la ONU, por cierto avalada por la URSS. La publicación de un artículo de Carrillo favorable al ingreso, contra la opinión de la mayoría del grupo dirigente, representaba una vulneración evidente de las normas de funcionamiento del partido y ponía en evidencia la fractura entre el sector más joven del *aparato*, que controlaba desde París el trabajo en el interior de España, y el más veterano, que habitualmente residía en la Europa del Este. Para solventar las diferencias, tendría lugar una reunión del Buró Político, que se desarrolló en dos momentos y lugares sucesivos: en Moscú, con ausencia de algunos de sus miembros, en los meses de febrero y marzo de 1956, y en Bucarest, a lo largo de varias semanas de abril y mayo.

En la reunión de Moscú no estaba presente Santiago Carrillo, asumiendo Fernando Claudín la defensa de sus posturas. En un principio, Dolores se manifestó como abanderada de los principios de «dirección colectiva», censurando que la Comisión del Interior que funcionaba en París marginara a algunos dirigentes y fuera incluso conocida, significativamente, como «el aparato de Santiago». A este propósito, recordaba que el XX Congreso «debe servirnos para corregir los métodos viciosos existentes en la dirección del Partido». Por su parte Claudín, devolviendo sutilmente las incriminaciones, subrayaba que también el PCE había practicado el culto a la personalidad y que sin embargo Dolores, a quien se cuidaba de no señalar directamente como culpable, había contribuido poco a su corrección^[12].

10.- «Aproximaciones», por Dolores Ibárruri, *MO*, 15 de julio de 1955. «Sobre la entrada de España en la O.N.U. La política de coexistencia es una ayuda a las fuerzas antifranquistas y de paz», por Santiago Carrillo, *MO*, enero de 1956. «Sobre la necesidad de órganos de dirección colectiva», *MO*, 31 de enero de 1953.

11.- F. Erice, «Los condicionantes del giro táctico». S. Carrillo, *Memorias*, Barcelona, Planeta, 2007, 2ª ed., p. 495.

12.- «Reunión del Buró Político del Partido Comunista de España. Abril-mayo de 1956», Documentos del PCE, AHP-CE. Incluye las actas de las discusiones previas en Moscú.

Claudín ha recordado posteriormente que, a lo largo de las sesiones de Moscú, la posición beligerante de Dolores sufrió una evidente mutación, que él atribuye al conocimiento, por parte de la secretaria general, del Informe Secreto sobre Stalin. El cambio de actitud se confirmaba al reanudarse las discusiones en Bucarest, esta vez con presencia de Carrillo, quien también opinaba que el mencionado Informe dio lugar a reflexiones de Dolores que no se produjeron en los demás dirigentes, quienes lo habrían escuchado «como quien oye llover»^[13].

En la capital rumana, desde luego, todos los participantes se colocaron enfáticamente bajo los auspicios del XX Congreso que, como Carrillo sabía, resultaban muy favorables a sus posiciones. Por ello, planteó de inmediato la necesidad de que el debate rebasara «los marcos más reducidos en que había comenzado a desarrollarse». Incluso un dirigente como Manuel Delicado, que había manifestado en Moscú posturas bien distintas, reconocía que entonces se había discutido «como si el XX Congreso no hubiera tenido lugar». La Resolución del Buró (12 de mayo de 1956) lo hacía constar explícitamente: «En el examen de estos asuntos el Buró Político ha tenido en cuenta las valiosas lecciones que para el movimiento comunista mundial contienen los informes y las resoluciones del XX Congreso del PCUS»^[14].

Sin embargo, más allá de los conflictos en la dirección, el triunfo de la nueva línea política del PCE resultaba avalada por una apropiación *pro domo sua* del XX Congreso por parte de los comunistas españoles. En el mes de junio se publicaba la conocida Declaración «Por la reconciliación nacional, por una solución democrática y pacífi-

ca del problema español», que no mencionaba el citado congreso, aunque sí aludía al «actual clima internacional de coexistencia y colaboración pacífica entre los Estados» como elemento favorecedor de «cambios políticos pacíficos en España», o al carácter mundial del socialismo y su política de paz^[15].

Las revelaciones sobre Stalin: impacto psicológico y consecuencias políticas

El otro gran tema del congreso, más difícil de digerir para la militancia y de explicar para los dirigentes, eran las revelaciones sobre Stalin. A este respecto, casi todos los testimonios referentes a España insisten en la aparente contradicción entre el fuerte impacto psicológico que ocasionaron y sus repercusiones políticas relativamente leves. No sin razón Carrillo aseguraba, por entonces, que el conocimiento de las «faltas» de Stalin «ha causado mucho sentimiento», pero «en general, los camaradas aceptan las explicaciones dadas y comprenden». Asimismo otro dirigente del PCE, Santiago Álvarez, ha subrayado el contraste entre el efecto emocional y el daño político: «El informe de Jruschov y los acontecimientos de Hungría habían producido en el seno de nuestras organizaciones y entre otros grupos de comunistas exiliados, un enorme impacto y una gran inquietud, sin que se produjeran daños irreparables en las filas de nuestro Partido»^[16].

La inevitable impresión psicológica se derivaba de la intensidad con que asumían los militantes actitudes tan arraigadas en la cultura comunista como la adhesión incon-

13.- Fernando Claudín, *Santiago Carrillo. Crónica de un secretario general*, Madrid, Planeta, 1983, p. 111. S. Carrillo, *Memorias*, p. 485.

14.- Reunión del Buró Político... abril-mayo de 1956.

15.- Hay muchas ediciones de este documento, algunas de ellas consultables a través de internet.

16.- Carta de Santiago Carrillo a Dolores Ibárruri, 8 de junio de 1956, Dirigentes, caja 30, carpeta 1, AHPCE. Santiago Álvarez, *Memorias V. La larga marcha de una lucha sin cuartel (1954-1972)*, A Coruña, Do Castro, 1994, p. 175.

dicional a la Unión Soviética. La existencia misma de la URSS se percibía como garantía de que transformar el mundo era posible; tal como lo expresaba poéticamente Dolores en el V Congreso del partido (1954), «la Unión Soviética es como el arco iris que anuncia a los oprimidos de la tierra que las tormentas pasan y que también para ellos llegará la bonanza». Esta posición acrítica se completaba con una idealización extrema de la figura de Stalin, cuestión de la que ahorramos, por sabidos, testimonios más pormenorizados. Pero, a la vez, la minimización de los efectos políticos del trauma tenía su base en otro elemento importante de la cultura comunista: la fidelidad al Partido (siempre escrito con mayúsculas), que implicaba, por ende, la identificación con los dirigentes y sus decisiones, y particularmente con sus principales líderes^[17].

Las condiciones en que se produjo la revelación a los militantes del Informe Secreto fueron, evidentemente, muy diversas. La primera en acceder al texto fue Dolores, a quien un funcionario del Comité Central soviético, la misma noche del día 25 de febrero, le leyó el documento sin dejarle copia; Dolores invitó también a Uribe que, al no saber ruso, convocó a Líster. A tenor de lo que luego relataría a Irene Falcón, Pasionaria, «sola y alucinada por las revelaciones», vivió un momento particularmente triste. En sus Memorias, Dolores evoca «la angustia que tal realidad nos produjo», así como la decisión que se imponía de seguir adelante «revisando y corrigiendo errores,

por graves que éstos sean». Pero, además, plantea una reflexión tópica que, como corroboraron los hechos posteriores, no parece haber sido efecto del momento, sino que iría construyéndose y afianzándose gradualmente: «Ante mí aparecía una realidad clara: la política de nuestro partido la teníamos que elaborar y aplicar nosotros mismos, los comunistas españoles, estudiando las experiencias, avances y retrocesos de otros partidos comunistas y movimientos revolucionarios, basándonos en la teoría marxista y, fundamentalmente, aplicándola a las condiciones de nuestro país»^[18].

Cuando Irene, en el otoño de 1956, se convirtiera en secretaria de Dolores, aún la encontró preocupada y algo tensa: «las revelaciones del XX Congreso del PCUS seguramente minaron su corazón, y hacía tiempo que sentía la imposibilidad de seguir ejerciendo plenamente sus funciones de máxima dirigente». En cambio quien no tardaría en sustituirla al frente del partido, Santiago Carrillo, conoció el Informe en la reunión de Bucarest, pero, en su particular camino de Damasco, ha dado mayor importancia a las revelaciones que de su caso le hizo Arthur London, con el que coincidió de vacaciones en Bulgaria en el verano de 1956. Desde entonces —afirma— los aspectos semi-religiosos de sus convicciones comunistas se vinieron a tierra y se hizo el propósito de no volver a creer lo que no viera con sus propios ojos o tocara con sus manos^[19].

Otros cuadros, preferentemente intelec-

17.—Rafael Cruz, «Como Cristo sobre las aguas. la cultura política bolchevique en España», en Antonio Morales Moya (coord.), *Las claves de la España del siglo XX. Ideologías y movimientos políticos*, Madrid, Sociedad Editorial Española Nuevo Milenio, 2001, pp. 187-202. Francisco Erice, «El 'orgullo de ser comunista'. Imagen, autopercepción, memoria e identidad colectiva de los comunistas españoles», en Manuel Bueno Lluch y Sergio Gálvez Biesca (eds.), «Nosotros los comunistas». *Memoria, identidad e historia social*, Madrid, FIM / Atrapasueños, 2010, pp. 146-151.

18.—Gregorio Morán, *Miseria y grandeza del Partido Comunista de España 1939-1985*, Barcelona, Planeta, 1986, pp. 259-260. Irene Falcón, *Asalto a los cielos. Mi vida junto a Pasionaria*, Madrid, Temas de Hoy, 1996, p. 304. Dolores Ibárruri, *Memorias de Pasionaria 1939-1977. Me faltaba España*, Barcelona, Planeta, 1984, pp. 149-150.

19.—I. Falcón, *Asalto a los cielos*, p. 313. Santiago Carrillo, *Mañana, España. Conversaciones con Régis Debray y Max Gallo*, Madrid, Akal, 1976, pp. 142-143. S. Carrillo, *Memorias*, pp. 497-498.

tuales y residentes en países occidentales, accedieron al documento completo tras su publicación en el diario francés *Le Monde*. Tal le sucedió a Manuel Azcárate, quien recuerda que la difusión del texto constituyó, para los comunistas, una auténtica bomba. Jorge Semprún lo leyó en francés en el domicilio de un camarada en Madrid, creyó en su veracidad y así se lo comunicó a los responsables de la organización clandestina en la ciudad. El diario parisino llegó también a manos de los redactores de la *Pirenaica*. Entre ellos, la primera reacción fue atribuirlo a la propaganda burguesa, pero la fe del carbonero empezaba a vacilar, y pronto se recibió la confirmación de las malas nuevas: «que Stalin hubiese liquidado físicamente a comunistas —señala Mendezona, director de la emisora— era algo incalificable»^[20].

En algún caso, el desvelamiento del «Informe Irsuchov» se produjo de manera más o menos colectiva y casi ritualizada. Irene Falcón y otros periodistas españoles entonces en China consiguieron que el texto les fuera leído en la emisora de radio en la que trabajan; las reacciones predominantes fueron de tristeza y de sorpresa, pese a que alguno —al menos la propia Irene— tenía experiencias personales indirectas de la represión estaliniana: «Nos sentíamos enanos, nos mirábamos con interrogación, alguno soplaba mientras otros se echaban hacia atrás, hacia el respaldo de la silla, y un tercero caía sobre la mesa hincando los brazos»^[21].

El periodista Luis Galán se enteró en Bu-

carest del contenido básico del Informe por un camarada ruso, y asegura haberse sentido absolutamente estafado pensando en «los que habían arrostrado la muerte con el nombre de Stalin en los labios», o en «los anhelos de justicia y libertad que a los dieciséis años me habían acercado a las filas comunistas». Marchó a casa y destruyó a golpes un cuadro de Stalin con un niño en brazos que tenía colgado en la pared. Confiesa que luego «la recuperación fue dolorosa», dejándole para el futuro un poso de incredulidad. A esta superación ayudaron sin duda conversaciones como las que mantuvo en Moscú con sus amigos Eusebio Cimorra y Arnaldo Azzati, en las que concluyeron que «el descubrimiento de la doblez de Stalin nos imponía el deber de ser más cautos, pero no podíamos consentir que quebrantara nuestras convicciones»^[22].

Por su parte Manolo López, joven español residente en París, recuerda el XX Congreso y sus secuelas como un período de intensas discusiones. Un amigo a quien había pedido el ingreso en el partido abandonó la organización desencantado por las revelaciones, pero él siguió adelante argumentando que la «autocrítica» soviética reflejaba precisamente la capacidad de regenerarse del movimiento comunista. Ya como miembro del PCE, constató, en las reuniones de su célula, las diferencias de actitud entre jóvenes y veteranos; mientras los segundos se sentían desconcertados y usaban eufemismos como «errores del culto», los primeros no eludían referirse a los «crímenes de Stalin» y aceptaban las críticas como algo que reforzaba sus esperanzas de renovación^[23].

La recepción dentro de España fue, en general, más compleja y fragmentaria. Se-

20.- Manuel Azcárate, «La política de reconciliación nacional», en *Contribuciones a la historia del PCE*, Madrid, Fundación de Investigaciones Marxistas, 2004, pp. 320-321. Jorge Semprún, *El desvanecimiento*, Barcelona, Planeta, 1979, pp. 147-148. Felipe Nieto, *La aventura comunista de Jorge Semprún. Exilio, clandestinidad y ruptura*, Barcelona, Tusquets, 2014, p. 257. Ramón Mendezona, *La Pirenaica y otros episodios*, Madrid, Libertarias / Prodhufi, 1995, p. 106.

21.- I. Falcón, *Asalto a los cielos*, p. 305.

22.- Luis Galán, *Después de todo. Recuerdos de un periodista de la Pirenaica*, Barcelona, Anthropos, 1988, pp. 228-233.

23.- Manolo López, *Mañana a las once en la Plaza de la Cebada*, Albacete, Bomarzo, 2009, pp. 212-218.

gún Sixto Agudo, en el penal de Burgos las primeras reacciones mostraban estupor, atribuyéndose las noticias que llegaban a la manipulación norteamericana. Entre los más influidos por los métodos estalinianos —señala Agudo— la revelación fue un hecho muy negativo y no pocos de ellos se perdieron para la actividad política, pero los demás lo asumieron como una ayuda para corregir los errores. En cuanto a la respuesta de los militantes clandestinos, Carrillo, en carta a Dolores de 8 de junio, refería que «por las noticias que llegan del país se ve que la campaña de la prensa sobre el culto a la personalidad ha causado mucha sorpresa y confusión en no pocos camaradas»; lo cual requería, a su juicio, intensificar las aclaraciones en la propaganda, «para responder a los ataques del enemigo», y armar política e ideológicamente a la militancia. Una nueva misiva fechada el 1 de julio señalaba que «la confusión es sobre todo entre los viejos camaradas que no se explican cómo es posible que Stalin hiciera tales cosas y que los demás se las permitieran». No sucedía lo mismo entre los jóvenes, «puesto que el culto a Stalin no había arraigado aún en ellos». A modo de ejemplo, Semprún le comentaba que «entre los universitarios no ha creado problemas serios», y le transmitía el argumento de uno de ellos: en la URSS pueden haberse cometido errores e incluso barbaridades, pero se ha construido el socialismo, mientras que en España proliferaron las brutalidades, no se ha edificado nada y se ha destruido todo. Argumento éste que a Carrillo le parecía «simplista», pero no carente de lógica «en las circunstancias de nuestro país y entre esa gente». Luis Galán resume una impresión parecida: «en España la represión que ejercía la dictadura embotó en cierto sentido la repercusión de la denuncia de Stalin». El propio Gregorio Morán, cronista ulterior de los hechos, se extraña de que, probable-



Portada del periódico *Mundo Obrero*, suplemento al número 7, junio de 1956 (Archivo Histórico de CCOO de Andalucía).

mente, haya sido España el único país en que las denuncias de Iuschow no tuvieron un efecto traumatizante para el partido y su militancia²⁴.

Algunas intervenciones en el Pleno del Comité Central de julio-agosto del mismo año describen, de manera parecida, las reacciones emotivas entre activistas del interior, la persistencia de los debates y la ratificación de fidelidades a la organización. Parece claro, pues, que el malestar personal y las dudas no cristalizaron en posiciones que dañaran significativamente la estructura clandestina. El «amor al partido» definió la norma habitual de comportamiento. Lo mismo cabe decir del exterior, aunque

24.- Sixto Agudo «Blanco», *Memorias. La tenaz y dolorosa lucha por la libertad (1939-1962)*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 1991, p. 343. Cartas de S. Carrillo a Dolores Ibárruri, 8 de junio y 1 de julio de 1956, Dirigentes, caja 30, carpeta 1, AHPCE. L. Galán, *Después de todo*, p. 127. G. Morán, *Miseria y grandeza*, pp. 286-287.

de manera más matizada. En Francia, según una carta antes citada de Carrillo, los camaradas aceptaban las explicaciones dadas, aunque las duras revelaciones causaron «mucho sentimiento» y se plantearon dudas sobre el comportamiento o la responsabilidad de los demás dirigentes durante el período del culto a Stalin. Pero, a la vez, la situación generaba expectativas entre algunos grupos de expulsados en anteriores pugnas, que sondeaban la posibilidad de volver a acercarse al PCE, o de los pro-yugoslavos que, según Carrillo, trataban de infiltrarse en algunos comités de unidad creados en la capital francesa, a la vez que proponían celebrar un congreso contra la «dirección estalinista»^[25].

Las discrepancias en México llegaron a ser algo más relevantes, repercutiendo en una situación de inestabilidad que venía de atrás y que se prolongaría hasta 1957. Por de pronto, Carrillo aludía a problemas con expulsados del Partido Socialista Unificado de Cataluña, que planteaban ahora que el XX Congreso les daba la razón y pretendían que la organización dejara de ser marxista-leninista y recuperase su carácter unitario comunista-socialista. En el I Congreso del PSUC (agosto de 1956), Claudín, en representación del PCE, criticaba a los militantes mexicanos que interpretaban la cuestión del culto de forma radical y consideraban que el estalinismo había anulado la democracia socialista. Frente a esta tesis, Claudín argumentaba que, de haber sido así, no hubieran podido surgir del propio régimen las fuerzas rectificadoras^[26].

Sin embargo, la discrepancia personal más argumentada la protagonizó Wences-

lao Rocés, veterano intelectual comunista y traductor de Marx afincado en México, que presentó su dimisión del Comité Central en carta enviada al Pleno del mismo celebrado en julio-agosto. Rocés argüía que el «pavoroso» cuadro de hechos denunciados en el XX Congreso «entraña responsabilidades que trascienden con mucho de las personales de un dirigente por alto que éste estuviera», y que no podía explicarse toda una época por la acción de un espíritu satánico como antes se hacía por la de un semidiós. Resultaba indecoroso y antimarxista «ese escamoteo de las responsabilidades propias por parte de todo el equipo dirigente, colaborante y encubridor», haciendo temer por ello que las cosas en el futuro no cambiaran. «Las tremendas deformaciones y tropelías denunciadas», si bien —añadía cauteloso— no podían afectar «a las cualidades esenciales del sistema socialista, del régimen y del partido», si ponían en tela de juicio los métodos que venían aplicándose. Ello comportaba acabar con la disciplina mecánica y la obediencia ciega y favorecer la democracia y la aplicación fiel del centralismo democrático, y exigía a la vez que el PCE se transformara en un auténtico *partido nacional*: «En una situación como la que actualmente comienza a desarrollarse en España, yo estimo que el partido para poder cumplir su misión, debe afirmar con mucha fuerza su personalidad de partido nacional, responsable por encima de todo ante la clase obrera y el pueblo español de sus decisiones propias y que veo en el internacionalismo proletario y en el campo socialista un plano de coordinación y una fuente de experiencias, enseñanzas y valiosas ayudas, pero no una instancia de superior apelación»^[27].

25.— Actas del Pleno del Comité Central del PC de España celebrado del 25 de julio al 4 de agosto de 1956, p. 550, Documentos, AHPCE. Carta de S. Carrillo a Dolores Ibárruri, 8 de junio de 1957, ya citada.

26.— Joan Estruch Tobella, *El PCE en la clandestinidad 1939-1956*, Madrid, Siglo XXI, 1982, p. 238.

27.— Carta de Wenceslao Rocés, 11 de julio de 1956, reproducida en Actas del Pleno de julio-agosto de 1956, Anexo 6, pp. 853-854. El Pleno decidió solicitarle que reconsiderara su dimisión, cosa que terminaría haciendo tras recibir

La voluntad de proyectar el impulso renovador del XX Congreso en dirección concordante con el giro táctico del partido español y evitar a la vez cualquier «desbordamiento», se materializó en el verano de 1956, en el citado Pleno de la Casa del Lago que, en irónica caracterización de Claudín, vino a ser una especie de XX Congreso a la española, con Carrillo en el papel de Jruschov. El Pleno reafirmó la RN, llevó a cabo una censura *sui generis* del «culto a la personalidad» en el PCE utilizando como cabeza de turco al dirigente Vicente Uribe, e inició un proceso de cambios en la dirección destinado a reforzar a los sectores más jóvenes o vinculados a la lucha del interior. Muchas intervenciones fueron críticas, pero dentro de la «ortodoxia jruschoviana» y lejos de la audacia de Togliatti en su célebre entrevista en *Nouvi Argomenti*. Todos se colocaron bajo el paraguas del XX Congreso, incluido Uribe. Pero las aportaciones interpretativas brillaron por su ausencia. Semprún dio por buenas las explicaciones del XX Congreso, aunque —añadió—, no todo estuviera dicho todavía, y peroró sobre la paradójica relación del culto a la personalidad con los éxitos del socialismo, como un «espejo deformante de la enorme acumulación de fenómenos positivos en la sociedad socialista». Carrillo afirmó también que el gran desarrollo de la URSS había oscurecido la percepción del poder desmesurado de Stalin y que el partido español, como discípulo, tendió a copiar demasiado mecánicamente al maestro; la política de cambios —aseguraba Carrillo— ya la había iniciado el PCE, si bien el XX Congreso servía para percibir los problemas «con mayor claridad, con mayor profundidad». Pasionaria, en su largo informe inicial, expresó la conmoción por las revelaciones y se encargó a la vez de marcar las cautelas respecto a lo que pudie-

una carta en ese sentido de Pasionaria.

ran tener de ruptura, asumiendo las tesis de Jruschov e incluso esbozando un último guiño a Stalin como «gran marxista» pese a sus errores^[28].

La Resolución final del Pleno sintetizaba la interpretación *canónica* del PCE de los resultados del XX Congreso. Aceptaba las tesis que ligaban el culto a la personalidad con los condicionamientos del difícil proceso de construcción del socialismo en la URSS, unidos a los rasgos caracteriológicos de Stalin. Subrayaba que la autocrítica del PCUS no debía ser en modo alguno utilizada para cuestionar el sistema soviético o introducir en el movimiento comunista corrientes nacionalistas burguesas. Y planteaba también la necesidad de corregir las manifestaciones del culto en el partido español e impulsar la dirección colectiva, saludando la aportación que las tesis sobre la coexistencia y la posibilidad de vías pacíficas al socialismo suponían para el proceso de renovación ya iniciado en el PCE y que ahora se consolidaba con la propuesta de la Reconciliación^[29].

La prueba húngara

Aún recientes los debates del mencionado Pleno, el primer gran escollo que las resoluciones del XX Congreso hubieron de afrontar fue el desbordamiento que los intentos de *desestalinización* moderada y controlada desde arriba sufrieron en algunos *eslabones débiles* del bloque del Este: Polonia y Hungría. Lo cierto es que, frente a la resignada aceptación por parte de Moscú

28.— F. Claudín, *Santiago Carrillo*, pp. 119-120. G. Morán, *Miseria y grandeza*, pp. 288-300 290-291. S. Carrillo, *Memoorias*, pp. 493-494. Actas del Pleno de julio-agosto de 1956, pp. 527-529, 377-397 y 79-95. Felipe Nieto, *La aventura comunista*, pp. 302-303.

29.— «Resolución del Pleno del Comité Central. Sobre la situación en la dirección del Partido y los problemas del reforzamiento del mismo», *MO*, agosto-septiembre de 1956.

del nuevo status quo polaco por combinar las reformas internas liberalizadoras con el mantenimiento del régimen de «democracia popular» y los compromisos internacionales del país (léase pertenencia al Pacto de Varsovia), el rebasamiento de dichos límites, por la intensidad de la reacción popular y la incapacidad de encauzamiento del Partido, en el caso de Hungría, desencadenarían la tragedia de la intervención soviética.

Los acontecimientos húngaros sometían a dura prueba la sinceridad de las propuestas del XX Congreso, pero también la solidez de las posiciones de Jruschov y el sector «reformista», afectando a la vez a los equilibrios internacionales de la guerra fría, sobre todo cuando se mezclaron con la intervención de Francia, Gran Bretaña e Israel en Egipto. Incluso Togliatti llegó a afirmar, por entonces, que «a la sublevación armada sólo se le puede responder con las armas». En todo caso, las visiones de los distintos partidos comunistas se movieron dentro de un amplio abanico: soviéticos, albaneses, checos, alemanes del Este y franceses catalogaron desde el principio el movimiento como claramente contrarrevolucionario, mientras que yugoslavos, italianos, belgas, americanos y polacos hicieron un análisis más matizado; la posición de los chinos se situó a medio camino^[30].

La postura española se caracterizó por su completo alineamiento con las tesis soviéticas. Desde las páginas de *Mundo Obrero*, Dolores Ibárruri, aun reconociendo la «farronería sectaria» de los antiguos diri-

gentes del Partido Húngaro de los Trabajadores, afirmaba que los errores del régimen habían sido aprovechados por la reacción para sus tenebrosos propósitos. Las «horas sombrías de desenfreno de la contrarrevolución y de terror fascista», según la dirigente comunista española, habían sido paralelas a la agresión a Egipto; en el primer caso, se trataba de restablecer el régimen fascista de Horthy y, en el segundo, de restaurar el poder colonial. De manera similar, la postura oficial del PCE, luego plasmada en una declaración del Buró Político, insistía en mezclar los problemas de Hungría y Egipto. En ambas ocasiones, la URSS aparecía como defensora de la paz, contra el colonialismo y el imperialismo. Los propósitos reaccionarios del movimiento húngaro —según los comunistas españoles—, respondían a una estrategia general de sustituir las democracias populares por regímenes feudales y clericales como los de anteguerra^[31].

Pasados ya los hechos, *Mundo Obrero* añadía otro elemento de reflexión para uso interno. En concreto, argumentaba que la pérdida de control por el partido gobernante en la necesaria política de cambios había dado alas «legales» a la contrarrevolución: «Después de salir de los marcos del Partido, en un país socialista sólo era cuestión de tiempo si no se la reducía antes que la oposición saliese también de las fronteras de la legalidad socialista, llamando a la insurrección. Fue el camino que siguió la oposición trotskista en la Unión Soviética [...] Quien —incluso tomando como punto de partida críticas fuera del Partido, pierde toda razón y

30.- Lucio Magri, *El sastre de Ulm. El comunismo del siglo XX*, Barcelona, El Viejo Topo, 2009, pp. 124-127. F. Fejtő, *Histoire des démocraties populaires*, París, Du Seuil, 1969, t. 2, pp. 116-131. Alexander Höbel, «El PCI en el movimiento comunista, el 68 checoslovaco y la relación con el PCUS», en Giaime Pala y Tommaso Nencioni (eds.), *El inicio del fin del mito soviético. Los comunistas occidentales ante la Primavera de Praga*, Barcelona, El Viejo Topo, 2008, pp. 28-29. Jesús Sánchez Rodríguez, *Teoría y práctica democrática en el PCE (1956-1982)*, Madrid, FIM, 2004, pp. 52-53.

31.- «No podemos ser neutrales frente al fascismo», por Dolores Ibárruri, *MO*, noviembre-diciembre de 1956. «Declaración del Buró Político del Comité Central del partido Comunista de España sobre la situación internacional», *MO*, noviembre-diciembre de 1956. «Ellos aclaran la cuestión», *España Popular*, 1 de diciembre de 1956.

autoridad»^[32].

¿Cómo reaccionó la militancia comunista española frente a la crisis húngara? Ante todo, los acontecimientos provocaron controversias que, en alguna medida, prolongaban las entabladas a propósito del XX Congreso o de la misma RN. Luis Galán recuerda los debates en la redacción de la Pirenaica, con una mayoría favorable a las reformas «controladas» y una sola opinión contraria a la intervención soviética. Manolo López, entonces en París, rememora sus propias zozobras ante las noticias que llegaban de Hungría, el alzamiento de los obreros o las fotos espectaculares de policías o comunistas colgados de los árboles y las farolas. Con la intervención soviética, le angustiaba la idea de que el Ejército Rojo disparara sobre los trabajadores, y pensó incluso si el comunismo no había fracasado. Luego, en su reunión de célula, la perorata del veterano Benigno Rodríguez, que volvió a evocar la imagen de los ahorcados, contribuyó a mitigar sus dudas. En cambio Carlos y Paco Semprún, hermanos de Jorge, mantuvieron con Benigno una durísima discusión sobre el tema^[33].

El impacto de las imágenes truculentas aparece evocado con frecuencia, casi siempre para justificar el rechazo del proceso o el paso de una visión positiva o expectante a otra negativa del mismo. Así lo hace también Luis Galán. Carrillo asegura que recibió las primeras noticias con simpatía, cambiando su actitud cuando Nagy denunció el Pacto de Varsovia, aparecieron las susodichas fotos y el cardenal Mindszenty comenzó a hacer declaraciones reacciona-

rias. Desde luego, a ninguno se le ocurrieron reflexiones tan pertinentes y, a la vez, tan desasosegantes como las de Rossana Rossanda: «Los sucesos de Hungría se condensan en mi interior en una fotografía, un funcionario colgado de un farol [...], con el cuello roto y el rostro descompuesto del ahorcado, mientras debajo ríen dos obreros de la fábrica sublevada. Fue la primera vez que dije: nos odian. No los patronos, los nuestros, nos odian»^[34].

Los acontecimientos húngaros provocaron significativas crisis en los dos principales partidos comunistas de Europa occidental, los de Francia e Italia, y en otros menores, como el británico. Nada de eso sucedió en el PCE. Casos como el de los hermanos Semprún o alguno más constituyen excepciones sin mayor relevancia; apenas la tiene tampoco que el escritor Alfonso Sastre, que había apalabrado su ingreso en el PCE, lo aplazara hasta 1963, pues esta dilación no le impidió seguir colaborando como «compañero de viaje». Asimismo, el contencioso húngaro se reflejó circunstancialmente en la crisis endémica de la organización de México^[35].

En la dirección del partido, sólo se registró una discrepancia explícita notable, la de Claudín, que insistía en otorgar prioridad los errores de los comunistas húngaros frente al papel de la contrarrevolución. Carrillo afirma, en sus *Memorias*, que también él tuvo profundas dudas, pero podemos legítimamente desconfiar de que fuera cierto porque —como añade a continuación— «las guardé para mí»; según él, condenar la intervención soviética hubiera sido difícilmente entendible para la militancia y ponía

32.- «Tras los últimos acontecimientos internacionales. Redoblar la lucha en el terreno ideológico», por Santiago Carrillo, *MO*, enero de 1957.

33.- M. L. Galán, *Después de todo*, pp. 255-261. M. López, *Mañana a las once*, pp. 261-262 y 268. Carlos Semprún Maura, *El exilio fue una fiesta. Memoria informal de un español en París*, Barcelona, Planeta, 1998, p. 152.

34.- L. Galán, *Después de todo*, pp. 255-256. S. Carrillo, *Memorias*, p. 500. Rossana Rossanda, *La muchacha del siglo pasado*, Madrid, Foca, 2008, p. 213.

35.- Francisco Caudet, *Crónica de una marginación. Conversaciones con Alfonso Sastre*, Madrid, Ediciones de la Torre, 1984, p. 38. S. Álvarez, *Memorias V*, p. 175.

en riesgo el giro político recién aprobado, por lo cual asumió la weberiana «ética de la responsabilidad». Luego la agresión a Egipto le llevó a concluir que el debilitamiento del bloque soviético alentaba el peligro de intervenciones imperialistas. Carrillo hace notar también el apoyo de los intelectuales del PCE a la postura adoptada. Asegura que el cineasta Juan Antonio Bardem y el filósofo Manuel Sacristán, que estaban en París, preguntaban a qué esperaban los soviéticos para restaurar el orden. Enrique Múgica, desde San Sebastián, le escribía despotricando contra los intelectuales franceses contestatarios con la disciplina del partido. La explicación que da Carrillo a estas actitudes es bastante clara: «nuestros intelectuales, que vivían bajo una dictadura fascista, reaccionaban temiendo que Hungría regresase a los tiempos de Horthy»^[36].

De nuevo, la existencia de la dictadura condicionaba la respuesta de la militancia española en cada crisis. Y más teniendo en cuenta que el régimen franquista adoptó una actitud especialmente beligerante en este caso, intentando sacar réditos de su habitual discurso anticomunista^[37]. El mismo Franco declaró a la Agencia Associated Press que «el mundo no puede permanecer indiferente ante la intervención sangrienta de los ejércitos rusos para reprimir las ansias de independencia y de libertad de estas naciones». Consecuente con esta idea, el gobierno español solicitó la reunión del Consejo de Seguridad de la ONU y luego la intervención de Naciones Unidas sobre el terreno. Las informaciones acerca de la cri-

sis en la prensa legal española se entremezclaban de alusiones a la presencia soviética en la Guerra civil. Así, *La Vanguardia* aseguraba que «a los españoles que vivimos el procedimiento soviético durante la guerra de liberación, no nos coge por sorpresa la brutalidad comunista». El diario barcelonés recordaba también que en su momento España «sintió clavar en su piel de toro las banderillas emponzoñadas del comunismo internacional». Eran los mismos que habían profanado iglesias y «paseado» inocentes y —añadía en una extemporánea continuación del viejo mito franquista— los que en Guernica «arrasaron una ciudad para convertirla luego en celo de su propaganda»^[38].

Los antifranquistas del interior, que asistían a semejante despliegue propagandístico, debían necesariamente sentirse turbados ante cualquier coincidencia, aunque se produjera por razones diferentes, en la postura en torno a los acontecimientos húngaros. En cambio anarquistas y socialistas del exilio arremetieron contundentemente contra la intervención soviética y su justificación por parte del PCE^[39]. Los comunistas aprovecharon esta «coincidencia» para desacreditar toda crítica. Así lo hacía Claudín con el PSOE y *España Popular* a propósito de la posición del gobierno republicano en el exilio: «más vale —concluía— guardar silencio que coincidir con Franco». El corresponsal de este periódico en Madrid

38.— «Sagaces declaraciones del Caudillo a la Associated Press», *La Vanguardia*, 28 de octubre de 1956. «El Danubio Rojo» y «La posición de España en un brillante discurso del Señor Lequerica», *La Vanguardia*, 28 de octubre y 10 de noviembre de 1956.

39.— Ilustraciones de las posiciones anarcosindicalistas en «El orden de los cementerios reina en Hungría. La barbarie mecanizada soviética ahoga a todo un pueblo», *CNT*, 11 de noviembre de 1956; o «La segunda 'Commune' húngara», también en *CNT*, 11 de noviembre de 1956. Crónicas y pronunciamientos socialistas por ejemplo en «Solidaridad con los pueblos de Polonia y Hungría» o «Ante la general reprobación. La adhesión al crimen», *El Socialista*, 8 y 15 de noviembre de 1956.

36.— F. Claudín, *Santiago Carrillo*, pp. 126-127. S. Carrillo, *Memorias*, pp. 500-501.

37.— Julio Gil Pecharromán, *La política exterior del franquismo (1939-1975). Entre Hendaya y el Aaiún*, Barcelona, Flor del Viento, 2008, pp. 219-221. María Dolores Ferrero Blanco, «Franco y la revolución húngara de 1956: la contribución de España a la resistencia frente a la URSS», *Papeles del Este*, 7 (2003), pp. 2-32.



Reunión del Comité Central del PCE en 1957, en la que se abordaría el debate de los sucesos húngaros del año anterior. Entre otros se pueden ver, de izda. a dcha., en primera fila a Santiago Álvarez, Simón Sánchez Montero y Tomás García; en segunda fila a Ignacio Gallego, Josep Serradel (PSUC), Julián Grimau y Dolores Ibárruri (sentada); en tercera fila se distingue a Romero Marín y a Ramón Mendezona (Foto: Archivo Histórico del PCE).

ahondaba en el tema, en relación con la orden del Secretario de Falange de hacer ondear la bandera húngara con crespón negro. Los obreros e intelectuales —añadía— «estamos con los enemigos de nuestro secular enemigo: la reacción española». Frente a los «progresistas» que en Francia, Italia e Inglaterra «han preferido ser el eco débil de la reacción», en España —concluía— «sabemos quién es quién»^[40].

40.— «Sobre una respuesta negativa», por Fernando Claudín, *MO*, noviembre-diciembre de 1956. «Más vale el silencio. El gobierno republicano español opina sobre el caso húngaro» y «Crónica de Madrid. España y Hungría», *España Popular*, 1 de diciembre de 1956.

Meses más tarde, en agosto de 1957, el Pleno del Comité Central abordaba el debate sobre los sucesos húngaros. Uno de los intervinientes, Demetrio Cuesta, aprovechaba la ocasión para destacar «la unanimidad en el Partido, de nuestros amigos y, en general, de todas las fuerzas populares en condenar los acontecimientos de Hungría», a lo cual había contribuido «la defensa que el franquismo hizo durante esos acontecimientos pretendiendo presentar a los sublevados como defensores de las libertades democráticas». En la misma reunión, Mendezona se hacía eco del orgullo de los asistentes al comprobar que «los aconteci-

mientos de Hungría no han tenido en nuestro Partido los perniciosos efectos que en otros Partidos hermanos»^[41].

El Pleno de agosto de 1957 registró incluso un momento de tensión que demostraba, pese a las promesas liberalizadoras, lo difícil que resultaba el ejercicio de la libertad de expresión en temas importantes o controvertidos. En el momento en que Felipe Muñoz Arconada, residente en Budapest cuando se produjeron los hechos, intervenía lanzando un duro ataque contra el «revisionismo» de Nagy y sus seguidores, fue abruptamente interrumpido por Carrillo, Lister y Dolores, recriminándole sus anteriores «posturas equivocadas» al hilo de los acontecimientos. Confuso y balbuciente, Arconada intentó justificarse, para acabar por reconocer humildemente «una seria debilidad desde el punto de vista ideológico que no debe repetirse»^[42].

Como es sabido, el levantamiento húngaro fortaleció las «tendencias conservadoras» en el movimiento comunista. Puede que, como nos recuerda Tony Judt, la «desestalinización controlada» le conviniera a muchos; pero el problema era la eclosión de expectativas que generaba^[43]. En el caso del PCE, las concesiones a los nuevos aires se combinaron, no sin cierta esquizofrenia, con una imperturbable continuidad en los ejes fundamentales del «giro táctico» de 1956. De todos modos, el «síndrome húngaro» provocó pronto las primeras reacciones defensivas. Ya a comienzos de 1957, Carrillo distinguía el derecho y el deber de que cada

partido elaborara su «vía propia» del llamado «comunismo nacional», equivalente al chovinismo burgués, y subrayaba que todas las revoluciones sociales tenían rasgos comunes: un partido dirigente marxista-leninista, un proletariado que arranca el poder del Estado a la burguesía por la lucha revolucionaria y una dictadura del proletariado que vence la resistencia de los explotadores, nacionaliza la industria y colectiviza la agricultura y que, a través del desarrollo planificado de la economía y la cultura, eleva el bienestar del pueblo y prepara el paso al socialismo y al comunismo. Poco margen quedaba, dentro de este esquema, para las variantes, y desde luego casi nada para la pregonada «vía parlamentaria» al socialismo. Por si no estuviera claro, Carrillo enfatizaba la necesidad de intercambiar experiencias entre los distintos partidos comunistas y la unidad de todos en torno al PCUS. Sin negar la autonomía y el sentido crítico de cada organización, era preciso reconocer «el papel orientador, dirigente del Partido Comunista de la Unión Soviética, y a su lado, de los Partidos Comunistas de los países que pueden ponerse como ejemplo en la aplicación del marxismo-leninismo en el seno del movimiento obrero y comunista mundial». En referencia al reformismo o el «oportunismo socialdemócrata», Carrillo aseguraba que el XX Congreso había ayudado a extirpar el sectarismo, el burocratismo y el subjetivismo, «pero es aún más urgente la necesidad de poner el descubierto las mendaces construcciones ideológicas y políticas de nuestros adversarios, y de abatirlas»^[44].

Este espíritu de repliegue aparecía de forma inequívoca en la decisión de meter en vereda a la discolpa organización de México, que venía protagonizando serias

41.- Actas del Pleno del Comité Central del P.C. de España celebrado del 15 al 20 de agosto de 1957, Documentos PCE, p. 121 y 174, AHPCE.

42.- *Ibid.*, pp. 547-555.

43.- Isaac Deutscher, *La década de Jruschov*, Madrid, Alianza, 1971, p. 57. Fernando Claudín, *La oposición en el 'socialismo real'. Unión Soviética, Hungría, Checoslovaquia, Polonia: 1953-1980*, Madrid, Siglo XXI, 1981, pp. 216-218. Tony Judt, *Postguerra. Una historia de Europa desde 1945*, Madrid, Taurus, 2013, 9ª ed., p. 457.

44.- «Tras los últimos acontecimientos internacionales. Redoblar la lucha en el terreno ideológico», por Santiago Carrillo, *MO*, enero de 1957.

discrepancias con la dirección al menos desde el V Congreso (1954). En marzo de 1957, en sesión del Buró Político, Carrillo arremetía contra las reclamaciones de un «democratismo» incorrectamente opuesto al «centralismo» y utilizado para «defender precisamente las concepciones caducas que el XX Congreso y nuestras más recientes reuniones han condenado». En México se superponían pervivencias de métodos sectarios y tendencias revisionistas. El Buró elaboró una «Carta a los miembros de la organización del Partido Comunista de España en México» en la que, entre otras cosas, se acusaba a algunos militantes de «interpretación oportunista» del XX Congreso, similar a la que «la reacción internacional, los oportunistas y reformistas del movimiento obrero, así como algunos revisionistas surgidos en las filas comunistas tratan de difundir, con el evidente propósito de quebrantar la unidad del movimiento comunista internacional y del campo socialista». Se trataba de lo que la propaganda burguesa llamaba «desestalinización», que significaba en la práctica «la liquidación del carácter marxista-leninista de los Partidos Comunistas». Con el pretexto de la democratización, se pretendía cuestionar la unidad de acción y la disciplina, y con el de libertad de crítica, se facilitaba la difusión de la ideología burguesa en las filas comunistas; el denominado «comunismo nacional» acababa con el internacionalismo, y especulando con el paso pacífico al socialismo, «se pretende que han desaparecido ya las condiciones históricas que hicieron necesario el tipo leninista de Partido proletario»^[45].

El segundo acto de este encauzamiento consistió en convocar a dos representantes de la organización mexicana (su secretario

Alfredo Barberán y el filósofo Adolfo Sánchez Vázquez) para mantener en París «una entrevista y una discusión franca y fraternal» con representantes de la dirección. El encuentro, más franco que fraternal, acabó, como relata Sánchez Vázquez, con la aplicación inmisericorde de las reglas del centralismo democrático, es decir, con el sometimiento incondicional de la organización inferior al centro^[46].

Epílogo. La larga y azarosa sombra del XX Congreso y el principio del fin del monolitismo

Desde 1957, la política del PCE fue moviéndose entre dos polos potencialmente contradictorios: el despliegue de la RN, que nunca llegó a ser cuestionada en sus rasgos básicos, y la adaptación a las fluctuaciones de la peculiar *desestalinización* en la URSS y a las diferencias y controversias generadas en el movimiento comunista. La contención que siguió al drama húngaro explica que, por ejemplo, el cuarto aniversario de la muerte de Stalin fuese conmemorado en alguna publicación del PCE con calificativos particularmente elogiosos («luchador de acero», «recio teórico»), sin que ello provocara escándalo alguno. Ni siquiera la derrota, en el verano de ese año, del «grupo antipartido», saludado por el PCE como «la victoria de lo nuevo», dio lugar a un cambio significativo de tendencia: el dogmatismo y sectarismo opuestos al XX Congreso encontraban un «valioso aliado» en el revisionismo oportunista que, «so capa de novedad, trata de pasar de contrabando las viejas nociones burguesas y socialdemócratas». La lección que Hungría transmitía era que debía simultanearse la batalla contra

45.- Reunión del Buró Político (marzo 1957), Documentos PCE, caja 38, AHPCE. Carta conservada, impresa, con documentos de dicha reunión.

46.- S. Álvarez, *Memorias V*, pp. 189-190. Adolfo Sánchez Vázquez, *Recuerdos y reflexiones del exilio*, Barcelona, Gesull, 1997, p. 63.

ambos enemigos a derecha e izquierda^[47].

La sempiterna identificación con la URSS resurgía con particular intensidad a propósito del 40º aniversario de la revolución de Octubre y la Conferencia de partidos comunistas y obreros celebrada en Moscú por las mismas fechas, en la que se manifestaron los primeros síntomas de división en el movimiento. En la valoración pública realizada desde las páginas de *Mundo Obrero*, se presentaba la conferencia como una demostración de fuerza y unidad, «un año después de la más feroz arremetida que haya conocido el movimiento comunista desde hace mucho tiempo». Se había resistido la «oleada reaccionaria» y, en el caso del PCE, se hizo «sin ceder una pulgada de terreno al neorrevisionismo, al mismo tiempo que se desembarazaba, a través de un profundo proceso crítico y autocrítico, de los obstáculos sectarios y dogmáticos que frenaban el desarrollo de su actividad entre las masas»^[48].

Sin dudar de las acendradas convicciones filo-soviéticas de los dirigentes españoles, es difícil saber qué había de convencimiento o cuánto de ajuste táctico en las posiciones adoptadas ante cada coyuntura. Parece existir, desde luego, una clara identificación con las posturas de Jruschov, garantía de continuidad de la RN. Todavía con motivo de la defenestración del dirigente soviético, en 1964, en carta a Dolores, Carrillo hablaba de algunas aristas del tem-

peramento de Jruschov, pero también de la imagen positiva que transmitía: «en tanto que portavoz del C.C., ha roto la máscara hierática, de un Comunismo replegado a la defensiva, y ha paseado por todo el mundo el rostro de un Comunismo que no tiene miedo al contraste, un rostro mucho más humano, mucho más abierto, y próximo al corazón y al sentimiento de las grandes masas trabajadoras»^[49].

Es fácil presentar el período de Jruschov como una *desestalinización* fallida o incompleta. Pero no cabe olvidar que, con sus limitaciones y contradicciones, la vía abierta en 1956 inauguró un período de grandes esperanzas. Los mismos éxitos espaciales avalaban una imagen expansiva del sistema que resultaba verdaderamente ilusionante. A propósito del lanzamiento del primer sputnik, Marcos Ana, preso entonces en el penal de Burgos, recuerda a «camaradas que se subían a las ventanas y permanecían horas agarrados a las rejas, como vigías nocturnos, avizorando el cielo con la ilusión de ver aquel ingenio espacial, que representaba para nosotros [...] el triunfo de la ciencia socialista»^[50].

Sin embargo, mientras las posiciones oficiales de la dirección comunista española seguían plegándose a los distintos avatares de la política de la URSS, nada esencial cambió respecto a la línea política, a la defensa de la «vía pacífica» o a la idea reiterada de la «dirección colectiva», si bien en este último aspecto la dinamización de los órganos colegiados coexistía con una concepción tradicional y jerárquica del partido. Los cambios iniciados con la RN resultaron, aunque pausados y discontinuos, irrever-

47.- «En el IV aniversario de la muerte de J. V. Stalin», *España Popular*, 16 de marzo de 1957. «Declaración del Buró Político del partido Comunista de España en relación con la resolución del C.C. del P.C.U.S. sobre actividad antipartido del grupo Malenkov, Kaganovitch y Molotov», *MO*, 15 de julio de 1957. «La victoria de lo nuevo», por Santiago Carrillo, *MO*, 1 de agosto de 1957.

48.- F. Claudín, *La oposición*, p. 217. «Declaración de la Conferencia de representantes de los partidos comunistas y obreros de los países socialistas», *MO*, 30 de noviembre de 1957. «Sobre la Conferencia de los 65 partidos comunistas», *MO*, 30 de noviembre de 1957.

49.- S. Carrillo, *Memorias*, pp. 506-511 y 536-542. F. Claudín, *Santiago Carrillo*, pp. 156 y 159. Carta de S. Carrillo a Dolores Ibárruri (octubre de 1964), *Dirigentes*, caja 30, carp. 1, AHPCE.

50.- Marcos Ana, *Decídme cómo es un árbol. Memorias de la prisión y la vida*, Barcelona, Umbriel, 2007, p. 201.

sibles, y la *desestalinización* (que se rehúsa designar con este nombre) catalizó fenómenos que ya se estaban produciendo en el propio PCE. Por más que fuera de manera lenta y sinuosa, en palabras de Irene Falcón, «desde 1956, el partido inició una política de no retorno basada en la autonomía y posterior independencia y orientada por la perspectiva de España»^[51].

Para los partidos comunistas occidentales, resultaba cada vez más evidente que la identificación excesiva con las formas políticas de los países socialistas restaba fiabilidad a sus propuestas y lastraba su política de alianzas. La necesidad de potenciar una mayor autonomía de cada partido, las dudas crecientes sobre las excelencias del modelo soviético y la crítica a las limitaciones de los cambios «desestalinizadores» comenzaron a afectar a algunos dirigentes, pero lo que comenzaba a ser cada vez más visible era que las nuevas generaciones que se iban incorporando a la militancia apenas compartían ya los viejos mitos ni otros rasgos de la cultura política comunista tradicional. Como señalaba el entonces estudiante catalán Jordi Solé Tura recordando sus contactos en el extranjero con la dirección del partido, «la Unión Soviética era una referencia lejana, exótica y muy poco presente en nuestras inquietudes», mientras para la vieja guardia «era un problema de vida o muerte»^[52].

La dirección del PCE no podía ignorar

que el crecimiento del partido y su credibilidad requerían ir dando medidos pasos adelante. Por eso el VI Congreso, en la Navidad de 1959, junto con un balance triunfalista de la RN y las consabidas loas a la superioridad del socialismo y la URSS, se esforzaba en mostrar la posibilidad de una vía propia, distinta de la soviética. Así, el Informe de Carrillo rechazaba que la dictadura del proletariado supusiera la anulación de las libertades, y además aventuraba que ésta «seguramente tomará en diversos países, las formas de la democracia parlamentaria». Según Claudín, las condiciones históricas en que se produjeron las revoluciones en Rusia y las democracias populares habían generado rasgos que no debían necesariamente repetirse. En España, el Estado y la democracia socialista podrían asentarse «en un sistema parlamentario con pluralidad de partidos políticos, representantes de diversas clases y capas interesadas en la realización del socialismo»^[53].

El período que sigue al XXI Congreso del PCUS (1959) refleja una cierta pérdida de impulso renovador. Pero en 1961 Jruschov parecía retomar las riendas de la situación. Los dirigentes soviéticos lanzaban entonces, en su XXII Congreso, el doble órdago de reforzar el impulso desestalinizador y de renovar el diseño de la construcción del comunismo a corto plazo, lo cual despertó verdadero delirio entre los dirigentes españoles. Pasionaria saludó estas propuestas como «un programa que estremece al mundo». Carrillo, presa del entusiasmo, subrayaba que, finalmente, «los hombres de mi generación entrarán en la *tierra prometida*»; el comunismo era ya «una nueva

51.- «El XXI Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética» y «Saludo dirigido por la camarada Dolores Ibárruri al XXI Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética», *MO*, 15 y 28 de febrero de 1959 respectivamente. Francisco Erice, «Santiago Carrillo y el partido del antifranquismo (1955-1975)», *Historia del Presente*, 24 (2014), pp. 43-46. I. Falcón, *Asalto a los cielos*, p. 308.

52.- F. Claudín, *Santiago Carrillo*, pp. 126-127. M. Azcárate, *Derrotas y esperanzas*, pp. 335 y 342. Jordi Solé Tura, *Una historia optimista. Memorias*, Madrid, Aguilar, 1999, p. 115. M. López, *Mañana a las once*, pp. 217-218 hace diversas referencias a esta diferencia generacional.

53.- Informe del Comité Central presentado por el Camarada Santiago Carrillo, 28-31 de enero de 1960, pp. 84-88, e Informe sobre el proyecto de Programa. presentado por el Camarada Fernando Claudín, 26-31 de enero de 1960, VI Congreso del Partido Comunista de España, Documentos PCE, AHPCE.



Mesa Presidencial del VI Congreso del PCE, Praga, diciembre 1959 - enero 1960. En él Carrillo plantea la posibilidad de una vía al socialismo propia, distinta de la soviética, bajo un sistema parlamentario con pluralidad de partidos (Foto: AHPCE).

civilización universal, que se abre paso inevitablemente». El propio Carrillo, ejerciendo como cronista del cónclave soviético, recogía las explicaciones ya sabidas de los errores «e incluso crímenes» cometidos por Stalin y, aunque reconocía que era necesario profundizar en el análisis, señalaba que había de hacerse sin interrumpir el trabajo práctico. Defendía luego la democracia soviética, aunque señalaba que la dictadura del proletariado revestiría formas distintas en los países occidentales. Asimismo, tomaba nota de la diversidad que se iba desarrollando en el movimiento comunista, con autonomía de cada partido y sin un centro dirigente, aunque el PCUS, por su historia y su experiencia, asumiera un cierto papel de vanguardia^[54].

54.- «Un programa que estremece al mundo», por Dolores Ibárruri, *MO*, 15 de octubre de 1961. «¡Viva el comunismo!», por Santiago Carrillo, *MO*, 15 de agosto de 1961. «XXII Congreso del Partido Comunista de la Unión So-

viética. La intervención de la delegación española en el Congreso», *MO*, 15 de noviembre de 1961. «Informe del camarada Santiago Carrillo sobre el XXII Congreso», *MO*, 1 de enero de 1962.

Un nuevo elemento vino a reforzar, de manera indirecta, el acendrado pro-sovietismo de la dirección comunista española: la disidencia y posterior cisma encabezado por los chinos, cuyos planteamientos, a diferencia de los de la URSS, confrontaban radicalmente con la vía defendida por el PCE desde al menos 1956. Ya en 1960 informes y documentos «reservados» del partido español descalificaban las tesis chinas, llegando a identificarlas con las del viejo trotskismo^[55].

En noviembre de 1963, Carrillo insistía de nuevo en la pluralidad de vías al so-

viética. La intervención de la delegación española en el Congreso», *MO*, 15 de noviembre de 1961. «Informe del camarada Santiago Carrillo sobre el XXII Congreso», *MO*, 1 de enero de 1962.

55.- Informe «muy reservado de Juan sobre las posiciones chinas en la FSM, julio de 1960, y Carta del C.E. del PCE al CC del PC de China, 24 de septiembre de 1960, Relaciones Internacionales, J. 35-36 y 33-34, AHPCE.

cialismo, justificadas por la diversidad de condiciones, e incidía en la necesidad de no ocultar las contradicciones en el proceso de construcción del socialismo «como el pequeño burgués avergonzado oculta una enfermedad secreta». El fantasma de Togliatti parece, insólitamente, asomar la cabeza cuando Carrillo señala que estaban surgiendo nuevas condiciones en Europa occidental para una alianza de fuerzas anti-monopolistas que ayudaran a la renovación de la democracia, incluyendo por ejemplo a sectores católicos progresistas^[56].

La destitución de Jruschov provocó una fuerte conmoción en aquellos partidos comunistas que se veían amparados por su política internacional y por las resoluciones del XX congreso. Por primera vez el PCE hizo pública una declaración que, aunque con cautelas, mostraba su pesar por una decisión adoptada por la dirección soviética y, además, elogiaba al dirigente depuesto. En todo caso, el PCE reiteraba que lo esencial era la continuidad con la línea de los congresos XX y XXII^[57]. Pero no conviene sobrevalorar el alcance real de estas críticas. Privadamente, Carrillo censuraba, en este caso, las actitudes de los dirigentes italianos y también las posiciones, más medidas, del PCF, preocupado como estaba —según le confesó a Dolores— por no contribuir a menguar el prestigio del PCUS, que «tanto nos importa», como era evidente «entre comunistas que sabemos poner por encima de todo los intereses del movimiento y que moriremos pensando que estos intereses y los de la Unión Soviética se funden en uno solo, ‘independencias’ y ‘autonomías’ aparte». Lo esencial era preser-

var los logros del XX Congreso y evitar una desastrosa «desjruschovización» siguiendo a la «desestalinización»^[58].

La identificación del PCE con la línea de Jruschov y el rechazo de las tesis chinas no significaban aceptación de las posturas de los comunistas italianos que, admitiendo los avances del XX Congreso, rechazaban cualquier nueva «recentralización» y, aunque discrepaban de las posiciones chinas, se negaban a cerrar filas sin matices con los soviéticos. Las notas que Togliatti preparó para su fallida entrevista con Jruschov en el verano de 1964 (el conocido como *Memo-rial de Yalta*) iban, desde luego, mucho más lejos que las de los comunistas españoles en la propuesta de profundizar en los rasgos de la vía pacífica, en la insatisfacción con las explicaciones del «problema de Stalin», el «retorno a las normas leninistas» en los países socialistas, la defensa de la autonomía de cada partido o las alternativas y alianzas contra el capital monopolista en Europa occidental^[59].

Tesis de este tipo fueron poco a poco influyendo dentro de otros partidos, en individuos o sectores que empezaron a ser calificados de «filoitalianos» o «italianizantes». En el PCE, éstos se identificaron especialmente con personajes como Claudín o Semprún, que mantenían buenas relaciones con intelectuales o dirigentes comunistas de ese país. Precisamente en el

56.- Pleno Ampliado del Comité Central del Partido Comunista de España. La situación en el Movimiento Comunista. Informe presentado por el camarada Santiago Carrillo, noviembre de 1963, Documentos PCE, AHPCE.

57.- «Ante el reemplazamiento del camarada Jruschov», MO, 2ª quincena de octubre de 1964.

58.- Carta de Santiago Carrillo a Dolores Ibárruri, octubre de 1964, Dirigentes, caja 30, carpeta 1, AHPCE. El PCF consideró inadecuada la justificación del relevo «por motivos de salud» y pidió explicaciones; tras la entrevista de una delegación francesa con los dirigentes soviéticos, se dio por satisfecho. Véase Marco di Maggio, *Les intellectuels et la stratégie communiste. Une crise d'hégémonie (1958-1981)*, París, Les Éditions Sociales, 2013, pp. 38-45.

59.- F. Claudín, *Santiago Carrillo*, pp. 159-160. A. Höbel, «El PCI y el movimiento», pp. 30-36. Traducción de la «Memoria de Palmiro Togliatti sobre las cuestiones del movimiento obrero internacional y de su unidad» en *Realidad*, 4, noviembre de 1964, pp. 54-66.

debate de 1964, que condujo a la expulsión de estos y otros militantes próximos, rebrotaba el debate sobre el *estalinismo* y las insuficiencias del análisis de 1956 en torno al eufemísticamente denominado «culto a la personalidad». Carrillo acusó entonces a Semprún de caracterizar —de forma errónea, a su parecer— al estalinismo como un «sistema» y no como una deformación que no cambiaba la naturaleza del sistema socialista. El texto objeto de esta crítica había sido publicado en 1963 en el primer número de la revista del partido *Realidad*. Allí Semprún aseveraba que «el XX Congreso constituye el inicio de la liquidación del sistema institucional que ha venido llamándose (de forma un tanto impropia, más metafórica que científica) *sistema del culto a la personalidad*». El XX Congreso había liberado energías latentes, desarrollado el espíritu de iniciativa y revitalizado la discusión crítica, constituyendo un viraje tan importante como en su tiempo lo fuera el leninismo respecto al «marxismo ortodoxo». Semprún hablaba también de «las contradicciones que habían ido acumulándose en la principal sociedad socialista, bajo la inescrutable máscara del sistema de dirección política y estatal de Stalin». Finalmente, resaltaba la diversidad del movimiento comunista, que impedía cualquier dirección única y centralizada o la existencia de un «partido-guía» o un «Estado-guía». En todo caso, las menciones al «estalinismo», que aparecen con cierta profusión en el debate, remitían más bien a las acusaciones contra la dirección del PCE de seguir usando, a juicio de sus detractores, viejos métodos autoritarios^[60].

Tras la destitución de Jruschov, el ciclo dinamizador del XX Congreso parecía tocar a su fin. La nueva etapa encabezada por Breznev generaría prontas decepciones. Año y medio más tarde, el PCE, secundando la postura de otros partidos comunistas occidentales, incluidos el PCI y el PCF, criticaba —nuevamente con cautelas— el juicio a los disidentes soviéticos Simianski y Daniel, como «más en consonancia con el período de la dictadura del proletariado que con el del Estado de todo el pueblo». A la vez, aprovechaba para aclarar que el futuro socialismo en España sería diferente, democrático y pluralista^[61].

La Unión Soviética podía ser un referente histórico-ideológico, o un factor estratégico positivo en la política mundial, pero estaba dejando de ser un centro incontestado y un modelo a seguir. En 1967, en un informe interno del PCE sobre política internacional, se reconocía de hecho la pluralidad y ya no se hablaba de centralidades. Se seguía censurando a los chinos y se admitía el sesgo revisionista de algunas tesis de los yugoslavos, pero se consideraban exageradas las críticas contra éstos últimos, insistiendo en la relevancia de los vínculos con países como Cuba y Rumanía. Una carta enviada por el PCE a los partidos comunistas y obreros de los países capitalistas (mayo de 1966) redundaba en que la autonomía y el derecho y deber de cada partido para elaborar su propia política «son hoy postulados tan evidentes y anclados en la realidad que hasta el propio enemigo se ve obligado a reconocerlo». Eso no significaba obviar la importancia de un movimiento comunista

60.- J. Semprún, *Autobiografía de Federico Sánchez*, Barcelona, Planeta, 1977, pp. 277-280. «Observaciones a una discusión», por Jorge Semprún, *Realidad*, 1, septiembre de 1963, pp. 5-20. Cartas de F. Claudín al C[omité] E[jecutivo], 1 de junio de 1964, 5 de septiembre de 1964 y 23 de marzo de 1965, Divergencias, caja 111, AHPCE.

61.- «Algunas explicaciones necesarias», *MO*, 2ª quincena de noviembre de 1964. Carta de Santiago Carrillo a Dolores Ibárruri, 2 de noviembre de 1964, Dirigentes, caja 30, carpeta 1, AHPCE. S. Carrillo, *Memorias*, p. 542. «Declaraciones de Santiago Carrillo a *Nuestra Bandera*», *Nuestra Bandera*, 47-48, 1966, pp. 15-17.

internacional, eso sí, basado en la diversidad^[62].

El Informe del secretario general al Comité Central de septiembre de 1967, publicado con el título *Nuevos enfoques a los problemas de hoy*, diferenciaba el sistema de partido único soviético, atribuible a circunstancias históricas, de un futuro modelo de socialismo en Europa occidental, que adoptaría probablemente «la forma de una ampliación de la democracia». No se trataba de una ruptura con lo que el sistema del socialismo real representaba, sino de la constatación más o menos sutil de las «deformaciones» generadas y la convicción de que actuar políticamente en un contexto de capitalismo desarrollado y democracia parlamentaria requería buscar nuevos caminos que otorgaran credibilidad a la propuesta comunista; tal como apuntaba Carrillo, al universalizar las formas que el Estado socialista había tomado en la URSS por ra-

zones históricas concretas, «dejábamos a nuestros adversarios el beneficio de las libertades políticas frente al socialismo»^[63].

La herencia de Octubre estaba en el ADN de los partidos comunistas, pero las diferencias entre el impulso emancipador que alentó y las contradictorias realizaciones del «socialismo real» lastraban irremediablemente la posibilidad de trasplantar el modelo al contexto europeo occidental. En el fondo, aunque más tardía y tímidamente, lo que se estaba planteando en el PCE en 1967 no resultaba esencialmente diferente de aquello que, según Rossana Rossanda, pensaba Togliatti, y que, para los comunistas occidentales, el XX Congreso había comenzado a alumbrar: «pienso que Togliatti tenía esperanzas en una URSS fuerte, pero *algo alejada*, a cuya fuerza estratégica cabía acogerse, pero para hacer *algo completamente distinto* de las democracias populares»^[64].

62.- «La posición de nuestro Partido ante los problemas del movimiento comunista internacional», 1967, Documentos PCE, carpeta 48, AHPCE. «Carta de Carrillo por el C.E. del PCE (junio 1966) a los Partidos comunistas y obreros de los países capitalistas de Europa participantes en la Conferencia de Viena (9 a 11 de mayo)», Relaciones Internacionales, J. 248, AHPCE.

63.- Santiago Carrillo, *Nuevos enfoques a los problemas de hoy*, París, Éditions Sociales, 1967, pp. 141-155. F. Erice, «Santiago Carrillo», pp. 50-51. J. Sánchez Rodríguez, *Teoría y práctica*, pp. 119-122.

64.- R. Rossanda, *La muchacha*, p. 189. Las cursivas son mías.

El PSUC frente a una desestalinización impactante*

The PSUC in front of a dramatic de-Stalinization

Josep Puigsech Farràs

Universitat Autònoma de Barcelona

Resumen

Este artículo analiza el proceso de desestalinización en el PSUC entre 1956 y 1957 a través de la imagen pública que se quiso transmitir del mismo por parte de la dirección del partido. La denuncia del culto a la personalidad y las distancias mínimas respecto a la figura de Stalin se convirtieron en los dos ejes sobre los que basculó dicha imagen. A partir de aquí, los sucesos húngaros de 1956 y las acciones contra el denominado «Grupo Anti-Partido» en 1957 se erigieron en las dos primeras, y diferentes, pruebas de fuego que dicha imagen tuvo que superar.

Palabras clave: Comité Central del PSUC, imagen pública, culto a la personalidad, Stalin, 1956-1957

Abstract

This article analyzes the process of de-Stalinization in the PSUC between 1956 and 1957 through the public image generated by the party leadership. The two main axes of this image were the denunciation of the cult of personality and the proximity to Stalin's image. The Hungarian events of 1956 and the actions against the «Anti-Party Group» in 1957 were two test cases that had to be overcome in this process.

Keywords: PSUC Central Committee, public image, personality cult, Stalin, 1956-1957

* Una parte de las aportaciones de este artículo han sido resultado del proyecto financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación HAR2014-53498 «Culturas políticas, movilización y violencia en España, 1930-1950».

El PSUC y su particular punto de partida

El Partit Socialista Unificat de Catalunya (PSUC) llegó a 1956 con una trayectoria ostensiblemente diferente a la del resto de partidos comunistas de Europa Occidental. Ciertamente, con el Partido Comunista de España (PCE) compartía la especificidad de una dinámica de exilio que singularizaba a ambos en el marco político europeo de esos años. Pero, a diferencia de éste, estaba marcado por la resolución de un conflicto interno estructural cuyo origen se situaba en los años de la Guerra Civil y el inicio del exilio, del que tanto el PCE como la dirección del movimiento comunista internacional en Moscú no habían quedado al margen.

El PSUC había vivido una dura lucha interna desde 1938 entre partidarios y detractores de mantener el partido como una formación independiente del PCE. La expulsión del primer e histórico secretario general del PSUC, Joan Comorera, culminó esa dinámica en 1949. El argumento principal que se le aplicó fue, como era de esperar, el desviacionismo ideológico, aprovechando la oleada antistitista que marcó el movimiento comunista fiel a Moscú tras la Segunda Guerra Mundial. Pero la salida de Comorera supuso realmente la derrota, sin paliativos, del sector que apostaba por mantener el partido como una formación independiente del PCE, tal y como se había mantenido, con mayor o menor intensidad, desde su nacimiento el 24 de julio de 1936. La nueva dirección, tras la salida forzada de Comorera, quedó concentrada básicamente en unos cuadros que procedían de las juventudes del partido y que se identificaban plenamente con las tesis favorables a situar la formación catalana como filial del PCE en Cataluña. Es más, esta nueva dirección se encontraba bajo el control, desde la sombra, de Santiago Carrillo, muy especial-

mente hasta la celebración del I Congreso del PSUC en el verano de 1956.

Junto a ello, la otra espina que se había heredado de los años de la guerra, es decir, el origen y carácter del PSUC como una formación unificada y, por lo tanto, no comunista ortodoxa, se había empezado a encauzar a mediados de la Guerra Civil y, muy especialmente, tras el inicio del exilio. Ello había permitido que el PSUC se reconfigurase como una formación comunista ortodoxa durante la década de los años cuarenta.

Así, pues, la radiografía del PSUC al inicio de 1956 era la de una formación comunista ortodoxa que, de facto, se situaba como filial catalana del PCE. Pero su camino hasta este punto final había sido todo menos un camino de rosas. Más aún si se comparaba con el resto de partidos comunistas de la Europa Occidental. Mientras estos últimos habían nacido al calor de la formación de la Internacional Comunista (IC), configurándose como tales mayoritariamente durante los años veinte, el PSUC nacía a mediados de los años treinta. Mientras los primeros portaban en su ADN ideológico el comunismo, el PSUC lo hacía a través de un antifascismo y marxismo que tuvo que ser reconducido hacia el comunismo ortodoxo. Mientras los primeros habían sido secciones nacionales de sus respectivos Estados en el marco de la IC, el PSUC se autoconsideraba adherido a la IC desde su primer día de vida y no sería reconocido como sección nacional catalana de la IC hasta el verano de 1939, generando una auténtica anomalía dentro de las filas internacionalistas ya que en un mismo Estado, España, existían dos secciones nacionales, PCE y PSUC^[1].

1.- Carme Cebrián, *Estimat PSUC*, Barcelona, Empúries, 1997, pp. 23-28; José Luis Martín Ramos, *Rojos contra Franco. Historia del PSUC, 1939-1947*, Barcelona, Edhasa, 2002, pp. 26-281; y Josep Puigsech Farràs, *Entre Franco y Stalin: el difícil itinerario de los comunistas en Cataluña, 1936-*



Conmemoración del XI aniversario del PSUC, acto celebrado en París el 27 de julio de 1947 (Foto publicada en *Mundo Obrero* el 31 de julio de 1947. Archivo Histórico del PCE).

Una última cuestión de fondo debe tenerse también presente. Se trata de un aspecto ligado, aparentemente, a factores cronológicos, pero que nos presenta un primer indicio sobre cómo fue asimilado el terremoto político que supusieron las denuncias de Jruschov en el XX Congreso del PCUS. Se trató de establecer una cierta distancia inicial respecto a las mismas, concebida como una especie de distancia de seguridad que permitiese digerir las nuevas procedentes de Moscú. Así, pues, si en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) se celebraba el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) a inicios de 1956, en una municipalidad de París unos pocos meses más tarde, en agosto —aun-

que por cuestiones de seguridad la documentación del partido indicó que se había realizado en octubre— se llevaría a cabo el I Congreso del PSUC. El partido catalán había necesitado nada más y nada menos que veinte años de vida para celebrar su primer congreso. Pospuesto bajo el argumento de la situación excepcional que suponían tanto la Guerra Civil como el inicio del exilio, el partido se encontraba ahora ante una dinámica estable, aunque de exilio, que no daba pie a postergarlo nuevamente. Ahora bien, la celebración del congreso coincidía con los efectos inmediatos del congreso del PCUS en el que Nikita Jruschov denunció públicamente los crímenes y el terror del estalinismo, así como los lastres del culto a la personalidad. Pero la convocatoria del I Congreso del PSUC quiso ignorar esa rea-

1949, Mataró, Ediciones El Viejo Topo, 2009, pp. 131-284.

lidad. Fue presentada como resultado exclusivo de la dinámica interna del partido. Josep Moix, el formalmente nuevo hombre fuerte del partido, así lo hizo público en nombre del Secretariado, al mismo tiempo que presentó el PSUC como una formación marxista-leninista, independiente del PCE y, a la vez, nacionalista e internacionalista, que ostentaba la representación de la clase obrera y el pueblo de Cataluña.

El PSUC, oficialmente, realizaba su primer congreso para configurar la dirección del partido a través de un proceso de elección de democracia interna que no había puesto en práctica durante sus veinte años de vida; para dotarse de unas normas de funcionamiento propias; para desarrollar unas nuevas tesis políticas ante la realidad de la lucha antifranquista; así como para renovar la composición de un Comité Central que desde el inicio del exilio había tenido que superar una constante lucha frente a los sectores del mismo que eran considerados nacionalistas, reformistas y anarcosindicalistas. La presencia de miembros del partido en este congreso fue bastante pingüe. Se situó en unos cincuenta cuadros. Entre ellos destacaban algunos de los que podían considerarse como la vieja generación de la Guerra Civil, como el citado Moix, Rafael Vidella o Pere Ardiaca. También estuvieron presentes diferentes cuadros que se habían quedado en Cataluña o habían sido enviados a ella para organizar la lucha antifranquista, como Gregorio López Raimundo, Josep Serradell o Miguel Núñez. Finalmente, también hubo representación de la nueva generación de jóvenes que se habían formado ya en la lucha clandestina. Los resultados del congreso fueron nítidos. Se constituyó un nuevo Comité Central, que quedó integrado por más de veinte miembros permanentes y, también, siete suplen-

tes^[2]. Junto a ello, se adoptó una nueva línea política, la Política de Reconciliación Nacional, que no olvidemos que también había sido formulada por el PCE tan solo tres meses antes. Ello situaba el partido catalán al lado del PCE, aunque mostraba un interés especial por resaltar la lucha por las libertades nacionales de Cataluña como un factor inherente a dicha política^[3].

Asumiendo la denuncia del culto a la personalidad

Teniendo presente toda esta base, la primera reacción de la dirección del PSUC ante el XX Congreso del PCUS fue silenciar las denuncias realizadas por Nikita Jruschov. El Comité Central del PSUC no dudó en difundir a través de su órgano de prensa, *Treball*, la celebración del XX Congreso del PCUS. Lo hizo de forma casi inmediata, concretamente en el mes de marzo de 1956. Pero ni una sola palabra sobre las denuncias a los crímenes y el terror estalinista, ni sobre el culto a la personalidad. El XX Congreso del PCUS quedó circunscrito única y exclusivamente a los logros materiales conseguidos por la URSS durante los últimos años, las perspectivas de futuro inmediato del país en clave de desarrollo social y en la esfera de la política internacional, así como su papel de vanguardia mundial en la construcción del comunismo. Se alabaron las transformaciones sociales, económicas y culturales vividas por el país desde octubre de 1917 hasta la actualidad —poniendo especial énfasis el mérito que había supuesto superar el im-

2.— El informe en cuestión se encuentra reproducido parcialmente en C. Cebrián, *Estimat PSUC*, p. 29.

3.— Para seguir más detalladamente el contenido de la Política de Reconciliación Nacional en el PSUC, véase *Ibidem*, pp. 31-34. La política concreta de alianzas antifranquistas que se derivó del I Congreso del PSUC puede seguirse en Gaiame Pala, *El PSUC. L'antifranquisme i la política d'aliances a Catalunya (1956-1977)*, Barcelona, Base, 2011 pp. 13-36.

pacto tanto de la Guerra Civil Rusa como de la Segunda Guerra Mundial—, así como las proyecciones del VI Plan Quinquenal que pretendía elevar los salarios reales de la población soviética en un 30% y, en concreto, los ingresos de los campesinos en un 40%, además de la voluntad de reducir la jornada laboral durante los próximos años. Tampoco se dejaron de lado las referencias a la URSS como baluarte de la defensa de la paz mundial y la coexistencia pacífica. Ni el papel del país de los soviets en el cambio de la correlación de fuerzas entre el mundo capitalista y el socialista, cuyo resultado más llamativo había sido una nueva correlación de fuerzas que permitía que en determinados países existiese la posibilidad de realizar una transición al socialismo por la vía parlamentaria. Y, como era de esperar, se utilizaban los éxitos soviéticos para presentarlos como la base que legitimaba al PSUC dentro de las fuerzas antifranquistas. Ello le permitía reclamar la unidad de las diferentes fuerzas obreras en el exilio y, a través de esto, afrontar de forma eficaz la lucha antifranquista y el restablecimiento de la libertad en España^[4]

Esta línea interpretativa se mantuvo hasta el mes de mayo. Pero a partir de este momento se produjeron los primeros movimientos. No fue ninguna casualidad. Un triple contexto fue decisivo para ello. Por un lado, la inminente celebración del primer congreso del partido, solo a tres meses vista del mismo. Segundo, la dinámica en la que los diferentes partidos comunistas europeos occidentales, aunque fuera paulatinamente, tenían que empezar a asumir públicamente las denuncias realizadas por Jruschov. Y, finalmente, la realidad interna española y, muy especialmente, la catalana. Todo ello configuraba un escenario en el

que el PSUC no podía quedarse al margen de las fuerzas centrífugas que se habían iniciado en el núcleo de poder del movimiento comunista y que arrastraba a todas las formaciones nacionales identificadas con Moscú. Tampoco podía afrontar con garantías un congreso que tenía que marcar las líneas maestras del presente y futuro inmediato del partido, sin tener presente la nueva realidad que se había presentado en Moscú. Y, obviamente, no podía ignorar los crecientes conatos de conflictividad en fábricas y universidades que se mascaba en los inicios de 1956 en España. Se proyectaba un escenario de cierta movilización contra la dictadura que el partido llevaba tiempo reclamando y que esperaba encabezarse. Muy sintomático en este sentido fue que la dirección del PSUC no dudó en dirigirse a una base social mucho más amplia que la estrictamente obrera. Estos últimos eran un colectivo prioritario. Pero junto a ellos también se añadían los empleados, estudiantes e intelectuales^[5].

Así, pues, el Comité Central del PSUC dio un paso al frente. En el mes de mayo reconoció públicamente las denuncias que el XX Congreso del PCUS había vertido sobre el culto a la personalidad. Y, como no podía ser de otra forma, las presentó en clave positiva. Dichas denuncias, conjuntamente con el hecho de insistir nuevamente en los progresos materiales que había conseguido la URSS al llegar a 1956 y sus perspectivas de crecimiento en el futuro inmediato, fueron presentadas como unos elementos de vigorización del partido. Éste se fortalecía

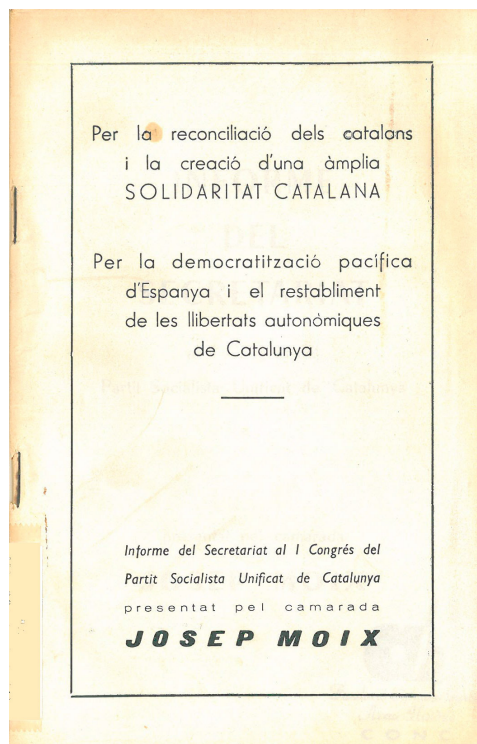
4.- Comitè Central del P.S.U. de Catalunya, «El congrés dels constructors del comunisme», 1956, *Treball*, Arxiu Nacional de Catalunya (ANC).

5.- En este último sentido, resulta claramente ilustrativa la penetración del partido en el ámbito de las propuestas laborales en las empresas. Esta se inicia antes de los sucesos de 1956, pero al llegar a ese año ha conseguido ya un poso interesante que, además, irá creciendo progresivamente. Así puede seguirse en Antoni Lardín i Oliver, *Obrers comunistes. El PSUC a les empreses catalanes durant el primer franquisme (1939-1959)*, Valls, Cossetània, 2007, pp. 150-241.

internamente gracias a esas denuncias. Gracias a ellas podía realizar una autocrítica precisa y contundente, así como fomentar la iniciativa creativa de todos los militantes del partido, pensando muy especialmente en la dinamización que ello podía suponer para atraer a nuevos militantes y simpatizantes en la lucha antifranquista. La verborrea empleada no ofrecía ninguna duda al respecto: las denuncias al culto a la personalidad fortalecían los lazos que unían las masas obreras y populares de Cataluña con el partido, considerado este último como el mejor ejemplo posible de la combatividad y abnegación en la lucha contra el franquismo^[6].

Ahora bien, a partir de esta base sería el I Congreso del PSUC el encargado de asumir en toda su dimensión las denuncias del culto a la personalidad. Pero se haría excluyendo cualquier referencia a los crímenes y al terror estalinista. Así, pues, la dirección del PSUC identificaba las denuncias políticas de Jruschov únicamente en relación con el culto a la personalidad, atribuyéndole a este último toda la responsabilidad de la vulneración del centralismo democrático en el funcionamiento del partido. El culto a la personalidad era el responsable, el único responsable, de la coartación de las libertades de los militantes del partido o, dicho de otra manera, el responsable de las dinámicas de imposición y seguidismo a las que se habían visto sometidos los militantes del PCUS y, también, los del PSUC. Así, pues, el esquema aplicado sobre el PCUS se extendía miméticamente sobre el partido catalán.

El I Congreso del PSUC sentenció que la imposición de la disciplina y la autoridad de la dirección del partido sobre la militancia habían sido fruto de dicho culto, aceptando



Informe de Josep Moix presentado en el I Congreso del PSUC celebrado en París en 1956 (Fuente: Arxiu Històric de CCOO de Catalunya).

que se había llevado a cabo sin una discusión real y funcionando como una apisonadora que actuaba mecánicamente sobre cualquier opinión discrepante respecto a las decisiones de la dirección del partido, por pequeñas que fueran. El resultado no era otro, siempre según la versión oficial aprobada en el congreso, que una degeneración del centralismo democrático en las filas del partido catalán. El resultado final era un debilitamiento interno del PSUC y ello minaba progresivamente la confianza de los militantes, tanto en relación con la propia dirección como con la línea del partido. Por todo ello, el I Congreso del PSUC sancionaba tanto el culto a la personalidad, como las consecuencias que había tenido

6.- Comitè Central del P.S.U. de Catalunya, «Enfortir i desenrotllar les organitzacions del P.S.U.», 1956, *Treball*, ANC.

sobre el partido. Y oficializaba el compromiso de la dirección del partido, una vez reconocida la existencia de dicho culto y constatado la firme voluntad de superarlo, para desarrollar la crítica y la autocrítica dentro del partido. Así se fijó en los nuevos estatutos aprobados durante el congreso. El PSUC recuperaba, según la dirección del partido, el centralismo democrático, liberado de las desvirtuaciones que habían supuesto el culto a la personalidad.

Ahora bien, aquello que resulta más interesante es que se trasladaba a los militantes, y no la dirección del partido, la responsabilidad de velar por el buen funcionamiento del centralismo democrático. Los militantes eran los responsables de garantizar un correcto uso del centralismo democrático, es decir, tenían que disponer de la posibilidad de opinar libremente y criticar con espíritu constructivo los errores que detectasen en la trayectoria del partido, pero igualmente tenían que oponerse abiertamente a cualquier intento de entorpecer la acción del partido discrepando sobre decisiones ya aprobadas o alargando desmesuradamente las discusiones una vez los problemas que se afrontaban habían sido debatidos suficientemente. En otras palabras, la dirección del PSUC aceptaba formalmente las discrepancias en el seno del partido, porque eran concebidas, según su jerga, como la búsqueda del bien común de la clase obrera. Pero jamás podían ser el principio estructural del partido. Por ello, la conclusión era clara y, al mismo tiempo, un nítido aviso a navegantes. Las tendencias y fracciones dentro del partido eran inviables. Se las consideraba incompatibles con la renovación del centralismo democrático, puesto que llevaban a primar los intereses personales a los intereses del conjunto, llevaban a abandonar los principios marxistas-leninistas e insuflar elementos de ca-

rácter burgués^[7].

Sin lugar a dudas, todos estos argumentos implicaban una cierta renovación en el discurso del partido. No obstante, en la práctica se situaba dentro de un monolitismo que resultaba más familiar que desconocido y en el que, como vemos, se cerraba totalmente la puerta a cualquier conato de crítica de fondo, tanto a la dirección del partido como a la línea ideológica de este último.

Ahora bien, aún quedaba otro paso, nada baladí, en el proceso de asunción de las críticas al culto de la personalidad. Nos referimos a quién o quiénes podía/n tener el sanbenito de encarnar el culto a la personalidad en el PSUC. Y la respuesta no ofrecía ningún tipo de dudas. La solución se encontró en el ya defenestrado secretario general del PSUC durante la Guerra Civil y la primera década del exilio. Comorera focalizó en su persona todos los males del culto a la personalidad. El Comité Central del PSUC singularizaba en su antiguo secretario general todos los males del partido. Él era la encarnación del culto a la personalidad. Él la había ejercido desde el primer día de vida del partido hasta el último día en el que ejerció el cargo de secretario general^[8].

El hecho de centrar en Comorera los males del culto a la personalidad era una operación sin riesgo que, además, permitía mostrar públicamente la sintonía con los nuevos aires procedentes de Moscú. Comorera estaba fuera de circulación del partido y, por lo tanto, los males del PSUC quedaban focalizados en un fantasma del pasado

7.- Comitè Central del P.S.U. de Catalunya, «Per l'enfortiment de la unitat política i orgànica del P.S.U.», 1956, *Treball*, ANC.

8.- El principal mentor de la campaña que situó a Comorera como sinónimo y responsable del culto a la personalidad fue Vidiella, tal y como se indica en Gregorio Morán, *Miseria y grandeza del Partido comunista de España 1939-1985*, Barcelona, Planeta, 1986, pp. 300-301.

que, además, no contaba actualmente con apoyos dentro del partido. Él y sus correligionarios habían sido derrotados en 1949 y, tras ello, animados a abandonar el partido y, los que no lo hicieron, invitados a situarse en la marginalidad dentro del PSUC. Es más, resulta interesante apreciar la comunión entre la dirección del PCE y la del PSUC a la hora de afrontar de forma bien particular las denuncias de Jruschov sobre el culto a la personalidad. Nos referimos a la ausencia de autocrítica sobre las expulsiones llevadas a cabo en el pasado, tanto en el PSUC como en el PCE. De hecho, las direcciones de ambos partidos no mostraron ningún conato de autocrítica a la hora de reflexionar sobre las salidas forzadas de Heriberto Quinones, Jesús, Monzón, Jesús Hernández o Comorera. La autocrítica brilló por su ausencia⁹.

Marcando escasas distancias respecto a la figura y el legado material de Stalin

Asumidas las denuncias del culto a la personalidad y aplicadas sobre la figura de Comorera, aquello que debería ser el siguiente paso en la aplicación de la desestalinización del partido, es decir, asumir los crímenes y el terror estalinista, brilló por su ausencia. Uno y otro no fueron incorporados a la lectura pública que realizó el PSUC sobre el informe secreto de Jruschov. Lo máximo que se consiguió, que de hecho se convertía en una rutina para los partidos comunistas alineados con Moscú, fue que el Comité Central del partido catalán asumiese la desaparición del término «estalinista» como elemento definidor de la base ideológica del partido. El PSUC dejaba de presentarse como un partido marxista-leninista-estalinista para hacerlo como una

formación marxista-leninista.

La primera evidencia en este sentido se había mostrado ya en marzo de 1956. El Comité Central del PSUC reclamó públicamente la necesidad de profundizar en el estudio objetivo de las teorías de Karl Marx y de Vladimir Lenin. El argumento esgrimido fue corroborar el acierto de las teorías de los fundadores del comunismo a través de los éxitos materiales conseguidos en la URSS. El hasta entonces indiscutible emblema del comunismo soviético, Yosif Stalin, había quedado en el olvido¹⁰. Pero esta ausencia se hacía más explícita aún al afirmar que el partido había sido fundado sobre la base de los principios marxistas-leninistas. Se trataba de una falsificación histórica. El PSUC, como hemos visto, había nacido como una formación antifascista y marxista. Pero lo significativo era la reinterpretación del pasado en base a los efectos del XX Congreso del PCUS. El estalinismo ya no formaba parte del ADN del PSUC. La columna vertebral ideológica del partido era situada en un marxismo-leninismo, considerado como ciencia para el desarrollo de la sociedad, y del que, acertadamente, se reconocía que su aplicación inmediata en el partido había sido limitada y que, además, se trataba de una ideología poco conocida entre los fundadores del PSUC y mucho menos aún entre la práctica mayoría de los militantes del partido. Esta contradicción entre realidad y voluntad era resultado de la necesidad de encajar el nuevo puzle que había surgido del XX Congreso del PCUS. Resultaba necesario desterrar cualquier posible reminiscencia del estalinismo en el ADN del PSUC y, la mejor manera para hacerlo, era reivindicar la pureza ideológica del partido en base al marxismo-leninismo como

9.- Así lo ha evidenciado Emanuele Treglia, *Fuera de las catacumbas. La política del PCE y el movimiento obrero*, Madrid, Eneida, 2012, pp.65-66.

10.- Comitè Central del P.S.U. de Catalunya, «El congrés dels constructors», ANC.

manantial^[11]. Es más, esta posición quedó consolidada y oficializada definitivamente durante el I Congreso del PSUC. El congreso sirvió para reafirmar la identificación del PSUC con los principios marxistas-leninistas y, con ello, dar carpetazo definitivo al marxismo-leninismo-estalinismo^[12]. Así pues, tras agosto de 1956 ya no había marcha atrás posible.

Ahora bien, lo que sí sorprendía era el silencio inicial sobre la figura de Stalin. Había sido olvidada. Se trataba de un fantasma que se obviaba y, con ello, se evitaba el mal trago de tener que asumir críticas contra su figura y legado. De hecho, se tendría que esperar a marzo de 1957 para encontrar por primera vez una referencia pública y crítica versus Stalin. El Comité Central del PSUC utilizó como fórmula para ello colocar en un mismo nivel tanto el culto a la personalidad como las denuncias a los errores cometidos por Stalin. Ahora bien, es igualmente cierto que se ponderaron tanto como fue posible. Los errores cometidos por Stalin se situaron más como un resultado del culto a la personalidad, que como un elemento con personalidad propia. Para empezar, no se utilizó el término «crímenes» sino «errores» para identificarlos. En cambio, se reconoció públicamente que los errores denunciados habían generado una fuerte conmoción en el mundo comunista y filocomunista. Pero no se fue más allá. Es más, se puso en marcha un operativo para salvaguardar en gran medida la figura de Stalin. Primero, porque el reconocimiento de sus errores se presentó, como en el caso de la denuncia al culto de la personalidad, como un paso necesario para poder generar una evolución dentro de los partidos

comunistas de todo el mundo, concretamente como un mecanismo necesario para asumir la necesidad de un cambio profundo sobre determinadas concepciones y prácticas en la vida de los partidos comunistas, entre los que se situaba también al PSUC. Segundo, porque los errores fueron considerados como una parte mínima respecto al conjunto de su obra, motivo por el cual no quedaba empañado el conjunto de la etapa estalinista de la URSS. Y, tercero y relacionado con el elemento anterior, no solo se salvó sino que se magnificó la obra material realizada en la URSS durante la etapa de Stalin. Incluso fue calificada como una obra admirable^[13]. Así, pues, para la dirección del PSUC la figura del otrora gran y único dirigente seguía conservando un estatus que la mantenía en un estadio similar y, lo que era más importante aún, situaba los errores de la etapa estalinista como resultado inherente al culto de la personalidad y no como un elemento propio del sistema estalinista y, más aún, no como el factor estructural del sistema estalinista. Con este panorama, no debe sorprender que la conclusión final esgrimida por la dirección del PSUC no fuese otra que considerar la denuncia del culto a la personalidad y los errores que de él se derivaron como una exigencia necesaria para alcanzar un mayor desarrollo de la URSS y un mejor y más intenso crecimiento del movimiento comunista internacional.

Teniendo presente esta suavidad a la hora de afrontar la figura de Stalin, tampoco resulta sorprendente constatar que los efectos del XX Congreso del PCUS sobre la trayectoria interna del PSUC fueron inocuos. El camino que se había marcado tras la salida forzada de Comorera y la derrota política de sus correligionarios, continuó sin desviarse del guión previsto. El PSUC

11.- Comitè Central del P.S.U. de Catalunya, «El P.S.U., partit d'avantguarda, dirigent de la classe obrera i del poble catalans», 1956, *Treball*, ANC.

12.- Comitè Central del P.S.U. de Catalunya, «Per l'enfortiment de la unitat», ANC.

13.- Comitè Central del P.S.U. de Catalunya, «La Unió Soviètica, centre capdavanter del camp mundial socialista», 1957, *Treball*, ANC.

recibió el XX Congreso del PSUC como una formación ideológicamente comunista y orgánicamente dependiente del PCE. Y así continuó tras la denuncia de los crímenes del estalinismo que se realizó en Moscú^[14]. El Comité Ejecutivo surgido del I Congreso no dudó ni un instante en reconocer que establecía unas relaciones de compenetración profunda con el PCE, teóricamente fundamentadas en acuerdos entre iguales los dos partidos, sobre las bases ideológicas comunes de los principios marxistas-leninistas, así como una misma línea política y unos mismos métodos de organización entre ambas formaciones^[15]. El nuevo Comité Ejecutivo contaba con once miembros, entre los que destacaban Moix como secreta-

rio general, y nombres nada sospechosos de ser partidarios de las tesis de Comorera como López Raimundo, Ardiaca o Serradell. Todos ellos, como también había sucedido con Comorera a partir de 1938, fervientes defensores de identificar el PSUC como una formación comunista ortodoxa.

También resulta significativo que la nueva dirección acabó manteniendo la marca «PSUC». Pero fue solo como marca y, además, a regañadientes. Ciertamente, dicha marca tenía un alto valor propagandístico en los años de la Guerra Fría. La terminología del partido remitía al origen del mismo como una formación unificada fruto de la fusión de socialistas y comunistas en un mismo partido, que le permitían equipararse nominalmente a algunas formaciones políticas del centro y este de Europa, en la que socialistas y comunistas habían quedado integrados en un mismo partido. En este sentido, fue precisamente Carrillo quien se erigió en el máximo valedor de mantener la independencia nominal del PSUC respecto al PCE. Pero no sin tener que soportar presiones en sentido contrario. Una buena parte de los cuadros directivos del partido catalán clamaban a favor de la absorción y posterior desaparición del PSUC dentro del PCE. Ardiaca había sido uno de los principales valedores de esas tesis ya durante el V Congreso del PCE celebrado en agosto de 1954, para continuar insistiendo en ello en 1959. Y años después le seguirían sus pasos figuras como López Raimundo^[16].

La invasión de Hungría y el Grupo «Anti-Partido» entran en escena.

La primera prueba de toque de calado que tuvo que afrontar la dirección del PSUC a la hora de vestir la imagen pública que había transmitido sobre la desestaliniza-

14.- No había sido interpretado así por C. Cebrían, *Estimat PSUC*, p. 27 que apostó por una reconfiguración del PSUC, no a raíz del impacto del XX Congreso del PCUS, sino como resultado de la interacción entre la sociedad catalana y la lucha clandestina del partido en Cataluña. Según las tesis de esta autora, el contacto entre la sociedad catalana y el partido sería el factor que conduciría a este último a su pluralidad fundacional —entendiendo como tal su compleja definición como formación marxista fruto de la fusión comunista y socialista en un solo partido— y también a una cierta ambigüedad política que, precisamente, sería el factor diferencial del partido respecto al resto de formaciones que optaron por la lucha clandestina en Cataluña. Este elemento sería la clave que explicaría la fuerza y hegemonía que ostentaría el PSUC en la lucha antifranquista en Cataluña. Ciertamente, las tesis de esta autora se ajustan a la realidad al reconocer que la amplitud del discurso político del PSUC, en buena medida como partido paraguas en la esfera marxista, fue la principal clave de su penetración social en los círculos de la lucha antifranquista. Pero, en cambio, no es cierto que el PSUC se re-direccionase a sus orígenes como una formación plural. El PSUC siguió siendo una formación plenamente monolítica que no abandonó en ningún caso su plena identificación con el comunismo que había adoptado como corpus del partido durante la década de los años cuarenta. Otra cuestión es que tuviese la capacidad, que así fue, de penetrar en diferentes grupos sociales y forjarse como el principal partido de la lucha antifranquista en Cataluña. Pero ello no fue a costa de variar la caracterización ideológica del partido.

15.- Así lo recogían los estatutos del partido que fueron aprobados en el I Congreso del PSUC, cuya reproducción parcial se encuentra en C. Cebrían, *Estimat PSUC*, p. 33.

16.- G. Pala, *El PSUC*, p. 21.

ción fue el episodio húngaro de 1956. No era fácil cuadrar el círculo. Pero se hizo.

El argumento presentado para interpretar la invasión de Hungría fue el franquismo. La censura del régimen fue considerada responsable de las conclusiones a las que llegaron todas aquellas voces que criticaron la invasión de Hungría. El franquismo fue señalado como el responsable de difundir en España una evidente manipulación de los sucesos del país centroeuropeo, ya que los presentó como un movimiento nacional y democrático cuando desde la dirección del PSUC se aseguró que se trataba de una conspiración fascista que quería aprovechar el malestar de una buena parte de la población para establecer un régimen fascista a copia y semblanza de la Hungría de Miklos Horthy durante los años de entreguerras. Es más, la autoría de esta conspiración se situó en las autoridades norteamericanas, las cuales intentaron aprovechar de forma indecente el ambiente de cambio que se había generado a raíz del XX Congreso del PCUS para difundir falsedades entre la población. Como vemos, desde la dirección del PSUC no se negaba que existiese un malestar popular en Hungría. Es más, se reconocía que tanto el gobierno húngaro como el Partido de los Trabajadores habían cometido errores y ello había conducido al descontento popular. Pero a partir de aquí lo que se había producido era una simple y vil manipulación de los ciudadanos para conducir el país hacia el fascismo. Una tesis que culminaba con el resultado final de la supuesta ruptura de relaciones entre la ciudadanía y los líderes de la conspiración, justo a partir del momento en que los primeros pudieron detectar la voluntad de los conspiradores para establecer un modelo fascista en Hungría^[17].

17.- Comitè Central del P.S.U. de Catalunya, «Sobre els esdeveniments d'Hongria», 1956, *Treball*, ANC; Comitè Central del P.S.U. de Catalunya, «Sobre els esdeveniments

Esta versión convenció a una gran mayoría de los miembros y simpatizantes del partido en el interior, especialmente en el caso de la organización en Barcelona. Miguel Núñez, la figura clave del partido en la capital catalana, no dudó en reconocer que el esquema elaborado por la dirección del PSUC había penetrado positivamente entre los miembros del partido en Barcelona, para quienes el peso de la lucha antifranquista era mucho mayor que el interés por un país que estaba a miles de kilómetros. Es más, Núñez llegó a afirmar que sin excepción alguna los miembros del partido en la capital catalana habían asimilado plenamente las tesis de la dirección^[18]. Una afirmación, no obstante, que dejaba de lado la reacción negativa que generó en un sector de jóvenes que se movía alrededor del partido y que, un poco más tarde, militarían de forma activa en el mismo. Nos referimos, por ejemplo, al caso de Jordi Solé Tura. Este último personificó cómo el discurso elaborado por la dirección del partido no convenció a todos. Así sucedió con una parte de la generación que no había sido protagonista de los años de la Guerra Civil y que percibió la invasión de las calles de Budapest como la constatación empírica que el discurso desestalinizador era solo una declaración de intenciones. El episodio húngaro les había mostrado que nada había cambiado a nivel estructural. Una parte de esta nueva generación, que actuaban en el interior, se mostraron abiertamente contrarios a la actuación soviética en Hungría y protestaron abiertamente contra ello. La reacción

d'Hongria. Carta oberta a un grup d'intel·lectuals catalans», 1957, *Treball*, ANC; y Comitè Central del P.S.U. de Catalunya, «La Unió Soviètica, centre capdavanter», 1957, *Treball*, ANC.

18.- La reproducción literal de las palabras de Núñez puede seguirse en Giaime Pala, *Cultura clandestina. Los intelectuales del PSUC bajo el Franquismo*, Granada, Comares, 2016, pp. 31-32.



Escaparate de una librería de Budapest, durante los sucesos de Hungría, en el que puede leerse «Rusos a casa». Fotografía tomada el 2 de noviembre de 1956 (Autor: Joop van Bilsen. Fuente: wikimedia.org).

de Solé Tura fue de reprobación inmediata de la actuación soviética en Hungría. Tras participar en manifestaciones de protesta, acabó rechazando explícitamente la URSS y su sistema. Y ello le llevó a poner en cuarentena las primeras percepciones que había tenido sobre el XX Congreso del PCUS. Lo habían percibido como un auténtico terremoto que le había despertado el interés por la política internacional y, dentro de ella, por la nueva trayectoria que en teoría se iniciaba en las filas del movimiento comunista internacional. Pero lo vivido en Hungría les había demostrado que nada había cambiado realmente. Las denuncias de Jruschov y la voluntad de renovación estructural del comunismo soviético, y el de sus aliados, para él no dejaban de ser palabrería sin ningún tipo de fondo^[19].

Capeado el temporal de los sucesos húngaros, la dirección del PSUC continuó inamovible en su interpretación del XX Congreso del PCUS. Una nueva oportunidad para mostrarlo fue la reunión del Soviet Supremo de la URSS en mayo de 1957. La citada reunión fue presentada como un encuentro para acordar diferentes medidas de reforma de los métodos de dirección económica del país. Las decisiones aprobadas por el Soviet Supremo fueron consideradas resultado de la aplicación práctica del retorno a los principios leninistas que se habían planteado en el XX Congreso del PCUS: restablecimiento de los métodos de dirección colectiva y del centralismo democrático, así como respeto escrupuloso a la normativa que regía tanto el PCUS como la

19.- En este sentido son especialmente significativas las

memorias de Jordi Solé Tura, *Una història optimista. Memòries*, Barcelona, Edicions 62, 1999, pp. 88-91.

propia URSS. Así, pues, la aplicación práctica de las denuncias de Jruschov fue llevada al campo de los progresos materiales de la URSS y, más concretamente, a los debates sobre el perfeccionamiento de la dirección de la economía del país para conseguir un salto en el proceso de desarrollo económico y cultural de la URSS que superase el funcionamiento excesivamente burocratizado y con déficits de eficiencia que había marcado la URSS en la franja comprendida entre 1932 y 1945^[20].

Pero tras este aparente retorno a la normalidad, rápidamente estalló una segunda prueba de fuego. Desde la dirección del PSUC se hizo público un manifiesto redactado el 10 de julio de 1957. En él se mostraba el pleno apoyo de la dirección del partido catalán a la decisión del Comité Central del PCUS de apartar de sus cargos de alta responsabilidad a tres de las principales figuras del ala dura del estalinismo, Gueorgui Malenkov, Lázar Kaganovich y Viacheslav Molotov que, no lo olvidemos, en junio de 1957 intentaron apartar a Jruschov de la dirección del partido. La acción llevada a cabo contra los calificados como grupo fraccional, denominándolo «Grupo Anti-Partido», fue presentada por la dirección del PSUC como, primero, una medida de fuerza ejemplar y necesaria para evitar un acto y dinámica involucionista contra la aplicación de las decisiones del XX Congreso del PCUS; y, segundo, como el mejor reflejo posible del acierto de las denuncias planteadas en dicho congreso, puesto que la decisión adoptada había sido posible gracias al retorno a los principios leninistas en el PCUS. A partir de aquí, el resultado de esta acción fue trasladado miméticamente al partido catalán: el PSUC no dudaría en luchar abiertamente contra aquello que

oliera a sectarismo y revisionismo y, con ello, pondría el acento en conseguir el fortalecimiento orgánico e ideológico del mismo y, cómo no, potenciar el contacto con las masas. En este caso, la cuadratura del círculo había sido mucho más cómoda que en el caso de los sucesos húngaros^[21].

Tras todo este camino, una última cuestión queda pendiente. Nos referimos al valor estratégico que la dirección del PSUC podía atribuir a la fachada desestalinizadora con la que se había vestido el partido de cara a potenciar la atracción de militantes y simpatizantes. Más aún si tenemos presente el marco de conflictividad social que crecía en Cataluña en el ámbito industrial y universitario en esos años. La dirección del PSUC insistía en el discurso a favor de atraer a sus filas a centenares de jóvenes obreros, estudiantes, campesinos y, según sus propias palabras, otros patriotas más. Tenían que aterrizar en el partido atraídos no sólo por los principios comunistas, sino por las conquistas materiales conseguidas en la URSS, así como por la extensión del modelo socialista al centro y este de Europa, así como por su implicación en la voluntad de derrotar al franquismo^[22].

Los datos conocidos hasta el momento revelan que la extracción de buena parte de la militancia del PSUC tenía un perfil similar. Se trataba de una generación que no estaba condicionada por la Guerra Civil, que se había desarrollado durante los años iniciales del franquismo y cuya principal característica era su combatividad. El mejor ejemplo había sido la reactivación del activismo obrero y estudiantil precisamente durante 1957, del que había resultado mejor ejemplo la movilización estudiantil de

20.- Comitè Central del P.S.U. de Catalunya, «Importants decisions del Soviet Suprem de la U.R.S.S. De reforma de la direcció econòmica», 1957, *Treball*, ANC.

21.- Comitè Executiu del Comitè Central del Partit Socialista Unificat de Catalunya, «Resolució sobre la decisió del Comitè Central del Partit Comunista de la Unió Soviètica», 1957, *Treball*, ANC.

22.- Comitè Central del P.S.U. de Catalunya, «Enfortir», ANC.

ese año en la capital catalana. Las nuevas generaciones de activistas en el interior se convertían en un reflejo más de la creciente potencialidad del partido y, con ello, también de una cierta y particular recepción de los aires relativamente renovadores que procedían de Moscú, aunque no en todos los casos^[23]. En lo que se refiere a la intelectualidad del partido, que es precisamente el caso más recientemente analizado por la historiografía, resulta evidente que en 1956 y los años inmediatamente posteriores, el PSUC tuvo la capacidad para atraer a esa nueva y joven generación de intelectuales catalanes. Y el mérito resulta aún mayor en la medida que se partía de números rojos en

ese campo: en marzo de 1956 no había entrado en el PSUC ningún intelectual. Pero en el verano de ese mismo año el partido contaba ya con una docena de jóvenes intelectuales que, además, presentaban una dinámica bien particular ya que no habían sido cooptados sino que habían decidido entrar en el partido de forma totalmente autónoma, entre los que estaban nombres relevantes como Manuel Sacristán o, por ejemplo, Francesc Vicens. Si hacemos caso de sus propios testimonios, la desestalinización en el PSUC tuvo que ver bien poco, por no decir nada, en su decisión de autoconsiderarse comunistas y, a partir de aquí, entrar a militar en el partido^[24].

23.- Para un seguimiento más detallado de esta cuestión, véase Carme Molinero y Pere Ysàs, *Els anys del PSUC. El partit de l'antifranquisme (1956-1981)*, Barcelona, L'Avenç, 2010, pp. 18-24.

24.- La aportación más significativa y actualizada en este campo corresponde a G. Pala, *Cultura clandestina*, pp. 21-68.

Los intelectuales comunistas italianos y franceses y la desestalinización (1956-1967)*

Italian and French Communist Intellectuals and the de-Stalinization (1956-1967)

Marco Di Maggio
Università di Roma-Sapienza

Resumen

El ensayo recorre en una perspectiva comparada y entrecruzada el debate teórico-ideológico que se desarrolla en el interior y en torno a los partidos comunistas italiano y francés en el período que se inicia con la crisis de 1956, provocada por las revelaciones del informe Jruschov y por la represión de la revuelta húngara, y se concluye en los umbrales de las revueltas de 1968 y 1969. La producción teórica e intelectual se pone en relación con la tendencia de los dos grandes partidos comunistas de Europa occidental de redefinir su propia estrategia frente al cambio del escenario internacional y las modificaciones de las respectivas sociedades nacionales.

Palabras Claves: Intelectuales, desestalinización, neocapitalismo, marxismo, años sesenta.

Abstract

From a comparative perspective the article deals with the theoretical-ideological debate that takes place inside the Italian and the French Communist parties in the period that begins with the 1956 crisis, caused by the revelations of the Khrushchev report and by the repression of the Hungarian uprising, and concludes on the threshold of the revolts of 1968 and 1969. The theoretical and intellectual production is compared with the trend of the two major Communist parties in Western Europe of redefining their own strategy against the change in the international arena and the changes in the respective national societies.

Keywords: Intellectuals, De-Stalinization, neo-capitalism, Marxism, the 1960's.

* Traducción de Javier Aristu

En 1966, Eric Hobsbawm, en una reseña de *Leer el Capital*, de Louis Althusser, observa en la tendencia de repensar a Marx iniciada en el decenio precedente cuatro corrientes importantes: la primera, consistente en un tipo de «operación arqueológica» destinada a eliminar las estratificaciones teóricas acumuladas sobre el auténtico pensamiento de Marx; la segunda, que trata de identificar y seguir las distintas corrientes teóricas producidas originalmente en el interior del marxismo; la tercera, que comienza a hacer frente a las contribuciones científicas que proliferaron más allá del marxismo y que habían sido excluidas durante el período estaliniano; y, finalmente, la cuarta, que testimonia la voluntad de una vuelta al análisis del mundo real tras dos decenios en los que «las interpretaciones oficiales estaban cada vez más alejadas»^[1]. Con modos y maneras diversos, el PCI y el PCF, implicados ambos en la ruptura ideológica de los años de la guerra fría, a partir de 1956 están atravesados por estas cuatro corrientes. En una perspectiva de medio plazo, las distintas tesis presentes en el debate teórico que se desarrolla dentro de los partidos comunistas occidentales entre la segunda mitad de los años cincuenta y la primera mitad de los sesenta, por una parte tratan de modernizar los instrumentos ideológicos y culturales de su estrategia a partir de los cambios sociales, económicos y culturales que se han producido, y, por otra, dan prueba de la debilidad progresiva de la capacidad de los PC para representar políticamente las demandas surgidas de la sociedad.

¿Enemigos a la izquierda? El PCI y el nuevo radicalismo de los intelectuales

1.- Eric John Hobsbawm, *I Rivoluzionari*, Turín, Einaudi, 2002, p. 174-175. [hay ed. en español: *Revolucionarios*, Barcelona, Crítica, 2000]

Con la Liberación y la guerra fría el partido italiano había conseguido alcanzar una posición preminente en el panorama cultural nacional^[2]: la interpretación togliattiana de la obra de Gramsci y su difusión como patrimonio fundamental del partido, y canal principal, por tanto, a través del cual «nacionalizar» el marxismo-leninismo, habían permitido al PCI moderar los efectos del monolitismo ideológico y los esquematismos del zhdanovismo^[3]. Sin embargo, los equilibrios entre control ideológico, kominformismo y gramscismo nacional sufrieron un duro golpe en 1956 con las revelaciones del Informe Jruschov y con el desacuerdo con el apoyo del PCI a la represión de la revuelta húngara. Ante estas señales el PCI ya había comenzado a renovar su política cultural, pero es en el Comité central del 11 y 12 de noviembre de 1961, en el que Togliatti se refiere al XXII Congreso del PCUS (que se había celebrado del 17 al 31 de octubre), cuando emerge la voluntad de poner en discusión el socialismo soviético y la estrategia revolucionaria del partido italiano, incluso criticando las reticencias de Togliatti, como hacen Amendola, Pajetta y Alicata^[4]. Togliatti decide tomar de nuevo el control de la situación poniéndose a la cabeza de la renovación, principalmente recuperando las tesis sobre el policentrismo y sobre la renovación

2.- Marcello Flores, Nicola Gallerano, *Sul PCI. Un'interpretazione storica*, Bolonia, Il Mulino, 1992, pp. 174 ss.

3.- Para un análisis de la política cultural del PCI durante la guerra fría cfr. Albertina Vittoria, *Togliatti e gli intellettuali. Storia dell'Istituto Gramsci negli anni Cinquanta e Sessanta*, Roma, Carocci, 1992; Francesca Chiarotto, *Operazione Gramsci. Alla conquista degli intellettuali nell'Italia del dopoguerra*, Milán-Turín, Bruno Mondadori, 2011.

4.- Palmiro Togliatti, «Portare avanti il rinnovamento ideologico e politico per fare avanzare la causa del comunismo nel mondo. Relazione al Comitato centrale sul XXII Congresso del PCUS», *L'Unità* (11 de noviembre de 1961) pp. 1 y 8-9; Giorgio Amendola, «Il dibattito al CC e alla CCC», *L'Unità* (12 de noviembre de 1961) p. 10.

del movimiento comunista expuestas en la entrevista a *Nuovi Argomenti* de cinco años antes, y animando a una revisión de la historia del partido y del movimiento comunista más libre de condicionamientos ideológicos y del control por el aparato.

La crisis del estalinismo en Italia se entrelaza con los cambios sociales y culturales producidos por el milagro económico. De hecho, el desarrollo capitalista italiano y la migración interna conformaron un nuevo sector de clase obrera compuesto por jóvenes emigrantes meridionales, impulsando la renovación de la estrategia de la CGIL (obligada también tras la derrota en 1955 en las elecciones a las comisiones internas de la Fiat) a partir de una renovada centralidad de la acción en los centros de trabajo y, en consecuencia, de la necesidad de analizar la evolución de las relaciones de producción y de la composición de la clase obrera. Junto al debate que se desarrolla en las organizaciones políticas y sindicales, nacen los primeros grupos de intelectuales promotores de una dirección teórico-política más independiente de las orientaciones hasta entonces seguidas por las organizaciones de izquierda; según aquellos, liberarse de la teoría marxista del dogmatismo canónico, que no perdonó ni siquiera al gramscismo italiano, permitiría comprender mejor la realidad.

En este clima nace, el 30 de septiembre de 1961, el primer número de los *Quaderni Rossi* con el título *Lotte operaie nello sviluppo capitalistico*. El ejemplar contiene colaboraciones de militantes de la izquierda socialista como Raniero Panzeri, que era uno de los principales promotores del proyecto, y de jóvenes intelectuales como Dino De Palma, Giovanni Mottura, Vittorio Reiser, así como también dirigentes de la CGIL y del PCI como Sergio Garavini, Giovanni Alasia y Emilio Pugno.

El artículo de Panzeri «Sull'uso capita-



Núm. 1 de *Cuaderni Rossi* (30 de septiembre de 1961).

listico delle macchine nel neocapitalismo», destinado a convertirse en uno de los textos fundamentales del marxismo «heterodoxo», se basa en la sección IV del Libro I del *Capital* y en el *Fragmento sobre las máquinas* de los *Grundrisse*, dos textos de la obra marxiana ignorados sobremanera por el marxismo italiano⁵. Partiendo de una lectura original de algunas tesis de la Escuela de Frankfurt, Panzeri articula su reflexión sobre la relación entre ciencia, técnica y poder, sobre la transformación del neocapitalismo de competitivo en planificador y, finalmente, sobre la relación entre la composición de la clase obrera y la construcción de la subjetividad revolucionaria.

Panzeri critica el argumento según el

5.- «Lotte Operaie nello sviluppo capitalistico», *Quaderni Rossi*, 1 (1961).

cual la contradicción entre el carácter social de las fuerzas productivas y el carácter privado de las relaciones de propiedad es la base de la racionalidad del desarrollo capitalista. Al afirmar la imposibilidad de un uso alternativo de la tecnología capitalista por parte de la clase obrera, el intelectual socialista ataca a aquellos que consideran neutral el desarrollo de las fuerzas productivas, llegando a confundir el socialismo con la política de nacionalizaciones y a poner como premisa imprescindible un incremento de la productividad del trabajo capaz de establecer las condiciones para una mejor distribución de la riqueza. Para Panzieri, la fábrica, con su organización planificada, es el lugar central del dominio del capital, y el Estado se limita a desarrollar la función de representante del capitalista colectivo identificando el interés de este último con el de toda la sociedad. Finalmente, Panzieri afronta otro asunto crucial en el debate teórico de los años sesenta: el de la intelectualidad de masas. El neocapitalismo, con el desarrollo tecnológico y de servicios, favorece, de hecho, la formación de una masa de técnicos e intelectuales cuyas condiciones de trabajo y de vida son parecidas a las de la clase obrera^[6].

También la cuestión de los intelectuales y de la cultura asume un papel esencial en el debate teórico, especialmente a través de las investigaciones de Franco Fortini, animador de los *Quaderni Piacentini*, y de Alberto Asor Rosa, miembro también de la redacción de los *Quaderni Rossi* y después fundador, junto a Antonio Negri y Mario Tronti, de *Classe Operaia*^[7]. Aunque con

destacadas diferencias, el elemento que unifica a Fortini y Asor Rosa es la exigencia de promover la autonomía de la clase obrera respecto de las instituciones de la cultura burguesa^[8]. Ambos critican la política cultural del PCI, en particular el papel de los intelectuales orgánicos en el partido, cuya actividad se ha limitado por lo común a la producción de formas de cultura nacional-popular, y la relativa noción de hegemonía, centrada toda ella en la intención de hacer del movimiento obrero y de los comunistas los continuadores de la mejor tradición italiana. En el segundo número de los *Quaderni Rossi*, Asor Rosa acusa al PCI de haber moderado la carga revolucionaria de la teoría marxista a través de una interpretación populista de la categoría gramsciana «nacional-popular». De ahí habría brotado una política cultural que, en el contexto del neocapitalismo, se dejaba ver como subalterna al orden dominante^[9]. Asor Rosa desarrollará esta posición en su libro *Scrittori e popolo*, una obra que, junto con *Operai e Capitale* de Mario Tronti y los ya citados escritos de Panzieri, figura entre los textos más importantes del marxismo italiano de los años sesenta y de la «nueva izquierda».

En los primeros meses de 1962, Giorgio Napolitano es el primer dirigente que se pronuncia acerca de la salida de *Quaderni Rossi* con una reseña que aparece en la revista del partido *Politica e Economia*. Aunque aprecia el esfuerzo de reflexión, Napolitano, sin embargo, observa que el enfoque de la revista se basa en numerosas simplificaciones y deformaciones no solo teóricas sino también políticas. De este modo,

6.– Raniero Panzieri, «Sull'uso capitalistico delle macchine nel neocapitalismo», *Quaderni Rossi*, 1 (1961); Giuseppe Vacca, «Politica e teoria del marxismo italiano», en Id., (a cura di), *Politica e teoria del marxismo italiano 1959-1969*, Bari, De Donato, 1972, pp.13-14; Cristina Corradi, *Storia dei marxismi in Italia*, Roma, Manifestolibri 2005, pp. 138 ss.

7.– Giuseppe Trotta (a cura di), *L'operaismo negli anni Ses-*

santa, Roma, DeriveApprodi, 2008.

8.– G. Vacca, *Politica e teoria del marxismo italiano*, p. 50.

9.– Alberto Asor Rosa, «Il punto di vista operaio e la cultura socialista», *Quaderni Rossi*, 2 (1962), pp. 117-130; Stephen Gundle, *I comunisti italiani fra Hollywood e Mosca. La sfida della cultura di massa (1943-1991)*, Florencia, Giunti Editore, 1995, p. 265.

el dirigente comunista rechaza el proyecto al no contribuir a consolidar la hegemonía de la clase obrera¹⁰. La reseña, lejos de los tonos censores que caracterizarán a los comunistas franceses, está en línea con la voluntad del PCI de mantener su propia hegemonía cultural en la clase obrera italiana rechazando las críticas provenientes de la extraña galaxia intelectual que va tomando cuerpo a su izquierda.

No obstante, a pesar de la toma de posición pública de Napolitano, el debate interno en el PCI muestra un cierto grado de permeabilidad hacia las demandas y tesis de la nueva izquierda. Lo demuestran la participación de dos importantes sindicalistas comunistas de la CGIL en el primer número de *Quaderni Rossi*, pero también los asuntos discutidos en el famoso seminario sobre las tendencias del capitalismo italiano organizado por el Instituto Gramsci en marzo de 1962, y en el cual comenzaron a delinearse dos sensibilidades en el interior del partido, una izquierda cuyo exponente principal será Pietro Ingrao y una derecha representada por la figura de Giorgio Amendola.

Durante el seminario Bruno Trentin, entonces miembro del gabinete de estudios de la CGIL, polemiza con Amendola sobre la interpretación de la evolución de la estructura económica nacional. Trentin sitúa el desarrollo capitalista italiano en el contexto del capitalismo mundial y se esfuerza en describir no solo los aspectos político-institucionales sino también la dimensión ideológica y cultural. Además de demostrar cómo en la Italia del boom económico se estaba produciendo un intenso desarrollo de la organización del trabajo y de los sistemas de automatización, Trentin observa en las nuevas formulaciones del

reformismo católico la versión italiana de una estrategia patronal que, apoyándose en el aumento de la productividad del trabajo, trata de asimilar a amplios sectores de la clase obrera dentro del sistema político a través de medidas de tipo reformista y keynesiano¹¹. Situando en el centro del debate el problema de la formación del consenso obrero a partir de los centros de trabajo, el análisis de Trentin influirá más o menos explícitamente en las distintas elaboraciones estratégicas de la izquierda del PCI, al menos hasta finales de los años sesenta.

También Amendola, en su ponencia, se basa en el impetuoso desarrollo económico de la postguerra, señalando la rápida transformación de Italia de país agrícola-industrial en país industrial-agrícola y sin ahorrar críticas a la estrategia adoptada por el movimiento obrero. Sin embargo, señala cómo este desarrollo ha estado acompañado por un sensible empeoramiento de las condiciones de vida y de trabajo de las clases populares, moderado únicamente por las luchas de la clase obrera, «no solo [...] las reivindicativas sino también [...] aquellas contra la política general de las clases dominantes»; es precisamente el permanente atraso de la sociedad italiana, debido a la incapacidad de la burguesía de asegurar el desarrollo de la misma, lo que hace necesaria la alianza de la clase obrera con los otros sectores de las clases populares sobre la base de un programa común de reformas estructurales. Un programa político y electoral que atraiga a todas las fuerzas democráticas, comunistas, socialistas, laicas y católicas interesadas en impulsar los inte-

10.- Giorgio Napolitano, «I 'Quaderni Rossi' e le lotte operaie nello sviluppo capitalistico», *Politica e Economia*, enero-febrero de 1962.

11.- Bruno Trentin, «Le dottrine neocapitalistiche e l'ideologia delle forze dominanti nella politica economica italiana», en *Tendenze del capitalismo italiano*, Roma, Istituto Gramsci, 1962, vol. I, pp. 97 ss.; Gian Pian Primo Cella, «Trentin e il dibattito sul neocapitalismo», Sante Cruciani (a cura di), *Bruno Trentin nella storia della sinistra italiana e francese*, Roma, École française, 2012.

reses reales de Italia contra los del capital monopolístico^[12].

Más allá de la mencionada ponencia de Trentin, algunas intervenciones de jóvenes intelectuales cercanos a Ingrao como Lucio Magri o Valentino Parlato, y también de dirigentes de la izquierda socialista, como Vittorio Foa y Lucio Libertini, subrayan que el desarrollo del capitalismo italiano se inserta en el contexto de un cambio global del sistema capitalista, lo que hace necesario comprender profundamente sus características a fin de reformular la política de alianzas, la concepción de la democracia y la relación entre lucha reivindicativa y estrategia^[13].

Como apoyo a este impulso renovador surgen las huelgas del sector metalúrgico de junio y julio de 1962, que terminan en el asalto de la sede del sindicato reformista UIL y en los enfrentamientos con la policía en la plaza Statuto de Turín. El movimiento social del verano de 1962 marca un giro respecto del período anterior, caracterizado por las derrotas del sindicato y por una cierta pasividad de amplios sectores de la clase obrera; al mismo tiempo, los enfrentamientos muestran cómo se habían impuesto en la clase obrera nuevas formas de movilización que escapaban al control de las organizaciones sindicales y políticas.

Si las manifestaciones contra el gobierno Tambroni de 1960 testimoniaban el afianzamiento entre las generaciones del milagro económico de un nuevo antifascismo que se proyectaba hacia el futuro, los hechos de la plaza Statuto representan un elemento posterior de ruptura: abandonando las playas seguras de la Resistencia,

obreros de entre 17 y 25 años, la mayoría meridionales, por lo general sin afiliación política, y bien dispuestos para el enfrentamiento con las fuerzas del orden, muestran una nueva forma de conflictividad en la que el conflicto particular tiende a insertarse en un marco más general de rechazo del sistema, asumiendo consignas y prácticas de lucha al margen de la estrategia y de la táctica de las organizaciones tradicionales del movimiento obrero^[14]. Estas últimas, a pesar de que en el período precedente habían tenido que enfrentarse con las muy duras políticas de orden público de los gobiernos centristas dirigidos por la Democracia Cristiana, se encuentran en buena medida desorientadas ante la radicalidad de la protesta obrera, como ocurriría al poco tiempo con la dimensión que adquiere el movimiento estudiantil.

Estos sucesos condicionan a lo largo de la primera mitad de los años sesenta la evolución del debate interno en el PCI y su relación con los grupos a su izquierda, para los cuales plaza Statuto es el emblema de la conflictividad obrera y el primer síntoma de la formación de una nueva subjetividad revolucionaria^[15]. Tal y como ocurrió en el pasado, el PCI se centra en el valor del «despertar obrero» y de la participación en las movilizaciones; los comunistas atacan la política del gobierno en materia de orden público denunciando la responsabilidad de la policía, pero sin renunciar a referirse a «grupos provocadores» cuyo intento habría sido el de poner en peligro la unidad de los trabajadores y de sus organizaciones^[16]. El

12.- G. Amendola, «Lotta di classe e sviluppo economico dopo la Liberazione», en *Tendenze del capitalismo italiano*, pp. 141 ss.

13.- Lucio Magri, *Il sarto di Ulm. Una Possibile storia del Pci*, Milán, Il saggiatore, 2010, pp.187 ss. [hay edición en español, Buenos Aires, Clacso, 2011]

14.- Guido Crainz, *Storia del miracolo italiano*, Roma, Donzelli, 1995, p. 197 ss.; V. Foa, *Il cavallo e la torre. Riflessioni su una vita*, Turín, Einaudi, 1991, p. 274; Paul Ginsborg, *Storia dell'Italia repubblicana*, Turín, Einaudi, 1995, p. 348.

15.- Francesco Ottaviano, *La rivoluzione nel labirinto*, I, Rubettino, Soveria Mannelli, 1993, p. 106.

16.- Giulia Strippoli, *Il partito e il movimento. Comunisti europei alla prova del Sessantotto*, Roma, Carocci, 2013, pp. 36 ss.

partido pretende llevar las movilizaciones al cauce seguro de su estrategia política, la que habría permitido el acceso al gobierno mediante la unidad de las fuerzas populares, y para este objetivo trata de redimensionar la importancia del movimiento y de compensar el movimiento subversivo que anunciaban los hechos de plaza Statuto, ensalzado por el contrario por la nueva izquierda, incluso también por algunos sectores de la izquierda interna del partido, como un elemento de progreso.

Desde el punto de vista de la política cultural Togliatti reacciona ante esta situación continuando en su línea de apertura: en 1962 la revista *Rinascita* se transforma en semanal, sucediendo al mensual *Politica ed Economia* (que interrumpe sus publicaciones) en la tarea de llevar al mayor número de militantes las cuestiones de tipo económico. Junto a *Rinascita*, que se convierte a todos los efectos en el principal instrumento de la batalla político-cultural del partido, nace una nueva cabecera teórica: el mensual *Critica marxista*. Además, tras el X Congreso, el Instituto Gramsci refuerza su autonomía y su función como centro de investigación y producción de ideas. La última decisión de Togliatti en materia de política cultural es la sustitución en 1963 de Mario Alicata por Rossana Rossanda a la cabeza de la comisión de cultura¹⁷.

Frente a Alicata, cercano a Amendola y fiel a la ortodoxia gramsciano-togliattiana de los años de la guerra fría, la joven Rossanda, durante su experiencia como responsable de la Casa de Cultura de Milán, se había mostrado muy curiosa y abierta hacia el marxismo heterodoxo y las nuevas corrientes artísticas tendentes a la contaminación, si no a la superación, de la estética neorrealista. La decisión de nombrar a Ros-



Rossana Rossanda, Luigi Pintor y Lucio Magri en la década de 1960 (Fuente Fondazione Luigi Pintor).

sanda al frente de la «comisión cultural» del PCI muestra la voluntad de innovación del último Togliatti, consciente de la necesidad de revisar los presupuestos teóricos e ideológicos del partido¹⁸, coincidente con el relanzamiento de sus tesis sobre el polcentrismo y con una radicalización de las críticas respecto al centro izquierda.

Sin embargo, tras la muerte de Togliatti en el verano de 1964, el debate interno encontrará en la política cultural promovida por Rossanda uno de los principales terrenos de discusión y confrontación. Importantes sectores del partido no ven bien la actividad de la joven dirigente que, interpretando de manera original las orientaciones del difunto secretario, trata de reformar la política cultural seguida durante la guerra fría. Las críticas a Rossanda tienen que ver también con el método, ya que una mayor circulación libre de las ideas desde el vértice a la base y una mayor apertura a lo que viene del exterior, en particular a las elaboraciones críticas de la historia y la identidad cultural del PCI y del movimiento comunista, equivalen a poner en discusión las reglas de la discusión interna en el partido.

Más que en la confrontación sobre la

17.- A. Vittoria, *Togliatti e gli intellettuali*, p 173 ss; F. Chiarotto, *Operazione Gramsci*, pp. 194 ss.

18.- R. Rossanda, *La ragazza del secolo scorso*, pp. 226 ss.

política cultural, la polarización de las posiciones dentro del grupo dirigente se agudiza con la propuesta de partido único de la clase obrera formulada por Amendola. El influyente dirigente comunista propone iniciar un proceso de unificación con los socialistas, que habían entrado hacía poco en el área de gobierno, precisamente en el momento en el que la creciente conflictividad social ponía en primer plano el problema de la acción del PCI en los centros de trabajo y entre los jóvenes, alimentando la discusión sobre las nuevas formas de democracia en las luchas sociales, en las fábricas, en las escuelas y en la universidad.

La dirección decide convocar la III Conferencia Obrera del partido del 28 al 30 de mayo de 1964 en Génova. Durante el debate preparatorio, la izquierda insiste en la necesidad de que el PCI profundice su acción en el interior de las fábricas con un planteamiento que vaya más allá del plano reivindicativo, que sitúe la cuestión de un nuevo modelo de desarrollo y que transforme el impulso reivindicativo en una auténtica conciencia de clase, llevando a la fábrica la riqueza de su patrimonio teórico y de ideas^[19]. Estas demandas se confirman en la Asamblea de jóvenes obreros comunistas que se desarrolla en Milán el 26 y 27 de mayo; tanto en la ponencia de apertura que hace Petruccioli como en la conclusión final se invoca un cambio de la política del PCI, centrado en la «transformación de la estructura social» a través del papel de vanguardia de una clase obrera organizada en organismos unitarios y autónomos, capaz de construir su hegemonía en la sociedad^[20].

Los trabajos preparatorios de la conferencia obrera dejan ver el perfil sociológico de las dos sensibilidades internas en el PCI —cuya relevancia hay todavía que analizar—, con el ingraismo afincado en las regiones obreras del norte, entre los cuadros sindicales, intelectuales y la FGCI, y las tesis amendolianas hegemónicas en las regiones del centro gobernadas por la izquierda y en el movimiento cooperativista. El debate parece revelar significativos puntos de contacto entre las posiciones de la izquierda, y de muchos cuadros obreros y sindicales, y las de los grupos obreristas nacidos a la izquierda del PCI. Esta convergencia se confirma con el intento del grupo de intelectuales reunido en torno a la revista *Classe Operaia* —nacida tras la salida de Tronti y Asor Rosa de la redacción de los *Quaderni Rossi*— de incrementar su influencia en el interior del PCI con el objetivo de reforzar la presencia del partido en las fábricas y para oponerse a la opción del partido único propuesta por Amendola e interpretada como una peligrosa involución socialdemócrata.

A pesar de la prevalencia de las tesis de la izquierda en el debate preparatorio de la conferencia obrera, el informe resumen es confiado a Amendola, que retoma los asuntos expuestos por las intervenciones que le han precedido pero para incorporarlos a un marco basado completamente en sus posiciones, esquivando por tanto las exigencias de auto organización y de construcción de nuevas formas de democracia. Amendola reconoce la necesidad de reforzar la presencia del partido en las fábricas pero subraya que esto, lejos de sustituir al sindicato, debe limitarse a desarrollar una

19.– «Rafforzare il PCI nelle fabbriche per l'unità e l'autonomia della classe operaia. Rapporto di L. Barca», *L'Unità* (29 de mayo de 1965), pp. 1 y 12-13; Alexander Hobel, *Il PCI di Luigi Longo*, Nápoles, Esi, 2012, pp. 154-155.

20.– «Relazione di Petruccioli all'Assemblea dei giovani operai comunisti, Milán 26-27 maggio 1965», mf. 526, pp.

2562-2611, Fondazione Istituto Gramsci, Archivi del Partito comunista italiano (de ahora en adelante APCI), Federazione giovanile comunista italiana (en adelante FGCI); «Risoluzione della II conferenza dei giovani operai comunisti» en A. Hobel, *Il PCI di Luigi Longo*, p. 153.

actividad pedagógica, de formación de la conciencia de los trabajadores, y utilizar el impulso proveniente de las reivindicaciones para reforzar su acción política general. Las luchas reivindicativas deben ponerse en el centro del esfuerzo organizativo porque —precisa Amendola— el PCI no debe transformarse en un partido de opinión sino que más bien debe esforzarse en la construcción de la unidad política de todos los componentes del movimiento obrero, premisa fundamental para la conquista de una nueva mayoría de gobierno^[21].

Aunque la conferencia obrera se clausura con el reforzamiento de la continuidad con el pasado, el debate prosigue en las revistas del partido y dentro de la dirección. Emblemático del modo como la discusión teórica va desarrollando de forma cada vez más explícita el asunto de la revisión de los presupuestos de la política y de la identidad comunista es el ensayo de Lucio Magri, publicado en el verano de 1965 en *Critica Marxista*, con el título «Il valore e il limite delle esperienze frontiste». Se trata de una contribución al debate sobre la actualidad del antifascismo promovido con ocasión del vigésimo aniversario de la Liberación del fascismo^[22]. Magri inicia su ensayo expresando un juicio «crítico y preocupado» respecto a las condiciones del movimiento obrero en Occidente tras 1956, con una socialdemocracia que, abandonadas las veleidades revolucionarias, comienza a desarrollar la función de apoyo consciente del sistema, y con los comunistas minoritarios y frecuentemente aislados. Esta situación impulsa a todos aquellos que no quieren ver al movimiento obrero occidental relegado a un papel de «sostenedor de la lucha de otros con-

tinentes o de condicionante subalterno del desarrollo capitalista» a preguntarse sobre la cuestión de la revolución en los países de capitalismo avanzado. Tal cuestión se debe afrontar examinando de forma crítica las condiciones y los presupuestos sobre los que, a partir del VII congreso de la Internacional Comunista, se formuló por primera vez la estrategia de los frentes populares, la cual, hasta los años sesenta, había constituido el fundamento de la cultura política y sobre todo de la estrategia de los PC occidentales. En el razonamiento de Magri, el análisis histórico y la crítica del estalinismo son funcionales a la elaboración de nuevas orientaciones estratégicas para los países de capitalismo maduro, en los cuales «se debilita el cemento principal de la unidad frentista: la lucha común contra un equilibrio de poder incapaz de asegurar un desarrollo de la sociedad». De este modo, y recogiendo implícitamente la definición de Lukács del estalinismo como predominio de la táctica sobre la estrategia y como inversión de los dos términos, Magri propone la superación de todas las versiones de la concepción de colapso del sistema, surgido de la Tercera Internacional y de la matriz estaliniana, y critica esas perspectivas que hacen depender la estrategia del movimiento obrero de consideraciones de breve plazo y de un programa mínimo e inmediato, descuidando la dimensión «global» y de largo plazo^[23].

El ensayo de Magri ataca los principales presupuestos de la propuesta de partido único, no solo en la versión formulada inicialmente por Amendola sino también en la asumida por todo el partido tras las reuniones del Comité central del 21-23 de abril y del 3-5 de junio de 1965, cuando Longo trató de conciliar las dos sensibilidades in-

21.- «La conferenza delle fabbriche rilancia la nuova unità politica della classe operaia», *L'Unità* (31 de mayo de 1965), p. 1, 9-10.

22.- L. Magri, «Il valore e il limite delle esperienze frontiste», *Critica Marxista*, 4 (julio-agosto, 1965), pp. 36 ss.

23.- *Ibidem*, p. 61.



Pietro Ingrao se dirige a los obreros de una fábrica durante una asamblea. Milan, década de 1970 (Foto: Archivo RCS).

ternas^[24]. El clímax de la discusión interna se alcanza en el XI congreso celebrado en Roma del 25 al 31 de enero de 1966. El 27, Ingrao, ante los delegados, pronuncia un discurso preparado junto con Magri, discurso que más tarde será definido como un «contrainforme» respecto al de Longo^[25]. Ingrao introduce la cuestión de la imposible recuperación del PSI y llama a una nueva unidad entre PCI, PSIUP y la izquierda socialista, unidad que habrá que construir en las luchas. Este frente, más que abrirse al diálogo y a la negociación con la DC, deberá recoger las demandas progresistas provenientes de las masas católicas de tal modo que se integren en el nuevo bloque

histórico^[26].

Tras rechazar la línea expuesta en el informe de Longo, Ingrao llega hasta criticar las reglas de funcionamiento interno del partido. No pone explícitamente en cuestión el centralismo democrático, pero se dice «no convencido» por el rechazo de Longo a introducir la completa publicidad del debate interno, declarando que el respeto de las decisiones debe ser el resultado del conocimiento del proceso dialéctico cuyos acuerdos son el resultado^[27]. De esta forma hace patente la práctica de tener a la base ignorante de las diferencias existentes en el interior de la dirección.

Comparada con el hielo con el que los delegados al XIX Congreso del PCF de febrero de 1970 acogieron un discurso análo-

24.- Marco Di Maggio, *Alla ricerca della Terza Via al Socialismo. I Pci italiano e francese nella crisi del comunismo*, Nápoles, Esi, 2015, pp. 24-25.

25.- Pietro Ingrao, *Le cose impossibili*, Editoria Riuniti, Roma, p.143; Id., *Volevo la luna*, Turin, Einaudi, 2006, p. 313 ss. [ed. español en Península, 2008]

26.- G. Crainz, *Il Paese mancato*, Donzelli, Roma, 2005, p. 64.

27.- «XI congresso del Partito comunista italiano. Atti e risoluzioni», Roma, 1966, en particular la *Relazione di Luigi Longo*, pp. 29-85 e l'*Intervento di Pietro Ingrao*, pp. 254 ss.

go de Garaudy, la ovación que los delegados italianos reservaron al discurso de Ingrao es la prueba de una circulación de ideas relativamente libre dentro del PCI, pero, sobre todo, de la difusa exigencia de una discusión abierta, que traspasase también las fronteras de la organización^[28].

La favorable reacción de los delegados se compensó con la hostilidad de la mayoría del grupo dirigente. Tras la intervención, de hecho, Ingrao y los miembros de su corriente se convirtieron en el blanco de muy duras críticas, sobre todo por parte de los exponentes de la derecha del partido, con un Alicata que llega a pedir la exclusión de Ingrao de la dirección, pero también con un centrista como Berlinguer que rechaza la propuesta de dar publicidad al debate más allá del grupo dirigente. Sin recurrir, sin embargo, a las depuraciones, como sí tendrán lugar en el PCF, los nuevos equilibrios salidos del XI congreso del PCI sancionan la derrota de la izquierda. No se consigue la exclusión de Ingrao de la dirección del partido, deseada de hecho por Amendola y obstaculizada por Longo y Berlinguer, pero se marginan a los exponentes más radicales de la izquierda: Rossanda es apartada del Comité federal de Milán y de la sección cultural, que pasa a manos de Napolitano; Luigi Pintor es alejado de *L'Unità* y enviado a trabajar a Cerdeña; Valentino Parlato es desplazado de *Rinascita* al Centro de estudios de política económica, bajo el estrecho control de Amendola y de sus partidarios; Aldo Natoli es excluido de la Comisión de organización; Lucio Magri cesa su colaboración con la Comisión de Trabajo de Masas; finalmente, la supresión de *La Città futura*, de la que Luciana Castellina había sido una de sus impulsoras, deja a la izquierda sin un importante instrumento de

intervención^[29].

La reacción hostil de la mayoría del grupo dirigente del PCI al discurso de Ingrao no es tanto una respuesta a la insospechada violación de las reglas de funcionamiento interno; más bien cierra un proceso iniciado en 1956 y muestra la incapacidad del grupo dirigente del partido italiano para llevar a cabo de forma completa la revisión ya deseada por Togliatti^[30]. Los análisis de la izquierda ingraiana, además de los de muchas de las posiciones teóricas del obrerismo, aun con su agudeza y originalidad, no consiguen llegar más allá de la crítica de los fundamentos teórico-culturales sobre los que, hasta aquel momento, el movimiento comunista y con él la mayoría del movimiento revolucionario occidental había planteado sus líneas de acción.

La propuesta política y el análisis de la derecha del partido, al contrario, se basan en la necesidad de conservación que termina por constituirse en el eje fundamental en torno al que se articulará la línea del PCI en los siguientes años. Sin embargo, estos se apoyan en una situación política nacional precaria y en un panorama económico en el que, a pesar del extraordinario desarrollo económico de Italia, permanecen significativos desequilibrios y bolsas de subdesarrollo. En la contradicción causada por la intervención de Ingrao, Longo y los dirigentes cercanos a éste, con Berlinguer a la cabeza, ante el riesgo de la ruptura de la unidad interna, se verán obligados a ejercer una constante labor de mediación, sobre la base sin embargo de la confirmación de los paradigmas teórico-ideológicos tradicionales, como demuestra la insistencia en la unidad de las organizaciones del movimiento obrero y en el proyecto de par-

28.- M. Di Maggio, *Les intellectuels et la stratégie communiste. Une crise d'hégémonie (1958-1981)*, París, Les Editions sociales, 2014, pp. 191 ss.

29.- Francesco Barbagallo, *Enrico Berlinguer*, Roma, 2006, p. 79-80; A. Höbel, *Il PCI di Luigi Longo*, pp. 217-219.

30.- G. Sorgonà, *La svolta incompiuta. Il gruppo dirigente del PCI dall'VIII all'XI Congresso*, Roma, Aracne, 2011.

tido único. Este último, devenido irrealizable tras la unificación del PSI y el PSDI, se transforma en una especie de línea de demarcación útil para contener el desarrollo del debate interno.

El PCF entre liberalismo cultural y control ideológico

De forma análoga a lo que ocurre en Italia, en Francia el fermento que recorre el mundo de los intelectuales en general, y de los intelectuales comunistas en particular, refleja los cambios ocurridos en la escena política y cultural nacional e internacional. Por un lado, la movilización contra la guerra de Argelia, que había tenido una consistente adhesión de la inteligencia francesa; por otro, el fin de la guerra fría y el consiguiente terremoto que había destrozado el mundo comunista, a partir de la segunda mitad de los años cincuenta producen la crisis del marxismo doctrinario y la ruptura de los equilibrios que regulaban la relación entre intelectuales comunistas y no comunistas.

Después de que, desde 1947 en adelante, el PCF se hubiera adherido incondicionalmente a la teoría de las dos ciencias de Zhdanov, los intelectuales comunistas comienzan a dialogar con las posiciones teóricas y filosóficas provenientes de ámbitos externos al mundo comunista, fruto también de las investigaciones sobre las transformaciones que se estaban produciendo en el seno de la clase obrera. En 1963, de hecho, sale la primera edición del libro de Serge Mallet sobre la nueva clase obrera^[31]. Este había salido del PCF en 1956 para participar junto con numerosos intelectuales marxistas y de la izquierda católica en la fundación del Partido Socialista Unitario.

La nueva formación política conseguirá conquistar un cierto consenso en los sindicatos de enseñantes, entre los estudiantes y en la CFTC que, al poco, se transformará en CFDT, la confederación que, sobre todas las demás, en mejor disposición estará para retener las demandas libertarias del sesentayocho.

En París se asiste a las discusiones entre Jean Paul Sartre y Roger Garaudy en la *Mutualité* mientras que en el *Centre d'études et recherches marxistes* (la principal institución cultural del PCF) se organizan las *Semaines de la Pensée marxiste* en las que participan filósofos e intelectuales marxistas no comunistas, socialistas, católicos. En este mismo período, Maurice Godelier se confronta con el estructuralismo, y Louis Althusser reflexiona sobre la dimensión teórica y epistemológica del marxismo, incorporando por primera vez a la discusión de los intelectuales comunistas el psicoanálisis de Freud y Lacan. Más generalmente en Francia comienza muy lentamente a recomponerse la fractura entre el marxismo académico y el militante, y a romperse la «contra sociedad» en la que se había instalado el PCF durante los años de la guerra fría. Así, y no obstante el acuerdo con la represión de la revuelta húngara de 1956, que había alejado a numerosos intelectuales del Partido Comunista, y el recelo en relación con la desestalinización, también en el PCF el debate cultural e ideológico es más libre en ese final de los años cincuenta.

El XV congreso de 1959 había visto la creación del *Centre d'études et recherches marxistes* (CERM). Al definir los objetivos del Centro, Maurice Thorez oficializa el final de la contraposición entre «ciencia burguesa» y «ciencia proletaria» que había distinguido a los años cincuenta y reconoce la utilidad de los trabajos científicos de los

31.- Serge Mallet, *La nouvelle classe ouvrière*, París, Seuil, 1963.



Roger Garaudy interviniendo en un mtin del PCF ante huelguistas de la factoría de Renault en Billancourt en 1956 (Fuente: rogergaraudy.blogspot.com).

especialistas no comunistas^[32]. Se atribuye al CERM la tarea de desarrollar la producción teórica y la formación de los intelectuales comunistas bajo la guía y el estímulo del partido, para superar los límites de la actividad individual y la mera repetición de las viejas fórmulas. En palabras de Thorez, sin embargo, la actividad del Centro y, en general, el trabajo científico y la «asimilación crítica de los trabajos de los especialistas» son una necesidad para la batalla ideológica, y no el indispensable fundamento de la estrategia del partido: no se trata de reforzar el ligamen entre producción teórica y elaboración estratégica, de reforzar el partido como intelectual colectivo, sino solamente de favorecer la lucha «contra las

ideas hostiles al materialismo dialéctico»; la discusión sobre la línea del partido permanece como prerrogativa de un reducido círculo de miembros del grupo dirigente, intelectuales de origen obrero formados en el marxismo doctrinario de la bolchevización, del estalinismo y de la guerra fría.

Desde principio de los sesenta, tras la destitución de Laurent Casanova y Marcel Servin (respectivamente responsable de los intelectuales y director de la revista *Economie et Politique*), el grupo dirigente trata de circunscribir la libertad de discusión a las cuestiones artísticas y literarias y de confinar la crítica del estalinismo en el ámbito de las cuestiones filosóficas y de los problemas de la cultura. Para hacer eso, se sustituye el dinamismo político de Casanova por el prestigio de dos importantes intelectuales comunistas, garantía de visibilidad

32.- «Intervention de Maurice Thorez au nom du Comité central au XV Congrès du PCF», en R. Leroy, *La culture au présent*, Paris, Editions Sociales, 1972, p. 37.

y, al mismo tiempo, de fidelidad al partido: Louis Aragon y Roger Garaudy.

En 1961, Garaudy pasa a ser miembro titular del Bureau Politique (había entrado como suplente en el XV Congreso) y director de *Les Cahiers du communisme*, la revista teórica del Comité Central. Único intelectual de profesión que es miembro de la dirección, comienza a desarrollar el papel de máximo teórico del partido, de acuerdo con el propósito de Maurice Thorez de dirigir un proceso de liberalización parcial. Es en estos términos como debe ser leída también la sustitución de Casanova por Léo Figuères como responsable de las cuestiones culturales. Figuères, fiel militante del PCF, anticlerical, que debe su formación al partido, vigila el debate cultural en nombre del secretario general y del grupo dirigente. Se puede decir, por tanto, que en los comienzos de 1961 las alternativas del PCF aparecen como diametralmente opuestas a las del PCI; mientras Togliatti acelera la apertura del debate interno y encarga la responsabilidad de la cultura a Rossanda, Thorez, tras haber destituido a Servin y Casanova, se preocupa de restringir en gran manera la revisión de los presupuestos teóricos e ideológicos de su partido.

En 1959, en *Perspectives de l'homme, existentialisme, pensée catholique, marxisme*, además de evocar el «fondo humano» del marxismo, Garaudy sistematiza por primera vez su concepción del dialogo tomando en préstamo alguna de las consideraciones de Aragon sobre la pluralidad de las corrientes artísticas, como si fuera una reedición de la política de «mano tendida» hacia los católicos lanzada por Thorez en los años treinta^[33]. El filósofo comienza a desarrollar de este modo una función eminentemente política: la relectura en clave humanística

de los textos de Marx pretende superar los esquematismos y el determinismo económico del período estaliniano, pero parece remitir también a una concepción que, precisamente mediante la apertura a los católicos, sitúa la cuestión del partido de masas más allá de la rígida reproducción del modelo leninista de «partido de vanguardia de la clase obrera». También por esto, después de 1965, Garaudy será acusado de ocultar tras la referencia a Thorez una sustancial sintonía con las tesis de Togliatti sobre el partido nuevo.

El intento de reintegrar plenamente la cultura comunista en el ámbito nacional, afirmando su dimensión humanística, no avanza sin contradicciones. El 10 de enero de 1961, Lucien Sève, filósofo y responsable cultural de la potente Federación de Marsella, envía una nota personal a la redacción de *Les Cahiers du communisme* en la que constata que el reconocimiento del «fondo de verdad» depositado en las otras corrientes filosóficas, tal como era definido por Roger Garaudy, significa un deslizamiento del marxismo hacia un «opportunisme doctrinal généralisé». La posición de Sève, compartida también por numerosos miembros de la redacción de la revista *La Nouvelle Critique*, no quiere tanto salvaguardar la pureza del dogma estaliniano como sobre todo favorecer un desarrollo de la reflexión teórica y filosófica sobre el pensamiento de Marx que vaya más allá de las exigencias de la contingencia política^[34].

Al contrario que en el pasado, el grupo dirigente interviene en el debate no ya para dictar la línea sino para definir el perímetro en el que la discusión y el trabajo de los intelectuales comunistas puede desarrollarse sin que se produzcan desviaciones: se

33.- Roger Garaudy, *Perspectives de l'homme, existentialisme, pensée catholique, marxisme*, París, Puf, 1959.

34.- «Relation de Léo Figuères au BP relative à la discussion au comité de rédaction de *La Nouvelle Critique*», 270 J 2, Archives Départementales de la Seine Saint Denis (en adelante APCF), Fond Léo Figuères (en adelante FLF).

trata de fijar los límites de la lucha contra las tendencias «oportunistas» (que quieren insistir en los aspectos políticos del estalinismo y que miran con buenos ojos las posiciones del PCI) y contra las «sectarias» (identificadas con las tesis de los chinos). Las categorías de «oportunismo», «revisionismo», «sectarismo» o «dogmatismo» se confirman como función de los paradigmas interpretativos de toda posición teórica o tesis filosófica, lo que demuestra que la tan presumida liberalización no basta para desvincular al PCF de la jaula doctrinaria de los años cincuenta. Es obvio que este ejercicio groseramente clasificatorio seguirá las oscilaciones de la política del partido, determinadas tanto por las tensiones que atraviesan el movimiento comunista como por el intento de relanzar la dinámica unitaria.

La controversia que protagonizan Garaudy y Sève se visualiza por primera vez públicamente en dos asambleas que reúnen a los filósofos comunistas junto con algunos miembros del grupo dirigente. En la primera reunión, el 14 de enero de 1962, Waldeck Rochet trata de mantener el equilibrio entre las dos posiciones^[35], pero seis meses después, el 14 de junio, otra asamblea, presidida esta vez por Thorez, marca los límites de la reflexión teórica sobre el estalinismo, explicitando, por primera vez, a través de una ponencia de Garaudy, una crítica de los errores filosóficos de Stalin^[36].

Los sucesos de la segunda mitad de 1962 estimulan en consecuencia un posterior cambio en la línea política y en la orientación cultural del partido. Resuelta la crisis de los misiles en Cuba, el 12 de diciembre, ante el Soviet Supremo y en presencia de

Tito y de Rodríguez, ministro cubano de Asuntos Exteriores, Jruschov declara que la crisis demuestra cómo el dogmatismo es el peligro principal para el movimiento comunista, palabras que Thorez repite al día siguiente. En Francia, la aceleración de la dinámica unitaria, con la campaña por el no en el referéndum sobre la elección directa del presidente de la República, y las elecciones legislativas, anima a aquellos comunistas franceses que miran con benevolencia la política de Jruschov a expresarse más abiertamente a favor de la desestalinización y hasta de las tesis del PCI.

También Garaudy nota que los tiempos han cambiado, y con el apoyo de Aragon retoma los argumentos expuestos en la asamblea de junio de 1962, reavivando la polémica con Sève. Lo hace criticando duramente el libro del intelectual marsellés *Histoire de la philosophie française contemporaine et sa genèse de 1789 à nos jours* por no tener en cuenta las innovaciones introducidas en el XX congreso^[37].

La actitud de Garaudy en una fase en la que se acentúan el antiestalinismo de la UEC y las simpatías por el PCI preocupa bastante al grupo dirigente del partido, tanto que, el 7 de enero de 1963, Plissonnier envía a los miembros del Bureau Politique copia de una carta de Garaudy y una reseña de André Sénik, de la redacción de *Clarté*, ambas referidas al libro de Sève. La combinación de los dos textos, bastante concordantes, pareciera insinuar la sospecha de que Garaudy apoyaba las tesis «revisionistas» de los estudiantes^[38].

La discusión prosigue y el 20 de febrero de 1963 Michel Verret, filósofo, profesor de

35.- Waldeck Rochet, *Qu'est-ce que la philosophie marxiste ?*, París, Editions Sociales, 1962.

36.- Maurice Thorez, R. Garaudy, «Les taches des philosophes communistes et les erreurs philosophiques de Staline», suplemento de *Les Cahiers du communisme*, 7-8, (julio-agosto 1962).

37.- Lucien Sève, *La philosophie française contemporaine et sa genèse de 1789 à nos jours*, París, Editions Sociales, 1962 ; «Lettre de Roger Garaudy à Lucien Sève, 22 décembre 1962», 270 J 2, APCF, FLF.

38.- «Texte de Michel Verret rédigé sur la base du rapport de J.T. Desanti, 20 février 1963», 270 J 2, APCF, FLF.

la Universidad de Nantes y miembro de la redacción de *La Nouvelle Critique*, expone sus argumentos. Según Verret, la posición descrita por Garaudy sobre los errores filosóficos de Stalin es justa pero insuficiente porque «deja en la sombra la génesis real de la constitución ideológica de las deformaciones dogmáticas del marxismo de Stalin, y las razones que han podido llevar a los filósofos marxistas de todo el mundo y de Francia a prestarle un consenso tan largo y duradero». Verret sostiene la necesidad del estudio de las bases reales de este fenómeno, «a partir de un cierto nivel de información histórica sobre la URSS, que debería ser el objeto de otro análisis». Anticipando las tesis de Althusser, al que el mismo Verret es cercano, muestra los diversos errores que han conducido a un tipo de «servidumbre» hacia la autoridad de Stalin en cuestiones teóricas y filosóficas. El primero consiste en la identificación del marxismo con una ideología «en el sentido marxista del término», identificación favorecida por una débil asimilación de su contenido científico. Verret sostiene que «durante el período del culto a la personalidad», se ha confundido la autoridad política de Stalin con la autoridad filosófica; tal transferencia de autoridad «era esencialmente ideológica» y derivaba de una particular «interpretación del vínculo entre política y filosofía en el mismo marxismo»^[39].

A partir de la primavera de 1963, por tanto, la discusión teórica se convierte en una verdadera confrontación entre posiciones distintas. Garaudy, en una posición fuerte dado su prestigio intelectual y los puestos políticos que había obtenido, insiste en la tendencia de hacer progresar la política unitaria tratando de marginar en el interior del partido cualquier orientación



Manifestación comunista tras el atentado contra la librería del PCF en París, junio de 1946 (Foto: Roger-Viollet, fuente: parisenimages.fr).

alternativa. Sève, al contrario, y la redacción de *La Nouvelle Critique*, cada vez más conscientes de las perplejidades suscitadas en la dirección del partido por el hecho de que Garaudy ponga en discusión la concepción del partido como «vanguardia de la clase obrera», comienzan a apoyarse en las mismas para obtener el apoyo de los dirigentes, comenzando por los más conservadores. Intentando reforzar la teoría del partido, se lanzan a tratar temáticas políticas sensibles. El número especial de diciembre de 1963, de hecho, está enteramente dedicado al «culto de la personalidad»; en la nota al lector se presenta el contenido del mismo como resultado de un trabajo y de una reflexión colectiva^[40].

El 9 y 10 de enero, durante la reunión del Comité Central, la dirección critica abiertamente la iniciativa de *La Nouvelle Critique*. Rochet recuerda que la secretaría ha desaconsejado con rotundidad la publicación de dicho número precisamente porque advertía «los inconvenientes y peligros a los que se exponía». Continúa informando que sabía que la redacción iba a publicar monografías similares sobre los estudiantes

39.- «Lettre de Gaston Plissonnier au nom du secrétariat du CC», 7 janvier 1963, Fonds Waldeck Rochet, APCF.

40.- «Sur le culte de la personnalité», número especial de *La Nouvelle Critique* (diciembre de 1963).

y sobre la política italiana; Rochet invita a desistir de esta intención ya que «los directores de las revistas, sobre todo si son miembros del Comité Central, deben mostrar signos de responsabilidad, defendiendo y aplicando la línea del partido»^[41].

Con el XVII congreso de mayo de 1964, el nuevo secretario del PCF comienza a elaborar una respuesta a estos problemas, comenzando por la reorganización de los organismos encargados del trabajo cultural. A fines de 1964 Figuères deja sus responsabilidades para las cuestiones culturales y sustituye a Garaudy en la dirección de *Les Cahiers du Communisme*, una forma de redimensionar el poder del director del CERM. La anterior responsabilidad de Figuères no se asigna, sin embargo, a ningún intelectual sino al sindicalista de la CGT Henri Krasucki. La reestructuración del «trabajo cultural» se intensifica con el éxito de la candidatura de Mitterrand en las elecciones presidenciales de 1965. El clima unitario da un posterior estímulo a la reformulación de los esquemas ideológicos y de la tradición marxista-leninista por parte del PCF, intentando de esa forma acreditarse como sujeto capaz de acceder al gobierno nacional: Rochet dirige al PCF hacia una lenta y contradictoria dinámica de moderación obstaculizada únicamente por su vínculo privilegiado con el bloque socialista, y por la voluntad de conservar la vieja identidad revolucionaria y tribunicia^[42]. Sin perjuicio de las importantes diferencias de método con que se persiguen estos objetivos, estos presentan significativas analogías con los de la derecha del PCI, los cuales serán los que predominen en el XI congreso del partido italiano.

Es en este clima cuando se perfila la en-

trada en escena de Louis Althusser en el debate interno del partido. El 25 de febrero de 1965, el filósofo envía una larga nota al responsable cultural del PCF. Comienza exponiendo sus consideraciones sobre los cambios de la sociedad y del capitalismo; destaca cómo el aumento cuantitativo del número de intelectuales, debido al desarrollo de las fuerzas productivas, determina un cambio cualitativo del papel de éstos. Los intelectuales, de hecho, no esperan del partido solamente la defensa de sus condiciones de existencia sino que manifiestan también y sobre todo la voluntad de apropiarse de nuevos y más eficaces instrumentos de conocimiento y de análisis de la realidad. Según Althusser, el PCF debe responder a esta exigencia sin «ceder a las tentaciones del pragmatismo y del oportunismo», sino con un trabajo de largo aliento basado en el análisis y la comprensión profunda de los cambios en marcha y de las necesidades que surgen de los mismos. A partir de estas afirmaciones, Althusser saca a la luz un grave problema en la política del partido, que tiene su origen en «una tradición bastante consolidada en el movimiento obrero francés ya señalada por Marx», es decir, la carencia de reflexión acerca de las «diferencias específicas que distinguen los distintos objetos de la actividad intelectual». Según Althusser, tal distinción, la existente entre teoría e ideología, es indispensable a fin de que el partido esté en condiciones de aportar las respuestas justas a las demandas provenientes de la sociedad y sea capaz de definir científicamente los cambios sociales. En otras palabras, espera que el partido tenga la capacidad de «restituir el justo papel a la teoría y a la actividad teórica en el mismo partido».

Con esta nota, que precede a la salida de sus libros *Pour Marx* y *Lire le Capital*, Althusser quiere cambiar la relación entre el partido y los intelectuales, reivindicando

41.- Fonds du Comité Central, 4AV 545-547, APCF.

42.- Robert C. Tucker «The deradicalisation of Marxist movements», *The American Political Science Review*, LXI, 2 (1967), pp. 343-358.

do, en consonancia con los filósofos de *La Nouvelle Critique*, la necesidad de que el PCF impulse la producción teórica en su interior y promueva la actividad intelectual como empresa colectiva: «como programa de investigación con vocación política» necesario para la conquista de la autonomía cultural del marxismo^[43].

En la célebre introducción a *Pour Marx*, profundiza y sistematiza estas tesis, aclarando el nexo entre la reducción del marxismo a doctrina operada durante el período estaliniano y la dimensión específica del movimiento obrero y del comunismo francés marcados por la «miseria teórica» y la primacía de la política^[44]. El elemento detonante de las tomas de posición del Althusser de 1965 reside en el hecho de poner en el centro de la discusión el papel de los intelectuales en el PCF y, sobre todo, en la explicitación de su esencial dimensión política. No se trata de la cuestión de la libertad de creación y de investigación sino sobre todo de concebir al partido como intelectual colectivo; del papel de los intelectuales en su grupo dirigente y de la función de la teoría en la elaboración estratégica. Por esto, en la relectura crítica del marxismo y de la teoría del PCF que hace Althusser se destacan no pocos puntos de contacto con las propuestas de aquellos sectores externos al PCI que ponen el problema del marxismo y de la crítica al estalinismo como base de la autonomía cultural del movimiento obrero.

La tesis althusseriana sobre la independencia científica y cultural del marxismo y sobre la «miseria teórica» de la cultura marxista francesa perturban la ideología e incluso la política del PCF. De hecho, si el

grupo dirigente aceptase el antihumanismo de Althusser y reivindicase la autonomía del marxismo, abriendo el camino a una discusión libre sobre este problema y sobre los daños causados al comunismo francés por el doctrinarismo del período estaliniano, los efectos sobre la estrategia de alianzas y sobre la capacidad de gestionar el debate interno serían seguramente negativos. Por un lado, el resto de la izquierda habría proclamado una vuelta de los comunistas a los viejos métodos estalinistas o bien a un deslizamiento hacia las posiciones de los chinos, cosa que frustraría los progresos de la unidad; por otro, si el grupo dirigente no se opusiera a la línea de Althusser vería amenazada su propia legitimidad teórica y política. La fuerza del discurso althusseriano reside en su capacidad de señalar, para el interior del Partido Comunista, los presupuestos teóricos de una salida «de izquierda» del estalinismo; la crítica de la ideología y de las lecturas ideológicas del marxismo, a la que sigue la reivindicación de la necesidad de una exploración que recupere la esencia de cientificidad y la capacidad de interpretación de la realidad social e histórica del marxismo mismo, se unen a la caracterización de algunos elementos que definen al comunismo francés.

Aunque desde presupuestos frecuentemente antitéticos, tanto en las tomas de posición de Althusser como en las de Garaudy y de otros muchos intelectuales de «La Nouvelle Critique», se reformula la cuestión de la superación de la que fue definida como función «tribunicia» del PCF, que limita la acción del partido a la denuncia y a la resolución de los problemas materiales que oprimen a la clase obrera y a las capas populares. Aun con la extrema variedad de concepciones que les caracteriza, los intelectuales comunistas franceses parecen querer superar la doble dimensión política y «económico-corporativa» de su partido.

43.- Bernard Pudal, «La note à Henri Krasucki (1965)», *Nouvelles fondations, Annales de la Fondation Gabriel Péri*, 3-4 (2006), pp. 55 ss

44.- Louis Althusser, *Pour Marx*, Maspero, Paris, 1964 [hay 1ª ed. en español, *La revolución teórica de Marx*, México, Siglo XXI, 1967].

De lo que se dice durante el Comité Central de Argenteuil, que comienza el 11 de marzo de 1966, se facilitan dos resúmenes: uno dirigido al exterior, con la publicación, en el número especial de *Les Cahiers du Communisme* del mes de mayo, de las intervenciones que confirman el pluralismo y la concepción humanista, y otro, para uso interno del PCF, y guardado en la documentación del partido, en el que se exponen cuestiones como la relación entre militantes y grupo dirigente y la composición social del sujeto revolucionario.

La resolución final del Comité Central, fundamento de la política cultural del PCF hasta finales de los años setenta, parece querer superar el doctrinarismo estaliniano afirmando la libertad cultural, en una suerte de ecumenismo o liberalismo de la creación artística y literaria capaz de señalar al PCF como heredero de la mejor tradición cultural francesa, frente a la imagen, blandida por los adversarios, de partido ajeno a la comunidad nacional. Simultáneamente, sin embargo, se prescribe que el estudio y la producción teórica sean coherentes con la línea política del partido: tal limitación define el papel sustancialmente decorativo de los intelectuales y la particular manera de entender la estructura del intelectual colectivo^[45].

También y a fin de fortalecer la perspectiva unitaria, el PCF trata de actualizar su teoría económica y su análisis del capitalismo: del 26 al 29 de mayo de 1966 se celebra en Choisy-le-Roy una conferencia internacional donde se redefine la categoría de «capitalismo monopolista de estado».

Tras el dismantelamiento del equipo dirigido por Servin en 1961, se había creado un vacío en la elaboración económica del partido francés que, de nuevo, se había re-

plegado en la teoría del empobrecimiento de la clase obrera y en la descripción de los fenómenos de concentración monopolista como expresión de la crisis más o menos irreversible del capitalismo. Ahora bien, entre 1962 y 1966, con la llegada de Henri Jourdan a la dirección de la sección económica del CC y de la revista *Economie et Politique*, el marco teórico sufre una sustancial variación. Para reconstruir la redacción de *Economie et Politique* el dirigente comunista, también él de origen obrero, se sirve del trabajo de un grupo de jóvenes investigadores universitarios, entre ellos Paul Boccara y Philippe Herzog; bajo la dirección de Jourdain, la sección económica del PCF estudia el vínculo entre la intervención del Estado, en particular el francés, y los procesos de valorización y desvalorización del capital como respuesta a la crisis de sobreacumulación. Más allá de una nueva confirmación de la ley de la caída tendencial de la tasa de ganancia, se trata de captar mejor los mecanismos que caracterizan al capitalismo posbélico y, particularmente, sus tendencias de desarrollo durante los años sesenta y setenta. En la teoría del CME, el Estado es el principal instrumento al que recurren los monopolios para hacer frente a la crisis de sobreacumulación; a través de la introducción de elementos de planificación en la política económica, de la imposición fiscal y del desarrollo armamentístico, aquellos pueden hacer frente a la caída de la tasa de ganancia. Sin negar la idea de crisis general del capitalismo, esta visión conlleva el abandono de la teoría del hundimiento como teorema absoluto, reconociendo al capitalismo una capacidad de adaptación e innovación: en este sentido las tesis del CME relativizan la doctrina del empobrecimiento de la clase obrera y atribuyen mayor importancia a las nuevas clases medias de técnicos e intelectuales.

Es evidente que esta nueva orientación

45.- «Débats sur les problèmes idéologiques et culturels, comité central du PCF, Argenteuil, 11-13 mars 1966», *Les Cahiers du communisme*, 5-6 (mayo-junio de 1966).

de teoría económica se casa con la política unitaria perseguida por el partido; como en los años treinta, el análisis del poder de los monopolios y del papel del Estado abre la perspectiva de una «alianza antimonopolista», una gran coalición, guiada por la clase obrera, de todos los sectores sociales golpeados por la acción de los monopolios, con el objetivo de sustraer al Estado del control de las grandes concentraciones capitalistas, iniciar un intenso proceso de democratización y una masiva política de nacionalizaciones, es decir, sentar las premisas de la transición pacífica al socialismo de base nacional. A través de la teoría del CME, el Partido Comunista Francés tratará cada vez más de acreditarse como partido de gobierno que ha renunciado a una concepción tipo tercera internacional de la transición al socialismo en favor de una estrategia basada en la vía pacífica, las nacionalizaciones y el pluralismo político.

El objetivo estratégico de la «alianza antimonopolista» se convierte de esta forma en la base política de «la puesta al día».

A lo largo de la segunda mitad de los años sesenta tanto el PCI como el PCF parecen haber superado la crisis producida por el Informe Jruschov y por la sangrienta represión de la revuelta húngara. Ambos partidos tienen un proceso de autorreforma que, con métodos distintos pero con resultados frecuentemente parecidos, apunta hacia una estabilización interna y una redefinición estratégica tras la crisis del modelo estaliniano de los años de la guerra fría. El objetivo principal es de hecho una más profunda integración en la transmutada realidad política y socio-cultural de sus

respectivos países. No obstante el descenso de afiliados, el PCF consigue parar y en parte recuperar la brusca caída de consensos provocada por la crisis de la IV República, mientras que el PCI llega a aumentar votos aprovechándose del fracaso de las perspectivas reformadoras del centro izquierda: alcanza, por primera vez, el 25 por ciento en las elecciones de 1963. Si en Francia la conquista del gobierno por parte de una coalición de fuerzas populares y socialistas parece una hipótesis concreta tras la candidatura de Mitterrand a las presidenciales de 1965, en Italia, a pesar de la reunificación de los socialistas de Nenni con los de Saragat y la continuación del centro izquierda, el PCI apuesta por la unidad de las izquierdas para evitar el aislamiento.

Los comunistas italianos y franceses apelan ambos a una perspectiva frentista dirigida a la conquista del gobierno nacional. Aun permaneciendo como los principales sujetos de la oposición política y social en Francia y en Italia, ya no desarrollan sin embargo este papel en un contexto análogo al de la Liberación y la primera posguerra, cuando detentaban una sustancial hegemonía en los movimientos de lucha. Desde los años 1966 y 1967 se impone de hecho a su izquierda la actividad de formaciones heterogéneas, que nacen y se refuerzan en el fermento social y cultural determinado por el desarrollo del neocapitalismo, por una parte, y de la crisis del estalinismo, por otra. Este fenómeno, de características completamente inéditas y destinado a crecer, hace vacilar el equilibrio alcanzado a través de la recuperación y la puesta al día del paradigma frentista.

«Los Principios Comunistas» y los historiadores en el 1956 británico*

Madeleine Davis

School of Politics and International Relations, Queen Mary University of London

«Sé muy bien que los nudos atados por el estalinismo no se pueden desatar en un día. Pero el primer paso en el retorno a los principios comunistas es que digamos la verdad y mostremos confianza en el juicio del pueblo»

«A través del humo de Budapest» es un emotivo llamamiento a los miembros del Partido Comunista de Gran Bretaña (CPGB) para que se solidarizaran con los estudiantes y trabajadores húngaros que se alzaron contra el régimen apoyado por los soviéticos en octubre de 1956, y una crítica directa a la dirección del CPGB que no lo hizo. Su publicación el 4 de noviembre de 1956, mientras los tanques soviéticos avanzaban para aplastar la rebelión, marcó el momento en que su autor, E.P. Thompson, junto con su colaborador John Saville, rompieron con el partido al que, entre los dos, habían servido durante más de tres décadas.

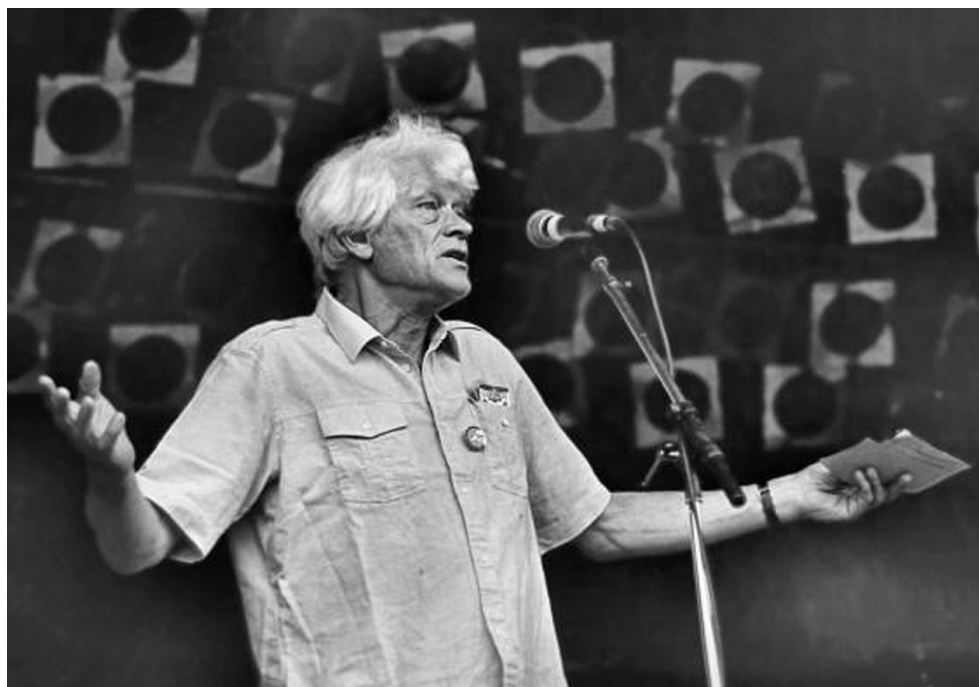
Su desafío al publicar *The Reasoner*, un periódico no oficial nacido en julio de 1956 para darles a los comunistas británicos un foro abierto donde discutir las implicaciones de las revelaciones hechas por Jruschov, que la prensa oficial del Partido les había negado, ya había causado un buen revuelo, incluso dentro de la división MI5 del Servicio de Seguridad Británico. Como

demuestran los documentos recientemente desclasificados, el MI5 había estado vigilando a Thompson desde septiembre de 1943. En 1956 ya habían acumulado dos carpetas de correspondencia interceptada e informes sobre sus actividades. Estaban particularmente interesados en una carta que Thompson había escrito a Bert Ramelson (del Comité de Distrito del CPGB de Yorkshire) el 28 de mayo. «Muy interesante. Aquí hay buenos argumentos para el IRD» (Departamento de Información e Investigación) reza una nota escrita a mano en el documento. El contenido de la carta fue debidamente comunicado al IRD como «una larga y razonada denuncia de los líderes del Partido Comunista británico por uno de sus más conocidos intelectuales^[1]».

La IRD era una unidad gubernamental secreta creada para difundir propaganda anti-comunista a través de los medios de comunicación oficiales. El gran interés que se tomó en los puntos de vista de Thompson nos recuerda que la Guerra Fría sigue siendo el telón de fondo indispensable en el que el 1956 británico debe ser entendido. Nos recuerda también que sus batallas ideológicas siguen influyendo en las evaluaciones contemporáneas de la naturaleza de la disensión comunista. A menudo,

* «Communist principle» and the historians in British 1956.
Traducción de Antonia Tato Fontaña.

1.– File KV 2/4292, National Archives



E. P. Thompson en el Gastonbury Festival en 1986 (Foto: Giacomino Parkinson).

quizá demasiado a menudo, la posición de principios de Thompson y Saville al dejar el CPGB se cita como *el* momento, el punto de inflexión en el que se reveló un comunismo en bancarrota moral (si fue para enterrar al socialismo o para verlo resurgir en nuevas formas depende, por supuesto, del punto de vista del observador). La postura de Saville y Thompson se toma también a menudo como representativa del grupo de historiadores del CPGB al que ambos pertenecían, confiriéndole de paso al grupo una coherencia y una unidad retrospectivas y señalándolo como un centro de heterodoxia y de una disidencia incipiente, cuadro este que necesita alguna aclaración^[2]. «1956» se convierte entonces en un recurso taquigráfico simplificador que separa a los

héroes de los villanos y que desaconseja consideraciones sobre la confusa realidad y la complejidad de la historia. En realidad, por supuesto, la cuestión de «principios comunistas» —o quizás, la cuestión de cómo equilibrar los principios personales con el compromiso comunista— provocó una serie de respuestas por parte de los intelectuales del Partido, incluyendo a los del grupo de historiadores, que como grupo no adoptaron una postura colectiva sobre los sucesos de 1956, aunque algunos de sus miembros fueron críticos destacados de la dirección del Partido durante ese año. Los muchos trabajos retrospectivos que existen, si bien nos ayudan a encontrar sentido en esta complejidad, pueden estar también teñidos de auto-justificación —entre los ejemplos más notables podría estar la tendencia de Eric Hobsbawm a lustrar su pasado para adecuarlo a futuros propósitos. Y naturalmente, no fue el único en hacer-

2.- Ver por ejemplo David Renton «The Communist Party Historians and 1956» en Keith Flett (ed.) *1956 and All That*. Newcastle. Cambridge Scholars Publishing, 2007.

lo. La frecuentemente citada observación de Thompson de que él «comenzó a razonar» en 1956 y su decisión de re-editar una versión substancialmente reformada de su libro de 1955 sobre William Morris puede parecer que no casa bien con su insistencia en que hay una continuidad esencial que atraviesa la totalidad de su obra. Una de las principales virtudes del texto contemporáneo de Thompson que se publica aquí es que en su inmediatez y su rabia, nos ayuda a comprender los matices y las contradicciones del compromiso comunista en esta crítica coyuntura.

«El estalinismo», escribe Thompson, «no eran ‘cosas equivocadas’ sobre las que ‘no podíamos saber nada’ sino teorías distorsionadas y prácticas degeneradas sobre las que sí sabíamos algo y que, en cierto grado, compartíamos, y que hoy nuestra dirección apoya». Él, al igual que Hill, Hobsbawm y la mayoría de los intelectuales del Partido, habían escrito en términos aduladores sobre la Unión Soviética de Stalin, a pesar de que sabían que «algo» iba muy mal. Para él, el discurso de Jruschov fue una oportunidad que había que agarrar, un catalizador no para un nuevo cierre de filas alrededor de una nueva «línea» sino para una apertura a la discusión y a la crítica, tanto del alcance real de la represión estalinista como de la incondicional lealtad que había llevado al Partido británico a la connivencia en el encubrimiento y la falsificación de la información sobre las purgas estalinistas, los juicios mediáticos y las ejecuciones. Él y Saville eran los más enérgicos de una minoría importante que llevaba unos meses introduciendo esta opinión en el Partido antes de que estos dos dieran el paso de publicar *The Reasoner* en julio. En marzo Thompson escribió una carta a James Klugmann (entonces a cargo de las actividades educativas del Partido y autor de una abyecta justificación de la política soviética hacia

Yugoslavia *From Trotsky to Tito*, retirada por el Partido en 1956) en la que describía a la dirección del Partido como «oportunistas y deficiente en principios comunistas... despreciativa de la teoría y dispuesta a admitir la controversia solo dentro de unos límites que para mí son inaceptables»^[3]. La estrechez de estos límites se vió más clara en los meses siguientes. El 24 Congreso de CPGB no discutió formalmente el discurso, cuyo contenido fue resumido de forma selectiva en el *Daily Worker* (el órgano oficial del partido) a finales de abril. Mientras un debate limitado se permitió inicialmente en la prensa del Partido, la mayoría de las cartas críticas fueron rechazadas, y cuando finalmente la dirección del partido adoptó una postura, fue tan vacilante y defensiva que no podía más que aumentar la disensión en lugar de acallarla. En esencia, se admitió que había «errores» pero que —como «manchas en el sol»— debían sopesarse en comparación con los muchos logros de Stalin. Las demandas de reformas internas se ocultaron bajo la alfombra creando una comisión interna amañada que, después de varios meses, produciría un informe de la mayoría exonerando a la dirección (además de un informe de la minoría, crítico pero ignorado en gran parte, cuyos autores, incluyendo a Christopher Hill, dimitirían después de completarlo). Para muchos, esto ya fue suficiente. Unos 2.000 miembros dimitirían en el período entre las revelaciones de Jruschov y lo de Hungría. El poeta Randall Swingler, amigo íntimo de Thompson con quien se escribía regularmente, amarga (pero privadamente) parodió la tortuosa auto-crítica del Partido: «Lo que hoy necesitamos es un replanteamiento valiente. Pero no debemos tirar el grano con la paja»^[4].

3.– Thompson to Klugmann, 22 marzo 1956, File CP/CENT/ORG/18/04, CPGB Archive, Labour History Archive and Study Centre, Manchester People's History Museum.

4.– Nota de la Traductora. El poeta utiliza una variante de

Debemos tener un nuevo «pensamiento» siguiendo las viejas «líneas». Hay dos clases de verdad, la verdad relativa y la verdad creativa. Y nosotros estamos por la verdad creativa, o la vamos inventando según vamos avanzando... Hemos cometido errores graves en el pasado que ahora tienen que ser corregidos. Uno de los más graves fue dejar vivos a los poetas, artistas, músicos y gente así»^[5].

Por su parte Thompson y Saville aumentaron sus esfuerzos en un intento de sacar la discusión al exterior. A cada uno le publicaron un artículo en la prensa del partido pero les negaron más publicidad^[6]. El artículo de Thompson apareció editado extensivamente y a su lado una respuesta de George Mathews que rechazaba totalmente su presentación del partido como «un monolito sin lengua moral» y defendía que la indolente actitud del CPGB hacia el estalinismo se derivaba no de la falta de principios sino de «falta de información o de información equivocada»^[7]. Contra tal impasible auto-justificación el tono de su correspondencia con cargos del Partido se hizo más y más directa. En su interceptada correspondencia con Ramelson, Thompson sugería que el Comité Ejecutivo del Partido «[John] Gollan, [Rajani Palme-] Dutt, [George] Mathews, [Emile] Burns y compañía han estado actuando como sumos sacerdotes e interpretando y justificando las Sagradas Escrituras que emanan de Stalin, en lugar de como marxistas creativos esforzándose

en formar un análisis independiente de la situación». Y seguía «gracias a Dios no hay posibilidad de que este C.E. tenga alguna vez poder en Gran Bretaña; destruiría en un mes toda libertad de pensamiento, de conciencia y de expresión que le han llevado al pueblo británico 300 años ganar»^[8].

A pesar del tono cada vez más provocador de las críticas de Thompson, él y Saville, que continuaban viéndose —y de hecho a la mayoría de sus camaradas— como honestos comunistas que en este punto no tenían la intención de abandonar el Partido, se abstendrían de publicar nada en prensa que no fuera del Partido, aunque se escribían con toda libertad con otros camaradas de confianza. El primer número del *The Reasoner* en julio, como quedaba claro en su primer editorial, estaba «escrito por y dirigido a miembros del Partido Comunista». Se le envió un ejemplar al Secretario General John Gollan con una amistosa nota de Saville rechazando «cualquier asomo de fracción» e insistiendo en que «no tenemos ningún propósito más que proporcionar un foro de discusión adicional. Bajo el lema «dejar errores sin refutar es alimentar la inmoralidad intelectual» (atribuido a Marx) la publicación contenía dos editoriales, una crítica del centralismo democrático y documentos y correspondencia de contactos del Partido en otras partes de Europa. Se distribuyeron unos 650 ejemplares y en respuesta los editores recibieron más de 300 cartas que representaban un abanico de puntos de vista dentro del Partido. Entre miembros del Partido muy conocidos, la escritora Doris Lessing, Randall Swinger y el líder minero Lawrence Daly daban la bienvenida a la iniciativa (aunque Swinger y Daly ya habían dejado el Partido a estas alturas) y había también un buen número que, aun-

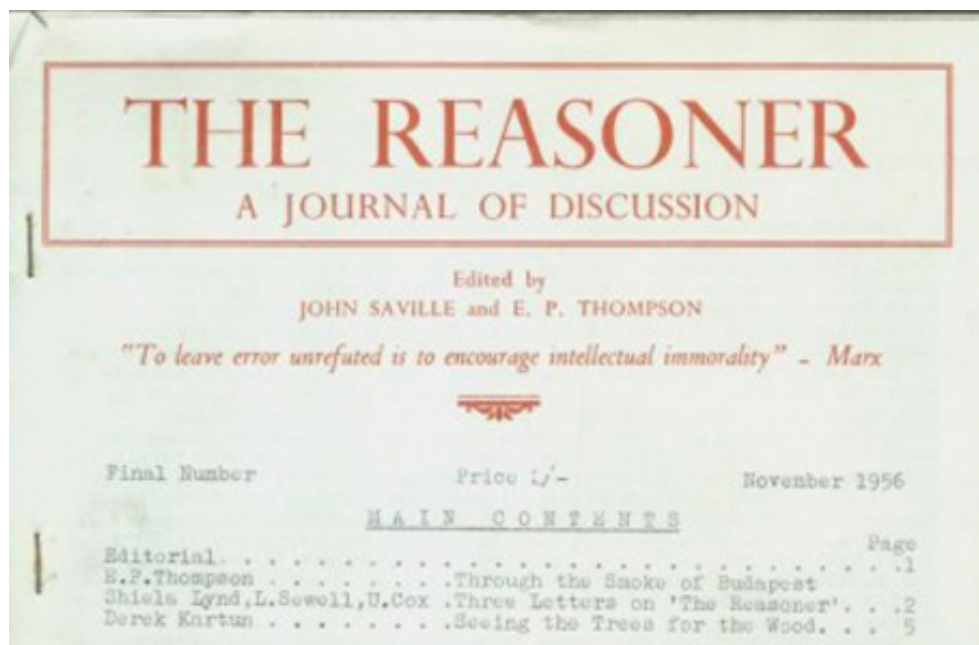
la expresión *to throw the baby out with the bath water*, -tirar al bebé junto con el agua del baño- en la que cambia *bath water* por *acid- bath* (baño de ácido).

5.- Andy Croft, *Comrade Heart: a life of Randall Swinger*, Manchester, Manchester University Press, 2003, p. 226.

6.- Saville, «Problems of the Communist Party», *World News*, 19 mayo, 1956. Thompson «Winter wheat in Omsk», *World News*, 30 junio, 1956.

7.- George Matthews, «A Caricature of our Party», *World News*, 30 junio, 1956

8.- Thompson to Ramelson, 28 mayo 1956, CP/CENT/ORG/18/04.



Cabecera del número tres de *The Reasoner*, donde se incluye el artículo de Thompson «Through the Smoke of Budapest».

que compartían la inquietud, consideran irresponsable el que hubieran hecho la publicación. De los miembros del grupo de historiadores, aunque en privado puede que algunos hubieran simpatizado, aparte de Dorothy Thompson, solamente Rodney Hilton colaboró con *The Reasoner*.

El período de abril a noviembre fue de apagada discusión interna y la valiente intervención de Saville y Thompson logró un éxito parcial aireando las cuestiones reales. Por su parte, la dirección del Partido, en este punto, reaccionó de una manera más mesurada de lo que algunos escritos han sugerido. Oficialistas (como Ramelson) que se creía tenían buena relación con ellos dos llevaban algún tiempo esforzándose por aplacarlos e incluso después de que el segundo número se publicase y de que se dictase una directiva del Comité Ejecutivo para que cesara la publicación, todavía había expectativas por ambos bandos de que la

brecha pudiera repararse. Thompson recordaba un encuentro con Gollan y Mathews en el cual «prácticamente admitieron que había habido una represión considerable en nuestra prensa y que eso había sido un error», y mientras les insistían que cerrasen *The Reasoner* los habían invitado a que hicieran propuestas para continuar la discusión ante el Comité Ejecutivo⁹. Él y Saville cambiaron de opinión más de una vez y finalmente decidieron parar la publicación en interés del Partido después de la salida de un tercer número, en una maniobra que ellos esperaban podría presionar a la dirección para que permitiera un debate honesto. El número final de *The Reasoner* incluía un editorial (fechado el 31 de octubre) que anunciaba el cierre para abrir camino a un «periódico socialista serio» con una redac-

9.- Thompson to Howard [Hill], 9 noviembre 1956, CP/CENT/ORG/18/04

ción más amplia e instaba a la dirección del Partido «a dar los pasos adecuados a la crisis política y... a iniciar la formación de tal periódico ellos mismos».

Incluso si no hubiera intervenido lo de Hungría había pocas perspectivas de que eso sucediera. Pero los acontecimientos internacionales destaparon entonces la rigidez y cortedad de miras de una dirección que simplemente era incapaz de reconocer la escala de la crisis en el comunismo internacional. En Polonia, la represión de las protestas obreras en Poznan y los procesos derivados de las mismas fueron seguidos por la adhesión del más moderado Gomulka y del «Octubre Polaco». Esto intensificó las esperanzas de un cambio en Hungría, donde la segunda inhumación de Lázlo Rajk (tildado antes de espía titoísta pero ahora rehabilitado) el 6 de octubre atrajo grandes multitudes y dispuso el escenario para la rebelión. En el medio de este creciente tumulto la dirección del CPGB encubrió y se equivocó, suprimiendo o censurando las crónicas de sus propios periodistas testigos directos de los hechos, Gordon Cruickshank en Varsovia y Peter Fryer en Hungría. Después, una vez que empezó el levantamiento en Hungría, el *Daily Worker* reprodujo obedientemente las líneas soviéticas, condenando la «violencia contrarrevolucionaria» de los rebeldes. Mientras los tanques soviéticos entraban en Budapest para empezar la segunda y decisiva intervención el 4 de noviembre, la dirección británica aprobó una resolución de apoyo total a la actuación soviética. «El sistema socialista se ha salvado. La restauración del fascismo se ha evitado» declaraba^[10]. Muchos de los trabajadores del *Daily Worker* fueron de los primeros en irse en la oleada siguiente, que veía a unos 5.000 más abandonar el Partido. En cuanto

a Saville y a Thompson, cualquier esfuerzo de conciliación era ahora superfluo. Con Saville en medio de una nueva tirada del número, todo lo que hubo tiempo para hacer fue pegar un nuevo editorial redactado conjuntamente a la parte delantera de los ejemplares ya mecanografiados y añadir el alegato de Thompson a sus camaradas escrito apresuradamente y redactado con pasión. El editorial declaraba que «la crisis en el comunismo mundial es de un tipo diferente» y marcaba «un punto de inflexión para nuestro partido». Llamaba a la dirección del Partido a rechazar públicamente la actuación soviética, a pedir la retirada de las tropas, a declarar su solidaridad con el Partido de los Trabajadores Polacos y a convocar inmediatamente congresos de distrito como preparación de un Congreso nacional. Anticipando acertadamente que la dirección del partido haría caso omiso, añadía «instamos a todos aquellos que, como nosotros mismos, se apartarán por completo de la dirección del Partido Comunista Británico, a no perder la fe en el socialismo y a encontrar maneras de permanecer juntos». También prometieron consultar con otros la pronta creación de un nuevo periódico de debate.

Suspendidos por el Partido (dimitieron, no obstante, unos días más tarde) la cautela era innecesaria y Thompson no mostró ninguna. Mientras la primera parte de su ensayo reproduce pasajes del *Daily Worker* para demostrar la prevaricación y distorsión que caracterizó la respuesta pública del Partido a la creciente crisis de la Europa del Este, la segunda sección se extendía más allá para identificar los auténticos «males» de la teoría estalinista y sus catastróficas implicaciones en la práctica. En pasajes que señalan claramente la dirección «humanista socialista» que en adelante él tomaría, declaraba

10.- Declaración del CE sobre Hungría, publicado en el *Daily Worker*, 5 noviembre 1956, p.1.

S. Form 81/rev. 12.58.

EXTRACT.

Extract for File No. FF. 72065 Name THOMPSON.

Original in File No. SF. 455 - 134 Vol. 4. Serial 52b. Receipt Date 25.9.56.

Original from PL. Under Ref. Dated 13.9.56.

Extracted on 5.10.56. by BHP Section R.6.

Ext from Communist Party Executive Committee Statement on "The Reasoner" (Communist Publication) supplied by F.4. ment. THOMPSON

At the meeting of the Executive Committee held on July 14th & 15th 1956 it was reported to the Executive Committee that a duplicated journal entitled "The Reasoner" had been published and circulated by Comrades E.P. Thompson of Halifax, and John Saville of Hull.

.....

The Yorkshire District Committee at its meeting on 22nd July 1956, elected a Commission of four comrades to meet Comrades Thompson and Saville. This meeting took place, and a report on the discussion was made to the Yorkshire District Committee on August 18th attended by 21 members. Arising from the report and the discussion, at which Comrades Thompson and Saville were present and in which they both spoke, the following resolution was adopted by the Yorkshire District Committee:-

"This District Committee asks Comrades Thompson and Saville to cease the publication of "The Reasoner".

The resolution was passed with one vote against and no abstentions (The vote against was that of Comrade Thompson, who is a member of the Yorkshire District Committee, which Comrade Saville is not).

.....

* If the original is in the file of an individual include the name of the file owner

1112

KIP
10.10.56

El 25 de septiembre de 1956 el Comité Ejecutivo de PCB comunica a E. P. Thompson su resolución para que cierre *The Reasoner* (Fuente: National Archives).

«la subordinación de las facultades morales e imaginativas a la autoridad administrativa y política está mal; la eliminación de criterios morales de los juicios políticos está mal, el miedo al pensamiento independiente, la incitación deliberada de tendencias anti-intelectuales, la personificación mecánica de fuerzas de clase inconscientes ...Todo esto está mal».

El estalinismo, juzgaba él, «es teoría socialista y práctica que ha perdido el ingrediente de humanidad». Aún así, sin embargo, Thompson declaraba fidelidad al ideal comunista, postura que desarrollaría en una serie de ensayos a través de los úl-

timos años cincuenta, presuponiendo la existencia e importancia de un comunismo libertario con inflexiones nacionales que podría acomodar las visiones morales de un romántico como Morris junto al racionalismo de Marx. Es verdad que Thompson, más adelante, se convenció de que la teoría marxista no podía, de hecho, alojar las inquietudes morales que lo llevaron a abandonar el Partido. Pero mientras tanto el humanismo socialista se convirtió en un punto de encuentro alrededor del cual ex-comunistas y socialistas independientes más jóvenes podían unir fuerzas. *The New Reasoner*, la publicación trimestral que él y Saville editaban con la participación de una

redacción más amplia de escritores excomunistas, expresaban su humanismo socialista a través de un programa decididamente internacionalista, un profundo interés en la literatura y la cultura y un marcado apoyo al desarme nuclear. Finalmente se fusionaría con *Universities and Left Review*, hecha por un grupo más joven que incluía a Stuart Hall y Raphael Samuel, para formar *New Left Review* en 1960. Thompson, durante un tiempo la figura intelectual dominante en este entorno, imaginaba la fusionada publicación como el eje de una «New Left» —un nuevo tipo de movimiento político independiente de base, democrático y participativo, que llevara adelante los valores del comunismo libertario con el que se identificaba.

«Donde quiera que el viento del estalinismo ha sido sembrado, los comunistas han sembrado también buena semilla socialista. La cosecha de la hermandad humana prevalecerá, cuando los vientos hayan pasado». Ahora, como entonces, la pasión y elegancia de la prosa de Thompson y su insistencia en la capacidad de los seres humanos para dar forma a sus propios destinos, brillan desde su escritura, dándole al texto la urgencia y la fuerza moral que el momento histórico parece demandar. Sin embargo sería engañoso presentar este ensayo como la expresión de la voz colectiva de una oposición comunista británica. Sin duda hubo muchos para quienes este elocuente llamamiento a los principios morales hizo que cristalizaran sus propias dudas o dio voz a sus propias conciencias. Pero hubo otros para los que su reafirmación directa de la humanidad común por encima de la conveniencia era simplista y políticamente ingenua. Estas tensiones reaparecerían más tarde en debates dentro de la New Left, donde algunos considerarían el humanismo de Thompson una base inadecuada para una política socialista. Mientras tanto, el CPGB,

cuyo congreso de 1957 decepcionaría a los críticos que quedaban porque era más de lo mismo, continuó con la hemorragia de militantes, llegando a un total estimado de 9.000 abandonos en el período de 1956-57, que incluía a muchos de sus principales intelectuales, una docena aproximada de los cuales firmaron una carta conjunta condenando el «acrítico apoyo» de la dirección a la intervención soviética^[11]. Publicada en el *New Statesman* el 1 de diciembre, provocó una incisiva respuesta de George Mathews en la misma línea de su anterior respuesta a Thompson, seguida por otra de Gollan. Gollan advirtió que los intelectuales no se pueden situar por encima del Partido; la mayoría de los firmantes respondieron situándose fuera de él, garantizando que el florecimiento académico de ideas críticas marxistas y de izquierdas que siguió durante los años 60 y 70 en gran medida tuviera lugar fuera del CPGB^[12].

11.- Cifra estimada tomada de John Callaghan and Ben Harker, «1956 and Communist crisis» in Callaghan and Harker (eds.), *British Communism: a documentary history*, (Manchester, Manchester University Press, 2011). p.189.

12.- Los historiadores que firmaron fueron Hill, Hilton, Hobsbawm y Victor Kiernan. Otros firmantes incluían a Doris Lessing, Chimen Abramsky, Ronald Meek y Jack Lindsay, *New Statesman*, 1 diciembre, 1956.

A través del humo de Budapest*

Edward P. Thompson

El estalinismo ha sembrado el viento y ahora la tempestad se centra en Hungría. Mientras escribo esto el humo todavía se eleva sobre Budapest.

Es verdad que también se han sembrado dólares en esta tierra mortificada. Pero la cosecha que se recogerá seguramente no será la que Mr. Dulles esperaba —¿un nuevo Syngman Rhee^[1] para la Europa del Este, respaldado por una Cancillería fraudulenta y una Junta Papal?

Gracias a un indignado giro de la historia, parece que la cosecha trae consejos de soldados, de estudiantes, de trabajadores, trae soviéticos «anti-soviéticos».

No sé cómo estarán las cosas cuando esto se publique. ¿Se retirarán las tropas rusas suficientemente pronto para evitar que el país se vea engullido por una oleada de furia nacionalista y anarquía? ¿Un nuevo gobierno honesto de comunistas y otros logrará sacar calma de las pasiones del momento —calma suficiente para garantizar cierta justicia, más clemencia y que la voluntad de la gente encuentre expresión?

Esto es todo lo que nos atrevemos a esperar. Pero —dejando a un lado los grupos de contrarrevolucionarios que debe haber ha-

bido— esos primeros jóvenes y trabajadores de Budapest que levantaron barricadas contra los tanques soviéticos seguro que no deseaban abrazar el «American Century»^[2]. Ni pueden pues, a menos que los dominara la desesperación, haber encontrado alivio en el hipócrita llamamiento al Consejo de Seguridad de gobiernos a los que les llega la sangre hasta los codos por sus hazañas en Kenia, Chipre, Argelia —y ahora Egipto.

Ningún capítulo sería más trágico en la historia internacional del socialismo, si el pueblo húngaro, que ya perdió una vez su revolución ante la reacción armada, se viera empujado a los brazos de los poderes capitalistas por los crímenes de un gobierno comunista y por la incomprensible violencia de los ejércitos soviéticos.

Así que yo espero que el Partido Comunista, mi partido, recupere el apoyo de los trabajadores. ¿Pero *dónde* está mi partido en Hungría? ¿Estaba en las emisoras o en las barricadas? ¿Y *qué* es? ¿Es un conglomerado de oficiales de seguridad y burócratas desacreditados? ¿O es un partido «con sus raíces en el pueblo» de la ciudad y del campo, capaz de autodepuración y nuevo crecimiento?

Tendremos la respuesta en sus acciones. Espero que no oigamos tanto «erradicar» esto y aquello, «destronar implacablemente» eso y lo otro y más de aprender de la gente, servir a la gente y respetar los prin-

* «Through the Smoke of Budapest» *The Reasoner*, 3, November, 1956, pp. 1-7. Traducción y notas de Antonia Tato Fontaiña.

1.— Syngman Rhee (1875-1969), político coreano. Líder del movimiento nacionalista de Corea y primer presidente de Corea del Sur, desde 1948 hasta 1960. Identificado con políticas conservadoras y anticomunistas, su principal apoyo fueron los diputados conservadores y el Gobierno de Estados Unidos, que cumplían con la Doctrina Truman para frenar el avance de las fuerzas comunistas

2.— Período de la mitad del siglo XX, en que la influencia de los Estados Unidos en cultura, economía y política crecía en todo el mundo y que se intensificó después del final de la Segunda Guerra Mundial.



Levantamiento húngaro, octubre de 1956, previo a la segunda intervención soviética (Foto de dominio publico, autor sin identificar).

cipios comunistas.

Sé que nuestros camaradas húngaros recordarán la plegaria de su gran patriota, Kossuth^[3], hace más de cien años:

«Envía, ¡oh Dios! los hermosos rayos del sol, que las flores nazcan de esta santa sangre, que los cuerpos de mis hermanos no perezcan en inerte corrupción... Como hombre libre, me arrodillo en las tumbas recién cavadas de mis hermanos. Sacrificios como este santifican la tierra: la purgan de pecado. ¡Mi Dios, un pueblo de esclavos no puede vivir en este suelo sagrado ni pisar sobre estas tumbas!»

3.- Lajos Kossuth (1802-1894), estadista y orador húngaro, líder de la Revolución Húngara de 1848-1849 y símbolo del nacionalismo magyar.

Intentaba con este artículo dar algunas definiciones de estalinismo, para entrar en cuestiones teóricas que nuestra dirección británica rehúsa discutir, y para consultar con los lectores la mejor forma de librar a nuestro propio partido de la teoría y la práctica estalinistas.

Pero estos puntos teóricos han encontrado ahora una expresión dramática en la gran plaza de Varsovia, en medio del humo de Budapest. Es difícil hablar en medio de un tornado. Y si nosotros hemos ayudado, en pequeña medida, a sembrar esos vientos, ¿tenemos derecho a hablar?

Aún así, alguien tiene que hablar. El *Daily Worker*, en sus columnas editoriales no ha hecho nada por expresar nuestros pensamientos o por hacer valer nuestro honor en las últimas semanas.

Una semana antes de que la lucha se iniciara en Hungría, publicó un editorial «Sin venganza». Declaraba que «las dificultades creadas por las pasadas violaciones de la legalidad socialista estaban siendo solventadas pacientemente». Una multitud de 200.000 personas había asistido a la segunda inhumación de Laszlo Rajk^[4] y se habían levantado voces pidiendo el enjuiciamiento y castigo de los responsables de las ejecuciones:

«La angustia de los familiares y amigos de estos comunistas muertos es comprensible; pero sería inquietante para los amigos de Hungría en todo el mundo que nuevos juicios fueran a perturbar la vida del pueblo húngaro y emborronar la 'nueva página en blanco' que su partido ha abierto. Seguramente ha llegado la hora de atemperar la justicia con clemencia y mirar no hacia el pasado sino hacia el brillante futuro que un pueblo trabajador y un Partido unido como nunca antes pueden construir juntos».

¡Pobre gente trabajadora! No queremos perturbar vuestra vida. Vuestro Partido os ha embarcado en una nueva página. Podéis descansar contentos.

Pero la población de Hungría son nueve millones. Y una multitud de 200.000 no se logra a menudo ni en toda Gran Bretaña.

¿Qué pensamientos pasaron por las mentes de esa gente mientras permanecían al lado de una tumba de siete años de antigüedad en este extraño funeral?

¿Recordaban que Bela Kun, líder de la República Soviética de Hungría en 1919,

4.-Lászlo Rajk (1909-1949), destacado político húngaro. Como Ministro del Interior creó la llamada Autoridad de Protección del Estado, policía secreta de la que sería una de sus primeras víctimas. Acusado de ser un agente secreto *titoísta* y de pretender restaurar el «orden capitalista» fue detenido y, después de un simulacro de juicio, ejecutado en 1949. Su figura fue rehabilitada durante la Revolución Húngara de 1956.

había hallado una muerte oscura y desdichada en la Unión Soviética en los años treinta? ¿Que la Comintern había consentido esta traición y había metido sus manos chapuceras en su movimiento revolucionario mientras los Guardias Blancos de Horthy pisoteaban la capital?

¿Se preguntaban cómo era posible que sus líderes —Rakosi, Gero, Parkas y los demás— permitieran que su camarada Laszlo Rajk, exbrigadista internacional y víctima de los campos de concentración nazi fuese escarnecido públicamente y arrastrado a la ignominiosa muerte de un traidor?

«Uno no puede planificar la conciencia humana» dice nuestro Camarada Gomulka. Yo creo que eso está bien, a pesar del trágico desenlace en este caso. Desde luego los mismos hombres no pueden desconectar las «violaciones de la legalidad socialista» y conectar «una nueva página en limpio» como si fuera una luz eléctrica. Ni las respuestas morales de un pueblo pueden desconectarse por edictos del gobierno.

Y, por cierto, ¿qué es la «legalidad socialista»? ¿Es la justicia? ¿O es la cantidad de justicia que es conveniente cuando la gente está furiosa?

Aparte de los juicios de Poznan, no recuerdo ningún ejemplo reciente de «legalidad socialista» que se pueda reconocer como un acto de justicia.

¿Y qué justicia fue esta que (según el editorial del *Daily Worker*) fue tan severa e implacable que «ha llegado la hora» de atemperarla con clemencia? No recuerdo ningún juicio a los responsables de «violaciones de la legalidad socialista» ni en Hungría ni en ninguna otra parte, aunque parece que Beria ha muerto y he oído algo sobre unas ejecuciones rápidas en Azerbaián. Si fueron justas o no, ni yo ni el editor del *Daily Worker* lo sabemos.

¿Y por qué el *Daily Worker* tendría que presumir que cualquier juicio *justo* iba a

emborronar una «página limpia, en blanco»? ¿Y por qué los miembros del partido en Hungría iban a suponer que su Partido se había embarcado en tal página, cuando a ellos no se les había consultado en ningún Congreso? ¿Por qué se iba a deducir que el Partido estaba «más unido que nunca» cuando sus militantes se habían enterado poco antes de que una parte de su Comité Central había asesinado a la otra parte para aplacar a un hombre que ahora se nos decía que durante todo este tiempo había sido agente del «servicio de inteligencia del Mussavat»⁵?

¿Y por qué iba el pueblo húngaro a confiar en que tales dirigentes iban a construirles un «futuro brillante»?

¿Y por qué el *Daily Worker* tendría que clamar «sin venganza» en aras de acallar la verdad y pervertir la justicia en un caso en el que los hechos se iban haciendo desagradablemente claros, si nunca antes —en lo que mi memoria me alcanza— había reclamado «sin venganza» en ninguno de los más que dudosos juicios de países socialistas?

¿Por qué —y esta es la pregunta real— el *Daily Worker*, que durante tanto tiempo ha rechazado cartas y amañado editoriales para garantizar que no «interviniéramos» en los asuntos de un partido hermano, de repente habla en nombre de los comunistas británicos para asegurarles a las autoridades húngaras que «sería inquietante para los amigos de Hungría en el mundo» que estos hombres culpables fueran llevados a juicio?

Yo no busco venganza. Todos estamos hartos de ejecuciones. Pero la justicia exige que los criminales sean juzgados por sus delitos y sus cómplices apartados de la vida pública.

Sé muy bien que los nudos atados por



Quema de retratos de Stalin en las calles de Budapest durante el levantamiento húngaro, octubre de 1956 (Foto: Erich Lessing).

el estalinismo no se pueden desatar en un día. Pero el primer paso en el retorno a los principios comunistas es que digamos la verdad y mostremos confianza en el juicio del pueblo. Después del XX Congreso (dijo Gomulka) «la gente empezó a erguir la espalda, las silenciosas mentes sometidas empezaron a sacudirse el veneno de la mendacidad. Sobre todo los trabajadores querían saber toda la verdad, sin adornos ni omisiones». Nuestra necesidad de la verdad no es menor.

El 29 de octubre, casi una semana después del levantamiento de Budapest, el *Daily Worker* encontró una nueva explicación editorial:

«Es una tragedia que la Dirección del Parti-

5.- Partido político de Azerbaiyán, contrarrevolucionario y nacionalista, cuyo nombre significa «igualdad».

do y el Gobierno no actuaran más diligentemente para solucionar esos errores económicos y políticos que estaban causando un descontento tan profundo entre las masas»

Muy cierto. Y como los estalinistas de Hungría no recibieron el consejo del *Daily Worker* diez días antes, se habrá contribuido a ese retraso fatal que disparó la revuelta. Y en ese caso, una parte de la sangre derramada en Budapest es responsabilidad de cabezas británicas.

En los días siguientes, con los dramáticos sucesos de Polonia, el *Daily Worker* contempló los toros desde la barrera, con la pierna editorial colgando desmañadamente del lado equivocado.

No se me ocurren momentos tan conmovedores, tan importantes para el futuro del movimiento internacional de la clase obrera como cuando el valiente camarada Wladyslaw Gomulka emergió de la prisión y de la calumnia y entre las rocas de la contrarrevolución por un lado y la intervención armada por el otro, encontró para el pueblo polaco un estrecho pasaje hacia un futuro creativo. ¡Enhorabuena a los polacos por su madurez, su auto-disciplina y su firme iniciativa!

Pero el *Daily Worker* no veía nada de esto. Ni siquiera veía (editorialmente) los excelentes informes de Gordon Cruickshank en sus propias columnas. Durante dos días seguidos no fueron capaces de ver nada que no fuera los discursos de Eisenhower, «rumores descabellados... en la Prensa capitalista», «divisiones en las filas populares», nuevos «Pilsudskis^[6]»: «Puede que los

imperialistas vean razones para alegrarse, pero podrían estar viendo cosas, cosas que no existen. El tiempo, por supuesto, resolverá las dudas igual que disipará las esperanzas. No somos astrólogos pero tenemos fe en la clase trabajadora y eso incluye a la clase trabajadora de Polonia» (23 de octubre).

El tiempo (por supuesto) ha disipado las dudas en forma de medio millón de personas manifestándose pacíficamente en la plaza más grande de Varsovia. Lo que el tiempo todavía no ha disipado son las dudas sobre la capacidad de nuestro Departamento Editorial de Astrología Fallida.

Las únicas dudas serias (aparte de estas) de aquel fin de semana se han disipado en parte: ¿cometería la Unión Soviética el crimen de declarar una guerra, fría o caliente, contra el nuevo Gobierno Comunista Polaco? Si el *Daily Worker* tenía consejos que dar debería haberlos mandado a esta dirección. Unos editoriales en la prensa comunista internacional demandando moderación al Partido Soviético podrían haber tenido un efecto saludable, aquí y en los sucesos de Hungría. Tales consejos habrían sido respaldados por la gran mayoría de los comunistas británicos.

Pero de principio a fin, nuestro periódico —en nombre de todos nosotros— ha mandado los consejos *equivocados* a la dirección *equivocada*

Volviendo a Hungría. El martes por la noche, 23 de octubre, las manifestaciones de estudiantes y otros sectores en Budapest acabaron en disturbios generalizados con derramamiento de sangre. Los hechos no estaban claros. ¿Fueron grupos contrarrevolucionarios, con ayuda del exterior, los que hicieron saltar la chispa que prendió la yesca de una población resentida? ¿Dónde se posicionaba la clase trabajadora de Budapest? Esperábamos ansiosos la información.

6.— Józef Pilsudski (1867-1935). Primer Jefe de Estado, primer mariscal y dictador de la Segunda República polaca. Considerado el salvador de Polonia por haber liderado la guerra de independencia contra alemanes y soviéticos. De abierto nacionalismo, fue una figura con carisma entre la clase obrera que, después de dar un golpe de estado en 1926, se convirtió en dictador *de facto*.

El jueves por la mañana llegaron las respuestas:

«La contrarrevolución protagonizó un levantamiento durante las horas de oscuridad del anochecer del martes. La clase trabajadora húngara se movilizó alrededor de su Gobierno y su Partido y machacó este intento de darle marcha atrás al reloj. La prensa capitalista se alegró demasiado pronto y de lo que se alegró fue del tiroteo de dependientes, socialistas y comunistas a manos de destacamentos armados de terroristas». (25 octubre).

No se aportaba prueba alguna para estas afirmaciones. Nuestro Departamento de Astrología Fallida no había aprendido nada del XX Congreso, de Poznan, Varsovia, en octubre.

Es un pequeño detalle pero en ninguna información encuentro referencias al asesinato de dependientes. ¿Quizá fue solo un inocente recurso para provocar la indignación de los sindicalistas británicos?

También es una lástima que el *Daily Worker* mostrara pocos signos de indignación editorial cuando se supo por primera vez que bajo el régimen de Rakosi un gran número de comunistas, socialistas y sindicalistas fueron encarcelados y ejecutados. «Las tropas soviéticas han respondido a la petición de ayuda del Gobierno húngaro precisamente porque estas tropas actúan en solidaridad con el pueblo húngaro para defender el sistema socialista» (26 de octubre).

Es reconfortante saber que la historia es siempre tan «precisa» en sus movimientos. En realidad, la intervención soviética agravó la situación considerablemente y levantó gran resentimiento entre la gente. Si vamos a usar terminología estalinista, los tanques soviéticos estaban «objetivamente» avivando «la contrarrevolución».

Para mí es una profunda vergüenza que un gobierno comunista se haya vuelto tan corrupto, tan aislado del pueblo, que en un tiempo de crisis no haya podido encontrar protección en su propia clase trabajadora. «Que cada partido laborista local y cada rama del partido comunista y cada rama de cada sindicato y comité ejecutivo, cada laborista miembro del parlamento, manden telegramas al gobierno húngaro condenando la violencia contrarrevolucionaria y permaneciendo al lado del Gobierno y del pueblo...» (25 de octubre)

¡No, no, no, no! Eso no es tarea para nosotros. ¡Qué vergüenza esta prisa indecente, qué vergüenza esta grieta en la solidaridad, qué vergüenza esos que quieren meter a toda prisa el armamento moral de la clase trabajadora británica detrás de la policía de Gero para destruir a los estudiantes y a los jóvenes trabajadores que están en la calle!

¿Están empeñados nuestros dirigentes en hacer de nuestro Partido una Polonia o una Hungría en miniatura? ¿A qué distancia de la realidad, de nuestro Movimiento Laborista, deben de estar para imprimir tal llamamiento en tales momentos? Nuestra militancia ya ha tenido suficiente.

Es hora de que digamos esto. Desde el principio hasta el final, desde febrero en adelante, nuestra dirección se ha situado (quizá a veces de forma evasiva) del lado del estalinismo.

No quiere decir que hayan defendido la memoria de Stalin, o que se hayan cuestionado en serio el deshonesto intento de convertir a un único hombre en el chivo expiatorio de los pecados de una época histórica.

Por el contrario, han llevado dos líneas argumentales. Primero, todas estas «cosas equivocadas» (de las cuales «no sabíamos nada») estaban asociadas a la influencia de un hombre en Rusia, y al «culto» a su «per-



Calle de Budapest tras la intervención soviética, noviembre de 1956 (Fuente: korkep.sk).

sonalidad»; segundo, la teoría de Stalin era admirable pero (sin que lo supiéramos) se fue abriendo una brecha alarmante entre la teoría y la práctica.

Argumentos convenientes, estos, para nuestros dirigentes puesto que nos absuelven de toda responsabilidad en haber pasado «la información equivocada» y haber justificado «cosas equivocadas»; puesto que los absuelven de toda necesidad de erradicar la influencia del estalinismo sobre su propia teoría y su propia práctica y sobre las de nuestro Partido.

Pero sí que hay una «teoría errónea» de Stalin que tenemos permiso para criticar: la teoría de la intensificación de la lucha de clases. Muy bien, echémosle un vistazo. De hecho, la teoría se deriva de Lenin —expuesta en una situación fluida de crisis revolucionaria— y, como tantas otras cosas, fue sacada de contexto por Stalin y convertida en un rígido axioma:

«Ciertos camaradas interpretaron que la tesis sobre la abolición de las clases, el establecimiento de una sociedad sin clases y la desaparición del estado, significaba la justificación para la holgazanería y la complacencia, la justificación de la teoría contrarrevolucionaria de la desaparición de la lucha de clases y el debilitamiento de la autoridad del estado. Ni que decir tiene que esta gente no puede tener nada en común con nuestro Partido. O son unos degenerados o son traidores que tienen que ser expulsados del Partido. La abolición de las clases no se consigue atenuando la lucha de clases sino intensificándola. El estado no se extinguirá debilitando la autoridad estatal sino reforzándola todo lo que sea necesario con el propósito de finalmente aplastar lo que quede de las clases y de organizar la defensa contra el entorno capitalista». (Stalin, Informe al Plenum de enero de 1933, CPSU (B).

Sin esta «teoría errónea» este pasaje entero se cae a pedazos y se muestra corrupto. La teoría de un estado centralizado todopoderoso está equivocada —nuestros camaradas en Polonia y Yugoslavia lo están demostrando en vida. La actitud hacia el papel del Partido y hacia los camaradas es errónea.

Y la teoría estalinista de la dictadura del proletariado es errónea. Una vez más, Stalin convirtió las palabras de Lenin en un axioma rígido: «la dictadura del proletariado es la dominación de la burguesía por el proletariado, sin limitaciones legales, basada en la violencia y disfrutando de la simpatía y el apoyo de las masas trabajadoras explotadas». (Stalin, *Los Fundamentos del Leninismo*).

Como sabemos por Hungría, una dictadura así no necesita tener la simpatía de las masas trabajadoras por mucho tiempo: ni tampoco lo haría en Gran Bretaña. Esto realmente dista mucho de la definición de Engels de los «dos remedios infalibles» que distinguen esta fase de transición: elecciones para todos los puestos por sufragio universal, residiendo en los electores el derecho de revocación y salarios de trabajadores para todos los funcionarios (Introducción, *La Guerra Civil en Francia*).

Y la identificación de cualquier desacuerdo, cualquier oposición, cualquier duda con contrarrevolución «objetiva» es errónea. Impregna de principio a fin todos los escritos de Stalin y *la Historia del CPSU (B)* (con la que una generación de nuestros liberados ha recibido su educación). «La oposición ha roto ideológicamente con el leninismo... y objetivamente se ha convertido en instrumento de la contrarrevolución contra el régimen de la dictadura del proletariado». «Para obtener la victoria, el Partido de la clase trabajadora, sus dirigentes, su avanzada fortaleza, tienen que ser purgados de capituladores, desertores, es-

quiroles y traidores» (CPSU (B), 289, 360).

Y el vocabulario militar del estalinismo también es erróneo y extraño y ofensivo a los oídos de la clase trabajadora británica.

Y la actitud hacia el debate es errónea. Esto debería haber quedado claro en 1931, cuando Stalin etiquetó a los editores de un periódico que había permitido un debate sobre ciertas teorías de Lenin de antes de la guerra, como «podrido liberalismo», como «estupidez rayana en el delito, rayana en la traición a la clase trabajadora». «La calumnia debe ser estigmatizada como tal, no convertida en tema de discusión».

Y la teoría del Partido es errónea, la teoría de que «el Partido se hace fuerte purgándose», la teoría de la infalibilidad del Partido y de su autodesignada misión paternal, «el culto al Partido» que ahoga toda lealtad al pueblo, a los principios, a la clase trabajadora en sí misma, en lealtad a la «disciplina de hierro» del Partido.

Y la teoría mecánica de la conciencia humana es errónea: la teoría de que la ciencia histórica «puede ser una ciencia tan precisa como, digamos, la biología», la subordinación de las facultades morales e imaginativas a la autoridad administrativa y política es errónea; la eliminación de criterios morales en el juicio político es errónea; el miedo al pensamiento independiente, la incitación deliberada de tendencias anti-intelectuales entre la gente son erróneos; la personificación mecánica de fuerzas de clase no conscientes, el menosprecio de los procesos conscientes del conflicto espiritual e intelectual, todo ello es erróneo:

«La superestructura es creada por la base precisamente para que la sirva, para que la ayude a que tome forma y a que se consolide, para luchar activamente en la eliminación de la vieja base de la consigna y de su superestructura». «La antigua superestructura se une desesperadamente a la defensa

de la base que la originó». (Stalin, *El marxismo y los problemas de la lingüística*; Klugman, *Basis & Superstructure*).

Todas estas teorías no son del todo erróneas. Pero están lo suficientemente equivocadas como para haber llevado a nuestro movimiento a una crisis internacional. Y fue un idealismo mecánico tal como este el que, montado en los tanques soviéticos, disparó a través del humo contra los trabajadores y los jóvenes de Budapest.

El estalinismo es teoría (y práctica) socialista que ha perdido el ingrediente de humanidad. El modo de pensar estalinista no es el del materialismo dialéctico, sino el del idealismo mecánico. Por ejemplo:

«Si el paso de cambios cuantitativos lentos a cambios rápidos y abruptos es una ley del desarrollo, entonces está claro que las revoluciones hechas por las clases oprimidas son un fenómeno natural e inevitable. De ahí que la transición de capitalismo a socialismo y la liberación de la clase trabajadora del yugo capitalista no puedan ser llevadas a cabo por medio de cambios lentos, de reformas, sino únicamente por un cambio cualitativo del sistema capitalista, por la revolución. De aquí que, para no errar políticamente, uno debe ser un revolucionario, no un reformista». (Stalin, *Sobre el materialismo dialéctico y el materialismo histórico*).

La brecha entre la teoría y la práctica estalinistas es inherente a la teoría. «La verdad es siempre concreta», escribió Lenin; pero del fluido movimiento de los análisis de Lenin sobre realidades sociales particulares, Stalin sacó axiomas. El estalinismo es el leninismo convertido en piedra.

En lugar de comenzar con los hechos, con la realidad social, la teoría estalinista empieza con la idea, el texto, el axioma: los hechos, las instituciones, la gente, tienen

que ser adaptados a la idea. Se cultiva trigo en invernaderos para «demostrar» una teoría científica, se escriben «novelas» para «demostrar» la línea del Partido, se simulan juicios para «demostrar» la traición «objetiva» de las víctimas.

El análisis estalinista, en su nivel más degenerado, se convierte en un ejercicio escolástico, la búsqueda de «formulaciones» «correctas» en relación al texto pero no a la vida. ¿Y con qué frecuencia estas «correctas formulaciones» se quedan a medio camino entre dos desviaciones, una a la izquierda y otra a la derecha? A la pregunta de qué desviación era peor, el camarada Stalin respondió: «Es tan mala una como la otra...» ¿Las opciones reales de la vida se presentan de esta forma mecánica?

«Él había perdido por completo la conciencia de la realidad», declara Jruschov. Y no estaba solo. Esta brecha se abrió en todas partes. Fue esta brecha la que desafió el análisis de Jruschov: «No solo un marxista-leninista sino ningún hombre con sentido común puede entender cómo fue posible hacer responsables de actividades hostiles a naciones enteras»: Precisamente así. Pero eso es la ironía de la carrera de Stalin. Emergiendo como el marxista «más fuerte», el más «realista», limitó su visión a la tarea única de mantener y ampliar el poder del Estado Soviético. Su rumbo rígido e inclemente que pasó arrasando por complejidades y peligros sin precedentes, permitió que una parte de la realidad se le escapara —los pensamientos, los prejuicios, las aspiraciones de los hombres y mujeres. El estalinismo está en el polo opuesto al sentido común.

Pero nunca libre de la contención del sentido común, el estalinista oscila entre el axioma y la «realpolitik»: el dogmatismo y el oportunismo. Cuando el axioma deja de producir resultados, se «reconoce» un «error». El discurso de Jruschov se ha emi-



Budapest, 24 de octubre de 1956, la multitud se concentra en torno a una estatua de Stalin derribada frente al Teatro Nacional (Foto: TASR/AP, fuente: <http://rus-biography.ru>).

tido: los tanques se retiran de Budapest. Pero la teoría poco ha cambiado. Porque el estalinismo impide que la crítica surja dentro de las fronteras de su dominio. Y nosotros, fuera de esas fronteras, también hemos fallado. El estalinismo no eran «cosas equivocadas» sobre las que «no sabíamos», sino teorías falseadas y prácticas degeneradas de las que sí sabíamos algo y que, hasta cierto punto, compartimos y nuestra dirección apoya hoy. ¿Quién no sabe que nuestra atrofia moral, nuestro vocabulario y estructura militar, nuestra visión paternalista de la gente y de sus organizaciones, nuestro gusto por propalar «información errónea», nuestro miedo a las iniciativas populares independientes de nuestra orientación, nuestra aversión a la crítica, nuestro secretismo y mala fe ocasional hacia nuestros amigos —que todo esto ha paralizado nuestra propaganda, nos ha aislado y nos ha robado la justa recompensa que mere-

cía nuestro trabajo? ¿Y quién no sabe que nuestras bases son las menos manchadas por estos hechos y nuestros dirigentes los que más?

Nuestros líderes no desean discutir esto porque no desean cambiar. En el fondo siempre han temido el «deshielo». Sus corazones están con los tanques soviéticos. Después de todo, los tanques son cosas mecánicas, que responden a los mandos y pueden consolidar el poder. El marxismo-leninismo está a salvo con ellos. Pero si la gente toma la iniciativa en sus manos... es un riesgo demasiado grande.

Y al otro lado del humo, ¿qué esperamos para la gente de Polonia, para los trabajadores y estudiantes de Budapest, cuando sus heridas cicatricen y su orgullo nacional se aplaque? Primero, espero, un nuevo respeto por la gente, que impregne a toda la sociedad, a sus instituciones, a sus relaciones sociales. Y después, un nuevo respeto

por la verdad, por los principios. Una democracia que no circunscriba su actividad a los estrechos límites marcados por un Partido paternal que anatemiza a todos los que se salen de la línea, sino una basada en la confianza real en las iniciativas de la gente. Una nueva comprensión de la continuidad de la cultura humana. Y finalmente, un nuevo internacionalismo, basado (entre los países socialistas) en auténtica independencia y respeto y (entre los partidos comunistas) en el diálogo honesto y la controversia fraternal —diálogos en los que la militancia, por contacto personal y publicado, pueda tomar parte.

Los polacos y los húngaros han escrito su crítica al estalinismo en las calles y las plazas. Al hacerlo, le han devuelto el honor al movimiento internacional comunista. Estas revoluciones las han hecho los comunistas: no los que se arrojan todo el saber y la autoridad, pero comunistas igualmente. Donde quiera que este viento del estalinismo ha sido sembrado, los comunistas han sembrado también buena semilla socialista. La semilla de la fraternidad humana prevalecerá cuando los vientos hayan pasado.

Recuerdo un «mensaje de Navidad» que me escribió mi hermano después de conocer a unos partisanos comunistas en diciembre de 1943.

«Hay un espíritu por Europa que es mejor y más valiente que nada que ese cansado continente haya conocido en décadas y al que no se puede ofrecer resistencia. Puedes, si quieres, considerarlo en términos políticos, pero es más amplio y más generoso que ningún dogma. Es la voluntad firme de pueblos enteros que han conocido el sufrimiento y la humillación más extremos y que han triunfado por encima de eso, para construir su propia vida de una vez por todas».

Es un crimen del estalinismo el sortear y confinar este espíritu, mientras que muchos de los que hoy saludan con autocomplacencia las gestas de polacos y húngaros, alimentaban ellos mismos el estalinismo con cada estridente discurso anti-comunista, con el rearme de Alemania, con cada giro de la Guerra Fría.

El estalinismo confinó este espíritu pero no murió. Hoy anda suelto de nuevo, a la luz del día, en las calles polacas. Estaba presente en las barricadas de Budapest y se enfrenta hoy con la anarquía por el futuro de Hungría. No ha habido nunca un tiempo en el que camaradas nuestros necesitaran tanto nuestra solidaridad, ante la ciega resistencia del estalinismo, ante las negras pasiones de la reacción.

Este socialismo de gente libre, y no de discursos secretos y de policía, demostrará que es más peligroso para nuestro propio imperialismo que cualquier estado estalinista. Sus líderes sin duda cometerán errores, pero no «errores» tales que destruyan su propio honor y el buen nombre del Partido.

Nosotros, los comunistas británicos, tenemos el derecho y el deber de felicitar a nuestros camaradas en esas tierras de principios que renacen.

¡Vergüenza para nuestros dirigentes por su silencio!

¡Saludos al pueblo polaco! ¡Honor a los trabajadores y estudiantes que derramaron su sangre en Budapest! ¡Que retomen las riendas de su propio futuro y frenen las pasiones populares desatadas por el sufrimiento! ¡Y que se demuestre que un comunista nunca volverá a disparar a otro comunista!

NUESTROS DOCUMENTOS

Introducción al *Memorial de Yalta**

Carlo Spagnolo
Università di Bari

Togliatti termina el *Memorando sobre cuestiones del movimiento obrero internacional y su unidad*, conocido como «Memorial de Yalta», la mañana del 13 de agosto de 1964, pocas horas antes de que un ictus cerebral, del que ya no se recuperó, impidiese su participación en un encuentro con jóvenes pioneros de Artek. Es curioso que otros sucesores suyos en la secretaría general del Partido Comunista Italiano (PCI) murieran también por ictus, como si fuera un síntoma de la permanente tensión por reconciliar la función democrática del partido en un país ex fascista con la pertenencia ideológica al área socialista, a pesar de su situación occidental. La búsqueda de una vía al socialismo a partir de Occidente es uno de los rasgos característicos que distingue la historia del PCI y marca también los límites debidos a la idealización de la experiencia socialista. Pistas de estas contradicciones se encuentran a lo largo de la trayectoria de Togliatti y en el mismo texto del Memorial.

El Memorando se redactó en Yalta, Crimea, donde Togliatti había sido invitado a pasar algunos días de descanso tras un inútil viaje a Moscú el 9 de agosto, realizado para un encuentro reservado con Jruschov. A su llegada, Togliatti se reunió con Breznev y Ponomarev pero no con Jruschov, que había partido a un viaje de imprecisa duración por las tierras vírgenes. No sabe-



Sello soviético en homenaje a Palmiro Togliatti producido en el mismo año de su fallecimiento (Diseño: I. Dubasov, 1964).

mos si esta descortesía era debida a una decisión de Jruschov o de los responsables de asuntos exteriores Suslov y Ponomarev, de cualquier manera era una clara señal de la poca simpatía con las posiciones italianas, al poder estas reunir en torno a Gomulka, Togliatti, Tito y el rumano Gheorghiu-Dej,

* Traducción de Javier Aristu

una corriente de partidos contrarios a aliarse con Moscú o con Pekín. La sospecha de querer crear una tercera fuerza en el movimiento comunista podría explicar la falta de respeto hacia el más destacado dirigente de la III Internacional todavía en activo, aunque contestado en su partido y con no muy buenas condiciones de salud. El 10 de agosto Togliatti tuvo una encendida discusión con Ponomarev, al que acusaba de ser el problema por su rigidez en la relación con los chinos. Con la idea de defender las importantes razones de su misión, Togliatti puso por escrito entre el 11 y 12 de agosto los principales puntos de disenso con el PCUS y aquellos pasos que a su juicio había que dar para volver a coser los hilos rotos del movimiento comunista. Al leer atentamente el texto se nota que el destinatario no era Jruschov, como se ha venido diciendo desde hace tiempo, sino los «camaradas soviéticos», o sea Ponomarev y Suslov, o quizás el Politburó, de cuyo vértice Jruschov sería defenestrado por Breznev un par de meses después.

El documento fue publicado en *Rinascita* el 5 de septiembre por voluntad de Luigi Longo, no sin perplejidad por parte de la dirección, donde muchas voces, entre ellas la de Berlinguer, se manifestaron a favor de no divulgarlo para evitar instrumentalizaciones contra los soviéticos. El memorial ha sido interpretado de varias formas: por parte de los sucesores de Togliatti, como una confirmación de la «vía italiana al socialismo» y de la autonomía del PCI; Leo Valiani levantó la sospecha bastante temeraria de que el memorial habría servido como prueba de acusación contra Jruschov para bloquear la desestalinización; más recientemente, gracias a la documentación de archivo hoy disponible, se ha leído como testimonio de una crisis del movimiento comunista internacional iniciada con la

ruptura entre China y la URSS.^[1]

Retrospectivamente, el interés del Memorando está en la amplitud con que se analiza el escenario mundial y en la agudeza de los juicios de Togliatti acerca de los puntos débiles del liderazgo soviético. El punto de partida del Memorando es la carta del 30 de julio con la que se convocaba una comisión preparatoria de la conferencia internacional para discutir, y probablemente condenar, las posiciones del partido comunista chino, muy reticente ya desde 1957 a la supremacía soviética. Togliatti, citando las decisiones de la conferencia de Moscú de 1957, reivindicaba el esfuerzo soviético por el consenso en la convocatoria de cualquier conferencia internacional, con mayor razón aún para una que habría sancionado, junto a la ruptura organizativa, el fin del universalismo comunista y la misma idea de un horizonte común al socialismo.

Si la vía soviética era o no más adecuada que la china para los países descolonizados era una cuestión que afectaba no solo a los países asiáticos sino también a los africanos y de América Latina. Para muchos de ellos se trataba de evitar un desgarramiento entre dos modelos igualmente inaplicables y pensar en una vía propia al socialismo. Sobre todo, la caracterización de un modelo de desarrollo desplazaba la orientación de la política exterior hacia la distensión o hacia el conflicto con los Estados Unidos. Togliatti ofreció desde 1956 en adelante una original contribución teórica a través de la elaboración de una vía italiana al socialismo que era algo más que una vía parlamentaria constreñida al caso italiano. Se proponía de hecho tener en cuenta la pluralidad de las líneas de desarrollo del movimiento obrero y campesino, y en la entrevista a *Nuovi*

1.- Para un análisis de la génesis del Memorando remito a C. Spagnolo, *Sul Memoriale di Yalta. Togliatti e la crisi del movimento comunista internazionale*, Roma, Carocci, 2007, y a la bibliografía citada en esa obra.

Argomenti del verano de 1956 el secretario del PCI llegaba a proponer la categoría de «policentrismo» como escenario del movimiento internacional. El policentrismo se refería no tanto a una descentralización del poder en el movimiento comunista como a la determinación de una pluralidad de desarrollos sociales, de carácter difícil de predecir, respecto a los cuales el movimiento comunista tendría que buscar respuestas flexibles para evitar una subordinación al capitalismo liberal.

Era, en suma, volver a proponer en los nuevos tiempos la línea, de la que él mismo había sido protagonista junto con Dimitrov en el VII Congreso de la IC y en la guerra de España, que había sentido la necesidad de extender el frente de las izquierdas a todo el arco de fuerzas democráticas sobre la base del antifascismo. La atención que el Memorial dedica a las masas católicas, tan importantes no solo en Europa sino también en América Latina, no tenía que ver solo con el Concilio Vaticano, a punto de clausurarse. Se trataba sobre todo de una propuesta estratégica de discusión con otras fuerzas culturales a fin de repensar la tradición comunista, la propuesta de una «unidad en la diversidad». Togliatti, a través de la edición de los escritos de Gramsci, asumía la democracia postbélica antifascista como un marco teórico que redefinía al enemigo transformándolo en adversario legítimo. Mientras la bomba atómica hacía menos practicable la guerra revolucionaria de liberación nacional, la democracia como terreno de desarrollo del socialismo exigiría una alianza de civilización contra las tendencias disolventes producidas por el capitalismo y el imperialismo, que aparecían de nuevo en la guerra del Vietnam. La «mano tendida» diseñada por el Memorial no podía ser ya «entendida como un puro expediente, y casi como una hipocresía».



Nilde Iotti, Togliatti y el embajador soviético Kozirev en Roma en 1959 (Fuente: ilpost.it).

En relación con el VII Congreso de la Internacional Comunista (IC), en 1964 había cambiado mucho y era mucho más explícita en el Memorando la centralidad de los derechos humanos, conscientes de que el futuro del socialismo se podía garantizar solo con un mayor grado de libertad dentro de los países socialistas. La superación de la cultura militarizada que había dominado el movimiento comunista revolucionario era posible en el escenario de una democracia «progresiva», pero esa vía no podía ser construida en abstracto y estaba en contradicción con la búsqueda de vías nacionales donde también la senda cubana era lícita.

El reproche a las insuficiencias de la dirección del movimiento socialista era clarividente. El movimiento comunista internacional se estaba disolviendo, bastante antes del fin de la URSS, pero trazas del sectarismo, del nacionalismo, del exagerado énfasis en los propios éxitos y del descuido al diálogo con el adversario han sobrevivido en algunos de sus lejanos epígonos. Quizá es también por esto por lo que una lectura detallada del Memorial aporta, todavía hoy, un conjunto de ideas para un análisis del nexo entre lo nacional y lo internacional y de su actual configuración.

Memoria sobre las cuestiones del movimiento obrero internacional y de su unidad*

Palmiro Togliatti

Yalta, agosto de 1964

La carta del P. C. de la U.S. con la invitación a la reunión preparatoria de la conferencia internacional llegó a Roma pocos días antes de mi salida. No tuvimos, por lo tanto, la posibilidad de examinarla en una reunión colectiva de la dirección, por la ausencia, además, de muchos camaradas. Pudimos solamente tener un cambio rápido de ideas entre algunos camaradas de la secretaría. La carta será sometida al Comité Central del partido, que se reunirá a mediados de septiembre. Entre tanto queda en pie que nosotros tomaremos parte, y parte activa, en la reunión preparatoria. Dudas y reservas acerca de la oportunidad de la conferencia internacional siguen en nosotros, sin embargo, sobre todo porque es ya evidente que en ella no participará un grupo no desdenable de partidos, además del chino. En la misma reunión preparatoria se nos ofrecerá sin duda la posibilidad de exponer y motivar nuestras posiciones, ya que éstas afectan a toda una serie de problemas del movimiento obrero y comunista internacional.

De estos problemas haré una rápida mención en el presente memorial, a fin también de facilitar ulteriores intercambios de ideas con vosotros, cuando éstos sean posibles.

Sobre el modo mejor de combatir las posiciones chinas

El plan que nosotros proponíamos para una lucha eficaz contra las erradas posiciones políticas y contra la actividad escisionista de los comunistas chinos era diverso del que efectivamente ha sido seguido. En sustancia nuestro plan se fundaba sobre estos puntos:

- no interrumpir nunca la polémica contra las posiciones de principio y políticas chinas;
- llevar esa polémica, a diferencia de lo que hacen los chinos, sin exasperaciones verbales y sin condenas genéricas, sobre temas concretos, de modo objetivo y persuasivo, y siempre con cierto respeto por el adversario;
- al mismo tiempo proceder, por grupos de partidos, a una serie de encuentros para un examen profundo y una mejor definición de las tareas que se plantean hoy en los diferentes sectores de nuestro movimiento (Occidente europeo, países de América Latina, países del tercer mundo y sus contactos con el

* Traducción publicada en *Realidad*, n° 4, noviembre de 1964, pp. 54-66, con el título: «Memoria de Palmiro Togliatti sobre las cuestiones del movimiento obrero internacional y de su unidad». Transcripción de Francisco Erice.

movimiento comunista de los países capitalistas, países de democracia popular, etc.). Esta labor debía hacerse teniendo presente que desde el '57 y desde el '60 la situación de todos esos sectores ha cambiado seriamente, y sin una atenta elaboración colectiva no es posible llegar a una justa definición de las tareas comunes de nuestro movimiento;

→ sólo después de esa preparación, que podría emplear hasta un año o más de trabajo, habría podido ser examinada la cuestión de una conferencia internacional que pudiese verdaderamente ser una etapa de nuestro movimiento, un efectivo reforzamiento del mismo sobre posiciones nuevas y justas. De este modo habríamos podido también aislar mejor a los comunistas chinos, oponerles un frente más compacto, unido no solamente por el uso de definiciones generales comunes de las posiciones chinas, sino por un conocimiento más profundo de las tareas comunes de todo el movimiento y de las que concretamente se plantean en cada uno de sus sectores. Por lo demás, una vez bien definidas las tareas y nuestra línea política sector por sector, se hubiera podido también renunciar a la conferencia internacional, en el caso de que hubiera parecido necesario para evitar una escisión formal.

Ha sido seguida una línea diversa y las consecuencias no las juzgo del todo buenas. Algunos (quizás hasta muchos) partidos esperaban una conferencia en brevísimo plazo con el fin de pronunciar una solemne condena explícita, válida para todo el movimiento. La espera puede incluso haberlos desorientado.

El ataque de los chinos se ha desarrollado ampliamente entre tanto, y asimismo su acción para constituir pequeños grupos escisionistas y conquistar para sus posiciones



Soldados chinos escribiendo mensajes de apoyo a Mao Zedong, en Pekín, en junio de 1966 (Foto: Apic).

a algún partido. A su ataque se ha respondido en general con una polémica ideológica y propagandística, no con un desarrollo de nuestra política ligado a la lucha contra las posiciones chinas.

Algunos actos han sido llevados a cabo en esta última dirección por la Unión Soviética (firma del Pacto de Moscú contra los experimentos nucleares, viaje del camarada Jruschov a Egipto, etc.) y han sido verdaderas e importantes victorias conseguidas contra los chinos. Pero el movimiento comunista de los otros países no ha logrado hacer nada de ese género. Para explicarme mejor, pienso, por ejemplo, en la importancia que hubiera tenido un encuentro internacional, convocado por algunos partidos comunistas occidentales, con una amplia esfera de representantes de los países democráticos del «tercer mundo» y de sus movimientos progresivos, para elaborar una línea concreta de cooperación y de ayuda a esos movimientos. Era un modo de combatir a los chinos con los hechos, no solamente con las palabras.

Considero interesante a este respecto nuestra experiencia de partido. Tenemos en el partido y en sus márgenes algunos grupitos de camaradas y simpatizantes que se inclinan hacia las posiciones chinas y las defienden. Algún miembro del partido ha

tenido que ser expulsado de nuestras filas por ser responsable de actos de fraccionismo y de indisciplina. Pero, en general, nosotros sostenemos sobre todos los temas de la polémica con los chinos amplias discusiones en las asambleas de célula y de sección y en los activos ciudadanos. El mayor éxito se da siempre cuando se pasa del examen de los temas generales (carácter del imperialismo y del Estado, fuerzas motrices de la revolución, etc.) a las cuestiones concretas de nuestra política corriente (lucha contra el gobierno, crítica del partido socialista, unidad sindical, huelgas, etc.). Sobre esos temas la polémica de los chinos está completamente desarmada y es impotente.

De estas observaciones saco la consecuencia de que (incluso si hoy ya se trabaja por la conferencia internacional) no se debe renunciar a iniciativas políticas que nos sirvan a derrotar las posiciones chinas y que el terreno sobre el que es más fácil derrotarlas es el del juicio sobre la situación concreta que hoy está ante vosotros y de la acción para resolver los problemas que se plantean, en los distintos sectores de nuestro movimiento, a los distintos partidos y al movimiento en general.

Sobre las perspectivas de la presente situación

Nosotros juzgamos con cierto pesimismo las perspectivas de la presente situación, internacionalmente y en nuestro país. La situación es peor que la que teníamos ante nosotros hace dos años.

De los Estados Unidos de América viene hoy el peligro más serio. Ese país está atravesado de una profunda crisis social. El conflicto de raza entre blancos y negros es solamente uno de los elementos de esa crisis. El asesinato de Kennedy ha puesto de manifiesto hasta qué punto puede llegar el ataque de los grupos reaccionarios. No se

puede en modo alguno excluir que en las elecciones presidenciales haya de triunfar el candidato republicano (Goldwater), que tiene en su programa la guerra y habla como un fascista. Lo peor es que la ofensiva que éste lleva a efecto desplaza cada más a la derecha a todo el frente político americano, refuerza la tendencia a buscar en una mayor agresividad internacional una vía de salida a los contrastes internos y la base de un acuerdo con los grupos reaccionarios del Occidente europeo. Esto hace la situación general bastante peligrosa.

En el Occidente europeo la situación es muy diferenciada, pero prevalece, como elemento común, un proceso de ulterior concentración monopolista, del cual es el Mercado Común el lugar y el instrumento. La competencia económica americana, que se hace cada vez más intensa y agresiva, contribuye a acelerar el proceso de concentración. Se hacen de ese modo más fuertes las bases objetivas de una política reaccionaria, que tiende a liquidar o limitar las libertades democráticas, a mantener en vida a los regímenes fascistas, a crear regímenes autoritarios, a impedir toda avance de la clase obrera y reducir sensiblemente su nivel de existencia. Por lo que respecta a la política internacional, las rivalidades y las contraposiciones son profundas. La vieja organización de la OTAN atraviesa una evidente y seria crisis, gracias particularmente a las posiciones de De Gaulle. No hay que hacerse ilusiones, sin embargo. Existen ciertamente contradicciones que nosotros podemos aprovechar a fondo; pero, hasta ahora, no aparece en los grupos dirigentes de los Estados continentales, una tendencia a desenvolverse de modo autónomo y consiguiente una acción a favor de la distensión de las relaciones internacionales. Todos estos grupos, además, se mueven, de un modo u otro y en mayor o menor medida, sobre el terreno del neocolonialismo, para impe-

dir el progreso económico y político de los nuevos Estados libres africanos.

Los hechos del Vietnam, los hechos de Chipre, muestran cómo, sobre todo si hubiera de continuar el desplazamiento a la derecha de toda la situación, podemos encontrarnos de improviso ante una crisis y peligros muy agudos, en los que deberán estar empeñados a fondo todos los movimientos comunistas y todas las fuerzas obreras y socialistas de Europa y del mundo entero.

De esta situación creemos que debemos tener en cuenta en toda nuestra conducta hacia los comunistas chinos. La unidad de todas las fuerzas socialistas en una acción común, por encima de las divergencias ideológicas, contra los grupos más reaccionarios del imperialismo, es una necesidad imprescindible. De esta unidad no se puede pensar que puedan estar excluidos China y los comunistas chinos. Debemos pues, desde hoy, actuar de modo que no se creen obstáculos al logro de ese objetivo, sino de facilitarlo. No interrumpir en modo alguno las polémicas, sino tener siempre como punto de partida de éstas la demostración, sobre la base de los hechos de hoy, de que la unidad de todo el mundo socialista y de todo el movimiento obrero y comunista es necesaria y que puede ser realizada.

En relación con la reunión de la comisión preparatoria el 15 de diciembre, se podría ya pensar en alguna iniciativa particular. Por ejemplo, en el envío de una delegación, compuesta por representantes de algunos partidos, que exponga a los camaradas chinos nuestro propósito de estar unidos y colaborar en la lucha contra el enemigo común y les plantee el problema de encontrar la vía y la forma concreta de esa colaboración. Se debe además pensar que si — como nosotros creemos es necesario — toda nuestra lucha contra las posiciones chinas debe llevarse a efecto como una lucha por

la unidad, las mismas resoluciones a que se pueda llegar habrán de tener en cuenta ese hecho, dejar de parte las calificaciones negativas genéricas y tener en cambio un fuerte y predominante contenido político positivo y unitario.

Sobre el desarrollo de nuestro movimiento.

Nosotros hemos pensado siempre que no era justo dar una representación prevalentemente optimista del movimiento obrero y comunista de los países occidentales. En esta parte del mundo, incluso si acá y allá hay hechos progresivos, nuestro desarrollo y nuestras fuerzas son todavía hoy inadecuadas a las tareas que se nos presentan. Hecha excepción para algunos partidos (Francia, Italia, España, etc.) no salimos todavía de la situación en la que los comunistas no consiguen desenvolver una verdadera y eficaz acción política que los ligue con las grandes masas de trabajadores, se limitan a un trabajo de propaganda y no tienen una influencia efectiva en la vida política de su país. Es preciso de todos los modos conseguir superar esta fase, impulsando a los comunistas a vencer su relativo aislamiento, a insertarse de manera activa y continua con la realidad política y social, a tener iniciativa política, a convertirse en un efectivo movimiento de masas.

También por este motivo, aun habiendo considerado siempre erróneas y perniciosas las posiciones chinas, hemos tenido siempre y conservamos fuertes reservas sobre la utilidad de una conferencia internacional dedicada solamente o predominantemente a la denuncia y a la lucha contra esas posiciones, precisamente porque temíamos y tememos que, de ese modo, los partidos comunistas de los países capitalistas sean impulsados en la dirección opuesta a la necesaria, esto es, a encerrarse en polémicas

internas, de naturaleza puramente ideológica, lejanas de la realidad. El peligro se haría particularmente grave si se llegase a una ruptura declarada del movimiento con la formación de un centro internacional chino que creara sus «secciones» en todos los países. Todos los partidos, y particularmente los más débiles, serían llevados a dedicar gran parte de su actividad a la polémica y a la lucha contra esas llamadas «secciones» de una nueva «Internacional». Entre las masas eso crearía desánimo, y el desarrollo de nuestro movimiento estaría fuertemente dificultado. Es verdad que ya hoy las tentativas fraccionistas de los chinos se desenvuelven ampliamente y en casi todos los países. Es necesario evitar que la cantidad de estas tentativas se convierta en calidad, es decir, en escisión verdadera, general y consolidada.

Objetivamente, existen condiciones muy favorables a nuestro avance, tanto en la clase obrera como en las masas trabajadoras y en la vida social en general. Pero es necesario saber asir y a provechar esas condiciones. Por eso les es preciso a los comunistas tener mucha valentía política, superar toda forma de dogmatismo, afrontar y resolver problemas nuevos de modo nuevo, usar métodos de trabajo adaptados a un ambiente político y social en el que se efectúan continuas y rápidas transformaciones.

Muy rápidamente expongo algunos ejemplos.

La crisis del mundo económico burgués es muy profunda. En el sistema del capitalismo monopolista de Estado surgen problemas enteramente nuevos, que las clases dirigentes no consiguen ya resolver con los métodos tradicionales. En particular surge hoy en los más grandes países la cuestión de una centralización de la dirección económica que se trata de realizar con una programación desde lo alto, en el interés de los grandes monopolios y a través de la in-

tervención del Estado. Esa cuestión está a la orden del día en todo el Occidente y ya se habla de una programación internacional, para preparar la cual trabajan los órganos dirigentes del Mercado Común. Es evidente que el movimiento obrero y democrático no puede desinteresarse de esta cuestión. Nos debemos batir también en este terreno. Eso requiere un desarrollo y una coordinación de las reivindicaciones inmediatas obreras y de las propuestas de reforma de la estructura económica (nacionalizaciones, reforma agraria, etc.) en un plan general de desarrollo económico que se contraponga a la programación capitalista. No será ciertamente un plan socialista todavía, porque para eso faltan las condiciones, pero es una nueva forma y un nuevo medio de lucha para avanzar hacia el socialismo. La posibilidad de un camino pacífico de ese avance está hoy muy estrechamente ligada al planteamiento y la solución de ese problema. Una iniciativa política en esa dirección nos puede facilitar la conquista de una nueva gran influencia sobre todas las capas de la población que no están aún conquistadas para el socialismo, pero buscan una vía nueva.

La lucha por la democracia viene a asumir, en ese marco, un contenido diverso al que ha tenido hasta ahora, más concreto, más ligado a la realidad de la vida económica y social. La programación capitalista está en realidad ligada siempre a las tendencias antidemocráticas y autoritarias, a las cuales es necesario oponer la adopción de un método democrático también en la dirección de la vida económica.

Al madurar las tentativas de programación capitalista se hace más difícil la posición de los sindicatos. Parte sustancial de la programación es en realidad la llamada «política de rentas», que comprende una serie de medidas orientadas a impedir el libre desarrollo de la lucha salarial, con un

sistema de control desde arriba del nivel de los salarios y la prohibición de su aumento por encima de determinado límite. Es una política destinada a quebrar (interesante ejemplo el de Holanda): pero puede quebrar sólo si los sindicatos saben moverse con decisión y con inteligencia, ligando también ellos sus reivindicaciones inmediatas a la exigencia de reformas económicas y de un plan de desarrollo económico que corresponda a los intereses de los trabajadores y de la clase media.

Pero la lucha de los sindicatos no puede ya, en las condiciones del Occidente de hoy, ser llevada a efecto sólo aisladamente, país por país. Debe desarrollarse también en escala internacional, con reivindicaciones y acciones comunes. Y aquí está una de las más graves lagunas de nuestro movimiento. Nuestra organización sindical internacional (FSM) hace solamente propaganda genérica. No ha tomado hasta ahora ninguna iniciativa eficaz de acción unitaria contra la política de los grandes monopolios. Enteramente ausente ha estado, hasta ahora, nuestra iniciativa hacia las otras organizaciones sindicales internacionales. Y es un serio error, porque en estas organizaciones hay ya quien critica y trata de oponerse a las propuestas y a la política de los grandes monopolios.

Pero hay, además de éstos, otros muchos campos en los que podemos y debemos movernos con mayor intrepidez, liquidando viejas fórmulas que no corresponden ya a la realidad de hoy.

En el mundo católico organizado y en las masas católicas ha habido un desplazamiento evidente hacia la izquierda en el tiempo del papa Juan. Ahora hay en el centro un reflujo hacia la derecha. Pero permanecen, en la base, las condiciones y el impulso para un desplazamiento a izquierda que nosotros debemos comprender y ayudar. A este fin no sirve para nada la vieja

propaganda atea. El propio problema de la conciencia religiosa, de su contenido, de sus raíces entre las masas, y del modo de superarlo, debe ser planteado de modo diferente que en el pasado, si queremos tener acceso a las masas católicas y ser comprendidos por ellas. Si no, sucede que nuestra «mano tendida a los católicos» se entiende como un puro expediente, y casi como una hipocresía.

También en el mundo de la cultura (literatura, arte, investigación científica, etc.) hoy las puertas están anchamente abiertas a la penetración comunista. En el mundo capitalista se crean de hecho condiciones tales que tienden a destruir la libertad de la vida intelectual. Debemos hacernos nosotros los campeones de la libertad de la vida intelectual, de la libre creación artística y del progreso científico. Eso requiere que no contraponamos de modo abstracto nuestras concepciones a las tendencias y corrientes de diversa naturaleza, y que abramos un diálogo con estas corrientes y a través de él esforcémonos por ahondar en los temas de la cultura, tal como hoy se presentan. No todos aquellos que, en los diferentes campos de la cultura, en la filosofía, en las ciencias históricas y sociales, están hoy lejos de nosotros, son nuestros enemigos o agentes de nuestro enemigo. Es la comprensión recíproca, conquistada con un continuo debate, lo que nos da autoridad y prestigio, y al mismo tiempo nos permite desenmascarar a los verdaderos enemigos, a los falsos pensadores, a los charlatanes de la expresión artística y así sucesivamente. En este campo nos hubiera podido venir mucha ayuda, pero no nos ha venido, de los países donde ya dirigimos toda la vida social.

Y dejo de lado, por brevedad, muchos otros temas que pudieran ser tocados.

En conjunto, nosotros partimos, y estamos siempre convencidos de que deba par-

tirse, en la elaboración de nuestra política, de las posiciones del 20º congreso. Pero también estas posiciones tienen necesidad, hoy, de ser ahondadas y desarrolladas. Por ejemplo, una reflexión más profunda sobre el tema de la posibilidad de una vía pacífica de acceso al socialismo nos lleva a precisar qué es lo que nosotros entendemos por democracia en un Estado burgués, cómo se pueden ensanchar los límites de la libertad y de las instituciones democráticas y cuáles son las formas más eficaces de participación de las masas obreras y trabajadoras en la vida económica y política. Surge así la cuestión de la posibilidad de conquista de posiciones de poder, por parte de las clases trabajadoras, en el ámbito de un Estado que no ha cambiado su naturaleza de Estado burgués y, por lo tanto, la de si es posible la lucha por una progresiva transformación, desde el interior, de esa naturaleza. En países donde el movimiento comunista se haya hecho fuerte como en el nuestro (y en Francia), ésta es la cuestión de fondo que surge hoy en la lucha política. Ello lleva consigo, naturalmente, una radicalización de esa lucha, y de ella dependen las ulteriores perspectivas.

Una conferencia internacional puede, sin duda, dar una ayuda para la mejor solución de estos problemas, pero esencialmente la misión de profundizar en ellos y resolverlos corresponde a los distintos partidos. Se puede hasta temer que la adopción de fórmulas generales rígidas pueda ser un obstáculo. Mi opinión es que, en la línea del presente desarrollo histórico, y de sus perspectivas generales (avance y victoria del socialismo en todo el mundo), las condiciones concretas de avance y victoria del socialismo serán hoy y en el porvenir próximo muy distintas de lo que fueron en el pasado. Al mismo tiempo, son bastante grandes las diversidades de un país al otro. Por eso cada partido debe saber moverse de



Che Guevara y Yuri Gagarin en Moscú en 1964 (Foto: Victor Akhlov).

modo autónomo. La autonomía de los partidos, de la cual somos nosotros partidarios decididos, no es sólo una necesidad interna de nuestro movimiento, sino una condición esencial de nuestro desarrollo en las condiciones presentes. Nosotros seremos contrarios, por consiguiente, a toda propuesta de crear de nuevo una organización internacional centralizada. Somos tenaces partidarios de la unidad de nuestro movimiento y del movimiento obrero internacional, pero esa unidad debe realizarse en la diversidad de posiciones políticas concretas, correspondientes a la situación y al grado de desarrollo de cada país. Hay, naturalmente, el peligro de aislamiento de los partidos el uno del otro, y por lo tanto el de alguna confusión. Es preciso luchar contra esos peligros y para ello nosotros creemos que deben adoptarse estos medios: contactos bastante frecuentes e intercambios de experiencias entre los partidos, en amplia escala; convocación de reuniones colectivas dedicadas al estudio de problemas comunes a determinado grupo de partidos; encuentros internacionales de estudio sobre problemas generales de economía, filosofía, historia, etc.

Al lado de esto, nosotros somos favorables a que entre los distintos partidos y sobre temas de interés común se desarrollen debates, incluso públicamente, de manera que interesen a toda la opinión pública: eso requiere, bien se entiende, que el debate sea llevado de formas correctas, en el respeto recíproco, con argumentaciones objetivas, ¡no con la vulgaridad y la violencia adoptada por los albaneses y los chinos!

Relaciones con el movimiento de los países coloniales y ex coloniales

Atribuimos una importancia decisiva, para al desarrollo de nuestro movimiento, al establecimiento de amplias relaciones de conocimiento recíproco y de colaboración entre los partidos comunistas de los países capitalistas y los movimientos de liberación de los países coloniales y ex coloniales. Pero esas relaciones no deben ser establecidas sólo con los partidos comunistas de dichos países, sino con todas las fuerzas que luchan por la independencia y contra el imperialismo, y también, en la medida de lo posible, con ambientes gubernamentales de los países de nueva libertad que tengan gobiernos progresivos: la finalidad debe ser llegar a elaborar una plataforma concreta común de lucha contra el imperialismo y el colonialismo. Paralelamente, deberá ser mejor profundizado por nosotros el problema de la vía de desarrollo de los países coloniales, de lo que para ellos signifique el objetivo del socialismo y otros por el estilo. Se trata de temas nuevos, todavía no afrontados hasta ahora. Por eso, como ya he dicho, nosotros hubiéramos saludado con placer una reunión internacional dedicada exclusivamente a esos problemas, y a ellos será preciso de todos modos dedicar una parte cada vez mayor de nuestro trabajo.

Problemas del mundo socialista

Creo que se puede afirmar, sin temor a equivocarse, que la desenfrenada y vergonzosa campaña china y albanesa contra la Unión Soviética, el PCUS, sus dirigentes y de modo especial el camarada Jruschov, no ha tenido, entre las masas, consecuencias dignas de gran importancia, no obstante el hecho de ser aprovechada a fondo por la propaganda burguesa y gubernamental. La autoridad y el prestigio de la Unión Soviética entre las masas siguen siendo enormes. Las más burdas calumnias chinas (aburguesamiento de la U.S., etc.) no hacen presa en nadie. Existe, en cambio, cierta perplejidad acerca de la cuestión de la retirada de los técnicos soviéticos de China.

Lo que preocupa a las masas y también (por lo menos en nuestro país) a una parte no indiferente de comunistas es el hecho en sí de la oposición tan aguda entre dos países que han llegado ambos a ser socialistas a través de la victoria de dos grandes revoluciones. Este hecho pone en discusión los principios mismos del socialismo, y nosotros debemos hacer un gran esfuerzo para explicar cuáles son las condiciones históricas, políticas, de partido y personales que han contribuido a crear el contraste y conflicto de hoy. Añádase a esto que en Italia existen amplias zonas habitadas por campesinos pobres, entre los cuales la revolución china se había hecho bastante popular como revolución campesina. Esto obliga al partido a discutir de las posiciones chinas, criticarlas y rechazarlas también en las reuniones públicas. A los albaneses, en cambio, nadie les presta atención, aun cuando tengamos, en el Mediodía, algunos grupos étnicos de lengua albanesa.

Pero, además del conflicto de los chinos hay otros problemas del mundo socialista a los cuales pedimos que se preste atención.

No es justo hablar de los países socia-

listas (ni tampoco de la Unión Soviética) como si en ellos todas las cosas marchasen siempre bien. Este es el error, por ejemplo, del capítulo de la resolución del '60 dedicado a esos países. Surgen en efecto continuamente, en todos los países socialistas, dificultades, contradicciones, problemas nuevos que es preciso presentar en su realidad efectiva. La cosa peor es dar la impresión de que todo va bien siempre, mientras de improviso nos encontramos después con la necesidad de hablar de situaciones difíciles y explicarlas. Pero no se trata sólo de hechos singulares. Es toda la problemática de la construcción económica y política socialista la que es conocida, en Occidente, de modo demasiado sumario y a menudo también primitivo. Falta el conocimiento de la diversidad de las situaciones entre país y país, de los diversos modos de planificación y de su progresiva transformación, del método que se sigue y de las dificultades que se encuentran para la integración económica entre los diversos países y así sucesivamente. Algunas situaciones resultan escasamente comprensibles. En semejantes casos se tiene la impresión de que existe, en los grupos dirigentes, diversidad de opiniones, pero no se comprende si es verdaderamente así y cuáles sean las diversidades. Quizás pudiera ser útil, en algunos casos, que también en los países socialistas se desarrollaran debates abiertos en los que tomaran parte también dirigentes, sobre temas actuales. Eso contribuiría ciertamente a un incremento de autoridad y de prestigio del propio régimen socialista.

Las críticas a Stalin, no tenemos que ocultárnoslo, han dejado huellas bastante profundas. Lo más grave es cierta dosis de escepticismo con la que incluso elementos próximos a nosotros acogen las noticias de nuevos éxitos económicos y políticos. Además de esto, se considera en general no resuelto el problema de los orígenes del culto



Estatua de Lenin en la fachada del Palacio de Invierno de Leningrado, 1973 (Foto: Henri Cartier-Bresson).

de Stalin y de cómo se hizo posible. No se acepta que se explique todo solamente con los grandes vicios personales de Stalin. Se tiende a indagar cuáles puedan haber sido los errores políticos que contribuyeron a dar origen al culto. Este debate tiene lugar entre historiadores y cuadros calificados del partido. Nosotros no lo desanimamos, porque impulsa a un conocimiento más profundo de la historia de la revolución y de sus dificultades. Aconsejamos, sin embargo, la prudencia en las conclusiones y que se tengan en cuenta las publicaciones y estudios que se hacen en la Unión Soviética.

El problema al que se presta mayor atención, por lo que concierne a la U.S. y también a los demás países socialistas es, sin embargo, hoy, de manera particular, el de la

superación del régimen de las limitaciones y supresiones de las libertades democráticas y personales que había sido instaurado por Stalin. No todos los países socialistas ofrecen un cuadro igual. La impresión general es de una lentitud y resistencia a retornar a las normas leninistas, que aseguraban, en el partido y fuera de él, amplia libertad de expresión y de debate, en el campo de la cultura, del arte y también en el campo político. Esa lentitud y resistencia es para nosotros difícilmente explicable, sobre todo considerando las condiciones presentes, cuando no existe ya cerco capitalista y la construcción económica ha conocido éxitos grandiosos. Nosotros partimos siempre de la idea de que el socialismo es el régimen en el que hay la más amplia libertad para los trabajadores y éstos participan efectivamente, de manera organizada, en la dirección de toda la vida social. Saludamos, por lo tanto, todas las posiciones de principio y todos los hechos que nos indican que tal es la realidad en todos los países socialistas y no solamente en la Unión Soviética. Causan daño, en cambio, a todo el movimiento los hechos que alguna vez nos muestran lo contrario.

Un hecho que nos preocupa y que no llegamos a explicarnos plenamente es el de que se manifieste en los países socialistas una tendencia centrífuga. Hay en ella un evidente y grave peligro, del cual creemos que los camaradas soviéticos se deben preocupar. Hay sin duda nacionalismo renaciente. Sabemos, sin embargo, que el sentimiento nacional sigue siendo una constante del movimiento obrero y socialista, por un largo período aún después de la conquista del poder. Los progresos económicos no lo extinguen, lo alimenta. También en campo socialista, quizás (sobre todo este «quizás» porque muchos hechos concretos me son desconocidos) sea preciso guardarse de la forzada uniformidad ex-

terior y pensar que la unidad se debe establecer y mantener en la diversidad y plena autonomía de los distintos países.

Concluyendo, nosotros consideramos que también por lo que concierne a los países socialistas es necesario tener el valor de afrontar con espíritu crítico muchas situaciones y muchos problemas si se quiere crear la base de una mejor comprensión y de una más estrecha unidad de todo nuestro movimiento.

Sobre la situación italiana

Muchas cosas deberé añadir para informar exactamente sobre la situación de nuestro país. Pero estos apuntes son ya demasiado largos y pido excusas por ello. Mejor reservar para explicaciones e informaciones verbales las cosas puramente italianas.

(*Rinascita*, 5 de septiembre de 1964)

La revolución rusa y nosotros*

Josep Fontana

Universitat Pompeu Fabra

Hacia 1890 los partidos socialistas europeos, agrupados en la Segunda Internacional, habían abandonado la ilusión revolucionaria y defendían una vía reformista que les tenía que llevar a integrarse en los parlamentos burgueses, confiando en que un día podrían acceder al poder en través de las elecciones y que desde allí procederían a transformar la sociedad. De esta manera los partidos socialistas alemán, italiano, español, francés, que mantenía todavía el nombre de sección francesa de la Internacional Obrera, o el laborismo británico optaron por una política reformista, aunque conservaran la retórica revolucionaria del marxismo para no desconcertar a sus seguidores obreros, que debían seguir creyendo que sus partidos luchaban por una transformación total de la sociedad.

La contradicción entre retórica y praxis estalló con motivo de la proximidad de la Gran Guerra de 1914. En el congreso que la Internacional socialista celebró en Basilea en noviembre de 1912 se proclamó que «era el deber de las clases obreras y de sus representantes parlamentarios [...] realizar todos los esfuerzos posibles para prevenir

el inicio de la guerra» y que, si ésta finalmente empezaba, debían intervenir para que terminara rápidamente y «utilizar la crisis económica y política causada por la guerra para sublevar el pueblo y acelerar la caída del gobierno de la clase capitalista». El congreso proclamaba, además, su satisfacción ante «la completa unanimidad de los partidos socialistas y los sindicatos de todos los países en la guerra contra la guerra», y llamaba «a los trabajadores de todos los países a oponer el poder de la solidaridad internacional del proletariado al imperialismo capitalista».

Pero en la tarde del 4 de agosto de 1914 tanto los socialistas alemanes, que habían organizado actos contra la guerra hasta unas semanas antes, como los franceses aprobaron de manera entusiasta en sus respectivos parlamentos la declaración de la guerra y votaron los créditos necesarios para iniciarla. El Partido Socialdemócrata alemán, además, aceptó una política de tregua social que comportaba los compromisos de no criticar al gobierno y de pedir a los obreros que no hicieran huelgas mientras durase la guerra. En cuanto a los laboristas británicos, no sólo aprobaron la guerra, sino que acabaron integrándose en un gobierno de coalición.

En Rusia las cosas fueron de otra manera, ya que su partido socialdemócrata, dividido en las dos ramas de mencheviques

* Conferencia pronunciada el 24 de octubre de 2016 en las «Jornades sobre la Revolució Russa del 1917» celebradas en la Universitat Autònoma de Barcelona y organizadas por la Comissió del Centenari de la Revolució Russa y por el grupo de investigación GREF-CEFID de la UAB. Texto traducido por Daniel Raventós para www.sinpermiso.info



Líderes soviéticos en la Plaza Roja de Moscú en 1919, durante el segundo aniversario de la Revolución de Octubre (Foto: Wikimedia Commons)

y bolcheviques, no solamente no tenía representación en el parlamento, sino que era perseguido por la policía. A comienzos de 1917 los bolcheviques tenían algunos de sus dirigentes desterrados en Siberia, como Stalin y Kamenev, mientras otros vivían en el exilio, como Lenin, que se había instalado en Suiza, en la ciudad de Zúrich, mientras Trotsky se encontraba entonces en Nueva York.

Cuando en febrero de 1917 comenzó la revolución en Petrogrado, lo hizo sin la presencia de los jefes de los partidos revolucionarios para dirigirla, en un movimiento impulsado por un doble poder, el de los consejos o soviets de los trabajadores y de los soldados por un lado, y el del Comité provisional del parlamento por otro, que se pusieron de acuerdo para establecer un gobierno provisional y para aplazar los cambios po-

líticos hasta la celebración, en noviembre siguiente, de una Asamblea constituyente elegida por sufragio universal.

Cuando el 3 de marzo el gobierno provisional concedió una amnistía «para todos los delitos políticos y religiosos, incluyendo actos terroristas, revueltas militares o crímenes agrarios», Stalin y Kamenev volvieron de Siberia y se encargaron de dirigir *Pravda*, el periódico de los bolcheviques, donde defendían el programa de continuar la guerra y convocar una Asamblea constituyente, de acuerdo con la mayoría de las fuerzas políticas rusas.

A principios de abril volvía de Suiza Vladimir Lenin, que había podido viajar gracias a que el gobierno alemán, que quería ver a Rusia fuera de la guerra, le ayudó a ir en tren hasta la costa del Báltico, desde donde pasar en Suecia y a Finlandia para llegar fi-

nalmente, en otro tren, a Petrogrado.

Para entender la acción de los alemanes hay que recordar que en estos primeros meses de 1917 se produjo la crisis con Estados Unidos, que condujo a que estos declararan la guerra a Alemania el 6 de abril. Fueron los alemanes los que le propusieron el viaje, y Lenin presentó exigencias antes de aceptarlo, como que los vagones que lo llevaran a través de Alemania con la treintena de exiliados rusos que le acompañaban tuvieran la status de entidad extraterritorial. A Trotsky, en cambio, los británicos lo detuvieron mientras volvía y no llegó a Petrogrado hasta un mes más tarde.

En la recepción que los bolcheviques le organizaron el 3 de abril en la estación de Finlandia, Lenin dijo, desde la plataforma del vagón: «El pueblo necesita paz, el pueblo necesita pan, el pueblo necesita tierra. Y le dan guerra, hambre en vez de pan, y dejan la tierra a los terratenientes. Debemos luchar por la revolución social, luchar hasta el fin, hasta la victoria completa del proletariado». A lo que añadió aún «Esta guerra entre piratas imperialistas es el comienzo de una guerra civil en toda Europa. Uno de estos días la totalidad del capitalismo europeo se derrumbará. La revolución rusa que habéis iniciado ha preparado el camino y ha comenzado una nueva época. ¡Viva la revolución socialista mundial!».

Este discurso fue mal recibido por los bolcheviques presentes en la estación y fue rechazado en las primeras votaciones de los órganos del partido. Se habían acostumbrado a la idea de apoyar una revolución democrática burguesa como primera etapa de un largo trayecto hacia el socialismo, a la manera que lo planteaban los partidos socialdemócratas europeos, y querer ir a continuación más allá les parecía una aventura condenada al fracaso.

Lo que planteaba Lenin no se reducía al lema de «paz, tierra y pan»; no era sola-

mente un programa para terminar la guerra de inmediato y a cualquier precio, y para entregar la tierra a los campesinos. En la base de esta propuesta había un planteamiento mucho más radical, que lo llevaba a sostener que, ante los avances logrados desde febrero y de la existencia de los soviets como órganos de ejercicio del poder, no tenía ningún sentido optar por una república parlamentaria burguesa, sino que tenían que ir directamente a un sistema en el que todo el poder estuviera en manos de los soviets, que se encargarían de ir aboliendo todos los mecanismos de poder del estado —la policía, el ejército, la burocracia...— iniciando así el camino hacia su desaparición, que iría seguida de la desaparición paralela de la división social en clases.

Lenin reproducía la crítica de la vía parlamentaria que Marx había hecho en 1875 en la *Crítica al programa de Gotha*, un texto que los socialdemócratas alemanes mantuvieron escondido durante muchos años, donde rechazaba la idea de avanzar hacia el socialismo a través del «Estado libre» como una especie de etapa de transición, y sostenía: «Entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista está el período de transformación revolucionaria de la primera en la segunda. A este período le corresponde también un período político de transición en el que el estado no puede ser otro que la dictadura revolucionaria del proletariado».

¿Cómo debía hacerse esta transición? Es difícil de definir porque ningún partido socialista se había planteado seriamente qué hacer una vez llegado al poder, porque la perspectiva de conseguirlo parecía lejana. El único modelo existente era el de la *Commune de Paris* de 1871 y había durado demasiado poco como para haber establecido unas reglas orientativas.

Podemos saber lo que proponía Lenin a través de lo que decía en *El estado y la revolución*, donde denunciaba las mentiras

del régimen parlamentario burgués en el que todo (las reglas del sufragio, el control de la prensa, etc.) contribuía a establecer «una democracia sólo para los ricos», y preveía la extinción del estado en dos fases. En la primera el estado burgués sería reemplazado por un estado socialista basado en la dictadura del proletariado.

La segunda fase surgiría de la extinción gradual del estado, y conduciría a la sociedad comunista. Durante esta transición los socialistas debían mantener el control más riguroso posible sobre el trabajo y el consumo; un control que sólo podía establecerse con la expropiación de los capitalistas, pero que no debía conducir a la formación de un nuevo estado burocratizado, porque el objetivo final era justamente ir hacia una sociedad en la que no habría «ni división de clases, ni poder del estado».

No se trata de explicar aquí la historia, bastante conocida, de cómo los bolcheviques llegaron al poder y cómo empezaron a organizar una transición al nuevo sistema.

Lo que me interesa recordar es que el 7 de enero de 1918 Lenin confiaba en que, tras un período en el que habría que vencer la resistencia burguesa, el triunfo de la revolución socialista sería cosa de meses.

A desengañarlo vino una llamada «guerra civil», en la que participaron, apoyando a varios enemigos de la revolución, hasta trece países diferentes, y que tuvo para el nuevo estado de los bolcheviques un coste de ocho millones de muertes, entre víctimas de los combates, del hambre y de las enfermedades, además de conllevar la destrucción total de la economía. Una situación que obligaba a aplazar indefinidamente la implantación de la nueva sociedad.

Es en este momento, superada la guerra civil, cuando esta historia da un giro. Lloyd George, el jefe del gobierno británico, fue el primero en darse cuenta de que la idea de conquistar la Rusia soviética para li-

quidar la revolución era inútil, además de insuficiente. La lucha contra la revolución cambiaría entonces de carácter, al pasar del escenario ruso a lograr un alcance mundial. Lo que se necesitaba era combatir a escala universal la influencia que las ideas que habían inspirado la revolución soviética ejercían sobre diversos grupos y movimientos de todo el mundo y que las tomaban como modelo en sus luchas.

El enemigo que se pasó entonces a combatir con el nombre de comunismo no era el estado soviético, ni siquiera los partidos comunistas de la Tercera Internacional, que hasta los años treinta no pasarían de ser pequeños grupos sectarios de escasa influencia. El enemigo era inmenso, indefinido y universal, nacido no de la observación de la realidad, sino de los miedos obsesivos de unos políticos que veían el comunismo detrás de cualquier huelga o de cualquier protesta colectiva. Como, por ejemplo, de una huelga de descargadores de los puertos de la costa del Pacífico de los Estados Unidos que llevó a *Los Angeles Times* a asegurar que aquello era «una revuelta organizada por los comunistas para derribar el gobierno» y a pedir, en consecuencia, la intervención del ejército para liquidarla. Ejemplos como este se pueden multiplicar en los más diversos momentos y en los más diversos escenarios.

Desde ese momento la lucha contra la revolución comunista se transformó en un combate que nos afectaba y nos implicaba a todos. La Segunda República española, por ejemplo, que aparecía en 1931 en el escenario internacional cuando en la mayor parte de Europa la inquietud social se iba resolviendo con dictaduras de derecha, fue recibida con hostilidad por los gobiernos de las grandes potencias. El embajador estadounidense en Madrid, por ejemplo, informaba al departamento de Estado el 16 de abril de 1931, a los dos días de la proclamación de

la República, en los siguiente términos: «el pueblo español, con su mentalidad del siglo XVII, cautivado por falsedades comunistoides, ve de repente una tierra prometida que no existe. Cuando les llegue la desilusión, se tumbarán ciegamente hacia lo que esté a su alcance, y si la débil contención de este gobierno deja paso, la muy extendida influencia bolchevique puede capturarlos».

No importaba que los mensajes posteriores revelaran que el embajador ignoraba incluso quiénes eran los dirigentes republicanos. En una semblanza del gobierno que enviaba a Washington estos mismos días dice, por ejemplo, de Azaña: «no encuentro ninguna referencia de parte de la embajada. El agregado militar se refiere a él como un asociado a Alejandro Lerroux. Aparentemente un «republicano radical». Lo ignoraba todo de los republicanos, pero lo de la «influencia bolchevique» sí lo tenía claro.

De nuevo en 1936, al producirse el levantamiento militar en España, las potencias europeas optaron por dejar indefensa la República española ante la intervención de alemanes e italianos con hombres, armas y aviones, por temor a un contagio comunista que en 1936 no existía en absoluto.

Mientras tanto el estado soviético, bajo la dirección de Stalin, vivía con el miedo de ser agredido desde fuera e invertía en armas para su defensa unos recursos que podían haber servido para mejorar los niveles de vida de sus ciudadanos. Pero la peor de las consecuencias de este gran temor fue que degenerara en un pánico obsesivo a las conspiraciones interiores que creían que se estaban preparando para colaborar con algún ataque desde el exterior destinado a acabar con el estado de la revolución. Un miedo que fue responsable de las más de setecientas mil ejecuciones que se produjeron en la Unión Soviética de 1936 a 1939. La orden 00447 de la NKVD, de 30 de julio de 1937, «sobre la represión



Manifestación en la Plaza Roja de Taskent (Uzbekistán), en la cinta puede leerse «Listo para la defensa y el combate», en 1930 (Fuente: rus-biography.ru).

de antiguos kulaks, criminales y otros elementos antisoviéticos» afectó sobre todo a ciudadanos ordinarios, campesinos y trabajadores que no estaban implicados en ninguna conspiración, ni eran una amenaza para el estado. Y aunque los sucesores de Stalin no volvieron nunca a recurrir al terror en esta escala, conservaron siempre un miedo a la disidencia que hizo muy difícil que toleraran la democracia interna. Consiguieron así salvar el estado soviético, pero fue a costa de renunciar a avanzar en la construcción de una sociedad socialista. El programa que había nacido para eliminar la tiranía del estado terminó construyendo un estado opresor.

A pesar de todo, fuera de la Unión Soviética, en el resto del mundo, la ilusión genera-

da por el proyecto leninista siguió animando durante muchos años las luchas del otro «comunismo», y obligó a los defensores del orden establecido a buscar nuevas formas de combatirlo.

Terminada la segunda guerra mundial, la coalición que encabezaban y dirigían los Estados Unidos organizó una lucha sistemática contra el comunismo, tal como ellos la entendían, que abarcaba todo lo que pudiera representar un obstáculo al pleno desarrollo de la «libre empresa» capitalista, preferiblemente estadounidense.

La campaña tenía ahora una doble vertiente. Por un lado mantenía una ficción, la de la guerra fría, que se presentaba como la defensa del «mundo libre», integrado en buena medida por dictaduras, contra una agresión de la Unión Soviética, que se presentaba como inevitable. Todo era mentira; lo era que los soviéticos hubieran pensado en una guerra de conquista mundial, ya que desde Lenin tenían muy claro que la revolución no se podía hacer más que desde el interior de los mismos países. Como también era mentira que los estadounidenses se prepararan para destruir la Unión Soviética preventivamente. Pero estas dos mentiras convenían a los estadounidenses para mantener disciplinados sus aliados, la primera, y atemorizados y ocupados los soviéticos en preparar su defensa, la segunda.

«Lo peor que nos podría pasar en una guerra global —decía Eisenhower en privado— sería ganarla. ¿Qué haríamos con Rusia si ganáramos?» Y Ronald Reagan se sorprendió en 1983 cuando supo que los rusos temían realmente que los fueran a atacar por sorpresa y escribió en su diario: «Les deberíamos decir que aquí no hay nadie que tenga intención de hacerlo. ¿Qué demonios tienen que los demás pudiéramos desear?». Se sorprendía que no hubieran descubierto el engaño, como lo hicieron, demasiado tarde, en 1986, cuando Gorbachov decidió

abandonar la carrera de armamentos porque, decía, «nadie nos atacará aunque nos desarmemos completamente».

La finalidad real de la segunda vertiente de estos proyectos, que se presentaban como una cruzada global contra el comunismo, era luchar contra la extensión de las ideas que pudieran oponerse al desarrollo del capitalismo. El objetivo no era defender la democracia, sino la libre empresa: Mossadeq no fue derribado en Irán porque pusiera en peligro la democracia, sino porque convenía a las compañías petroleras; Lumumba no fue asesinado para proteger la libertad de los congoleños, sino la de las compañías que explotaban las minas de uranio de Katanga, de donde había salido el mineral con el que se elaboró la bomba de Hiroshima.

Y cuando el combate no se hacía para defender unos intereses puntuales y concretos, sino en términos generales para salvar la libertad de la empresa, los resultados todavía podían ser más nefastos. Uno de los peores crímenes del siglo fue el que llevó a matar tres millones doscientos mil campesinos vietnamitas argumentando que se disponían a iniciar la conquista de Asia. No se fue a Vietnam a defender la democracia, porque lo que había en Vietnam del sur era una dictadura militar.

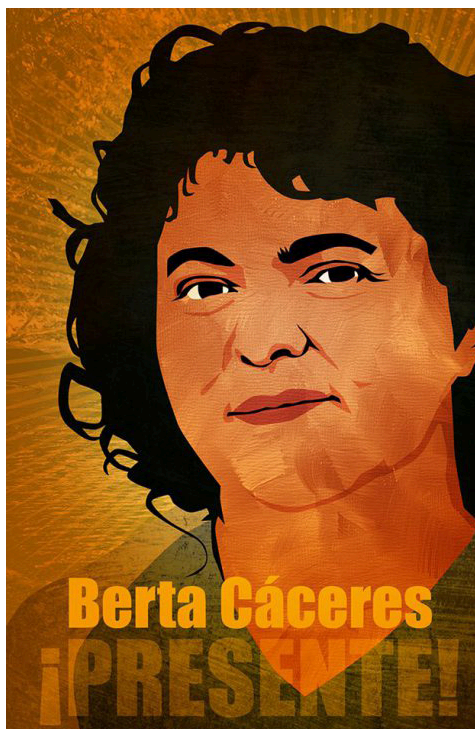
La mentira fundacional de aquella guerra la denunció crudamente John Laurence, que fue corresponsal de la CBS en Vietnam entre 1965 y 1970, con estas palabras: «Hemos estado matando gente durante cinco años sin otro resultado que favorecer a un grupo de generales vietnamitas ladrones que se han hecho ricos con nuestro dinero. Esto es lo que hemos hecho realmente. ¿La amenaza comunista? ¡Y una puñeta! [...] Nos hemos metido tan a fondo que no podíamos salir, porque parecería que habíamos perdido. Es una locura. No ganaremos, eso lo sabe todo el mundo. Pero no lo admitiremos y volveremos a casa, seguiremos

matando a la gente, miles y miles de personas, incluyendo a los nuestros».

Por eso resultan tan reveladoras de la confusa naturaleza de la lucha anticomunista las palabras que pronunció Obama recientemente, glorificando los hombres que fueron a Vietnam, según él: «avanzando por junglas y arrozales, entre el calor y las lluvias, luchando heroicamente para proteger los ideales que reverenciamos como americanos». ¿Cuáles eran esos ideales?

No había tampoco ninguna conjura comunista en los países de América Central que fueron devastados por las guerras sucias de la CIA. Lo reconoció el Senado de los Estados Unidos en 1995 cuando denunció que los supuestos subversivos que habían sido asesinados allí eran en realidad «organizadores sindicales, activistas de los derechos humanos, periodistas, abogados y profesores, la mayoría de los cuales estaban ligados a actividades que serían legales en cualquier país democrático». Una guerra sucia que continúa aún hoy, cuando en Honduras las bandas organizadas por el gobierno y por las empresas internacionales interesadas en la explotación de sus recursos naturales siguen matando, con la tolerancia y protección de los Estados Unidos, dirigentes campesinos que defienden la propiedad colectiva de las tierras y las aguas: como Berta Cáceres, asesinada el 3 de marzo de este año, por instigación de la empresa holandesa que patrocina el proyecto de Agua Zarca, o como José Ángel Flores, presidente del Movimiento Unificado de Campesinos del Aguán, asesinado el 18 de octubre de 2016.

El silencio ante la brutalidad de todas estas guerras lo denunció Harold Pinter en el discurso de aceptación del Premio Nobel de Literatura, en 2005, cuando sostenía que Estados Unidos, implicados en una campaña por el poder mundial, habían conseguido enmascarar sus crímenes, presentándolos



Cartel homenaje a la activista medioambiental hondureña Berta Cáceres, asesinada el 3 de marzo de 2016, diseñado por Action Collective (Fuente: designation.org).

se como «una fuerza para el bien mundial».

Mientras Estados Unidos defendía la libre empresa, y mientras los países del «socialismo realmente existente» fracasaban en estos años de la posguerra en el intento de construir una sociedad mejor, fue el otro «comunismo» en su conjunto, en la difusa y vaga acepción que habían creado los miedos de sus enemigos, lo que consiguió un triunfo a escala global del que nos hemos beneficiado todos.

Y es que el miedo que generaba este comunismo global, no por su fuerza militar, sino por su capacidad de inspirar a todo el mundo las luchas contra los abusos del capitalismo, combinada con la evidencia de que la represión no era suficiente para

detenerlo, forzaron a los gobiernos de occidente a poner en marcha unos proyectos reformistas que prometían alcanzar los objetivos de mejora social sin recurrir a la violencia revolucionaria. Es este miedo a la que debemos las tres décadas felices de después de la segunda guerra mundial con el desarrollo del estado del bienestar y con el logro de niveles de igualdad en el reparto de los beneficios de la producción entre empresarios y trabajadores como nunca se habían alcanzado antes.

El problema fue que cuando el «socialismo realmente existente» mostró sus límites como proyecto revolucionario, a partir de 1968, cuando en París renunció a implicarse en los combates en la calle, y cuando en Praga aplastó las posibilidades de desarrollar un socialismo con rostro humano, los comunistas perdieron esa gran fuerza que Karl Kraus valoraba por encima de todo cuando decía «que Dios nos conserve para siempre el comunismo, porque esta chusma —la de los capitalistas— no se vuelva aún más desvergonzada [...] y porque, al menos, cuando se acuesten tengan pesadillas».

Desde mediados de los años setenta del siglo pasado esta chusma duerme tranquila por las noches sin temer que sus privilegios estén amenazados por la revolución. Y ha sido justamente eso lo que les ha animado a recuperar gradualmente, no sólo las concesiones que habían hecho en los años de la guerra fría, sino incluso buena parte de las que se habían ganado antes, en un siglo y medio de luchas obreras. El resultado ha sido este mundo en que vivimos hoy, en que la desigualdad crece de manera imparable, con el estancamiento económico como daño colateral.

En estos momentos en que se aproxima el centenario de la revolución de 1917, volveremos a oír repetidas las descalificaciones habituales sobre aquellos hechos. Unas condenas que a algunos les parecen más

necesarias que nunca en unos momento en que, según un informe de 17 de octubre de 2016 de la *Victims of Communism Memorial Foundation* no solo resulta que los jóvenes estadounidenses de 16 a 20 años, los «millennials», lo ignoran todo sobre aquella historia, sino que, y esto es más alarmante, casi la mitad se declaran dispuestos a votar a un socialista, y un 21 por ciento hasta a un comunista; la mitad piensan que «el sistema económico les es contrario» y un 40 por ciento querrían un cambio total que asegurara que los que ganan más pagaran de acuerdo con su riqueza. Todo lo cual lleva a la fundación a reclamar desesperadamente a que se enseñe a los jóvenes la siniestra historia «del sistema colectivista».

Yo pienso que nosotros necesitamos otro tipo de conmemoración, que nos permita, por un lado, recuperar la historia de aquella gran esperanza frustrada en su dimensión más global, que encierra también nuestras luchas sociales.

Pero que nos lleve a más, por otra parte, a reflexionar sobre algunas lecciones que los hechos de 1917 pueden ofrecernos en relación con nuestros problemas del presente. Porque resulta interesante comprobar que cuando un estudioso del capitalismo global contemporáneo como William Robinson se refiere a la crisis actual llega por su cuenta a unas conclusiones con las que habría estado de acuerdo Lenin: que la reforma no es suficiente —que la vieja vía de la socialdemocracia está agotada— y que uno de los obstáculos que hay que superar es justamente el del poder de unos estados que están hoy al servicio exclusivo de los intereses empresariales. Para acabar concluyendo que la sola alternativa posible al capitalismo global de nuestro tiempo es un proyecto popular transnacional, que va a ser el equivalente de la revolución socialista mundial que invocaba Lenin en abril de 1917 cuando bajó del tren en la estación de Finlandia.

Las fuerzas que deberían construir este proyecto popular serán seguramente muy diferentes de los partidos tradicionales del pasado. Serán fuerzas como las que hoy surgen de abajo, de las experiencias cotidianas de los hombres y las mujeres. Del tipo de las que se están constituyendo a partir de las luchas de los trabajadores de Sudáfrica o los indígenas de Perú contra las grandes compañías mineras internacionales, de las de los zapatistas que reivindican una rebeldía «desde abajo y a la izquierda», de los guerrilleros kurdos de Kurdistán sirio que quieren construir una democracia sin estado, los maestros mexicanos que se manifiestan en defensa de la educación pública, los campesinos de muchos países que no militan en partidos, sino en asociaciones locales como el Movimiento Unificado de campesinos del Aguán, que presidía

José Ángel Flores: unas asociaciones que se integran en otras de nivel estatal, como el Consejo de Organizaciones Populares e Indígenas de Honduras, que dirigía Berta Cáceres, que a su vez lo hacen en una gran entidad transnacional como es Vía Campesina. Estas fuerzas no representan todavía, ni solas ni todas sumadas, una amenaza para el orden establecido, pero anuncian las posibilidades futuras de un gran despertar colectivo.

El camino que tienen por delante, si quieren escapar de este futuro de desigualdad y empobrecimiento que nos amenaza a todos, es bastante complicado. El fracaso de la experiencia de 1917 muestra que las dificultades son muy grandes; pero pienso que nos ha enseñado también que, a pesar de todo, había que probarlo y que intentarlo de nuevo quizás valdrá la pena.

ENTREVISTA

María Dolores Ramos Palomo

Entrevista, introducción y notas a cargo de Sonia García Galán

Dra. en Historia por la Universidad de Oviedo

Introducción

María Dolores Ramos Palomo es Catedrática de Historia Contemporánea de la Universidad de Málaga. Se doctoró en Historia en 1986 con la tesis *Burgueses y proletarios malagueños. Estancamiento económico y lucha de clases en la crisis de la Restauración*, trabajo por el que recibió el Premio de Historia Social Díaz del Moral. Desde entonces, ha sido objeto de múltiples distinciones y galardones: en 1990 obtuvo el Premio Nacional Emilia Pardo Bazán, en 1995 recibió la Medalla de Oro del Ateneo de Málaga y en 2016 le fue concedido uno de los premios Meridiana que entrega la Consejería de Igualdad y Políticas Sociales de la Junta de Andalucía, a través del Instituto Andaluz de la Mujer, en reconocimiento a su labor en defensa de la igualdad de oportunidades entre mujeres y hombres.

Especialista en Historia Sociocultural y en Historia de Género, fundó en 1988 el Seminario de Estudios Interdisciplinarios de la Mujer en la Universidad de Málaga, desde donde ha promovido iniciativas como el Premio de Investigación Internacional Victoria Kent y la Colección Atenea, dedicada a la publicación de Estudios de las Mujeres y Género. Junto con otras historiadoras, en 1991 fundó la Asociación Española de Investigación de Historia de las Mujeres (AEIHM) y formó parte de la Junta Directiva de la misma durante años. Fue además promotora de la revista *Arenal*, editada por la Universidad de Granada.

En la Universidad de Málaga ejerce como docente y forma parte del comité científico



En su despacho, en 2016, junto a un ejemplar de *Mujeres Libres*, editada por la agrupación del mismo nombre entre abril de 1936 y febrero de 1939. (Foto: Arciniega/La Opinión de Málaga). Pies de foto: Sonia García Galán.

de numerosas revistas con reconocimiento internacional. Asimismo, ha sido directora de varios Proyectos de Investigación, Innovación y Desarrollo, y de más de treinta tesis doctorales. Ha publicado numerosos artículos, capítulos de libros y libros sobre historiografía y sobre la historia contemporánea de España y Andalucía, abordando, entre otros temas, la construcción de la ciudadanía, los feminismos, las acciones colectivas de protesta, el republicanismo, el sindicalismo, las culturas políticas o los trabajos de las mujeres y la vida cotidiana. Entre sus libros podemos destacar *Tejedoras de ciudadanía. Culturas políticas, feminismos y luchas democráticas en España* (2014), *Andaluzas en la Historia. Reflexiones sobre política, trabajo y acción colectiva* (2012), *La modernización de España (1917-1939)* (2002), *Victoria Kent (1982-1939)* (1999), *Mujeres e historia: reflexiones sobre experiencias vividas en los espacios públicos y privados* (1993), *Burgueses y proletarios malagueños. Lucha de clases en la crisis de la Restauración (1914-1923)* (1991), *La crisis de 1917 en Málaga* (1987).

Entrevista

[S. G. Galán] Es fácil rastrear Internet y encontrar información sobre la trayectoria profesional de Dolores Ramos Palomo, con más de cien publicaciones a sus espaldas y multitud de premios y reconocimientos, pero resulta más difícil acceder a su vida personal, conocer sus orígenes, el entorno en el que nació y creció, ¿podría contarnos algo al respecto?

[M. D. Ramos] *Nací en Ronda, Málaga, en los años cincuenta, en un tiempo de silencio y veladas palabras. La ciudad, el Tajo, el paisaje, los remolinos de viento huracanado y lluvia me han fortalecido e inspirado a la hora de escribir. Mi familia es fruto de la confluencia de las dos Españas. Durante la Guerra Civil mis abuelos maternos vivían en Benalmádena, un pueblo asomado al mar y rodeado de huertas. Mi madre guardó en la memoria el ruido de las ametralladoras en la carretera de la costa y de los disparos en las tapias del cementerio, y la imagen de su familia apretujada bajo el hueco de la escalera mientras caían las bombas en medio de gritos, llantos y rezos. Su hermano mayor fue reclutado por las tropas franquistas tras la caída de Málaga y resultó gravemente herido en Alcañiz. Eran católicos, aunque sin una*

clara significación política, y cuando acabó el conflicto se acomodaron a las circunstancias. Mis abuelos paternos vivieron la dura experiencia que supuso el éxodo por la carretera de Málaga a Almería. Abandonaron su casa en Manilva, un pueblo cercano al Estrecho de Gibraltar, con sus tres hijos, la más pequeña una niña lactante, caminando, como cientos de personas, bajo el fuego cruzado de los aviones y los barcos franquistas anclados en la costa. Tenían los pies llagados, comían algarrobas y «cañadu» (caña de azúcar) y compartían con otras personas la leche de una cabra que se les cruzó en el camino. En los alrededores de Nerja fueron obligados a retroceder y tras regresar a Manilva comprobaron que sus modestos bienes habían sido confiscados por los caciques locales. Tuvieron que comenzar de cero en una pequeña vivienda autoconstruida en las playas de Sabinillas; desde allí mi abuelo subía al pueblo a trabajar en las viñas y mi abuela recorría el mismo camino a la hora del almuerzo para llevarle la comida. Con el tiempo, mis tíos emigraron a Francia.

Usted ha dicho que nació en Ronda, ¿cuándo se instaló allí su familia?

Mi padre hizo la mili en Ronda, donde conoció a mi madre. Se hicieron novios y se casaron, ocupando la planta alta en la casa de mi abuela, donde nació. A los pocos días bajaron la cuna y desde entonces me crié en casa de mi abuela. Fui la mayor de dos hermanos y crecí rodeada de mujeres, algo que me ha marcado positivamente. Mi madre y mis tías me llevaron a una escuela «amiga» cerca de donde vivíamos, para que me acostumbrara. Después me matricularon en un colegio de monjas, donde estudié todo el Bachillerato y aprendí costura, bordado y otras materias relacionadas con la educación doméstica. Una instructora de Sección Femenina impartía Formación del Espíritu Nacional y gimnasia, y formó un equipo de baloncesto en el que jugué de base. En este colegio pasé mi primera etapa de rebeldía a los 13 años y decidí compaginar los estudios de Magisterio en la Escuela Normal de Málaga, por libre, y el Bachillerato Superior con las monjas. A los 17 años experimenté la pequeña dosis de autonomía personal que supuso cobrar mi primer sueldo como «maestra sustituta». Tenía a mi cargo la Escuela Rural Unitaria de Arroyomolinos, en Cádiz, que ahora está cubierta por las aguas de un pantano. Para llegar hasta allí había que dar una larga caminata y atravesar el río Guadalete con unas botas que dejaba en la Casa de Peones Camineros. Después de esta experiencia me trasladé a Málaga para compaginar la docencia con la carrera de Filosofía y Letras, en horario nocturno.

Así que comenzó a trabajar como maestra pero después, sin dejar la docencia, se decantó por el oficio de historiadora, ¿por qué esta elección?

En Ronda solía refugiarme en los libros de Geografía, que me permitían visitar por mi cuenta países lejanos. Leía a los autores rusos en la Biblioteca Municipal y soñaba con tener una «dacha». La profesora de literatura nos



A punto de empezar su primer curso escolar. Una infancia feliz rodeada de mujeres. (Foto cedida por D. Ramos).

sentaba en el patio los días de sol para comentar La Ilíada y La Odisea, una experiencia insólita entonces, y nos enseñó el valor del género biográfico, que despertaría mi vocación por la Historia más que la lista de reinados, personajes y fechas que debía memorizar. El monumento a Ríos Rosas, los comentarios en clase sobre Giner de los Ríos y Fernando de los Ríos, nacidos en Ronda, y los rótulos de las plazas dedicadas a Trinidad Grund y Carmen Abela, destacadas benefactoras sociales, según pude averiguar mucho después, despertaban mi curiosidad. De pequeña jugaba a las maestras y quería ser profesora de historia, pero ignoraba la disciplina, el esfuerzo y las horas de archivo de esta profesión. Cuando llegué a la capital sabía lo que quería.

¿Qué ambiente encontró en las aulas universitarias?

La Universidad era entonces un hervidero de «estados de excepción», huelgas, encierros y manifestaciones. Las asambleas y los debates se mezclaban con las banderas y los himnos prohibidos. Pronto me comprometí con el movimiento estudiantil y entré en contacto con el movimiento de mujeres. Luego me sumé al movimiento vecinal en mi barrio, El Palo. En aquella época las carreras delante de los grises, las detenciones, los registros, los cambios apresurados de domicilio y las huidas a medianoche eran frecuentes. En las clases la Ilustración, el liberalismo y el republicanismo no se explicaban, pero en los seminarios paralelos se analizaban los textos marxistas. Las discusiones se potenciaron tras el golpe militar de Pinochet en Chile y la Revolución de los Claveles en Portugal. Recuerdo que íbamos en peregrinación a Lisboa para conocer las nuevas realidades del país vecino. Si Chile representó el dolor del zarpazo dictatorial, Portugal simbolizó la experiencia de la libertad.

En ese contexto de movilización social y política es fácil entender su compromiso con la Historia Social, pero también ha mencionado unos primeros contactos con el movimiento de mujeres que renace y toma fuerza en ese clima de oposición al Franquismo, ¿surge entonces en usted el interés por la historia de las mujeres o es un campo de estudio al que llega después desde la historia social?

Cuando acabé la Licenciatura estaba inmersa en la lectura del libro de Simone de Beauvoir El segundo sexo. Me sorprendió encontrar en sus páginas una teoría social explicativa sobre la subordinación de las mujeres, escrita en clave sociocultural. Era un libro moderno que anticipaba muchas cosas, como supe después. Me quedé con dos grandes ideas: no había feminidades ni masculinidades esenciales, fijas, y no se podía lograr la

liberación de las mujeres sin el concurso de la educación, la independencia económica y las redes femeninas. Beauvoir vivió en libertad su relación sentimental con Sartre y se incorporó durante el Mayo francés al Movimiento de Liberación de las Mujeres, que postulaba la importancia de la militancia feminista frente a la militancia política. Una importante fuente de reflexiones acababa de entrar en mi vida. También los escritos de Lidia Falcón y Betty Friedan lograron que entendiera uno de los signos distintivos del movimiento de liberación de las mujeres en los años sesenta y setenta: lo personal es político. Pero la necesidad de acabar con la Dictadura me alejó de la militancia feminista. Primero me interesé por la Historia Social, recibiendo influencias cruzadas de Annales y los marxistas británicos. Bloch hizo que valorara los componentes culturales, rituales y simbólicos presentes en los registros históricos. En Febvre encontré la mezcla de pasión por la historia, claridad expositiva y didactismo que necesitaba. Braudel me mostró las variadas dimensiones del tiempo histórico y la importancia del espacio como producto social. Con Edward Thompson y otros representantes del socialismo humanista entendí cómo se construye la clase a la luz de las tradiciones culturales, el lenguaje, las experiencias y la sociabilidad. Paul Thompson despertó mi interés por la historia de la gente corriente, la vida cotidiana y los resortes de la memoria colectiva. De alguna manera, todos me mostraron cómo se construye históricamente la igualdad, la desigualdad y la diferencia. Tuve también maestros cercanos. Con Juan Antonio Lacomba entendí que la Historia es la más humana de las Ciencias Sociales. Antoni Jutglar, director de mi tesis, me mostró el valor de la interdisciplinariedad. Juan Luis Carrillo me enseñó el valor del trabajo en equipo y cómo aplicar el método histórico a la investigación. El tránsito hacia la historia de las mujeres se produjo mientras trabajaba en mi tesis doctoral: Burgueses y

proletarios malagueños. *Lucha de clases en la Restauración*, donde dediqué un capítulo a las movilizaciones femeninas. Los trabajos de Rosa Capel y Mary Nash contribuyeron a que me comprometiera a fondo con la Historia de las Mujeres. En 1987 fundé el Seminario de Estudios Interdisciplinarios de la Mujer en la Universidad de Málaga, con el triple objetivo de promover la docencia, la investigación y la difusión de los Estudios de las Mujeres. Algunas de las iniciativas que adoptamos entonces se han consolidado, como el Premio de Investigación Victoria Kent y la Colección Atenea de Estudios de las Mujeres y Género. Fueron años de intenso trabajo en los que un grupo de historiadoras de diferentes universidades creamos la Asociación Española de Investigación de Historia de las Mujeres y la revista *Arenal*.

La historia de las mujeres comienza a despegar en España en ese momento de apertura de la historia social hacia nuevos temas. Cuarenta años después, ¿qué balance hace del proceso de renovación historiográfica que se inicia entonces?

En sus orígenes, la historia de las mujeres mantuvo importantes vínculos con la historia social renovada, la teoría feminista y los movimientos de liberación de las mujeres. En ambos campos historiográficos surgieron teorizaciones, conceptos, preguntas y metodologías sobre la formación de la clase social, el concepto de patriarcado y la necesidad de integrar las relaciones sociales de género y clase en el análisis histórico. Personalmente, el descubrimiento en los archivos de las mujeres como sujetos y agentes sociales fue una revelación. Ese «conocimiento» hizo que buscara en la teoría feminista las herramientas que necesitaba para seguir investigando. Los trabajos de Gerda Lerner sobre el patriarcado, los de Louise Tilly sobre la teoría de las esferas y las tres grandes estructuras (mujer,

familia y trabajo), y los planteamientos de Temma Kaplan sobre la «conciencia femenina» establecieron una doble línea de renovación historiográfica que afectaría tanto a la historia de las mujeres como a la historia social. Con la introducción del concepto género Joan Scott provocó una revolución en la historiografía cuyas consecuencias aún son plenamente visibles. En España los debates mostraron resistencias y peculiaridades motivadas tanto por la necesidad de borrar las huellas de la historiografía franquista como de construir una nueva historia en democracia.

Pese a todos esos vínculos y aportaciones, la relación entre feminismo y marxismo no ha estado exenta de fricciones. ¿Siguen siendo marxismo y feminismo «una pareja mal avenida»?^[1]

Considero que el conflicto no está resuelto. Se ha producido una profunda revisión conceptual y metodológica que afecta, entre otras cuestiones, a la política, el trabajo, los espacios y usos del tiempo. En un mundo globalizado y sumido en una profunda crisis económica, política y ética sigue siendo importante establecer los mecanismos mediante los cuales mujeres y hombres se adscriben a una clase social, visibilizar las experiencias femeninas en el mundo laboral y la esfera doméstica y cruzar las relaciones de género con otras variables como la etnia, la raza, la casta y las creencias religiosas. La crisis económica ha hecho que resurjan voces y medidas dirigidas a devaluar el trabajo de las mujeres, aunque, paradójicamente, cada vez son más los hogares en los que el salario femenino y las

1.- Heidi Hartmann, «Un matrimonio mal avenida: hacia una unión más progresiva entre marxismo y feminismo», *Zona abierta*, 24 (1980), pp. 85-113. María Dolores Ramos Palomo, *Mujeres e historia. Reflexiones sobre las experiencias vividas en los espacios públicos y privados*, Málaga, Universidad de Málaga, p. 23.



El Tajo de Ronda, ciudad natal de María Dolores Ramos. Un paisaje en el que ha encontrado inspiración a la hora de escribir (Foto de Sonia García Galán).

contribuciones de los abuelos y abuelas son imprescindibles para sostener a las familias. En estas circunstancias pierden sentido los discursos que inscriben a las mujeres solo en la ética del cuidado y segregan los espacios públicos y privados en función del sexo. La necesidad de aplicar los planteamientos del feminismo multicultural hace más complejas las interpretaciones de Heidi Hartman sobre las relaciones entre feminismo y marxismo, y obliga a redefinir las identidades a la luz de nuevos marcos teóricos.

En uno de sus artículos, usted vinculó el «olvido» del marxismo respecto a las cuestiones de género a la nula atención que los «padres fundadores» y sus epígonos habían concedido a las actividades femeninas, consideradas «no productivas».^[2] Sin embargo, la historia de las mujeres ha puesto

de relieve multitud de aportaciones femeninas al ámbito laboral, ¿podría sintetizar algunas de ellas?

Ese «olvido» no sólo se debe atribuir al marxismo y tiene mucho que ver con la definición clásica del trabajo y con unas formas de pensamiento binario aplicadas en función del sexo que atribuyen cualidades positivas a los segmentos productivos hegemonizados por los hombres. Las actividades relacionadas con el autoconsumo, las tareas reproductivas o improductivas se han atribuido a las féminas. Sin embargo, la historia de las mujeres ha señalado el valor económico y cultural de la esfera reproductiva, mostrando que la división sexual del trabajo es fruto de la relación entre capitalismo y patriarcado. La introducción de la variable género ha obligado a redefinir las esferas y a tener en cuenta las relaciones establecidas entre ellas, también ha sacado a relucir el valor económico del trabajo doméstico y de las tareas de cuidado. Pero

2.- María Dolores Ramos Palomo, «Historia social: un espacio de encuentro entre género y clase», *Ayer*, 17 (1995), pp. 85-102.

las mujeres están en ambos espacios, afrontan la doble presencia, la jornada interminable y la carencia de tiempo propio, problemas que se agravan según el estado civil, la edad, las maternidades, la clase, la etnia o la casta.

Reflexiona en otros de sus trabajos sobre el tiempo de las mujeres para los otros y para ellas mismas, ¿hasta que punto tenían las mujeres de las clases populares en el siglo XIX tiempo propio?³

Históricamente, el trabajo productivo y el tiempo de ocio han favorecido en general a los varones. El trabajo reproductivo y doméstico, único y limitado elemento de bienestar de las familias de las clases populares tampoco favorece a las mujeres. Si en las sociedades agrarias las fronteras entre lo público y lo privado estaban desdibujadas y las mujeres trabajaban en las economías de subsistencia, la industrialización y la economía de mercado complicaron la vida a las obreras, que debían recorrer largas distancias, a veces acompañadas por su prole, para afrontar una larga jornada laboral en talleres y fábricas, y dedicar después en sus hogares varias horas a los trabajos domésticos y reproductivos. El desarrollo de una legislación protectora por parte del Estado acabaría limitando, en teoría, la jornada y los tipos de trabajo, e impuso el descanso dominical que, cuando se cumplía, no siempre aportaba a las obreras unas horas de ocio, más allá de la charla compartida en portales y patios mientras desarrollaban tareas manuales como coser, zurcir o tejer.

Esa charla compartida en portales y patios forja un espacio propio de las mujeres desde el que se articulan redes de sociabilidad y una identidad femenina que se activa cuando las mujeres protagonizan acciones

colectivas. ¿Cómo se construye y cuándo se visibiliza esa identidad de género para convertirse en protesta?

La conciencia femenina responde a una identidad cultural que lleva a las mujeres a asimilar el rol de esposas y madres, exigiendo a cambio los derechos que consideran asociados a ese rol para poder cumplirlo. Si esos derechos son conculcados surge la protesta femenina. Esta forma de conciencia se traduce en la creación de redes solidarias en barrios, mercados, portales y patios colectivos, la adopción de estrategias, el desarrollo de acciones cívicas, movilizaciones y rituales que tienen que ver con la defensa de la vida y la politización de lo cotidiano: consumos, carestía, subsistencias, quintas, alquileres, defensa de la dignidad sexual, lucha contra los malos tratos y actividades por la paz, entre otras cuestiones.

Protestan cuando ven conculcados sus derechos como madres y esposas. ¿Pueden transitar desde esa conciencia de género a una conciencia netamente feminista en defensa de su condición como mujeres?

La conciencia de género aplicada a la acción colectiva no pretende derribar el patriarcado, ni las movilizaciones cuentan siempre con unas estructuras organizativas y asociativas estables. Esta forma de conciencia implica una búsqueda de la propia identidad que contribuye, a veces, a diluir el orden establecido y legitimado, entre otros mecanismos, por la historia construida desde presupuestos androcéntricos. Pero se puede percibir también como el rechazo de las mujeres a su alienación y enajenación, lo que le confiere un potencial parcialmente transgresor que sirve para definir nuevos espacios de conocimiento y otras formas de conciencia que buscan acabar con la alianza entre patriarcado y capitalismo. La conciencia feminista se considera

3.- María Dolores Ramos Palomo: «Tiempo para los otros... y para sí mismas: El ocio en el horario de las mujeres», *Crítica*, 56-933 (2006), pp. 32-35.

globalmente transgresora y en la sociedad contemporánea adquiere numerosos significados en función de las identidades en juego, las tácticas y estrategias utilizadas,

La identidad de clase entra también en juego en esas protestas, ¿qué fricciones y relaciones se establecen entre la conciencia de clase y la conciencia de género?

Este asunto ha adquirido especial significado en las culturas feministas y las culturas políticas de izquierdas. La historia de género ha analizado la ubicación de las mujeres en el mercado laboral, su relación con el capital, su estatuto en la familia y los mecanismos culturales habilitados para identificarlas con un grupo social. En líneas generales, dos mujeres burguesas o dos mujeres proletarias se sienten más próximas que una burguesa y una proletaria. La solidaridad femenina suele producirse dentro del mismo grupo social. Las obreras norteamericanas no se identificaron con el movimiento sufragista, pero fueron sometidas en los partidos políticos y sindicatos a una discriminación de género. La desigualdad sexual originaba conflictos en estos ámbitos, como mostraron las organizadoras del Día de la Mujer Trabajadora. Por otra parte, la historia oral ha mostrado mecanismos de solidaridad de clase y género como la «cadena» establecida por las mujeres de las capas populares en corralas y patios colectivos durante los primeros años del Franquismo. Las abuelas realizaban los trabajos domésticos, se hacían cargo de la prole, cocinaban una olla común para varias familias, incluso ofrecían protección a las mujeres en caso de malos tratos, mientras las obreras cumplían su jornada laboral. En caso de ruptura del eslabón por fallecimiento o enfermedad, otras ancianas abordaban esas tareas.

La combinación de variables enriquece sin duda los análisis. Por otro lado, también

entran en juego las masculinidades, y la identidad masculina se liga a la identidad de los varones como trabajadores, aspecto este que sin duda ha de afectar a las mujeres en sus casas, en sus puestos de trabajo o en su movilización sindical.

La historia de las masculinidades, entendida en sentido relacional con la historia de las mujeres, amplía la visión de los procesos históricos, revela discursos inéditos y experiencias desconocidas, y muestra las imágenes sociales construidas sobre los hombres en diferentes ámbitos y momentos. Si dejamos al margen el debate sobre las masculinidades, introducido tardíamente en España, la pregunta contribuye a poner de relieve algunos hechos significativos. Las obreras se han visto desplazadas a los márgenes de las organizaciones de izquierdas, han perdido su puesto laboral para asegurar el trabajo a sus compañeros varones o han debido escuchar reiteradamente que el abandono del hogar las viriliza, pone en peligro su honestidad y desestabiliza la unidad familiar. En la esfera sindical han ocupado puestos secundarios, incluso en los sectores en los que su fuerza de trabajo ha sido hegemónica, como el textil, no han participado en la elaboración de las tablas reivindicativas ni, consecuentemente, han logrado imponer sus demandas de género hasta el siglo XX: maternidad, horarios, comedores, guarderías. La Gran Guerra propició la posibilidad de cambiar ese estado de cosas gracias a la creación de secciones sindicales femeninas dirigidas por las propias trabajadoras. Pero a la par, la imaginaria de los movimientos sociales se masculinizaría triunfando la representación del obrero fornido con la hoz y el martillo a contracorriente de la organización y el protagonismo de las trabajadoras en las acciones colectivas.

Entender estos aspectos pasa también por valorar las implicaciones de concep-

tos como público y privado. Sobre la base de los discursos, el espacio por excelencia de actuación del varón era el público mientras que las mujeres quedaban confinadas al marco de lo privado, sin embargo, el avance en las investigaciones ha puesto de manifiesto que las relaciones entre estos espacios son mucho más complejas y han de matizarse, ¿puede profundizar en este aspecto?

El análisis de las narrativas y experiencias vinculadas a la ciudad y la familia deja al descubierto las interacciones e influencias de ambos planos y la existencia de unas políticas de inclusión/exclusión en ellos, basada en normas, leyes, representaciones y códigos religiosos, morales y científicos. Hay que recordar que en los inicios de la sociedad contemporánea las mujeres carecen de legitimidad jurídica y se ven abocadas a subvertir paulatinamente su marginación. Con ese lastre emprenden la larga marcha hacia la ciudadanía, participan en los Cuadernos de Quejas de la Revolución Francesa, en el asalto a la Bastilla, en la marcha a Versalles y además organizan clubes de Mujeres Republicanas. Las fronteras son imprecisas y el tránsito femenino hacia la esfera pública no se detiene. Disfraces masculinos, identidades ambiguas y seudónimos permiten estar no estando y allanan el camino de la prohibición. Pero, en sentido inverso, también se registran discursos y experiencias que van de lo privado a lo público debido a la respetabilidad social y moral conferida a las madres desde el punto de vista biológico, cívico y patriótico, como dadoras de vida y educadoras de ciudadanos.

Como usted señala, en el período de construcción de la sociedad contemporánea las mujeres son excluidas de la ciudadanía, pero desde el primer momento algunas rompen con el discurso y las normas a éste asociadas por la fuerza de los hechos.

Ha citado la movilización de las mujeres en el contexto de la Revolución Francesa, ¿cuándo y cómo se emprende esa lucha por la ciudadanía de las mujeres en España?

El estudio de la ciudadanía y el orden liberal ha mostrado las líneas de tensión entre los derechos femeninos y los mal llamados derechos universales, falsamente neutros desde su formulación en el marco de las revoluciones burguesas. Pero como acabo de señalar, las mujeres subvirtieron las normas que provocaban su exclusión de los espacios públicos. En España, en la coyuntura liberal doceañista organizaron asociaciones asistenciales y patrióticas, participaron en tribunas de opinión, empuñaron la pluma para expresar sus ideas y abrieron tertulias políticas en las que se desdibujaron las fronteras entre familia y ciudad. Las mujeres son las ilotas del régimen liberal en construcción, pero se adentran en lo público como si fueran ciudadanas de pleno derecho. Organizan formas de resistencia en la Guerra de la Independencia y se implican en una lucha plural en la que participan heroínas, patriotas, benefactoras, aguadoras y «amazonas» armadas con utensilios domésticos, como las parisinas que marcharon a Versalles. Entran en las Cortes disfrazadas de clérigos para burlar el Reglamento y acuden durante el Trienio Liberal a las sociedades patrióticas portando un pañuelo, una cinta o una banda verde y morada como símbolos de sus ideas políticas. En tiempos absolutistas Mariana Pineda construye su identidad política a contracorriente, de ahí que sus tareas de enlace, espionaje y encubrimiento hayan sido borradas, tergiversadas o sustituidas por la imagen de la mujer que borda una bandera en su hogar o da instrucciones para que otras la borden, ignorando que la confección de una enseña con la leyenda «Igualdad, Libertad y Ley» es un claro síntoma de politización de lo privado. Son muchos los ejemplos que confirman la articulación-segregación de esferas y



María Dolores Ramos en la entrega de los Premios Meridiana, otorgados por el Instituto Andaluz de la Mujer, en marzo de 2016. En la fotografía posa junto al resto de personas que a título individual o como representantes de entidades o asociaciones, resultaron premiadas por su trabajo en la defensa de la igualdad de derechos y oportunidades entre mujeres y hombres en distintos campos.

roles sexuales en una época de perturbación del orden político y moral, de prescripciones jurídicas, educativas y religiosas y de exaltación de la subjetividad como signo de una cultura romántica en construcción.

Otra forma de resistencia fueron los textos escritos en los que, en ocasiones, reivindican la condición de ciudadanas desde su identidad como mujeres. Estoy pensando en Olympe de Gouges quien incluye en su Declaración de los Derechos de la Mujer y la Ciudadana la maternidad como fuente de derecho.

Hablamos de uno de los textos fundacionales de la sociedad contemporánea, aun-

que haya sido preterido durante demasiado tiempo. En él se proporciona una nueva densidad semántica al concepto de ciudadanía, se introduce la maternidad como fuente de derechos universales y específicos, se exige la regulación del estatuto de las madres en términos jurídicos y se mantiene que la verdadera igualdad es la que tiene en cuenta la diferencia. Olympe de Gouges realiza interesantes reflexiones sobre la paternidad y la sexualidad, muestra su preocupación por las madres solteras y por la situación de las mujeres en el matrimonio, exigiendo un contrato que proporcione seguridad jurídica a las esposas y asegure el reparto equitativo de los bienes conyugales en caso de divorcio. Un siglo después el pensamiento maternalista

subrayaba la importancia del rol materno, ligado a la laboriosidad, la empatía y la capacidad de mediación, defendiendo que los valores implícitos en la ética del cuidado debían pasar a los escenarios públicos para redefinir la política, incidir en las formas de conciencia y potenciar las políticas del Estado Maternal o Estado de Bienestar.

Olympe de Gouges es uno de esos nombres que han de contar con un puesto de honor en la genealogía de mujeres que lucharon por las libertades y derechos. ¿Quiénes serían las pioneras en esa genealogía en nuestro país?

El camino recorrido por las españolas para obtener la ciudadanía ha sido largo y complicado por la necesidad de refutar los discursos y actuaciones contrarios a la igualdad y también por la obligación de mostrar el valor de la diferencia en la construcción de las libertades y la demanda de derechos. En ese camino se detectan voces y experiencias pioneras ligadas a diferentes tradiciones políticas y feministas, como ha señalado la historia de las mujeres. La emancipación femenina se ha visto sometida a las tensiones surgidas entre universalidad/especificidad y asimilación/diferencia. En este sentido, las españolas contribuyeron a visibilizar el proceso de construcción del sujeto político femenino desde posiciones de rebeldía o acomodo con el ideal de domesticidad. El bloque de escritoras románticas, como Carolina Coronado, Gertrudis Gómez de Avellaneda y Fernán Caballero, o el de las representantes del canon isabelino, Faustina Sáez de Melgar y Ángela Grassi entre otras, contrasta con el grupo de socialistas utópicas encabezado por las fourieristas gaditanas María Josefa Zapata y Margarita Pérez de Celis, que expusieron en los Pensiles sus ideales políticos, emancipadores y feministas, y difundieron un concepto de sororidad que implicaba la adopción de valores que

anticipaban las futuras luchas del feminismo social y el feminismo político.

Son voces y discursos significativos que van contracorriente en un contexto poco receptivo, ¿permite el período del Sexenio Democrático un avance en relación a la cuestión de la ciudadanía femenina?

En el orden genealógico lo más relevante es la entrega del testigo por parte de las socialistas utópicas a las republicanas e internacionales. En esos años destaca también la labor desarrollada por la reformadora social Concepción Arenal, una de las voces de autoridad del feminismo español en la segunda mitad del siglo XIX. La historia de género ha resaltado dos grandes líneas discursivas y de actuación en el Sexenio, coyuntura en la que las mujeres contribuyen a redefinir la cultura política republicana y obrera. En primer lugar, se ha señalado el creciente interés de las mujeres por la cosa pública y sus movilizaciones sociales, fruto del creciente proceso de politización de lo privado, y la presencia de líderes femeninas, como Guillermina Rojas, en el federalismo, el internacionalismo y el cantonalismo. Al hilo de estos registros históricos surge una evidencia: el reconocimiento de modelos de referencia situados al margen de la ideología de la domesticidad y la percepción de las huellas políticas y culturales heredadas de las fourieristas. En segundo lugar, resaltan las ideas, opiniones y medidas adoptadas por los varones demócratas y republicanos para mejorar la situación femenina, básicamente en el terreno educativo y laboral. Sin embargo, el texto constitucional de 1869 no incluyó los derechos políticos de las mujeres. Tampoco el matrimonio civil de 1870 se rigió por criterios democráticos, pues basaba sus reglas de juego en la asimetría y jerarquización entre los sexos, estableciendo la obediencia de la esposa al marido.

Pese a las limitaciones apuntadas por usted para el Sexenio Democrático, la llegada de la Restauración reforzaría aún más la subordinación femenina.

Así es, el sistema canovista, llevado por el deseo de modificar el orden político, social y moral en un sentido conservador, restringió derechos y libertades y legitimó la subordinación de las mujeres en el Código Civil de 1889, contando con el concurso de discursos religiosos, morales, literarios y científicos. Pero no lo haría de manera continuada ni sin oposición. De una parte, las republicanas de entresiglos, influidas por las culturas librepensadoras y masónicas, forjaron un proyecto político y cultural enmarcado en las redes sociales del feminismo laico, que reivindicaba la igualdad social, legal, educativa y cultural de ambos sexos. Ese proceso culminaría en la primera posguerra mundial con el viraje hacia posiciones claramente sufragistas. En otros ámbitos políticos el debate sobre la cuestión femenina se asoció a la vertiente pedagógica iniciada por los krausistas. Las élites femeninas universitarias y profesionales ligadas al Instituto Internacional, la Residencia de Señoritas y el Lyceum Club se comprometieron primero en la defensa de los derechos civiles y sociales y después en la construcción de un tejido asociativo sufragista que adquirió cierta entidad durante la primera posguerra mundial y canalizó las demandas de las mujeres de diferentes clases sociales. Las trabajadoras de las capas populares encauzaron sus reivindicaciones mediante las sociedades de oficios adscritas a la Casa del Pueblo, los Grupos Femeninos Socialistas y las secciones sindicales anarquistas, organizaciones que reclamaron los derechos femeninos, plantearon acciones colectivas y entablaron un pulso con las obreras adscritas al sindicalismo católico, llevadas por la pretensión de hegemonizar los espacios políticos y sociales femeninos.

Ha mencionado cómo el feminismo español comienza a reivindicar los derechos políticos al término de la Primera Guerra Mundial, ¿cuál es entonces la respuesta de los hombres progresistas?

*A mi juicio, se constatan experiencias comunes definidas por las huellas de la cultura patriarcal y también los matices impuestos por las culturas políticas. En general, el denominado «feminismo de hombres» adjudicaba a las mujeres un papel basado en su condición de educadoras y mediadoras, más que en la igualdad de derechos propiamente dicha. Los republicanos se vieron arrastrados a debatir el rol que debían jugar las mujeres en sus partidos y en el régimen que pretendían instaurar. La mayoría consideraba que las féminas debían incorporarse a los proyectos secularizadores y cívicos sin romper los estereotipos de género ni alterar la división de esferas. Ya he comentado que las relaciones entre feminismo y obrerismo han estado marcadas por desencuentros e incomprensiones. La tendencia predominante en el socialismo libertario y en el marxista fue considerar la emancipación de las mujeres como una consecuencia de la emancipación de la sociedad. Por otra parte, salvo excepciones, las prácticas masculinas en estas culturas políticas solían reproducir las situaciones de dominio y desigualdad de las mujeres. El proyecto libertario de sociedad futura no tuvo en cuenta los trabajos reproductivos o los atribuyó, mediante soluciones colectivas, a las mujeres. El anarcofeminismo, presente ya en las ideas de Teresa Claramunt y desarrollado en los años treinta por Mujeres Libres, no fue «cosa de hombres». Algo parecido ocurriría en medios socialistas, donde los discursos y prácticas feministas fueron desarrollados por militantes como María Cambrils, autora del libro *Feminismo Socialista*. En general, los militantes consideraban secundaria la actividad política y sindical de sus compañeras, defendían los*

papeles de género tradicionales en la esfera familiar y vieron con agrado la disolución de la Agrupación Femenina Socialista Madrileña en 1927, ya que así desaparecía, desde su punto de vista, la amenaza de un espacio femenino político e identitario en el socialismo español.

Aunque son múltiples los nombres femeninos que transitan y se hacen visibles en su obra, algunos de los cuales han sido citados al hilo de esta entrevista, hay tres mujeres a las que ha dedicado especial atención en su obra: Belén Sárraga, Magda Donato y Victoria Kent. ¿Qué significa para usted la figura de Belén Sárraga?

Nuestro primer encuentro tuvo lugar cuando preparaba mi tesis doctoral. Su relato del Congreso Universal de Librepensadores celebrado en Ginebra en 1902 me llevó a descubrir a la mujer que luchaba por la libertad de conciencia y por erradicar el autoritarismo familiar. El hecho de entender su papel como sujeto político y su capacidad de agencia social me condujo por caminos históricos e historiográficos insospechados. Enseguida publiqué un primer artículo sobre sus relaciones con el partido federal y volví a la tesis con el convencimiento de que algún día publicaría su biografía. La complicada trayectoria vital de Belén Sárraga y las numerosas claves interpretativas de su pensamiento y prácticas de vida han ido demorando la entrega. Me he sumergido durante años en la tarea de revisar las corrientes librepensadoras, masónicas y feministas de entresiglos, de las que formó parte, a uno y otro lado del Atlántico, he analizado sus escritos y los periódicos que fundó en España, Uruguay y México, he constatado la importancia de las redes sociales de mujeres que creó en varios países desde que fundara la Asociación General Femenina en Valencia, pero también he comprobado los límites de género que tuvo que afrontar, sus dificultades

para construir espacios igualitarios, su lucha antifascista y los numerosos conflictos en que se vio envuelta por sus planteamientos republicanos, anticlericales y feministas.

¿Qué representa Magda Donato?

Su trayectoria personal, intelectual y política revela la confluencia de numerosos planos. Periodista, autora dramática y de cuentos infantiles, actriz de teatro, defensora de los derechos femeninos, sufragista, republicana federal y antifascista, introdujo en España el periodismo informativo y llevó a la práctica numerosos cambios identitarios a la hora de hacer sus reportajes testimoniales a partir de la experiencia. Su comportamiento fue el de una mujer moderna y libre que toma decisiones sobre su vida, su trabajo y su aspecto, mostrando que estaba en condiciones de utilizar todos los derechos negados a su sexo. Fue una de las fundadoras de la Unión de Mujeres Españolas, organización no profesional, interclasista y escorada hacia la izquierda, desde la que postuló un feminismo flexible y tolerante, reivindicó la politización de las mujeres y el sufragio como herramientas imprescindibles para lograr la emancipación femenina. Coherente con estos planteamientos contribuyó con sus artículos a crear una opinión favorable a los derechos políticos en la Segunda República, colaboró con Mujeres Antifascistas y multiplicó sus artículos en la prensa sobre las actividades femeninas en la retaguardia, las milicias populares y la vida cotidiana en los frentes.

Victoria Kent, por su parte, siempre es recordada por su negativa a la aprobación del sufragio femenino en las Cortes Constituyentes de 1931, ¿cómo explica esa negativa y qué otros aspectos destacaría de su trayectoria?

Es cierto. Su posición en este asunto ha

desplazado o desdibujado otros aspectos de su trayectoria política, provocando incomprendiones en algunos ámbitos feministas. Victoria Kent defendió siempre su negativa con firmeza. Había militado en la Juventud Universitaria Feminista, rama de la Asociación Nacional de Mujeres Españolas, reivindicando los derechos sociales, civiles y políticos femeninos en varias ocasiones. Pero, llegado el momento, renunció a su ideal, o mejor, lo aplazó por razones de utilitarismo político, por posibilismo y pragmatismo. Frente a Clara Campoamor, partidaria de hacer valer a toda costa el principio igualitario, antepuso la salud de la República, amenazada por la posible manipulación del voto femenino en los confesionarios, los púlpitos y los hogares, debido a la autoridad ejercida por curas, padres y maridos sobre las mujeres. Fue, indiscutiblemente, una feminista social comprometida con numerosas causas. En su puesto de Directora de Prisiones abordó la reforma penitenciaria más avanzada de Europa y diseñó la cárcel del siglo XXI, construyendo la Cárcel de Mujeres de Ventas y creando el Cuerpo Femenino de Prisiones. Luego, durante el conflicto civil visitó los frentes, trabajó en la embajada española y realizó una importante labor con los «niños de la guerra» y los refugiados republicanos. En su exilio neoyorquino creó la revista *Ibérica*, una tribuna para combatir el franquismo en España y el salazarismo en Portugal.

Son tres mujeres que vivieron en contextos sociopolíticos distintos, ¿definiría a las tres como feministas?

Sin dudarle un momento. Las tres fueron agentes de cambios sociales y de género en la primera mitad del siglo XX. El feminismo histórico ha mostrado que se debe superar el marco interpretativo tradicional, que equipara feminismo y sufragismo desde una óptica política liberal e igualitaria, visible sobretudo



En un viaje Florencia, con su hija Isabel, junto a la *Madonna de la Granada* de Botticelli. Para Dolores Ramos la maternidad fue fuente de ricas experiencias, renovadas tras la llegada al mundo de sus dos nietos, Jorge y Javier, en 2009 y 2012 (Foto facilitada por la entrevistada).

en la tradición angloamericana. Por el contrario, la conceptualización del feminismo de forma plural, en consonancia con la variedad de experiencias, estrategias, clases, etnias y culturas implicadas en sus discursos y prácticas sociales, acoge y diferencia las luchas y reivindicaciones femeninas en el terreno social, civil y político, y posibilita la existencia de modalidades, resistencias y rupturas que no pueden considerarse universales. El valor otorgado a la diferencia y la concentración de las reivindicaciones en el terreno social y civil permiten establecer algunos de los itinerarios de las feministas españolas, entre las que se encuentran Belén Sárraga, Magda Donato y Victoria Kent.

¿Qué otros nombres propios destacaría?

Considero que la relación de nombres, siempre incompleta se mire como se mire, debe situarse en el marco plural del feminismo histórico, teniendo en cuenta las transmisiones genealógicas, herencias, reapropiaciones y rupturas que se han producido en él, condicionadas en buena medida por las estrategias, la clase, las culturas políticas y las

coyunturas. Dejando al margen a las mujeres citadas a lo largo de esta entrevista, quiero recordar a las escritoras ilustradas Inés Joyes y Josefa Amar y Borbón, pioneras de una tradición reivindicativa en el terreno educativo y cultural a la que se sumaron Emilia Pardo Bazán, María de Maeztu y las mujeres ligadas a la Residencia de Señoritas. En las trayectorias nacionalistas cabría citar los nombres de Dolores Monserdá y Francisca Bonnemaison, vinculadas al catalanismo, Haydée Aguirre y Polixene Trabudua en la organización de mujeres del PNV, María Espinosa de los Monteros, primera presidenta de la Asociación Nacional de Mujeres Españolas, en el nacionalismo español. Destacadas sufragistas fueron Carmen de Burgos y María Martínez Sierra. En medios libertarios sobresalen, además de Claramunt, Soledad Gustavo, Federica Montseny y las fundadoras de Mujeres Libres: Amparo Poch, Lucía Sánchez Saornil y Mercedes Comaposada. El feminismo socialista está representado por Virginia González, la citada María Cambrils y Margarita Nelken, entre otras militantes. Al frente del feminismo social-maternalista están Dolores Ibárruri, símbolo de madre cívica, y Mujeres Antifascistas. María Telo y Mercedes Formica impulsaron las reformas jurídicas llevadas a cabo a favor de las mujeres en el Tardofranquismo y la Transición. Tras el vacío y la desmemoria de la Dictadura, una nueva generación ligada al Movimiento Democrático de Mujeres, la Asociación Democrática de Mujeres y los Colectivos Feministas toma el relevo. Citaré algunos nombres: Dulcinea Bellido, Carmen Rodríguez, Juana Doña, Sacramento Martí, Lidia Falcón, Amparo Pineda, Cristina Almeida, Cristina Alberdi, Paca Sauquillo y Carmen Alcalde.

Todo este caudal de conocimientos y experiencias rescatadas por la historia de las mujeres modifica y enriquece la visión que tenemos de las distintas etapas y procesos

históricos. En este sentido, ¿qué ha aportado la historia de las mujeres y el género a la nueva historia política?

La incorporación de las genealogías femininas al modelo prosográfico tradicional ha visibilizado a las mujeres, ha mostrado sus tradiciones políticas y culturales, sus aprendizajes, enseñanzas y estrategias, cuestiones que han sido reapropiadas y transformadas por otras generaciones de mujeres. Desde el enfoque de género se han introducido nuevas preguntas, objetos de estudio y debates sobre los poderes y contrapoderes, que implican una redefinición de la arena pública y lo político al margen del plano institucional y de las élites, un viraje en el que también se han tenido en cuenta los componentes de clase, étnicos, raciales, multiculturales y religiosos. Los efectos del maternalismo social en la ciudadanía, la relación de las biopolíticas con los dispositivos del control social y sexual, la reconstrucción de las identidades, la politización de lo privado (divorcio, anticonceptivos, aborto, adulterio, malos tratos) y la revalorización de la acción política femenina son otras tantas vertientes renovadoras. Por otra parte, la relación entre universalidad y diferencia ha trazado líneas interactivas a la hora de revisar las fronteras entre el gobierno de la ciudad y el gobierno de la familia. Igual ha sucedido con las aplicaciones de género en las culturas políticas y con la consideración del feminismo, en sí mismo, como una ideología y una cultura política contrarias a la desigualdad sexual y portadoras de unos valores, pautas de conducta, rituales y elementos simbólicos propios.

Es mucho lo que se ha avanzado pero mirando hacia el presente y el futuro, ¿cuáles son los próximos retos para la historia social y para la historia de las mujeres y el género?

En ambos ámbitos se ha demostrado que la agencia social es un aspecto básico para rehacer las subjetividades, reconstruir las identidades colectivas, analizar las formas de conciencia y los cambios de los papeles de género. Una exigencia básica es seguir manteniendo la preocupación por la «gente sencilla» y los grupos subalternos como sujetos históricos, incorporando conceptos con una gran carga semántica como la noción de violencia simbólica o la más reciente de estructuras de sentimiento. Otra de las exigencias planteadas a corto plazo en los dos territorios señalados en la pregunta es la necesidad de continuar construyendo una Historia Comparada que examine la «otredad» en el marco de los debates historiográficos actuales y reubique a los sujetos desplazados a las zonas centrales del discurso utilizando criterios no androcéntricos, pero tampoco eurocéntricos, ni etnocéntricos. En este sentido, el debate nos emplaza a mirar al Sur y a emprender un diálogo que no esté jerarquizado por nuestras tradiciones políticas y socioculturales hegemónicas y dominantes. Por ejemplo, las historiadoras de los países del Magreb y

de Oriente Próximo están haciendo visibles a las mujeres en las luchas anticoloniales y poscoloniales, en los movimientos educativos y de reforma de las leyes civiles y religiosas. El estudio de los feminismos en sus países revela las contradicciones de la modernidad y la presencia de huellas multiculturales no siempre ajenas a la dialéctica laicismo/islamismo ni al enorme lastre de los sectores radicales en un sentido político y religioso. En la misma línea, hay que seguir buscando las causas de la subordinación femenina en diferentes contextos geográficos y nacionales, colocar a las mujeres en el centro del relato, redefinir el acto de «visibilizarlas» y plantear cómo se construye históricamente la subordinación femenina en diferentes sociedades. La historia de las mujeres y el género, la historia social también, cuentan hoy con aportaciones y herramientas teóricas y metodológicas más desarrolladas que las que tenían quienes se dedicaban al oficio de la historia hace medio siglo, pero menos abstractas y rígidas que las utilizadas en las propuestas discursivas posmodernas. El camino es largo, queda mucho por recorrer.

NUESTRAS ACTIVIDADES

La Sección en la Fiesta del PCE

Sección de Historia de la FIM

Como en años pasados, la Sección de Historia de la Fundación de Investigaciones Marxistas organizó y participó en algunos actos desarrollados durante la Fiesta del Partido Comunista de España, celebrada en San Fernando de Henares del 16 al 18 de septiembre de 2016. Este año la Sección impulsó dos actos para dar cuenta a militancia y simpatizantes del PCE de algunos de los logros más notables de su actividad reciente: la salida a la luz de esta revista, *Nuestra Historia*, y la publicación de E. P. Thompson. *Marxismo e Historia social*.

El viernes día 16, en el marco más amplio del homenaje al 80º aniversario del Frente Popular, se presentó *Nuestra Historia* en el pabellón Shangay Lily, ante una audiencia que superó el centenar de personas —y, todo hay que decirlo, nuestras expectativas, dado que no es fácil reunir a tanta gente en los momentos iniciales de la Fiesta. Participaron en la presentación los historiadores Paco Erice (coordinador de la Sección), Fernando Hernández (coordinador del dossier sobre el Frente Popular en el número 1 de la revista) y Santiago Vega (responsable de la sección de Memoria de *NH*), sin que le fuera posible asistir a Sandra Souto (participante en el citado dossier).

El compañero Erice explicó los objetivos perseguidos con la publicación de la revista, destacando la voluntad de construir una herramienta que ayudase a difundir los planteamientos historiográficos de la tradición del materialismo histórico, o más



Acto de presentación de *Nuestra Historia*, en la Fiesta del PCE. De izda. a dcha.: Santiago Vega, Francisco Erice y Fernando Hernández (Foto: José Camo para *Mundo Obrero*).

ampliamente de una concepción de la historia comprometida con la transformación social, la lucha de clases, el feminismo... Al tiempo que sirviera para salir de los entornos académicos y llegar al espectro social más amplio posible, algo favorecido por el carácter gratuito de la descarga de la revista. Es decir, incidir en los combates culturales desarrollados tanto en el ámbito académico como en la sociedad.

Fernando Hernández, reconocido especialista en la historia del movimiento comunista, presentó los contenidos del dossier sobre el Frente Popular incluido en el número 1 de la revista, para pasar después a subrayar el extraordinario valor histórico que tuvo el frentepopulismo. Una experiencia, la de los frentes populares, que fue más allá de la mera coalición electoral y de la labor de gobierno, prontamente frustra-

da, y que tuvo su mayor valor en las movilizaciones obreras, las conquistas laborales y sociales y la difusión de una cultura antifascista, de unos valores democráticos y solidarios sin los cuales no es posible explicar ni la resistencia antifascista, ni la posterior construcción de los sistemas democráticos y del Estado del Bienestar.

Por su parte, Santiago Vega explicó los objetivos de Nuestra Historia como escaparate y portavoz de los debates y las noticias sobre la Memoria Histórica. Como señaló, una memoria entendida no solo como reivindicación de los mejores valores y esfuerzos de quienes lucharon contra el fascismo, y con frecuencia fueron por ello sus víctimas, sino también en conexión con las luchas por la justicia y las libertades en nuestros días.

Se pasó a continuación a un vivo debate, con la intervención de compañeras y compañeros del público, que vinieron a demostrar la buena acogida a la revista y el interés que sigue suscitando el Frente Popular.

La segunda actividad anunciada se celebró el sábado por la tarde, con la presentación del libro *E. P. Thompson. Marxismo e Historia social*, ante un público de aproximadamente cuarenta personas. No pudo acudir a la misma Tomás Rodríguez, del Grupo Akal, editor de la obra a través de Siglo XXI; en todo caso no está de más subrayar que la publicación en un grupo y un sello tan significados en el mundo editorial y en la cultura españoles ponen de manifiesto un primer éxito significativo.

Presentó el acto el director de la Fundación de Investigaciones Marxistas, Eddy

Sánchez, quien explicó la apuesta de la FIM por desarrollar un programa de intervención cultural útil para generar herramientas críticas para el combate contra el retroceso de los derechos y las libertades, así como para la construcción de una cultura diferente, crítica, premisa necesaria para el cambio social. Tras comentar algunas de las iniciativas en este sentido, destacó el interés de la FIM en apoyar el trabajo de la Sección de Historia y, concretamente, la publicación de este libro dedicado a reflexionar sobre la aportación de un historiador marxista fundamental.

Intervino a continuación Julián Sanz, componente de la Sección y uno de los coordinadores del libro junto a Francisco Erice y José Babiano. Tras explicar el origen del libro y los principales temas desarrollados en la obra, incidió en la relevancia de las aportaciones de Thompson para la historiografía, pero no solo. En este sentido, destacó que el impacto de la crisis económica había favorecido una reactivación de la mejor tradición de la Historia social, aquella que pone el énfasis en rescatar al sujeto popular, a la clase trabajadora como sujeto activo, a los comunes, los de abajo, desechando que la historia venga escrita por las estructuras o siga moldes teóricos preestablecidos. Aquella que fija su atención en la *experiencia*, donde se funden las condiciones materiales de vida con las tradiciones y las innovaciones culturales, y en el desarrollo de los sujetos emancipadores a través de las luchas concretas, sea vecinal, sindical, del 15M, de las mareas o de la PAH.

CICLE CINEMA REVOLUCIÓ RUSSA DE 1917

PRESENTACIÓ A CÀRREC
DE FRANCESC SERRA

EL CUIRASSAT POTEMKIN

(SERGEI M. EISENSTEIN, 1925)

DIMARTS 25 D'OCTUBRE A LES 12.00 h

OCTUBRE

(SERGEI M. EISENSTEIN, 1928)

DIMECRES 26 D'OCTUBRE A LES 12.00 h

Projeccions dins les jornades sobre
la Revolució Russa de 1917 a la UAB

**Sala Cinema
de la UAB**
(Plaça Cívica)

Entrada gratuïta limitada
a l'aforament de la sala

UAB.CAT/CULTURA



GRAF-CEFID
i Comissió del Centenari
de la Revolució Russa



Cultura en Viu
UAB

UAB
Universitat Autònoma
de Barcelona

Constitución del Colectivo Historia Crítica en Asturias

Colectivo Historia Crítica

El pasado mes de mayo, se constituyó en Asturias el Colectivo Historia Crítica (CHC), formado por un grupo de historiadores/as asturianos/as, jóvenes y veteranos/as, copartícipes de una concepción de la Historia que pretende combinar el rigor del planteamiento académico con el compromiso ideológico y la implicación en los debates intelectuales y los problemas del presente. Aunque estructurado de manera independiente y autónoma y desarrollando sus propias actividades, el CHC surge en conexión con la Sección de Historia de la Fundación de Investigaciones Marxistas (FIM), de la que constituye el referente o correlato en Asturias y a cuyas tareas pretende asociarse.

El primer acto público de la nueva asociación tuvo lugar el 6 de junio. Ese día, organizado por el CHC, se celebró en el Club de Prensa de La Nueva España de Oviedo un debate sobre el «Frente Popular: Pasado y Presente», con motivo del 80 aniversario del acontecimiento. En él participaron historiadores vinculados a las fundaciones culturales herederas de las fuerzas de izquierda que protagonizaron los hechos aludidos. El día 13 de julio, en colaboración con la Fundación Juan Muñiz Zapico (CC. OO.), el Colectivo organizó la presentación en la «Semana Negra» de Gijón del libro *E. P. Thompson: Marxismo e Historia Social*, editado por siglo XXI en colaboración con la FIM.

Entre los propósitos fundamentales del



CHC se encuentra la difusión del pensamiento marxista y crítico en el ámbito específico de la Historia. Para ello pretende poner en marcha proyectos de trabajo y actividades de divulgación (conferencias, seminarios, jornadas, debates, publicaciones) dedicadas a estos fines. En este sentido, está preparando la celebración de unas Jornadas para la primavera de 2017 que llevarán por título «El antifranquismo asturiano en (la) transición. Una visión crítica». Su objetivo fundamental es no solo una puesta al día de las líneas de estudio existentes sobre esta temática, sino también el impulso de nuevos trabajos de investigación que arrojen luz sobre aspectos poco estudiados hasta el momento y favorezcan el debate entre los/las historiadores/as asturianos/as.

LECTURAS

40 años con Franco, de Julián Casanova (ed.)*

Iván Heredia

Doctor en Historia por la Universidad de Zaragoza

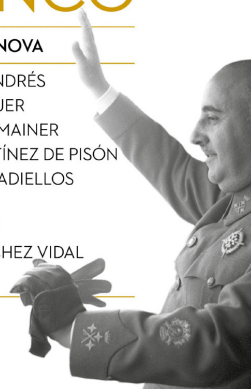
La conmemoración de los 40 años del final de la dictadura de Franco en el año 2015 supuso la publicación de numerosas obras divulgativas, algunas de ellas reediciones y revisiones de publicaciones que se pueden considerar ya clásicos dentro de la historiografía de la Guerra Civil y el Franquismo, y otros títulos académicos en torno a Franco y el período conocido como el Franquismo (1939-1975). Durante todo el año pudimos ver nuevos documentales, artículos en prensa y revistas especializadas e incluso algunas exposiciones que recordaban ciertos aspectos de los cuarenta años de dictadura. De hecho, el libro *40 años con Franco* se publicó tan solo unos pocos meses antes de que en Zaragoza se abriera al público una exposición en la que colaboraron numerosos especialistas y que versaba sobre la misma temática que el libro, e incluso podemos decir, que seguía a grandes rasgos el hilo argumental de éste.

Por todo ello, *40 años con Franco* no puede considerarse únicamente una obra historiográfica, es necesario añadir otra etiqueta al proyecto pues este está concebido como un producto «transmedia», es decir, un relato, un producto en este caso historiográ-

40 AÑOS CON FRANCO

JULIÁN CASANOVA

CARLOS GIL ANDRÉS
BORJA DE RIQUER
JOSÉ-CARLOS MAINER
IGNACIO MARTÍNEZ DE PISÓN
ENRIQUE MORADIELLOS
MARY NASH
PAUL PRESTON
AGUSTÍN SÁNCHEZ VIDAL
ÁNGEL VIÑAS



fico que tiene su traslación a otros medios o plataformas de difusión o comunicación. La explicación a esta compleja concepción historiográfica la encontramos en su promotor, el historiador Julián Casanova quién se encargó de desempeñar el rol de editor del libro y comisario de la exposición. Como ya había hecho con la publicación del libro

* Julián Casanova (ed.), Carlos Gil Andrés, Borja de Riquer... [et al.], *40 años con Franco*, Barcelona, Crítica, 2015, 403 pp.

*Tierra y Libertad*¹¹, Julián Casanova coordinó una obra cuya publicación fue acompañada de una exposición que, además de contar con una serie de paneles explicativos, ofrecía al espectador una experiencia cercana a lo que fue la educación franquista, la represión, la censura o los años del desarrollismo, convirtiéndose libro y exposición en productos complementarios y muy enriquecedores.

Dicho todo ello, la publicación que aquí se reseña es un libro de historia que tiene un marcado carácter divulgativo. Éste no es otro título donde únicamente se analizan las diferentes fases y sucesos del régimen franquista desde sus orígenes hasta la muerte del dictador. En esta ocasión el proyecto recoge ocho artículos y un epílogo donde los autores abordan temas específicos y multidisciplinarios que ofrecen al lector una perspectiva amplia de lo que fue el franquismo. Paul Preston aborda en poco más de treinta páginas la figura de Franco, analizando la trayectoria militar del dictador y los mitos que le rodearon durante toda la dictadura. El autor expone en este capítulo una síntesis de sus estudios pasados sobre la figura de Franco y nos muestra con varios ejemplos cómo el régimen manipuló la información para encumbrar la figura del Caudillo. Baste citar el mito que el régimen crea y mediante el cual se aseguraba que Franco había engañado a Hitler para no entrar en la II Guerra Mundial, cuando es bien sabido que Franco deseaba participar en el conflicto, pero España no participó de forma directa debido a la desastrosa situación económica del país.

11.- El libro *Tierra y Libertad* se publicó en el año 2010 y, al igual que en *40 años con Franco*, J. Casanova preparó una gran exposición que llevaría el mismo título y que se exhibió en Zaragoza durante ese año. En esta ocasión, además, el universo transmedia se amplió publicándose asimismo un «cancionero libertario», que se encargó de editar el Gobierno de Aragón a través de su proyecto de *Amarga Memoria*.

Los artículos de Julián Casanova, Ángel Viñas y Borja de Riquer abordan la evolución histórica del régimen franquista. En «La dictadura que salió de la guerra» Casanova ofrece una visión centrada en la represión, el control social y la violencia que se siguió desatando en España en los primeros años de posguerra. En 1940, a pesar de haberse dado por finalizada la guerra civil, las detenciones seguían produciéndose con la complicidad de una parte de la sociedad (delatores); en las cárceles se hacinaban más de 270.000 hombres y mujeres; miles de presos políticos fueron reubicados en destacamentos o colonias de trabajo y empleados como mano de obra esclava en la «reconstrucción nacional» o, posteriormente, en la construcción del Valle de los Caídos; los campos de concentración abiertos durante la guerra por todo el país mantenían encerrados a miles de prisioneros de guerra, al menos hasta 1948; las ejecuciones en las tapias de los cementerios seguían produciéndose con intensidad y la maquinaria legal del franquismo perfeccionó sus instrumentos de control y represión social. En este último aspecto Casanova destaca el impacto que tuvo la Ley de Responsabilidades políticas (febrero de 1939) que llegó a afectar al 9,5% de la población, poniendo de relieve la importancia de la represión económica en la España de posguerra. Y frente a ese control y represión social, Casanova aborda la situación económica y social de un país devastado por la guerra, donde la población sufrió el racionamiento, la inflación y el hambre.

Ángel Viñas aborda la compleja situación de España en los años 50 cuando aún se dejaban sentir los ecos de la Guerra Civil, del hambre y de la brutal represión de posguerra. Son años de incertidumbre en política internacional y de una tímida apertura auspiciada por el Vaticano y deseada tanto por Franco como por Estados Unidos, que

tenía un gran interés en establecer varias bases militares en la Península Ibérica. Franco, que llevaba años intentando borrar y negando los estrechos lazos que le unían con el fascismo italiano y alemán, da un giro y empieza a transformar su discurso en algunos aspectos. Mientras la sociedad seguía bajo una férrea dictadura, España se preparaba para dar un giro importante en lo económico, pasando del modelo de autarquía tan defendido por Franco, a una economía más aperturista y receptiva a las inversiones extranjeras. La llegada de capital y del desarrollismo coincidió con una mayor organización de los trabajadores, que plantearían conflictos laborales en la calle con la consiguiente represión del régimen. La falta de libertades, la represión, las encarcelaciones de opositores políticos y la aplicación de penas de muerte que seguían produciéndose limitó el papel de España en el ámbito internacional, siendo rechazada tanto su entrada en la OTAN como en la CEE.

Borja de Riquer analiza muy bien el tenso clima que se vivió en los últimos años del franquismo y las tensiones que se produjeron en el mismo seno del régimen ante el deterioro de la salud del dictador Franco y la puesta en marcha de la maquinaria sucesoria. Todo ello se produjo en un complejo contexto. La conflictividad social y laboral fue en aumento a medida que avanzaban los primeros años 70 y la crisis del petróleo hizo mella en la débil economía española. Los nacionalistas vascos y catalanes recompusieron sus partidos y reactivaron sus movimientos nacionalistas. Los estudiantes demandaban libertad desde las universidades y la oposición política iba ganando presencia y poder en la calle. En ese ambiente se forjó una lucha feroz en el seno franquista. Tras la muerte de Carrero Blanco en 1969 en un atentado de ETA, se desató una pugna por la sucesión. La decisión de

Franco de designar a Juan Carlos de Borbón como su sucesor a título de Rey, acabó provocando la división de los franquistas en dos bloques: unos, llamados del «búnquer» eran partidarios de seguir con la dictadura y aquellos «reformistas» que apostaban por dar un paso adelante y transformar el régimen para adaptarlo a los nuevos tiempos. Fue tras la muerte del dictador Franco, dice Borja de Riquer, cuando las anquilosadas estructuras del régimen no pudieron hacer frente al cambio social y político en una sociedad que demandaba libertades, sufragio universal y democracia. El franquismo, por tanto, vivió tanto como su dictador, y con él murió como forma de Estado.

Carlos Gil Andrés se ha encargado en esta ocasión de realizar pequeñas biografías de 10 actores del período entre los que se encuentran Carlos Arias Navarro, Luis Carrero Blanco, Santiago Carrillo, Manuel Fraga Iribarne, Laureano López Rodó, Agustín Muñoz Grandes, Enrique Pla y Deniel, Pilar Primo de Rivera, Dionisio Ridruejo y Ramón Serrano Suñer. Cada una de esas 10 historias muestra la relevancia de esos personajes en la historia política del franquismo y suponen un buen primer acercamiento para los lectores no iniciados en esta temática.

En el siguiente capítulo la historiadora Mary Nash nos habla de las «vencidas, represaliadas y resistentes», de las mujeres que permanecieron bajo el régimen franquista. Para ello Nash establece un discurso que, en primer lugar, se centra en analizar la redefinición del rol de las mujeres durante la dictadura. Frente a la imagen de la «roja», mujeres que habían transgredido los valores tradicionales, se recuperaban viejos arquetipos femeninos que nos trasladan a épocas anteriores a la II República. La mujer será considerada como un «ángel del hogar», «la reina del hogar» o «perfecta casada», abnegada y obligada a la dedicación del hogar. Después de este inicio, Nash prosigue su na-

rración a través de los 40 años de dictadura poniendo énfasis la represión que sufrieron las «rojas»: los escarnios públicos a los que fueron sometidas en muchos pueblos, la represión sexual de la que fueron víctimas algunas, en la reclusión y ejecución de miles de mujeres o en la depuración a la que fueron sometidas, especialmente las maestras, enfermeras o funcionarias, que fueron señaladas y se les echó de su trabajo en el transcurso de una enorme represión moral.

La mujer durante el franquismo, además, volvió a quedar sometida a la figura del varón (el matrimonio civil y el divorcio aprobado durante la II República pasan a ser cosa del pasado y sustituidos de nuevo por un matrimonio «indisoluble» y la preponderancia de la jerarquía patriarcal, donde la mujer queda bajo tutela del hombre) y su función reproductora se convertirá en un asunto estatal. Como dice Nash, la función reproductora de la mujer fue secuestrada en interés del Estado y para ello legisló prohibiendo el aborto o la venta de métodos anticonceptivos. En esa campaña pronatalista tuvo un papel destacado la Iglesia, que además de apoyar al Estado, llegó a asegurar que aquellas mujeres que controlasen su potencial reproductor sufrirían la condena eterna. La autora acaba este interesante capítulo analizando la evolución del rol de la mujer en la sociedad, especialmente en el ámbito laboral. El rechazo del régimen y de una buena parte de la sociedad a aceptar el derecho de trabajo de la mujer hizo que ésta fuera expulsada del mercado laboral durante buena parte de los años 40 y 50. Hubo que esperar a los años del desarrollismo para ver un cambio de tendencia y una apertura del mercado laboral (y de derechos laborales) para las mujeres.

Especial mención merecen los capítulos realizados por José Carlos Mainer y Agustín Sánchez Vidal, que introducen en este estudio la visión cultural de la historia del

franquismo a través de dos perspectivas muy interesantes: la literatura y el cine. En ambos casos se analizan la evolución de las producciones. Las primeras producciones que se llevaron a cabo en los primeros años de posguerra se utilizaron como arma propagandística, siendo sus creadores personas muy cercanas al nuevo régimen. Esas producciones servirán al franquismo para intentar legitimarse en el poder a través de la cultura, imponiendo su particular visión de la victoria. No obstante, tanto la literatura como el cine, con el paso de los años, empezaron a distanciarse y a emitir sutiles críticas a la dictadura franquista. Esas críticas surgían no sólo desde el interior, también desde el exilio. Sin duda, ambos artículos merecen una detenida lectura que nos adentrará en los cambios culturales y en la mentalidad que se produjeron en el mundo del cine y de la literatura en los años 60 y 70 y cómo los movimientos sociales y las demandas de libertad quedaron ligadas también a algunas producciones, ya fueran literarias o cinematográficas.

Martínez Pisón cierra el volumen con su visión y experiencias durante los años de la dictadura, recordándonos que existe una historia oral que va más allá de los años del horror de la guerra civil y que encierra pequeñas, pero no menos importantes historias sobre los años del franquismo.

Este libro no es una obra novedosa en sus planteamientos y ni siquiera aporta teorías o análisis nuevos, aunque tampoco lo pretende. Todo lo contrario, sus autores son historiadores con una larga trayectoria y en sus breves artículos analizan algunos aspectos que han abordado anteriormente en sus múltiples investigaciones. Esta obra divulgativa, no obstante, cubre muy bien sus pretensiones, que no van más allá de acercar al gran público una época desde una óptica multidisciplinar, y eso, lo consigue muy bien.

Cuando las mujeres lucharon por organizarse: *El Movimiento Democrático de Mujeres. De la lucha contra Franco al feminismo*, de Francisco Arriero*

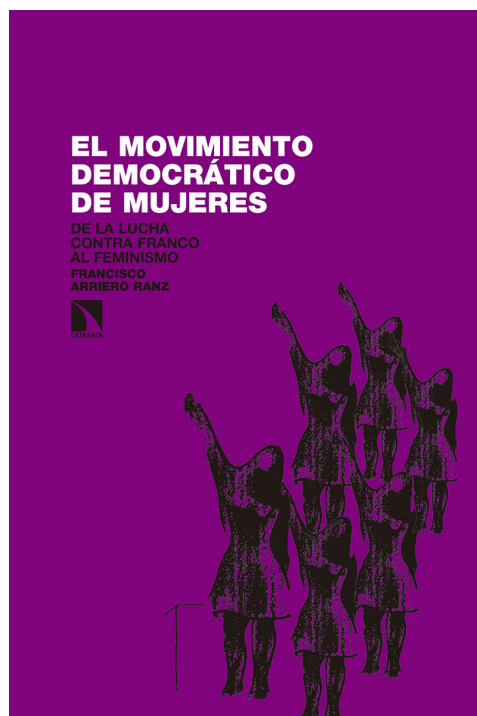
Irene Abad Buil

Doctora en Historia por la Universidad de Zaragoza

Hay lecturas que realizas de manera más o menos rápida, porque aportan información y conocimiento a alguno de tus focos de interés científico, y lecturas que requieren de un lapicero cercano para ir subrayando y anotando datos que complementan tus líneas de investigación. Esta segunda ha sido la lectura realizada al libro de Francisco Arriero, como primera monografía aparecida sobre el Movimiento Democrático de Mujeres (MDM), completando una necesidad básica en la historiografía en el tardofranquismo y la transición, de manera general, y en el estudio del papel desempeñado por las mujeres en la Historia, de forma particular.

Del MDM se había comenzado a hablar en distintos estudios centrados en el sujeto «mujer» y en el período «franquista», planteándose, por un lado, como la consolidación de la movilización política femenina contra el régimen dictatorial y, por otro lado, como los primeros pasos del movimiento feminista. Un principio y un final de estudios que abordaban temas más generales como la historia del feminismo o las mujeres en el ámbito de la represión

* Francisco Arriero, *El Movimiento Democrático de Mujeres: de la lucha contra Franco al feminismo*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2016, 302 pp.



política del franquismo. Por tanto, siempre se presentaba como una organización de carácter femenino, vinculada al ámbito del antifranquismo y con claros componentes feministas, pero sin ahondar en las especificidades de la misma. Desde un tiempo a esta parte ha comenzado a salir a la luz su

existencia. Lo hacía de manera tímida e incompleta, como arranque, parte o colofón de otros objetos de estudio. Así que, el libro de Francisco Arriero, *El Movimiento Democrático de Mujeres. De la lucha contra Franco al feminismo*, consigue superar este hueco para permitir un conocimiento exhaustivo de dicha organización.

Se trata de un estudio que abarca todos los aspectos útiles para un análisis completo de su objeto de investigación. Este análisis no solamente consigue visibilizar una organización históricamente ensombrecida por, como establece Pilar Díaz Sánchez en el prólogo, la falta de interés provocada por una visión sesgada que otorga un papel hegemónico a las élites intelectuales y políticas, ocultando la importancia de una asociación que, en su inmensa mayoría, atrajo a mujeres de extracción social obrera y baja y, como luego apunta el autor, por la propia indefinición de sus miembros. Sino que también consigue sacar a la luz las diferentes controversias, fundamentalmente de carácter ideológico, que se forjaron en torno y dentro de la organización, tanto por ser un movimiento asociativo surgido en el seno y bajo la tutela del PCE como por contemplarse como el pilar del futuro feminismo español.

Una lectura rápida e informativa del estudio nos ayuda a extraer la conclusión de que el MDM fue una organización femenina plural que, con una clara vinculación ideológica al PCE, supo combinar dos tipos de movilizaciones: la dirigida a acabar con la represión franquista desde todas sus dimensiones, por un lado, y la centrada en comenzar a construir una conciencia feminista entre sus miembros, por otro. Femenina porque, como su propia denominación rezaba, se trataba de una organización compuesta exclusivamente por mujeres. Plural porque en ella, además de confluir tres círculos de mujeres como fueron las in-

telectuales, las procedentes de la solidaridad y las militantes del partido, existió una amplia diversidad tanto ideológica^[1] como de politización^[2]. Una pluralidad que acabó suavizando el discurso dependiente de las consignas del PCE (p. 199).

Pero vamos a los resultados de una lectura exhaustiva, la que utiliza el subrayador para perpetuar el recuerdo de fragmentos relevantes para otras líneas de investigación. Desde esta perspectiva son muchos los elementos a destacar en torno al MDM. La obra de Arriero dedica especial atención a analizar todo el proceso constitutivo de la organización destacando el contexto ideológico en el que se creó y su clara vinculación al PCE. En cuanto a la relación PCE-MDM varios fueron los aspectos polémicos que surgieron, especialmente en dos direcciones bien marcadas por Arriero. Por un lado, ¿ser mujer y comunista llevaba aparejada la obligación de participar en el movimiento de masas y en las células de mujeres? Por otro lado, ¿debía el partido dar consignas al respecto o debían tratarse de una decisión voluntaria de las militantes? (p. 37). Esto demostraba que iba a existir una revisión de algunos de los planteamientos teóricos por parte del partido, como pudo verse en el Coloquio sobre la Mujer Española, celebrado en París en 1965, donde se trataron tres grandes temas: el análisis de la situación de las mujeres españolas, la crítica al modelo de militancia femenina existente

1.- En un momento del libro hace alusión a este pluralismo con el reconocimiento de que no se puede entender la expansión del MDM sin el apoyo del catolicismo progresista, ya que aprovechó el apoyo de ese sector de la Iglesia para hacer reuniones en sus locales y atraer a más mujeres a sus acciones.

2.- El gran reto de las mujeres politizadas del MDM era llegar a las amas de casa. En el sentido de la labor de captación que realizaron las comunistas surge una cuestión planteada por el autor: «¿el MDM fue una organización plural o estamos ante un modelo de organización satélite?».

en el PCE y el debate sobre el modelo organizativo que debían adoptar para crear un movimiento femenino de masas. Al menos, habían llegado a una conclusión: el PCE mostraba interés por impulsar a los grupos del MDM puestos en marcha, hasta el momento, por mujeres comunistas en Madrid y en Barcelona. Al mismo tiempo, el MDM planteó consenso acerca de presentarlo como el movimiento de masas encargado de transmitir la elaboración teórica y la estrategia del partido. Por tanto, para las militantes comunistas era imprescindible contar con el aval del partido no solo por el posible apoyo que esperaban de él, sino porque su socialización en la cultura patriarcal comunista les impedía dar el paso de crear una organización de mujeres sin la autorización masculina. De esta manera, el MDM nació con un doble objetivo: crear un frente amplio de mujeres antifranquistas y extender la influencia social del PCE (p. 31).

Pero no sólo el proceso constitutivo de la organización estuvo exento de confrontaciones, ya que durante su evolución pudieron apreciarse diversas discrepancias, especialmente en lo vinculado al diferente nivel de aceptación y valoración de las dos perspectivas llevadas a cabo por el movimiento. Tal es así que, como consecuencia de su vinculación al partido comunista, el MDM adquirió más importancia como organización antifranquista que como pilar clave para el desarrollo del feminismo español. Ambos planteamientos (el político y el feminista –en palabras del autor) anduvieron de manera independiente puesto que no se trataba únicamente de politizar al colectivo femenino para que participara en la movilización social, sino que el MDM se planteaba también como espacio para la necesaria reflexión sobre las discriminaciones que sufrían las mujeres y plantear alternativas.

El autor consigue hacer una vinculación

de temas de manera coherente y cohesionada puesto que, al margen de quedar construida una clara evolución cronológica, son los momentos álgidos del movimiento^[3], sus estrategias y principales movilizaciones^[4], o sus elementos de definición los que permiten construir la historia del MDM^[5].

La obra de Arriero responde a los parámetros de una investigación histórica, donde la exhaustividad, multiplicidad de fuentes y relación de datos están claramente presentes; además de describir, analizar e interpretar la información en términos claros y precisos. Dentro de este panorama general de investigación en torno al MDM, destacan dos especialidades históricas: la historia de género, por un lado, y la historia oral, por otro. En cuanto a la primera de ellas decir que el concepto género tiene una presencia constante en el análisis de un fenómeno en el que confluyeron los intereses femeninos y la relación de poder existente entre los sexos. En este punto es también importante destacar cómo a lo largo de la obra se aprecia una evolución paralela entre dos conceptos básicos: el ya mencionado «género» y el de «clase», básico en cualquier estudio que aborde las dimensiones del antifranquismo. Con respecto a la historia oral decir que los innumerables testimonios recogidos confrontan las conclusiones extraídas a partir de la documentación consultada y permiten, al mismo tiempo, dar voz a las diversas experiencias,

3.– Como por ejemplo, la expansión de los grupos iniciales, como fueron el de Madrid y Barcelona, a delegaciones en otras ciudades y barrios; o el momento en el que el MDM formó la Coordinadora de Amas de Casa.

4.– Los encierros en iglesias, los boicots a los mercados, el intento de incursión en plataformas legales, entre otras.

5.– Un elemento fundamental para estos elementos definitorios son los diversos programas que fue elaborando, desde aquellos que abogaban por la solidaridad con los represaliados y la lucha contra el franquismo hasta los que explicaban la evaluación de un feminismo social a un feminismo socialista.

opiniones, controversias y logros vinculados a la evolución del MDM.

Uno de los aspectos más relevantes del trabajo es la gran variedad de testimonios utilizados, la mayoría de ellos extraídos del Centro de la Información y Formación Feminista (CIIFF) localizado en el Centro Documental de la Memoria Histórica de Salamanca. Estos testimonios, completados por otros fondos documentales y las entrevistas realizadas directamente por el autor, alcanzan la cifra del medio centenar y, por tanto, permiten corroborar con la experiencia directa de las mujeres protagonistas los diversos puntos analizados por el autor: el nacimiento de la organización y su contexto ideológico; la implicación del MDM en la campaña preamnistía; la contribución de las activistas del MDM a la lucha contra la dictadura y a la construcción de una ciudadanía democrática; la evolución de un importante sector de la organización desde una conciencia femenina a la feminista y los retos que le planteó la doble militancia (política y feminista).

Es interesante destacar el difícil encaje que el MDM ha tenido tanto en la historia del antifranquismo como en la del feminismo. Sus activistas, además de ser invisibles a causa de la visión androcéntrica que la historiografía ha proyectado sobre la etapa final de la dictadura, han sufrido, como ya se ha mencionado, los efectos de la indefinición. Una indefinición emergente de la propia organización primero con respecto a su contextualización ideológica y, más adelante, fruto de la conjunción de los dos aspectos que canalizaron su lucha: la política y el feminismo. Cuando en 1975 la «cuestión de la mujer» evolucionó hacia la «cuestión feminista» al concluirse que el sexo era un factor específico de opresión, dentro del MDM se generaron dos opciones: la de quienes preferían separar la lucha feminista de la lucha social general y la

de aquellas que consideraban que la doble militancia era factible, a pesar de sus «encrucijadas», como el propio autor ha definido. Unas encrucijadas que encuentran su punto de partida en el contexto a lo largo del cual evolucionó el movimiento, puesto que su modelo de socialización política varió del franquismo a la transición (p. 206). En este punto, Arriero defiende la idea de un proceso de transición política construido desde la movilización social. Y allí, las organizaciones de mujeres y el movimiento feminista desempeñaron un papel destacado en la construcción democrática. En la documentación generada por el MDM se concluye que la dictadura oprimía a mujeres y hombres, tal que ambos debían unir fuerzas para lograr su emancipación, pero para hacerlo necesitaban de un marco político que garantizase las libertades de opinión, reunión y asociación. Por todo ello, luchar por la democracia era imprescindible para que las mujeres iniciaran el camino hacia su liberación (p. 208). Un camino en el que se iría descubriendo los pros y contras de esa doble militancia y que el autor desmenuza de manera muy acertada.

A pesar de que a lo largo del estudio son muchas las conclusiones que se van extrayendo de la investigación meticulosamente llevada a cabo por Francisco Arriero, es al final de la obra cuando aparecen de manera compilada. Algunas de ellas merecen ser destacadas porque permiten no solo construir la historia del Movimiento Democrático de Mujeres desde todas sus dimensiones, sino también contribuir al pensamiento crítico de una época donde la participación ciudadana puso en cuestión las relaciones de poder (políticas y de género).

El MDM fue la principal organización de mujeres del antifranquismo que permitió una participación femenina activa en los procesos de cambio social y político. Al mismo tiempo, fue la única organización

de mujeres que logró una mínima vertebración estatal durante la dictadura y la única que tuvo una relativa capacidad de movilización al conseguir atraer a muchas amas de casa de los barrios obreros. Primero a través del «entrismo» en la asociaciones de amas de casa promovidas por el régimen y, luego, a través de las denominadas por el autor como asociaciones de amas de casa «rojas». (p.282). A las mujeres se les abrieron las puertas de la política y la participación ciudadana, de hecho muchas de ellas pasaron a participar en las vocalías de mujer de las asociaciones de vecinos, donde desempeñaron una importante labor protestando contra la carestía o reclamando, entre otras cosas, servicios públicos, o en las secciones femeninas de otros grupos socioculturales como las Asociaciones de Amigos de la ONU y la UNESCO.

Otra conclusión interesante es la que tiene que ver con la evolución en la relación MDM-PCE. El autor concluye que dicha organización fue una «creación comunista», pero cada vez fue reivindicando una mayor autonomía con respecto al partido para marcar sus objetivos, las estrategias y los ritmos de trabajo, sin sentirse «monitizadas» (p. 283). Sin embargo, el PCE no mostró disponibilidad ante dicha autonomía y fue entonces cuando muchas de las pertenecientes al MDM tuvieron que elegir entre ser fieles al partido o a la organiza-

ción femenina.

Pero los conflictos de elección de sus militantes no acabaron allí, como lo plantea la siguiente conclusión. Ya se ha dicho que el MDM fraguó nuevas identidades políticas mediadas por el género, lo que conllevó que muchas experimentaran una clara evolución hacia el feminismo. Un feminismo que, en primera instancia, se definía por intereses prácticos (presentando a la mujer como responsable del bienestar familiar) pero que, con la influencia del feminismo de segunda ola, se acercaría más a los considerados intereses estratégicos (los derivados del análisis de las relaciones de dominio/subordinación). Allí se produjo un momento de inflexión definido por el autor como «conflictos de género entre camaradas» (p. 285).

Y podríamos terminar esta reseña con la que Arriero considera la conclusión más relevante de su trabajo: «el MDM fue una organización clave tanto en el resurgimiento del movimiento feminista en España a partir de la primera mitad de los años setenta, como en su posterior eclosión y desarrollo en la segunda mitad de esa década» (p. 285). Lo que surgía como hipótesis inicial del estudio, se convierte en una conclusión sólida a partir de la búsqueda, el análisis y la confrontación de una extensa documentación hasta la fecha poco trabajada, y en gran parte inédita.

Romper el consenso. La izquierda radical en la Transición española (1975-1982), de Gonzalo Wilhelmi*

Eduardo Abad García

Doctorando en la Universidad de Oviedo

En la última década han ido surgiendo nuevas visiones sobre nuestra historia reciente y son numerosos los libros que tratan de abordar desde perspectivas críticas la transición al régimen político actual. Hasta hace bien poco destacaban los enfoques que asumían el relato unilateral que, mediante el sacrosanto mito de la Transición, hegemonizó una versión oficial de consensos y reconciliaciones, donde la lucha social y la violencia política era minimizadas. Afortunadamente, esta tendencia está cambiando o al menos ya no es la única presente. En ese sentido destacan, por sus interesantes aportaciones, obras como *El Mito de la transición. La crisis del franquismo y los orígenes de la democracia (1973-1977)* (2008) de Ferrán Gallego, o el más novedoso *Por qué fracasó la democracia en España. La Transición y el régimen del '78* (2015) de Emmanuel Rodríguez.

El recientemente publicado libro de Gonzalo Wilhelmi va un paso más allá al adentrarse en los entresijos del movimiento popular anticapitalista en la Transición, es decir, lo que comúnmente se conoce como izquierda radical o revolucionaria. No es la primera vez que estas organizaciones son fruto de un estudio monográfico, pero

* Gonzalo Wilhelmi, *Romper el consenso: La izquierda radical en la transición española*, Madrid, Siglo XXI de España, 2016, 430 pp.,



sí que se contextualizan con respecto a los avances y retrocesos de las luchas sociales en todo el Estado español. Ya en 1994 se publicaba el trabajo de José Manuel Roca *El proyecto radical. Auge y declive de la izquierda revolucionaria en España (1964-1992)*, la primera obra donde, lejos de localismos, el objeto de análisis eran específicamente estas organizaciones situadas a la izquierda del PCE. Un año más tarde, Consuelo Laíz

editaba su pionero libro *La lucha final. Los partidos de la izquierda radical durante la transición española*. Se trataba del primer análisis sociológico serio y riguroso sobre estos partidos, aunque el relato resultó muy constreñido por lo limitado de su enfoque, centrado en los cuadros y en el marco ideológico de algunas organizaciones.

Durante los últimos años, puede constatare un nuevo interés historiográfico por la izquierda revolucionaria española, fruto del cuestionamiento del mencionado relato historiográfico clásico sobre el régimen del 78. Han aparecido nuevas aportaciones en formato de comunicaciones en congresos, tesis doctorales y pequeños ensayos, contribuyendo a enriquecer el debate. También ha sido importante el papel de los ex-militantes, que han comenzado a construir memoria en torno a sus experiencias de lucha. En este sentido destacan la monografía sobre la historia del Partido del Trabajo de España (José Luis Martín Ramos, 2011), la publicación impulsada por Viento Sur acerca de la Liga Comunista Revolucionaria (VV.AA, 2014) o la más reciente y quizás no tan conocida de Mariano Muniesa, *FRAP, memoria oral de la resistencia antifranquista* (2016). En febrero de 2016 y coordinado entre otros por el propio Wilhelmi, tendrá lugar el congreso *Los otros protagonistas de la transición. Izquierda radical y movimientos sociales*, que vendrá a suponer un salto cualitativo en la consolidación de una visión crítica y desde abajo del proceso de la Transición.

El autor posee una amplia experiencia en el estudio del movimiento autónomo y libertario en el último tercio de siglo^[1] y de

los movimientos sociales. Su tesis doctoral, centrada en Madrid, es un pionero estudio local de los mismos temas que se desarrollan en el presente libro. Éste se centra en el estudio de distintas fuerzas comunistas: Organización Revolucionaria de Trabajadores (ORT), Movimiento Comunista (MC), Partido del Trabajo de España (PTE), Partido Comunista de España (marxista-leninista)-(PCE (m-l) y la Liga Comunista Revolucionaria (LCR). Pero también incluye a los nacionalismos revolucionarios del País Vasco, Cataluña, Galicia y Canarias, además de otras organizaciones como los cristianos de base, el movimiento autónomo, el libertario y los distintos movimientos sociales (obrero, feminista, vecinal, estudiantil, pacifista, de liberación homosexual, de minusválidos y hasta de presos comunes).

La obra, que incorpora un significativo anexo con un listado de víctimas de la violencia estatal entre 1975 y 1982, se inicia evocando un acontecimiento que supone un salto cualitativo en la estrategia de la izquierda revolucionaria: el éxito de una huelga general política en diciembre de 1974 llevada a cabo por las CCOO de Navarra y parte de Euskadi e impulsada por ORT, MCE y LCR, pese a la negativa del PCE. Tras este comienzo, se desgana el objetivo general de la publicación: aclarar quiénes componían estas fuerzas, cuál era su origen y por qué fueron objetivo prioritario de la labor represiva del aparato franquista. Para llegar a ello, el autor se basa no tanto en la línea política de las organizaciones como en su intervención social y los testimonios de sus militantes. Como Wilhelmi muy bien señala, se trataba de un espacio político muy fragmentado y con grandes dosis de sectarismo, pese a compartir proyectos relativamente similares, entre ellos sus objetivos a medio plazo; no olvidemos que no solo trataban de derribar el régimen fran-

1.- *Armarse sobre las ruinas. Historia del movimiento autónomo en Madrid (1985-1999)*, Madrid, Potencial Hardcore, 2002. *Tomar y hacer en vez de pedir y esperar. Autonomía y movimientos sociales (Madrid, 1985-2011)*, Madrid, Solidaridad Obrera, 2012. *El movimiento libertario en la transición*, Madrid, 1975-1982, Fundación Salvador Seguí, 2012)

quista, sino que defendían una alternativa socioeconómica al sistema capitalista, que el autor califica genéricamente como «socialista». Además, poseían la misma base social, lo que él llama la «izquierda radical sociológica», aunque no explica exactamente cuáles son sus características.

En la primera parte, «La izquierda revolucionaria y la ruptura (1975-1977)», el autor comienza analizando la participación de esta corriente en los distintos movimientos de masas antifranquistas, en una etapa durante la cual llegaron a adquirir una importante proyección popular, pese a su ilegalidad y las consecuencias represivas que de ello se derivaban. En su pugna por influir en el movimiento obrero, estas organizaciones trataron de impulsar la combatividad de los trabajadores frente a la contención del PCE. En esta parte, se destacan las contribuciones de estos grupos a los distintos movimientos sociales. Se repasan luego las principales características de cada organización, utilizando sus testimonios orales, su prensa militante y su documentación interna. Son de especial importancia las cuestiones relacionadas con la represión. A medida que el proceso se fue perfilando, estos partidos lucharon decididamente por la ruptura democrática, pese a la consolidación de la reforma. Ante la negativa del principal partido del antifranquismo a impulsar una movilización política general contra la Dictadura, fue la izquierda revolucionaria quien tomó el testigo sin mucho éxito. Su incapacidad para extender y coordinar las movilizaciones a todo el Estado, unida al sectarismo existente, hicieron que no fuera posible lograr otra alternativa política. En ese contexto, se vislumbra una separación entre un sector que acepta las conquistas arrancadas al régimen y aboga por una negociación sin renunciar a cuestiones básicas (amnistía, autodeterminación, elecciones libres, etc.), frente a otro

que apuesta decididamente por la insurrección o la acción directa para lograr la ruptura previo paso al socialismo/comunismo. La violencia policial y ultraderechista impone en estos convulsos años caracterizó el comportamiento del régimen. De ahí que la exigencia de justicia y depuración fue una batalla política del conjunto de la izquierda revolucionaria frente a los titubeos de la izquierda constitucional, más proclive a considerar que lo importante era dar estabilidad al proceso.

El libro plantea cuestiones tan interesantes como, por ejemplo, las contradicciones entre la estrategia «etapista» defendida por algunas organizaciones que demandaban un sistema democrático con algunas conquistas (autodeterminación, disolución cuerpos represivos, etc.), y sus propios análisis sobre las limitaciones de la democracia burguesa. Otra contradicción que resalta es la dinámica interna de los propios partidos, que frente a su demanda de democracia política no son capaces de regenerar democráticamente sus propios órganos. Todo esto en un contexto donde la frenética actividad y el dogmatismo impedían debates abiertos entre la militancia, en el marco del cambio de clandestinidad a libertad política.

La ruptura representó un cambio profundo que debía llegar a los centros de trabajo y a la vida cotidiana. Wilhelmi defiende que el principal problema de estos partidos fue no saber vincularla con las demandas básicas de los movimientos populares, más que la contención del PCE o la inexistencia de un anhelo de ruptura entre las clases subalternas. Los malos resultados obtenidos en las elecciones de junio de 1977, a excepción de Euskadi, Navarra, Galicia, Canarias y Cataluña, supusieron un jarro de agua fría. al constatar que el apoyo que habían obtenido en las luchas sociales no se traducían en votos.

En la segunda parte, «Consenso, pacto

social y constitución (1977-1979)», el autor se adentra en el nuevo contexto por el que atraviesa la izquierda revolucionaria tras el fracaso de la primera contienda electoral y la constatación paulatina de la derrota de sus posiciones. Con la legalización de la mayoría de los partidos, estos continúan con su intenso activismo, aunque sin democratizarse internamente. Especialmente aquellos partidos más grandes, como el PTE y la ORT, volcaron sus acciones en tratar de amoldarse al nuevo marco postfranquista, ofreciendo una cara más moderada. Estos giros bruscos se produjeron sin consultar a la militancia, que llegó a endeudarse personalmente para pagar las desproporcionadas campañas electorales. Rasgo común de toda la izquierda radical (marxista o no) fue la crítica frontal a la deriva eurocomunista del PCE, en el plano teórico, pero sobre todo en la praxis cotidiana de los dirigentes de este partido. Aun así, no existieron cauces viables para una dinámica unitaria por la actitud agresiva de estas organizaciones, que mientras llamaban a la unidad mantenían actitudes desproporcionadamente sectarias.

Por su parte, el movimiento libertario y autónomo atravesó una época de reorganización y de impulso, pese a la persecución estatal con campañas de criminalización como el conocido *caso Scala*. El libro también analiza brevemente el «éxito» de las izquierdas nacionalistas (vasca, catalana, canaria y gallega) en contraposición de lo que sucede en el resto del Estado español.

Otros aspectos importantes fueron la organización de los presos comunes o la lucha por la dignidad de las víctimas del franquismo. Sin embargo, las principales batallas de estos años fueron la lucha contra el paro y frente a dos de los hitos de la Transición; los Pactos de la Moncloa y la Constitución de 1978, ante los que la izquierda revolucionaria trató de poner en marcha distin-

tas alternativas. A la falta de éxito en esas dos batallas se unieron los resultados de las elecciones generales y municipales de 1979, una vez más insuficientes para las propias expectativas que se habían marcado estas organizaciones.

La tercera parte, «Frente al golpismo y el desencanto (1979-1982)», se adentra ya en la última etapa de la Transición, que para algunas organizaciones supone su fase de declive. El contexto, marcado por la consolidación del proyecto reformista, la represión y la amenaza golpista, limitan las opciones de los grupos revolucionarios, que poco a poco fueron debilitándose. Probablemente el caso más llamativo sea el de la ORT y el PTE que tras unificarse acaban disolviéndose al poco tiempo. Aunque en definitiva todas las corrientes dentro de la izquierda anticapitalista sufrieron una severa crisis, eso no supuso el final de los movimientos de masas, ni de las lógicas de sus partidos. Se trata de un reordenamiento transversal. El movimiento obrero se moviliza ante las nuevas ofensivas del capital y además se consolidan otros movimientos como el pacifista, juvenil o feminista. Finalmente, el efecto del golpe de Estado del 23-F se hizo notar, provocando una gran desmovilización.

Los límites de la lucha institucional se analizan en el libro basándose en el caso del Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria, en manos de la Coalición electoral Unión del Pueblo Canario (UPC), durante 16 meses, con un amplio programa de transformaciones sociales y democráticas. Las políticas de la izquierda radical en esta última etapa estuvieron caracterizadas por su carácter de resistencia, favoreciendo experiencias locales y tratando de unificar en lo posible las luchas, en un marco cada vez más desfavorable.

Particularmente interesante resulta el análisis que se hace en el libro de la viola-

ción de los derechos humanos y la vinculación del Estado con la violencia ultraderechista y parapolicial. Además, se ofrece un análisis pionero donde se expone las alternativas de estas organizaciones en materia de «seguridad ciudadana» frente a las políticas del gobierno y la criminalización social de los barrios obreros

El autor ahonda, en las conclusiones, en el papel determinante en la lucha contra el franquismo de los militantes organizados en la izquierda revolucionaria, para los cuales organizar la ruptura democrática y conquistar el socialismo/comunismo eran parte de su proyecto vital. La apuesta por la ruptura estaba muy vinculada a la transformación revolucionaria de todos los aspectos de la vida, pero se reveló ineficaz y no logró unificar al antifranquismo más combativo frente al reformismo. Para Wilhelmi la apuesta del PCE por la reforma era una posición legítima, pero no la única posible, aunque sin el PCE era casi imposible la ruptura. En el plano local, la izquierda rupturista logró, pese a sus contradicciones ideológicas, impulsar programas de democratización en aquellas zonas donde tenía acceso o influencia en las estructuras de poder. Frente a la crisis económica, se elaboraron amplios programas que iban desde el plano más teórico hasta el más pragmático, y se apostó por redoblar la combatividad en el plano sindical. La lucha contra la impunidad de asesinos y torturadores, o la defensa de la legalidad republicana fueron también puntas de lanza de la lucha social defendida por estas organizaciones. Pese a

que la izquierda revolucionaria fue derrotada, el autor sostiene que su principal aportación fue condicionar algunos aspectos de la Transición y abrir debates fruto de sus propuestas sobre cuestiones centrales que aún hoy están por resolver.

Se trata, pues, de un libro bastante completo, que tiene en cuenta muchos aspectos inéditos hasta el momento. No obstante, también tiene sus limitaciones, como la propia forma de estructurar los distintos capítulos, a medio camino entre la historia de las organizaciones y la de los movimientos sociales, que hace que en algunos tramos se repitan las mismas cuestiones. Por otro lado, aunque la obra analiza buena parte de las organizaciones de la izquierda revolucionaria, se centra demasiado en algunas de ellas, mientras que otras solo aparecen de forma residual y sus experiencias no son muy tenidas en cuenta. Tal es el caso de las organizaciones comunistas ortodoxas o *prosoviéticas*, que solo figuran en el libro para afirmar erróneamente que estaban a favor de los bloques militares al igual que el PCE. Además, se echa en falta una mayor profundización en torno a la historia social de las militancias y un mayor peso de las fuentes orales.

En todo caso, la obra supone un auténtico soplo de aire fresco, por su análisis riguroso y bien contextualizado, que va camino de convertirse en un libro de referencia sobre este campo, al dar voz a los y las principales protagonistas, en el ámbito político y social, de los grupos y organizaciones que lucharon por la ruptura democrática y el socialismo.

El bulldozer negro del General Franco, de Fernando Hernández*

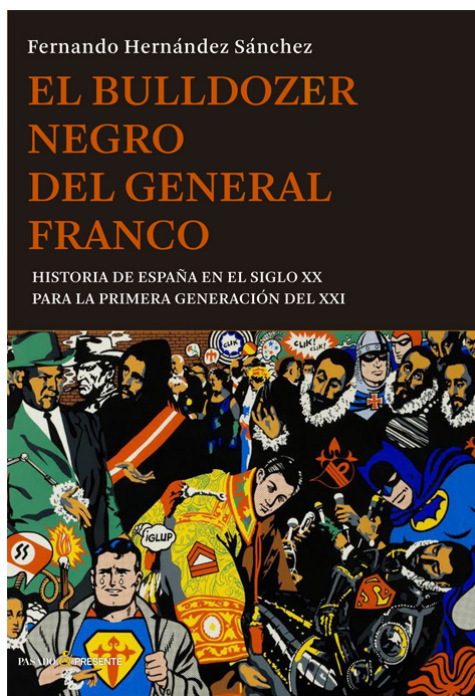
José Ramón González Cortés

Profesor de Enseñanza Secundaria-GEHCEX

La obra de Fernando Hernández plantea una aproximación crítica y pedagógica a la Historia del Presente español, con especial atención a la dictadura franquista, insertándola en el contexto internacional. Y es en ese proceso de engarce de lo particular con lo general y de la historiografía con los aspectos didácticos donde este libro alcanza uno de sus principales logros.

El profesor Hernández considera que aún no se ha normalizado el estudio del *corto siglo XX* español por parte de las últimas generaciones, incluidos los estudiantes de secundaria y bachillerato. Y no solo por el amplio temario de los cursos en los que se desarrolla la Historia contemporánea y la del presente, también por su ubicación al final del programa, lo que implica que haya poco tiempo para desarrollarlo. Además, la mayoría de los manuales y los medios de comunicación dibujan el pasado reciente —etapa que se extiende desde la Guerra Civil hasta la Transición— de forma idealizada, y a ello se añade el hecho de que para algunos profesores y alumnos resulta un período incómodo de tratar.

Fernando Hernández defiende que la sacralización del pasado inmediato y los reparos a la normalización del estudio de la Historia del Presente español están vincu-



lados al origen dictatorial del sistema político actual. A diferencia de las democracias alemana e italiana, que surgieron de la lucha contra el fascismo, la española nace del franquismo. En vísperas de la transición, España se encontraba agotada económicamente y fracturada social y políticamente. La dictadura se sustentaba en el adoctrinamiento de las mentalidades, la despolitización, la intimidación policial y militar, la represión, cierta relajación de las costumbres y el recuerdo paralizante de la Guerra Civil.

* Fernando Hernández Sánchez, *El bulldozer negro del General Franco: Historia de España en el siglo XX para la primera generación del XXI*, Barcelona, Pasado&Presente, 2016, 221 pp.

Estas y otras sombras oscuras que el franquismo ostenta y que se han proyectado sobre el presente rara vez aparecen en los libros de texto. Y si son mencionadas, se justifican como un mal menor, inseparable de la consecución de la democracia. O tienden a dulcificarse, mediante «lugares comunes» que Hernández se encarga de desmontar respaldado por las últimas aportaciones historiográficas y por una acertada selección de documentos audiovisuales. Dichas revisiones historiográficas, que a su vez poseen un enorme recorrido didáctico, constituyen la segunda gran contribución de este trabajo.

En la actualidad, no se puede obviar que se ha construido una narración edulcorada cuya finalidad última ha sido normalizar el actual ejercicio del poder por parte de aquellos que carecían de legitimidad democrática. Tienen su origen en una dictadura inicialmente fascista y totalitaria que se sustentó, desde sus inicios bélicos y hasta el «final biológico» del dictador, en la represión y en el control por parte de una élite económica, militar y religiosa. Esta versión autocomplaciente nos habla de acontecimientos dolorosos, pero catárquicos, y de personajes casi legendarios. Y de forma simultánea se han obviado sucesos y procesos que no comulgan con esta visión maniquea del *corto siglo XX* español.

Fernando Hernández arranca este proceso de deconstrucción de tópicos oficiales con una revisión del desastre del 98, y para ello recalca los aspectos positivos que la repatriación de capitales cubanos suscitó en el desarrollo industrial peninsular; y valora el alivio que supuso para las clases populares el final de la guerra, pues vieron cómo sus hijos fueron sacrificados en el conflicto caribeño, y cómo la oposición popular forzó, a partir de 1911, un reclutamiento militar menos discriminatorio.

La supuesta generosidad de Alfonso XIII

al marcharse al exilio se observa con otros ojos cuando se constata su temprano apoyo a formaciones antirrepublicanas, su labor de intermediación con el fascismo italiano para armar a los grupos de acción ultraderechistas, o su petición directa a Mussolini, en julio de 1936, para que entregara aviones a los golpistas.

Pero el desmoche crítico comienza a hacerse más intenso a medida que se acerca al acontecimiento más significativo de este período. Por su trascendencia política, demográfica, socioeconómica y cultural, la Guerra Civil es central en el devenir del pasado reciente. La necesidad, por parte de los franquistas y de sus herederos, de justificar el traumático conflicto y los acontecimientos derivados de la misma —la «necesaria» dictadura, el carácter cuasi sagrado del dictador, la «deseada» reinstauración borbónica y la «idealizada» transición—, les llevó a acuñar un catálogo de ideas estereotipadas que aún gozan de predicamento y que han contribuido, de forma significativa, a la pervivencia del franquismo sociológico. De este modo, la insoportable violencia republicana que se arguyó para justificar la intentona del 36 se diluye como un azucarillo cuando el autor, basándose en las investigaciones más recientes, afirma que el 65% de las víctimas de violencia política se produjeron durante los gobiernos radicalcedistas y especialmente como consecuencia de la represión asturiana. El carácter antirrepublicano y contrarrevolucionario de dichas fuerzas nos ayuda a comprender la endeblez de dicho tópico, que, sin embargo, se repite hasta la saciedad en los medios de comunicación, en los libros de texto e incluso en conversaciones familiares o entre amigos.

Para cargarse de más justificaciones, los contrarios a la débil democracia republicana y a su intento de modernización la acusaron de ser una marioneta comunista que

pretendía acabar con las raíces cristianas occidentales e implantar un sistema revolucionario. Para rebatir dicha aseveración, el autor, que es un experto en la Historia del Comunismo español, evidencia que paradójicamente el estallido del conflicto sentó la bases para que el PCE viviera un espectacular crecimiento y acrecentara su influjo político, de la mano de la intervención soviética en la guerra. Dicha influencia no tendría como objetivo acabar con el estado republicano, sino reconstruirlo.

En torno al propio proceso bélico, los hagiógrafos franquistas empezaron a dotar a Franco de un carácter sobrehumano que justificaba la concentración de todos los poderes en su persona. La atribución de características militares excepcionales que permitieron ganar la guerra vendría a reforzar la primacía castrense sobre el resto de poderes, y del ejército sobre el partido único. Pero, como expone Hernández, las victorias de Franco se entienden mejor en un contexto de intereses personales y guerra africanista, donde el terror sirvió para arrollar a unas fuerzas inexpertas y desarmadas. Cuando la República pudo poner en pie un ejército, el avance sublevado se frenó y el genial estratega priorizó los choques frontales, con un elevado coste de vidas humanas en ambos ejércitos y zonas. Con esa táctica de prolongación del conflicto, que fue criticada por sus aliados fascistas, Franco pretendió fortalecer sus aspiraciones sobre el resto del generalato y aniquilar, por décadas, cualquier atisbo de oposición.

El trauma demográfico del conflicto trascendió a los campos de batalla. La Guerra Civil fue la antesala de la Segunda Guerra Mundial, y en ella las potencias fascistas utilizaron España como laboratorio de pruebas. Sus ataques y la represión diezmaron la retaguardia y afectaron a cerca de medio millón de personas. Desde ese mismo momento y a lo largo de la dictadura,

los panegiristas franquistas desarrollaron un discurso de equiparación de culpas que conllevaba un «empate sangriento». La manipulación, ocultación y destrucción de documentos se utilizaron para mantener ese falaz argumento. En este sentido, el trabajo de Hernández consiste en cotejar las cifras más actuales sobre el proceso represivo y la imagen que reflejan dichas investigaciones no puede ser más desigual. Es dispar en su naturaleza, pues mientras la represión en las zonas controladas por los sublevados formó parte intrínseca de su proceso de consolidación militar y depuración política —en palabras del autor «un plan de exterminio premeditado»—, la represión republicana incontrolada se atajó a partir de 1937. Muy diferente en el plano cuantitativo, pues la represión franquista supuso el 72,57% del total y fue especialmente intensa en las zonas arrasadas por los africanistas (44,5% de las víctimas franquistas). También remarca Hernández el hecho de que el 21,2% de las víctimas de la represión franquista lo fueron en zonas donde no hubo guerra. Y por supuesto es distinta en su periodización, pues la represión se extendió más allá del final de la guerra, a través del internamiento en campos de concentración, cárceles o en unidades de trabajos forzados, manteniendo vivo el terror que atenazó la disidencia.

La dictadura franquista implantada inicialmente era fascista. Y aunque su larga duración en el tiempo determinó ciertos cambios formales, algunos rasgos se mantuvieron invariables. El autor se hace eco de los estudios de Ángel Viñas para reafirmar el permanente carácter totalitario del franquismo (poder ilimitado de Franco; permanente exaltación del dictador; supeditación total del partido único y de las Cortes; predominio de la violencia estructural y negación absoluta de la lucha de clases). La propaganda franquista tras

la Segunda Guerra Mundial apostó por el apelativo autoritario para la dictadura. El matiz no es una mera cuestión semántica, pues pretendía dar un barniz de respetabilidad al régimen al comienzo de la guerra fría. Para reforzar ese carácter autoritario no fascista del franquismo se recurrió a la no participación plena de España en la Segunda Guerra Mundial. Dicha circunstancia se atribuyó a la sagacidad del caudillo. En realidad, el motivo por el que España no se incorporó completamente al conflicto hay que buscarlo en la negativa de Hitler de ceder a Franco el control del territorio colonial norteafricano y no en la grave situación económica española.

La vocación de la dictadura de perpetuarse propició la elaboración de numerosas aseveraciones en torno a la figura de Franco que rozaron el paroxismo. Hernández tira de fina ironía para zaherir el carácter mesiánico de Franco como «vivaz» economista que lo mismo impulsaba la autarquía como asumía, tras dos décadas de empobrecimiento, los principios aperturistas del desarrollismo. Pero también recurre a un profundo conocimiento de la historia de las instituciones y medidas asistenciales para desbaratar la falacia de Franco como creador de la «Seguridad Social». El franquismo se limitó a asumir algunas de las medidas ya tomadas por los gobiernos anteriores y a darle un cariz paternalista que reforzara la comunión «en lo asistencial» del Franco con los «productores» españoles. El autor asevera que nunca la Seguridad Social franquista fue universal y desmiente de forma contundente la preocupación del régimen por estas cuestiones, al señalar que el gasto social osciló entre el 6,74% de la riqueza nacional a finales de los sesenta y el 11,66% en 1975.

Igualmente obscena es la afirmación — también muy repetida hasta época reciente y que se utilizaba para reforzar la pureza

moral de la dictadura frente a las corruptelas políticas actuales—, de que «Franco pudo meter la pata, pero nunca la mano». Hernández sintetiza las últimas investigaciones al respecto y demuestra de forma fehaciente que la corrupción fue consustancial al régimen y que el dictador fue uno más de esos corruptos que no solo se enriqueció, sino que también utilizó la corrupción para reforzar la lealtad de sus subordinados. El dictador «sin mácula» se manchó con el dinero procedente de los donativos a su causa, al obtener grandes beneficios de la venta de café brasileño y mediante el soborno mensual que recibía de la ITT. La corruptela se muestra así casi como un hilo conductor de los gobiernos del *corto siglo XX* español, desde los gobiernos del sistema canovista, hasta la mayoría de los gabinetes de la reinstauración borbónica actual, pasando por los manejos de los radical-cedistas y la corrupción inherente a la dictadura franquista.

El libro cierra ese repaso exhaustivo sobre esos mantras asumidos como axiomas, con dos aseveraciones ciertamente chocantes. Por un lado, la defensa de que el franquismo fue un largo período de placidez que los herederos políticos de la dictadura siguen repitiendo sin ruborizarse. Por otro, la canonización de la transición como un proceso modélico. Para desbrozar el trigo de la paja, el autor se hace eco de la intensa actividad represiva del franquismo y que se mantuvo desde el mismo inicio de la guerra y hasta después incluso de la aprobación de la constitución, dejando así en evidencia su carácter pacífico.

Este esfuerzo por parte de Fernando Hernández por realizar una revisión contrastada de la Historia «oficial» del Presente español aún no ha calado lo suficiente en los manuales de secundaria y bachillerato, pues siguen mostrando una visión muy superficial. Especialmente llamativa es la fa-

lax equiparación de responsabilidades en el origen de la Guerra Civil y en la represión que se desencadenó. Es casi inexistente la presencia en los libros de texto de referencias a la represión desarrollada durante toda la dictadura y tiende a reducirse la importancia cuantitativa de la violencia durante la transición. De forma contrapuesta, el milagro económico español tiende a desdibujar los sacrificios económicos de las clases populares. Y el tratamiento de la transición como un proceso idílico se mantiene casi incólume y a duras penas se aprecia el origen dictatorial de las instituciones actuales.

El discurso escolar no es ecuánime. Así, por ejemplo, en los manuales son muy escasas las referencias los procesos de reconocimiento y reparación de las víctimas del franquismo. Y aquí se encuentra la tercera contribución de este trabajo, pues ayuda a visualizar el «currículo ocultado» que numerosos docentes de secundaria tratamos de sacar a la luz. Me estoy refiriendo a esos contenidos cuya presencia en los libros de texto es inexistente o francamente insuficiente. Hechos, acontecimientos o procesos que resultan incómodos para el relato oficial y que debido a las últimas aportaciones historiográficas —a escala estatal o local—, a los denominados movimientos de recuperación de la Memoria Histórica —que han propiciado la visualización de numerosos testimonios centrados en la temática represiva, la excavación de numerosas fosas—, y a la voluntad de numerosos docen-

tes por trasladar al aula estos contenidos —recurriendo a diferentes fuentes como la historia oral, actividades extraescolares, visionados de documentales, lecturas de libros y novelas gráficas—. Hernández apuesta claramente por sacar de los márgenes ese currículo y desarrollarlo plenamente. Y a lo largo de este trabajo esboza algunos de esos temas velados: la pervivencia de más de cien mil desaparecidos en fosas; el olvido interesado sobre los campos de concentración y los trabajos forzados del franquismo; el devenir de los republicanos españoles exiliados tras el final de la Guerra Civil, su importancia en los movimientos de resistencia antifascistas y su paso por los *Lager*; la pervivencia de la represión franquista o neofranquista; la comprensión de las limitaciones y olvidos que conllevó la transición; y la memoria democrática de las víctimas.

La última de las aportaciones con la que se cierra este excelente trabajo de Fernando Hernández consiste, por tanto, en vincular el desarrollo de sociedades plenamente democráticas con el conocimiento por parte de los escolares de los procesos históricos contemporáneos en los que hunde sus raíces el presente. La comprensión de la Historia del Presente debe ayudar a los estudiantes actuales a adquirir la madurez cívica que los convertirá en los ciudadanos del futuro. Es la única manera de evitar que el *bulldozer negro* de cualquier dictadura regrese cada generación para cubrir la historia de desmemoria.

E. P. Thompson. Marxismo e Historia social, de Julián Sanz, José Babiano y Francisco Erice (eds.)*

Sergio Sánchez Collantes
Universidad de Burgos

En junio de 2013, la Sección de Historia de la FIM organizó unas jornadas de debate que reunieron en Madrid a varios especialistas interesados en recordar la obra de Edward Palmer Thompson (1924-1993). Los trabajos allí presentados constituyen el núcleo de este libro colectivo que acaba de ver la luz bajo la dirección de Julián Sanz, José Babiano y Francisco Erice. Entonces se cumplía medio siglo de la publicación del principal estudio del historiador británico, *The Making of the English Working Class* (1963), cuyo impacto justificaba de por sí un homenaje que, no obstante, en España apenas mereció más gestos que su reedición en castellano (Capitan Swing, 2012) y el interesante monográfico que le dedicó la revista *Sociología Histórica* (nº 3, 2013).

En el mundo académico, que sepamos, ni un congreso, ni un seminario, ni cursos de verano o de extensión universitaria recordaron la efeméride, mientras que en otros sitios del mundo se ha producido el fenómeno contrario, empezando por las instituciones más prestigiosas (así la Universidad de Harvard, que en 2013 acogió el congreso «The Global E. P. Thompson: Reflections on the *Making of the English Working Class* af-

Julián Sanz,
José Babiano
y Francisco Erice (eds.)

E. P. Thompson
Marxismo e Historia social

SIGLO
XXI
ESPAÑA



ter Fifty Years»). Basta un simple rastreo en Internet para detectar sus efectos —algunos todavía recientes— en muchos lugares: en el People's History Museum de Manchester, la jornada «50 years of EP Thompson's *The Making of the English Working Class*»; en la l'Ecole Normale Supérieure de París, el seminario «E. P. Thompson et la formation

Julián Sanz, José Babiano y Francisco Erice (eds.), *E. P. Thompson: Marxismo e Historia social*, Madrid, Siglo XXI de España, 2016, 364 pp.

de la classe ouvrière anglaise»; en la Universidad de Santiago de Chile, otro titulado «Thompson y la historiografía marxista británica: entre la utopía y el sujeto»; en la Universidad del Witwatersrand (Johannesburgo), el workshop «History after E.P. Thompson», etcétera. Así que los cambios operados en los paradigmas historiográficos dominantes no bastan para explicar el olvido en nuestro país, aunque constituyan un factor de peso tratándose de alguien cuya memoria, como apunta Xavier Domènech, podría resultar incómoda.

En la obra que editan Sanz, Babiano y Erice se reúne un conjunto de trabajos que, centrándose en aspectos diversos, testimonian la gran influencia que el británico ejerció en la renovación de la historiografía posterior, singularmente —pero no sólo— en el ámbito de la historia social y en particular entre quienes la cultivaban desde la órbita del marxismo. Todavía en este 2016, *La formación de la clase obrera en Inglaterra* figura en *The 100 Best Nonfiction Books of All Time*, una lista de obras confeccionada por Robert McCrum para *The Observer* y en la que ocupa el puesto 19. Thompson, ciertamente, brilló con luz propia en el conocido elenco de historiadores marxistas que alumbró el Reino Unido en el siglo XX.

No es fácil resumir las contribuciones de Thompson a la Historia como disciplina. Cabría indicar, primeramente, el novedoso enfoque del objeto de estudio, planteado con tal originalidad que propiciaba un insólito enriquecimiento temático hacia facetas poco o nada exploradas, y con una creatividad que llevó a figuras de la talla de Hobsbawm a reconocerle el haber sido capaz de «producir algo cualitativamente diferente». En su obra, adquiere importancia el estudio de los valores, las asociaciones, los símbolos, los rituales, los espacios de sociabilidad, la prensa, la literatura popular, el ocio y otros elementos que contribuían a forjar,

en el curso de una experiencia que no desprecia el papel del sujeto, la identidad de clase más allá de los condicionantes rigurosamente económicos. Todo ello, en trabazón lógica, forjó la *cultura plebeya*. A la postre, la nueva mirada de Thompson contribuyó a ensanchar el campo de la historia social. A lo dicho habría que añadir su meritorio uso de fuentes poco convencionales y el tratamiento que les dio, presidido por una atención al dato empírico que, lejos de incurrir en el positivismo acrítico, mantenía un fecundo diálogo con el plano teórico mediante la formulación de preguntas novedosas al documento para la construcción del conocimiento histórico. Otro aspecto que podría destacarse en el británico es el valor dado a la reducción de escala, todavía hoy despreciada por quienes son incapaces de reparar en la aportación decisiva que suponen ciertos análisis locales o regionales para las visiones de conjunto. En relación con esto, debemos recordar que Perry Anderson tachó *La formación...* de localista, idea secundada por otros autores que no veían en la obra más que un simple estudio de caso.

Quien leyó en su día *La formación...* descubrió en sus páginas algo muy diferente de lo que acostumbraba a verse por aquellos entonces. De mérito indudable es su defensa de la complejidad del proceso histórico, superando los reduccionismos deterministas que imperaban en muchos de quienes escribían influidos por el marxismo más mecanicista; pero su trabajo se enfrentaba igualmente a la historia cliométrica y a la sociología funcionalista en boga. Con una personalidad que Ángeles Barrio define como «explosiva, insubordinada y proclive a la polémica», intervino en sonadas controversias en las que se ensañó sobre todo con académicos. Muchos le reprocharon la falta de un armazón teórico en su obra, a veces invocando el antiintelectualismo del

que hizo gala, pero nada impidió que ejerciera un magisterio duradero. A menudo se ha incidido más en sus limitaciones que en sus logros, circunstancia que, de acuerdo con Domènech, «puede llevar a encubrir más que a invitar a descubrir su obra».

Pensemos en las aportaciones del británico a la noción de clase o a la de experiencia, la cultura popular, el «sentido común», la «economía moral» y otros tantos conceptos que, gracias a su trabajo, salpican el de infinidad de autores como préstamos de inequívoca reminiscencia thompsoniana. Respecto a las debilidades teóricas, es posible que su legado conceptual, más que en los pocos textos consagrados a definiciones precisas, deba buscarse en el conjunto de su obra, tal y como sostiene Ferran Archilés, que tampoco pasa por alto la riqueza de matices que subyace en las contradicciones que pudieran advertirse. El huir de categorías analíticas rígidas justamente habría favorecido esto. En reflexiones sobre el concepto de clase, la conciencia de clase y la lucha de clases es particularmente rico el capítulo de Xavier Domènech, que repasa propuestas medulares de Thompson aquilatando su utilidad frente a las críticas vertidas desde el posmoderno giro lingüístico.

En vista de lo dicho en los párrafos anteriores, es lógico que Elena Hernández Sandoica se arme de razones para sostener la vigencia de Thompson y la necesidad de seguir leyendo su obra. Todo lo contrario de quienes, como Tony Judt, desaconsejaron el considerarlo seriamente. Incluso algunas críticas que le hizo al mundo académico parecen de lo más actuales, como se encarga de subrayar Archilés al recordar su denuncia del autoritarismo y la mercantilización de la universidad. La utilidad de la obra thompsoniana para el momento presente, en fin, también queda ejemplificada en el trabajo que firma Pedro Benítez, que ve en el 15M una manifestación del con-

cepto thompsoniano de economía moral de la multitud, cifrada en la legitimidad de una indignación que sobreviene al transgredirse reglas y valores esenciales en los que previamente se basaba la convivencia.

En este libro abundan las consideraciones sobre la obra cumbre de Thompson, el influyente libro *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. A su legado se consagra específicamente el capítulo de la profesora Barrio Alonso, quien sobre todo repasa las críticas que recibió y su influencia en la historiografía norteamericana (singularmente en la *labour history*). Pero la gestación de esa obra no se comprendería sin profundizar en la etapa que la precedió, objeto del estudio de Ferran Archilés, ni debe ocultar la relevancia de otras como la que le dedicó a William Morris. Los trabajos del británico, en fin, son numerosos, como refleja la minuciosa recopilación de Adrià Llacuna, que sirve de broche a un libro que facilita un acercamiento muy poliédrico al legado thompsoniano.

Buena parte del volumen se dedica al ascendiente que específicamente cosechó en España, a pesar del sensible retraso de la traducción al castellano de su principal obra, que hubo de esperar catorce años; y, si atendemos a la calidad de la traducción, como matiza Domènech, tuvo que pasar otra década larga hasta la edición que hizo Crítica en 1989. De esa recepción en nuestro país hablan los capítulos que firman Rafael Ruzafa, que se centra en los estudios relativos al siglo XIX y traza un completo estado de la cuestión en el que mezcla las oportunas referencias a autores y enfoques en los que subyacían «sensibilidades de lo thompsoniano»; José Antonio Pérez, que rememora el influjo de la obra del británico (ese «soplo de aire fresco») en quienes investigaron el movimiento obrero español en el XX, atraídos «por su amplitud y trascendencia, por su profundo y fino análisis

de toda una época», de modo que dejó una huella imborrable en los estudios sobre los trabajadores durante el franquismo; o Javier Tébar Hurtado, que reflexiona sobre las representaciones sociales y las culturas políticas en la movilización social de los últimos años de la dictadura.

Otra de las críticas que se le hicieron al británico fue la de sus carencias en materia de género. Esta dimensión la aborda Miren Llona, que repiensa el legado thompsoniano desde esa perspectiva y recapitula las censuras más notables que se dirigieron a sus conceptos de experiencia y de clase. Aunque la presencia de las mujeres no falta en su obra, esta autora observa que lo que se ofrece es «una versión masculina de la formación de la clase». Sea como fuere, Llona reconoce la contribución de sus trabajos al desarrollo de la nueva historia de las mujeres y a la historia de género que surgió al calor del movimiento feminista, dado que abrió «nuevos canales para la comprensión del pasado», pudiendo documentarse su inspiración todavía en obras de los noventa (así las de Sonya O. Rose y Anna Clark). La ausencia de un análisis de género queda bien ilustrada en el famoso artículo «La venta de esposas», que también es uno de los que examina Ubaldo Martínez Veiga en su aproximación a Thompson desde la antropología, recuperando los trabajos que guardan más relación con esta disciplina para ilustrar «el proceso de mutua fecundación» con la Historia, labor que aprovecha también para señalar las influencias gramscianas.

La militancia política de Thompson, que desde 1956 —a raíz de la invasión soviética de Hungría— sufrió un reajuste hacia lo que él mismo llamó un «humanismo socialista» y, tras engrosar la New Left, recaló finalmente en las luchas pacifistas y antinucleares de los ochenta; toda esa trayectoria de activismo marcó su quehacer historiográfico

co en tanto en cuando se interesó por las clases populares y por construir una historia *desde abajo*. Se observa, en palabras de Hernández Sandoica, una permanente y voluntaria «identificación con sus objetos de estudio», en ese afán de rescatar a los *perdedores* de la historia que, como matiza Archilés, hace que el británico despliegue «un proceso de empatía donde pasado y presente se conectan». Ahora bien, su perfil de historiador comprometido no le hizo incurrir en la mala práctica de usar el aula como espacio de adoctrinamiento, mostrándose expresamente «en contra de mezclar la docencia con cualquier variante de proselitismo político, porque eso es aprovecharse injustamente de una posición de ventaja sobre los estudiantes». El análisis de esa doble faceta militante y profesional (el oficio de historiador) es lo que centra la contribución de Juan Andrade al volumen.

Más allá de los contenidos en sí, hay algo de Thompson que deberíamos aprender quienes nos dedicamos a la investigación histórica cuando procedemos a la llamada «transferencia de resultados». Nos referimos a su «excelente pulso narrativo», virtud que señala Ferran Archilés, coincidiendo con varios autores de la obra, incluidos quienes la dirigen, y otros que se han pronunciado en el mismo sentido (por ejemplo, Sewell Jr.). Semejante rasgo todavía es más digno de alabanza en los tiempos actuales, cuando, como recuerda la profesora Hernández Sandoica, «aplaudimos el tono popular y atractivo, muy accesible, del relato histórico». El estilo literario del británico, gracias seguramente a la experiencia de sus clases para adultos de la Universidad de Leeds pero también a su atípica relación con el mundo académico, es eminentemente llano y sencillo, en definitiva, comprensible. No por casualidad, ha llegado a decirse que es el historiador más citado del siglo XX. Y esa medalla la consiguió firmando, en

palabras de Andrade, «obras de referencia para cualquier historiador social o cultural serio».

Varios de los colaboradores del libro recuerdan en primera persona el ascendiente que ejerció Thompson sobre su forma de trabajar, ya fuese por la lectura directa o por las enseñanzas que recibieron de otros. Y esto cabe ampliarlo al bachillerato, donde han venido ejerciendo tantos/as docentes formados/as en aquellas universidades en las que lo thompsoniano continuó respirándose más allá de los ochenta. Quien firma esta reseña, aunque sin llegar a conocer su verdadero relieve, descubrió al británico en el Curso de Orientación Universitaria de 1996-1997, cuando la profesora que impartía «Historia del mundo contemporáneo» repartió en el aula, fotocopiado, uno de los capítulos de *La formación...*, en concreto el titulado «Niveles de vida y experiencias». Por añadidura, hay fragmentos de su obra que han salpicado los libros de texto con los que aprendieron historia ininidad de

estudiantes preuniversitarios en todos estos años. A veces, es suficiente un pequeño bocado para despertar vocaciones y avivar el interés por la *historia desde abajo*, de modo que no hay que subestimar su huella, con otras influencias, en la idea que varias generaciones de bachilleres se formaron sobre las clases populares y trabajadoras.

Confiemos en que no pasen inadvertidas futuras efemérides que podrían justificar un recuerdo más justo que el que se le ha dispensado últimamente a una figura de peso incuestionable en la renovación historiográfica. Y que esto se haga, como bien sugiere Andrade, sin incurrir en una mitificación que resultaría contradictoria si lo que se persigue es «valorar la apertura mental y el carácter antidogmático de Thompson». En este sentido, nada mejor que terminar recordando que ya se divisan en el horizonte tanto los 25 años de su muerte (2018) como —quizás más redondo para un homenaje— el centenario de su nacimiento (2024).

ENCUENTROS

«Jornadas sobre Comunismo Británico y Compromiso»*

Sheryl Bernardette Buckley
University of London

El 9 de junio de 2016 en el Labour History Archive and Study Centre del People's History Museum de Manchester, un grupo de investigadores, simpatizantes y antiguos miembros del partido se reunieron para analizar el concepto de compromiso dentro del Partido Comunista de Gran Bretaña (CPGB). El encuentro, «Jornadas sobre Comunismo Británico y Compromiso», forma parte de un proyecto de investigación más amplio, «Guerras de posiciones: el comunismo y la sociedad civil» financiado por el Arts and Humanities Research Council (AHRC) y dirigido por Ben Harker, de la Universidad de Manchester.

El CPGB, constituido en 1920, tuvo en su punto álgido aproximadamente 56.000 miembros y dos diputados en el Parlamento; además, a un nivel menos cuantificable y más personal, trascendió y afectó a muchos ámbitos de la vida británica. Como cabe esperar, fue en el ámbito del trabajo en donde estuvo más presente. Sus cuadros industriales, por los que tuvo más fama y fue más temido, tuvieron una intervención numérica importante en el corazón de los sindicatos mientras que sus intelectuales se encontraban en numerosas profesiones y



La sufragista Charlotte Despard (1844-1939) durante un mitin comunista en Trafalgar Square en junio de 1933 (Foto: Hulton Archive)

en muchas de las publicaciones del partido. No fue hasta finales de los 70 y ya metidos en los 80 que estos dos elementos distintos del CPGB entraron en inevitable y abierto conflicto, representado inicialmente por los órganos principales del partido, *Morning Star* y *Marxism Today* respectivamente. Esto, unido al cataclismo del derrumbamiento del comunismo mundial, aseguró

* «British Communism and Commitment Day School», Manchester, 9 de junio de 2016. Traducción de Antonia Tato Fontañá

que el gran abismo abierto entre los dos sectores llevara al fin del partido en 1991. Antes de este final hubo una rica historia, documentada por un volumen importante de diarios, actas y publicaciones oficiales; todo lo cual ha dado lugar a un inmenso interés en el CPGB por parte de historiadores y antiguos militantes. Es en el Labour History Archive and Study Centre en el People's History Museum de Manchester en donde muchos de estos documentos pueden ser localizados.

El objetivo de la conferencia de junio tenía dos vertientes: por supuesto, su intención era fomentar el debate sobre un partido político que fue una presencia perenne dentro de la política británica, pero también una oportunidad de recibir nuevos materiales de archivo para el museo, ahora a disposición de los investigadores. Los asistentes a la conferencia tuvieron la oportunidad de saber de estos materiales a través del propio archivero del proyecto, James Darby y se les ofreció una visita guiada por el archivo. Los documentos que están ahora disponibles son de gran importancia para cualquiera que esté interesado en el CPGB, en especial para aquellos que lo estén en las etapas intermedia y final del partido. Un conjunto importante lo forman los documentos del fallecido Monty Johnstone, figura crucial en la facción eurocomunista del partido y miembro del Comité Ejecutivo del mismo. A los papeles de Johnstone se le unen los del extinto Paul Olive, también fundamental en la facción eurocomunista y antiguo editor y escritor en órganos del partido tales como *Comment*, *Marxism Today* y *Morning Star*. El último legado que la conferencia celebró pertenecía a John Attfield, historiador y antiguo secretario del Grupo de Historia del partido, al que los asistentes estuvieron encantados de recibir en persona. La asistencia de Attfield permitió a todos beneficiarse de su expe-

riencia como historiador pero también de su memoria personal sobre su compromiso con el CPGB, oportunidad que no suele ser frecuente.

La presencia de Attfield fue debidamente complementada por la considerada organización del programa de la conferencia; en la mesa redonda se le unió Frances King, historiador, antiguo miembro del partido y editor de *Socialist History*. También participó en esta sesión Geoff Andrews, historiador y autor de trabajos que incluyen *Endgames and New Times: The Final Years of British Communism 1964-1991* (2004); el segmento final de la serie de trabajos de varios historiadores que documentan la historia del partido formó parte de esta sesión. El moderador de la mesa fue Kevin Morgan, renombrado historiador del CPGB y editor de destacadas publicaciones relacionadas con el tema. Programada al final de las Jornadas, la mesa redonda estaba diseñada como una puesta en común de todos los debates que habían tenido lugar sobre el concepto de compromiso dentro del CPGB y salpicada por las memorias y recuerdos de algunos de los participantes de su propio paso por el CPGB. La capacidad del encuentro para compartir con los asistentes la experiencia de haber estado en el partido fue también enriquecida por la participación de Jane Bernal, la hija de Margot Heinemann. El trabajo de Bernal resucitó la memoria histórica de Heinemann a través de sus escritos, en especial los que trataban sobre los mineros, por medio de un relato de primera mano, muy personal, de su vinculación con el CPGB.

El punto esencial del encuentro era establecer contacto con el concepto de compromiso dentro del partido, un concepto convertido en interesante por el cataclismo final del partido y también por su significativo declive después de los acontecimientos de 1956. Incluso a un nivel más logísti-

co, las bien documentadas expectativas del partido de un nivel de compromiso riguroso y exigente a todos los niveles jerárquicos aseguraron que la agenda de la conferencia fuera relevante para cualquiera con interés en el CPGB y en la extrema izquierda británica en general. Una de las conclusiones del tema de las Jornadas fue que muchas de las ponencias presentadas consideraban que el compromiso de un individuo con el CPGB, envuelto en la apreciación de que tener un carnet del partido afectaba áreas de la vida de la persona, a menudo pudo ser problemático. La ponencia de Aiden Byrne, «Lewis Jones: la lucha por el compromiso» expuso cómo las dos novelas de Jones, *Cwmardy* (1937) y *We live* (1939) podrían ser percibidas como el intento del autor de ofrecer una crítica de las expectativas del CPGB con respecto a sus miembros y la clara presión que esto ejercía en los individuos. Continuando el programa bien diseñado de la conferencia, los participantes disfrutaron de la intervención de Matthew Taunton, *Communism by the Letter: Doris Lessing and Commitment*, que profundizó en la compleja relación entre la línea del partido y la conciencia individual de Lessing. El trabajo de Glyn Salton-Cox, *Sylvia Townsend Warner and Valentine Ackland's Queer Commitment*, trató las dificultades de la combinación aparentemente incompatible, pero satisfactoria, de una relación lésbica y la afiliación al CPGB.

Invariablemente, cualquier grupo político que combina el potencial de ser percibido como subversivo con un exigente programa personal a sus miembros perderá algunos de sus activistas. Por supuesto, esto se refleja objetivamente en las cifras de afiliación al partido, pero el encuentro también permitió que esto se personalizara gracias al examen de una selección de autobiografías de ex comunistas. La de Lewis Young, «Douglas Hyde y el Dios que fracasó: un

viaje de activista comunista a teórico católico anticomunista», analizó la de Hyde, *I Believed: The Autobiography of a former British Communist*, a menudo utilizada por los enemigos del partido durante el apogeo de la Guerra Fría para denunciarlo como una fuerza subversiva, subordinada al comunismo soviético y a su tiranía. Como Young argumentó, la opción de Hyde de romper con su comunismo era mucho más compleja de lo que a menudo se reconoció y estaba englobada dentro de sus propias creencias religiosas y de su creciente compromiso con la iglesia católica, de credo incompatible con su afiliación política. Don Watson también analizó «Yo Creo», pero la situó dentro del contexto de otros cinco ex comunistas, cuyas memorias fueron publicadas durante el período de 1948 a 1953: *Reason in Revolt* de Fred Copeman; *Lost Illusion* de Freda Utrley; *Truth Will Out* de Charlotte Haldane; *Generation in Revolt* de Margaret McCarthy; y *The Communist Technique in Britain* de Bob Darke. Trabajando a través de estos textos y apreciando a la persona detrás de ellos, Watson demostró que estas obras ofrecen una rica aportación a la memoria comunista.

Así como el concepto de compromiso fue fundamental en la vida de muchos comunistas de forma individual, también fue posible debatirlo desde un punto de vista más colectivo. Como muchos lectores interesados en el CPGB sabrán, uno de los lugares donde fue percibido el partido de forma más potente fue en gran parte de los sindicatos británicos, más habitualmente en los alineados con la industria tradicional, donde muchos comunistas desempeñaron puestos de liderazgo como dirigentes sindicales y a menudo se podían encontrar carnets del partido en los bolsillos de numerosos trabajadores de base. La ponencia de Sheryl Bernadette Buckley, «Comunistas en la minería: ¿funcionarios leales al partido o sindicalistas comprometidos?»

analizó lo que significaba ser un sindicalista comunista en el Sindicato Nacional de Mineros (NUM) examinando si alguna vez estas posiciones entraron en conflicto y, si fue así, cómo lo llevó el partido. En la misma mesa redonda, Geoff Brown, en 'John Tocher, los límites del compromiso', analizó cómo uno de los bastiones cruciales en las intervenciones del partido dentro del sindicato Amalgamated Engineering and Electrical Union (AEU), John Tocher, anuló su compromiso con el partido en su renuncia en 1976. Como Brown dijo, Tocher explicó su decisión atribuyéndola a «razones personales», una estrategia que Brown vio como un acto final de lealtad con el fin de minimizar el daño a la reputación de un partido con el que Tocher se había ido desilusionando cada vez más.

Las Jornadas recordaron a los asistentes que, más que una organización dogmática y rígida, el CPGB se componía de individuos, todos ellos tratando de situar sus propias identidades personales dentro de la exigente estructura de la vida de partido. Es tentador referirse a estos individuos como «comunistas». No cabe duda de que esto era cierto, y hay pocos indicios de que la mayoría de los miembros del partido intentara ocultar a los 'de fuera' su afiliación

política y su compromiso, incluso en casos donde esto les provocó la hostilidad de los otros o donde su pertenencia al partido les hizo cuestionárselo en relación con otros ámbitos de su vida. Para algunos activistas, como las Jornadas mostraron, su compromiso con el comunismo se desgastó y el intento de racionalizar sus experiencias a través de sus publicaciones se convirtió en una herramienta con la que criticar al partido al que una vez habían pertenecido. Para otros, su compromiso con el partido nunca flaqueó, y fueron capaces de combinar esto con sus otras identidades. Este encuentro permitió que estos retos y ejemplos fuesen debatidos dentro del contexto de un nuevo material de archivo y de recuerdos de primera mano de lo que ser miembro del CPGB había implicado. El proyecto del que este evento forma parte, *Wars of Position: Communism and Civil Society*, de Harker, es una contribución inmensamente importante y significativa a lo que ya sabemos del CPGB. Para aquellos que no pudieron asistir, hay una oportunidad de involucrarse con el proyecto a través de su próximo evento, *Wars of Position: Communism and Civil Society*, que se celebrará en Manchester, del 8 al 10 de junio de 2017.

Congreso

Los otros protagonistas de la transición: izquierda radical y movimientos sociales

Febrero de 2017 en Madrid

Organiza:



Fundación
Salvador
Seguí

Colaboran:



Departamento Ciencia Política y
de la Administración II de la
Universidad Complutense de
Madrid



International Oral
History Association

Contacto: congresotransicion2017@gmail.com

«IIº Congreso de historia del PSUC»*

Mariano Aragón

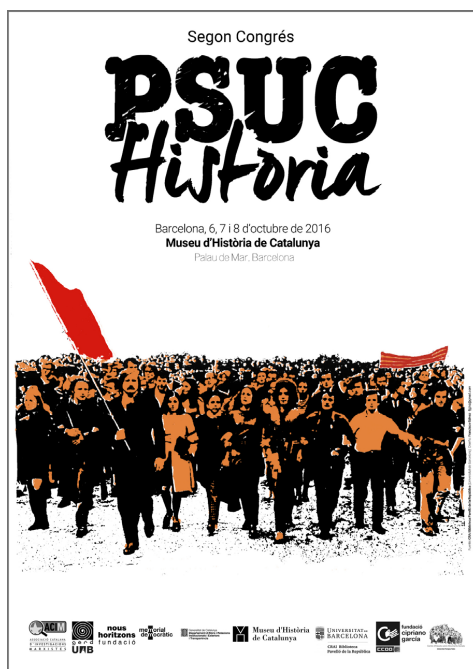
Associació Catalana d'Investigacions Marxistes (ACIM)

La Associació Catalana d'Investigacions Marxistes (ACIM), el Grup d'Recerca Republica i Democràcia (GERD) de la UAB y la Fundació Nous Horitzons organitzamos el IIº Congreso de historia del PSUC los pasados días 6,7 y 8 de octubre.

Se presentaron 18 ponencias, 15 comunicaciones y un hubo una sesión memorial en recuerdo de Paco Fernández Buey y de Miquel Caminal, incluidos dos vídeos (pueden verse en www.fcim.cat). Todo ello, más los debates de cada ponencia y la asistencia presencial de 118 personas, nos ha ofrecido un valioso material de análisis e historiográfico que esperamos tener editado en libro e imagen en los primeros meses de 2017.

El congreso supone una mirada al PSUC desde sus militantes, a un PSUC como militante colectivo, que diría José Luis Martín Ramos en unas rápidas conclusiones. Por ejemplo, sobre el PSUC del Frente Popular: «En el que se establecen ya sus principales señas de identidad: partido revolucionario pero no 'revolucionarista' (ni reformista); partido nacional, no nacionalista; partido de clase, no de aparato. Y partido que tiene la voluntad de articular una alianza social hegemónica para la transformación revolucionaria de la sociedad; y por tanto, también, que asume las contraposiciones que pueden plantearse en esa alianza, y las deba-

* Barcelona, Museu d'Història de Catalunya, 6-8 de octubre de 2016.



te... hasta dejarse llevar a la fractura, cuando esas contraposiciones se enquistan en contradicciones en el seno de la sociedad».

«Un partido —continúa Martín Ramos— que se reconstruye después de la derrota y que llega a su cenit en la lucha contra el franquismo. Una lucha que desarrolla sobre tres ejes: la movilización social, la política unitaria y el combate cultural; ejes que se cruzan, se interfieren en ocasiones».

Como se apuntaba también en las conclusiones, el congreso trató de «un PSUC visto con ojos críticos en las ponencias y

los debates. Problemas que se han considerado: 1) Implicaciones y consecuencias del partido de masas (el gran crecimiento militante de 1975-1977); 2) Contradicciones entre la dinámica autónoma de los movimientos sociales, que el PSUC impulsa, y la política unitaria (concebida a veces en términos reducidos de política de coalición de partidos); contradicciones que llevaron a una crisis de crecimiento en 1967 y otra, más grave, de agotamiento, a partir de 1977».

Y, no obstante, el valor social y político mayor de la izquierda catalana en el tramo central del siglo XX fue el de la lucha por la democracia.

Otros datos relevantes de este congreso, los pusieron las miradas de los asistentes sobre la salida al Franquismo y la posibilidad de la ruptura democrática, y también algunas comunicaciones de quienes se re-

claman herederos del PSUC; mirada crítica, con algún signo de nostalgia, pero sin apasionamiento, «normalizando» autocriticamente la contribución a aquel «desastre» político de la crisis del partido en la Transición. Por supuesto, como se verá en las actas cuando se editen, no finalizamos nada, no era un congreso de «réquiem», sino que pretendía mostrar el papel de las personas, de los militantes, que hicieron posible reconstruir «el partido» después de la derrota.

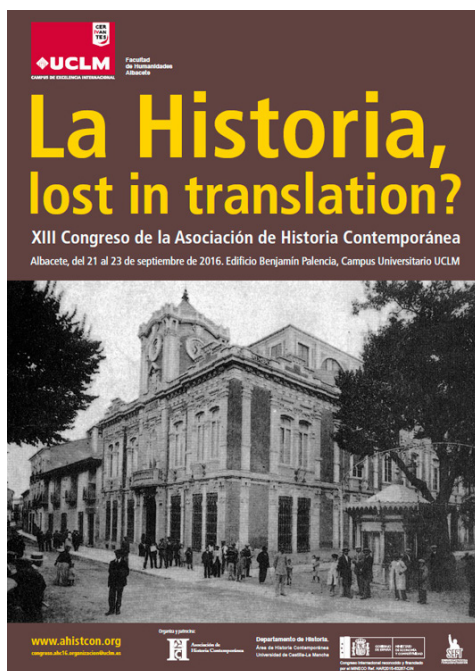
Por último, es interesante señalar que la mitad de las ponencias y cinco comunicaciones fueron impartidas por jóvenes historiadores e historiadoras que trabajan en este campo temático. Ello nos permite ser optimistas en la continuidad de la investigación y por tanto en fijar en el horizonte un tercer congreso con al menos tantas publicaciones como las habidas entre el primero y este segundo.

«*La Historia, lost in translation?* XIII Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea»*

Julián Sanz Hoya
Universitat de València

No está claro si, como algunos vienen señalando, la historia se ha perdido en la traducción del lenguaje académico a la lengua común. Lo que sí es probable es que en Albacete cualquiera de las personas asistentes se perdiera muchos talleres interesantes, algo inevitable dado que se desarrollaron 36 en cuatro sesiones, de modo que en cada sesión coincidían nueve mesas y, forzosamente, no fue infrecuente que se solaparan talleres de temáticas similares. Sin duda, la apertura del formato de los congresos de la AHC desde hace ya casi una década, del congreso en torno a un tema o eje más o menos amplio, a uno de tipo general, ha permitido una mayor capacidad de inclusión, una democratización en el diseño de los contenidos y la posibilidad de reunir a parte importante de los investigadores e investigadoras del ramo. Pero cabe apuntar para la reflexión que este tipo de congresos tan amplios, aparte de los problemas organizativos que suponen, genera cierta frustración por esa acumulación de talleres, que dificulta asistir a muchos de interés, aparte de la presencia no siempre justificada de algunos temas repartidos en varias mesas.

Con tal número de talleres y más de tres centenares de comunicaciones, resulta in-



viable ofrecer un repaso de cada cuestión abordada en el congreso organizado por la Universidad de Castilla-La Mancha y la AHC. Sí es posible señalar y felicitarse de la gran pluralidad temática, aunque con el predominio de algunos períodos y grandes preocupaciones. Desde el punto de vista cronológico, es constatable la notable presencia del estudio de la dictadura franquista, que progresivamente se va ampliando

* Albacete, 21-23 de septiembre de 2016

hacia la transición y la democracia, mientras que otras fases que en el pasado habían sido centrales en el análisis historiográfico, como la España liberal o la Segunda República, han tenido menor presencia específica como tales períodos (a destacar, respectivamente, un taller sobre el Sexenio y otro, con morbo por los agrios debates previos pero con contención y ganas de intercambiar planteamientos por parte de coordinadores y participantes, sobre la España del Frente Popular).

Debe matizarse, en todo caso, que muchos talleres presentaban grandes temas en un marco cronológico amplio, donde lógicamente los análisis ubicados en el siglo XIX y las primeras décadas del XX han estado muy presentes. Cabe destacar, en especial, un conjunto de mesas dedicadas específicamente a problemas relacionados con los procesos de modernización. A las mismas cabe sumar los talleres que han analizado en el largo plazo –con frecuencia, por tanto, en relación con los debates sobre la modernidad, la modernización y la construcción de la España o el mundo contemporáneos– cuestiones como las identidades nacionales y los procesos de nacionalización, el mundo rural, el trabajo, la ciudadanía social, las ciudades, la construcción del Estado, el Estado interventor y la ciudadanía social, la religión y el laicismo, o la relación entre reacción y modernidad. En muchas de estas mesas, por tanto, han tenido representación comunicaciones vinculadas tanto a la historia social, la historia cultural, la historia política y la historia económica (esta última, también con presencia específica en tema tan clásico de nuestra historiografía como el ferrocarril), con frecuencia afortunadamente entrelazadas. Otros temas que han tenido una presencia notable han sido los relacionados con la violencia y los espacios punitivos; con la transmisión de la historia, la me-

moria y los usos del pasado; con las relaciones y los intercambios internacionales; así como con la historia comparada e internacional. Por último, es posible señalar la existencia de mesas sobre la izquierda, las derechas (reacción y fascismo), el enfoque de género, historia de la historiografía, populismos e identidades, intelectuales, opinión y propaganda...

La pluralidad reseñada impide hablar, por tanto, de una historiografía que avance al unísono sobre determinados temas, modas o paradigmas. Desde luego, no parece que haya desaparecido el análisis de las grandes estructuras o de los grandes progresos, ni menos que exista un predominio de los planteamientos *post* que algunas voces abanderaban como única clave de progreso y otras rechazaban como potencial disolución de la ciencia histórica. Y, aunque con frecuencia no se trasluciera en exceso en los títulos de los talleres, muchas comunicaciones de diferentes mesas pueden adscribirse a una historia social, o sociocultural según los casos, donde los sujetos subalternos (mujeres, sectores obreros, campesinos, reprimidos...) estaban bien presentes con sus condiciones de vida, sus luchas y su agencia propia.

Otra cosa es el estudio de las izquierdas, donde sorprende la presencia de un solo taller específico, aunque comunicaciones de otras mesas también abordasen cuestiones relativas a diferentes fuerzas de progreso. «Las izquierdas en los procesos de transición de la dictadura a la democracia en la Península Ibérica y América Latina» se tituló el interesante marco de intercambio y comparación impulsado por C. Molinero y P. Ysàs: registró interesantes comunicaciones sobre el cono sur latinoamericano, alguna mirada comparativa con el caso portugués, además de la esperable mayoría sobre la transición española y de una sorprendente falta de representación portuguesa. Las

organizaciones comunistas, el sindicalismo, las asociaciones vecinales, los curas y el obrerismo cristiano, o los homosexuales, fueron algunos de los colectivos protagonistas de la lucha contra las dictaduras y la opresión social abordados, dando lugar a debates de interés sobre la movilización y la posterior desmovilización del movimiento vecinal, la relevancia del mundo católico de base, o la conveniencia de diferentes cronologías para abordar los diversos procesos transicionales en España. Por la conexión temática, conviene recordar que en el taller sobre «Autoritarismo y democracia en el mundo rural (1850-2000)», coordinado por M. Á. del Arco y A. Herrera se presentaron también comunicaciones de gran interés sobre las movilizaciones agra-

rias y la reconstrucción de la izquierda en las comarcas rurales durante el tardofranquismo y la transición.

Sin duda, son muchas las cuestiones de interés —el mundo del trabajo, las identidades de clase y nacionales, el republicanism, los debates sobre la memoria, las cárceles, el fascismo español y un largo etcétera— que quedan fuera de esta reseña. Para ello les remitimos a la próxima publicación de las actas del congreso por parte de la Universidad de Castilla-La Mancha. Y, claro, a estar atentos a otras citas relevantes, que en el caso de la AHC se concretan en el próximo Encuentro de Jóvenes Investigadores, a celebrar en Zaragoza el próximo año, y el decimocuarto congreso de la Asociación, en Alicante dentro de dos años.

Memoria Democrática (Histórica), una nueva estrategia que impulse el proceso constituyente

Antonio Segura

Abogado penalista y profesor de Máster en la Universidad Carlos III

Para hablar de Memoria Histórica hay que colocar en primer término el concepto impunidad. ¿Qué significa impunidad? No juzgar los crímenes franquistas. Pero, además hay que hablar no solo de juzgar los crímenes de ese régimen, sino de juzgar al propio régimen, sus orígenes y consecuencias: condenar el franquismo. Pero no una mera condena panfletaria o proclama institucional, es necesario una condena político-jurídica que corrija lo que el franquismo destruyó y construyó.

La lucha contra la impunidad y por la memoria, si quiere ser efectiva, debe pasar por saber cuáles son los verdaderos objetivos ideológicos de esa lucha. Y en esta lucha, hay evidentemente dos posiciones encontradas, los que defienden el franquismo, su régimen y la evolución de éste tras la muerte del dictador (aunque públicamente digan lo contrario), y los que entendemos que no podemos dirigirnos a un proceso constituyente, hacia una verdadera democracia homologada, si no colocamos legalmente al franquismo en el lugar que le corresponde ante la historia y ante el derecho.

Hay un texto del que debemos partir:

«La Asamblea General recuerda que, en mayo y junio de 1946, el Consejo de Seguridad hizo un estudio sobre la posibilidad

de que las Naciones Unidas tomaran nuevas medidas. El Subcomité del Consejo de Seguridad encargado de tal investigación llegó unánimemente a la conclusión de que:

(a) En origen, naturaleza, estructura y conducta general, el régimen de Franco es un régimen de carácter fascista, establecido en gran parte gracias a la ayuda recibida de la Alemania nazi de Hitler y de la Italia fascista de Mussolini.»^[1]

No es necesario que lo dijese Naciones Unidas, pero es importante, porque —además de ubicar a Franco y su régimen al lado de los fascistas en la Segunda Guerra mundial— nos sitúa en el lugar correcto desde donde se debe concentrar el análisis de ante qué y ante quiénes nos situamos.

No se puede acabar con la impunidad del régimen franquista si no utilizamos todo el derecho internacional emanado de Núremberg para con los regímenes fascistas (como se ha hecho en el resto del mundo) y si no lo hacemos desde una clara posición antifascista. De no hacerlo así, estaremos comportándonos, aunque no lo pretendamos, en defensores de lo que tratamos de combatir.

1.- Resolución 39(I) de la Asamblea General de la ONU sobre la cuestión española, 12 de diciembre de 1946. <http://www.derechoshumanos.net/memoriahistorica/1946-Resolucion-ONU.htm>. (Consulta: 27 de septiembre de 2016)

Y este análisis requiere también tener claro que quiénes han mantenido hasta hoy este régimen y su heredero, el régimen del 78, son conscientes de esa realidad jurídico-política y han mantenido una estrategia exitosa que ha evitado ese enjuiciamiento y esa condena, siendo conscientes de que el afrontar tanto éste como aquella, desembocaría en un final de régimen. De ahí todo el diseño de un verdadero sistema de impunidad, que ya es conocido como el «sistema de impunidad español» que fue exportado a América Latina, Chile, Argentina, etc., y ahora a Colombia. Países que sólo acabaron con su sistema el día que comprendieron la necesidad de utilizar los tipos penales del derecho internacional, emanados de Núremberg y declarar nulas las leyes «mordaza», leyes de amnistía y «punto final» que consolidaban dicha impunidad.

Es por ello que, a pesar de los años transcurridos, cualquiera que se acerca a esta cuestión se encuentra con la dejación por parte del Estado de la cuestión de las víctimas, de la memoria y de los derechos humanos. Y es precisamente desde el discurso de derechos humanos desde donde se puede hacer frente a la situación concreta y exigir al Estado la justicia necesaria para poner fin a la situación de desmemoria, dejación e impunidad a que se ha reducido esta cuestión de forma, muchas veces, intencionada. Pero desde los derechos humanos entendidos en toda su extensión, sin excluir la aplicación del derecho internacional emanado desde la Segunda Guerra Mundial y Naciones Unidas hasta nuestros días, sin exclusiones ni atajos, en toda su extensión.

Y de nuevo no es algo que se le ocurra al que escribe, es uno de los fundamentos de ese cuerpo jurídico emanado de Naciones Unidas en relación con los derechos humanos. Así se especifica en el informe Joinet sobre la cuestión de la impunidad de los au-



El dictador Francisco Franco saluda a Felipe de Borbón en presencia de su padre. Pazo de Meiras (A Coruña), agosto de 1975.

tores de violaciones de los derechos humanos en aplicación de la decisión 1996/119 de la Subcomisión de Prevención de Discriminación y Protección de las Minorías, E/CN.4/Sub.2/1997/20.^[2]

Por contrapartida —dice el informe— tiene, a cargo del Estado, el «deber de la memoria» a fin de prevenir contra las deformaciones de la historia que tienen por nombre el revisionismo y el negacionismo. En efecto, el conocimiento —para un pueblo— de la historia de su opresión pertenece a su patrimonio y como tal debe ser preservado. Tales son las finalidades principales del derecho de saber en tanto que derecho colectivo.

Por lo tanto, las estrategias del propio régimen del 78 de reducir el derecho a saber al plano meramente privado, es decir,

2.— <http://www.derechos.org/nizkor/doc/joinete.html>. (Consulta: 27 de septiembre de 2016).

a ser un derecho solamente de las familias, de recoger a sus enterrados y llevárselos sin más, que es lo que ha legislado la mal llamada «Ley de Memoria Histórica» estatal, no es más que un intento táctico del revisionismo de no cumplir los principios del derecho internacional con el fin de seguir garantizando la impunidad.

Sirva esto de ejemplo de que no solamente existe un sistema de impunidad, sino que el mismo va evolucionando y consolidándose incluso con el apoyo de gentes con buena fe, pero que son utilizadas para conseguir lo que contrariamente y tan desesperadamente persiguen.

Sigue siendo inaceptable (tal y como establecimos en el documento «La cuestión de la impunidad de los crímenes franquistas,» firmado en 2004 por la mayoría de asociaciones memorialistas de nuestro país)^[3] que los familiares de las víctimas que han visto pasar los años de democracia en silencio y humillación, vean que se les va la vida entre las manos sin conocer el destino final de los que sufrieron los actos planificados de exterminio y que no puedan, aun con los datos históricos en la mano, proceder a la recuperación de sus restos en forma legal, legítima y con los honores que les corresponden, llegando al absurdo jurídico de jueces que se niegan a proceder de conformidad con las normas legales vigentes y que, muchas veces, ni siquiera haya un letrado dispuesto a asistirles.

Y ello es así por no querer ubicar el origen del problema en la etapa histórica donde nació, no querer usar el derecho internacional de los derechos humanos y el derecho humanitario emanado de Núremberg, y utilizar tipos jurídicos ilegales en derecho internacional como la Ley de Amnistía, y consolidarlos con nueva normativa

como las leyes de memorias, ambos últimos divergentes con ese derecho internacional mencionado.

Los crímenes de la represión franquista se enmarcan en el contexto europeo y su calificación viene dada por el derecho emanado de Núremberg. El significado del proceso de Núremberg no queda tanto en su función de cierre de una época, sino en la apertura de otra en la que prime un nuevo derecho humanitario internacional, una nueva vigencia de los principios universales de los derechos humanos.

Quien fuera Juez de la Corte Suprema de Justicia de los Estados Unidos y, en lo que al Tribunal Militar Internacional de Núremberg se refiere, Fiscal Supremo por parte de los Estados Unidos, Robert H. Jackson, durante el juicio expresó lo siguiente:

«El trato que un gobierno da a su propio pueblo, normalmente no se considera como asunto que concierne a otros gobiernos o la comunidad internacional de Estados. El maltrato, sin embargo, de alemanes por alemanes durante el nazismo traspasó, como se sabe ahora, en cuanto al número y a las modalidades de crueldad, todo lo que la civilización moderna puede tolerar. Los demás pueblos, si callaran, participarían de estos crímenes, porque el silencio sería consentimiento»^[4].

El 13 de febrero de 1946 la Asamblea General de la ONU adoptó la Resolución 3 (1), en la que «toma conocimiento de la definición de los crímenes de guerra, contra la paz y contra la Humanidad tal como figuran en el Estatuto del Tribunal Militar de Núremberg de 8 de agosto de 1945», es decir, tal cual figuran en el artículo 6 y siguientes del Estatuto. La redacción definitiva es:

3.- <http://www.derechos.org/nizkor/espana/doc/impuesp.html>. (Consulta: 27 de septiembre de 2016).

4.- <http://www.menschenrechte.org/lang/en/verstehen/nuremberg-la-haya>. (Consulta: 27 de septiembre de 2016).

«(c) Crímenes contra la Humanidad: a saber, el asesinato, el exterminio, el sometimiento a esclavitud, la deportación y otros actos inhumanos cometidos contra cualquier población civil antes de la guerra o durante la misma; la persecución por motivos políticos, raciales o religiosos en ejecución de los crímenes que sean competencia del Tribunal o en relación con los mismos, constituyan o no una vulneración de la legislación interna del país donde hubieran sido perpetrados.

Los dirigentes, organizadores, instigadores y cómplices participantes en la elaboración o en la ejecución de un plan común o de una conspiración para cometer cualquiera de los crímenes antedichos son responsables de todos los actos realizados por cualquier persona en ejecución de tal plan»⁵.

Por su parte, el Secretario General de la ONU, Trygve Lie, en su informe complementario, sugirió el 21 de octubre de 1946 que los Principios de Núremberg fuesen adoptados como parte del Derecho Internacional. En su Resolución 95 (I) de 11 de diciembre de 1946, la Asamblea General de la ONU aceptó formalmente la sugerencia y por lo tanto, «confirma los principios de Derecho Internacional reconocidos por el Tribunal de Núremberg y por la Sentencia de ese Tribunal».

El efecto de las resoluciones mencionadas es consagrar con alcance universal el derecho creado en el Estatuto y en la Sentencia del Tribunal de Núremberg. Su vigencia en España ya fue reconocida al ratificar el Convenio de Ginebra relativo al trato debido a los prisioneros de guerra, de 12 de agosto de 1949 (BOE de 5 de septiembre de 1952 y de 31 de julio de 1979), que en

su Art. 85 está remitiendo a los «Principios de Núremberg» aprobados por la Asamblea General de la ONU mediante resolución de 11 de diciembre de 1946.

A su vez, mediante Resolución 177 (II), de 21 de noviembre de 1947, relativa a la Formulación de los principios reconocidos por el Estatuto y por las sentencias del Tribunal de Núremberg, la Asamblea General, decide confiar dicha formulación a la Comisión de Derecho Internacional. Los Principios y Crímenes se adoptan en 1950:

«Principio I. Toda persona que cometa un acto constitutivo de delito a la luz del Derecho Internacional es responsable del mismo y está sujeto a castigo.

Principio II. El hecho de que el derecho interno no prevea pena alguna para un acto constitutivo de delito a la luz del Derecho Internacional, no exime de responsabilidad, conforme al mismo derecho, a quien hubiere perpetrado tal acto.

Principio III. El hecho de que la persona que haya cometido un acto constitutivo de delito a la luz del Derecho Internacional, haya actuado como Jefe de Estado o como funcionario público, no la exime de responsabilidad conforme al Derecho Internacional.

Principio IV. El hecho de que una persona haya actuado en cumplimiento de una orden de su Gobierno o de un superior, no la exime de responsabilidad conforme al Derecho Internacional, siempre que de hecho haya tenido la posibilidad de elección moral.

Principio V. Toda persona acusada de un crimen conforme al Derecho Internacional, tiene derecho a un juicio justo sobre los hechos y sobre el derecho.

Principio VI. Los crímenes que se enumeran a continuación son punibles bajo el Derecho Internacional:

c) Crímenes contra la Humanidad; a saber:

5.- http://www.cruzroja.es/dih/pdf/estatuto_del_tribunal_militar_internacional_de_nuremberg.pdf (consulta: 27 de septiembre de 2016)

El asesinato, el exterminio, la esclavitud, la deportación y otros actos inhumanos cometidos contra la población civil, o las persecuciones por razones políticas, raciales o religiosas, cuando tales actos sean cometidos o tales persecuciones sean llevadas a cabo en ejecución de, o en conexión con, cualquier crimen contra la paz o cualquier crimen de guerra.

Principio VII. La Complicidad en la perpetración de un crimen contra la paz, un crimen de guerra o un crimen contra la humanidad de los enumerados en el Principio VI es un crimen bajo el Derecho Internacional.»^[6]

Esta elaboración de los principios de Núremberg a cargo de la Comisión de Derecho Internacional incluye la complicidad —en los crímenes contra la paz, en los crímenes de guerra y en los crímenes contra la humanidad— en cuanto crimen internacional, es decir, la complicidad en un acto que constituye un crimen de Derecho Internacional es en sí misma un crimen de Derecho Internacional.

La constatación por el Secretario General del carácter consuetudinario de estos instrumentos es vinculante para todos los Estados conforme al artículo 25 de la Carta de la ONU; el Consejo de Seguridad aprobó el Informe del Secretario General por el que reconocía el carácter de derecho consuetudinario del Estatuto de Núremberg y sin ninguna reserva (S/Res/827, 25 de mayo de 1993, pár. 2; Informe del Secretario General (S/25704)).

Los Estados de la comunidad internacional tienen por tanto la obligación *erga omnes* de aplicar los principios emanados de Núremberg, entre otras cosas, porque la mera pertenencia a la Organización de las

Naciones Unidas mediante la aceptación del estatuto de la misma, lleva insita la aceptación y el compromiso de hacer cumplir los principios que, emanados de Núremberg, han pasado a ser Derecho Internacional de obligado cumplimiento, tanto consuetudinario como convencional.

En el caso español, además, la primacía del derecho internacional sobre el derecho interno viene dada por los arts. 10 y 96 de la Constitución española de 1978. El artículo 10.2 de la Constitución establece que «las normas relativas a los derechos fundamentales y a las libertades que la Constitución reconoce se interpretarán de conformidad con la Declaración Universal de Derechos Humanos y los Tratados y Acuerdos Internacionales sobre las mismas materias ratificados por España».

A su vez, el Art. 96.1 dice que «los Tratados Internacionales válidamente celebrados, una vez publicados oficialmente en España, formarán parte del ordenamiento interno. Sus disposiciones sólo podrán ser derogadas, modificadas o suspendidas en la forma prevista en los propios Tratados o de acuerdo con las normas generales del Derecho Internacional».

Es en este marco y con esta normativa, que además Naciones Unidas ha ido consolidando a lo largo de los años, bajo los que se deben juzgar los crímenes del franquismo y el régimen de Franco. Si ignoramos esta obligación legal, dejamos en manos del interés interno del propio régimen la voluntad efectiva o no de juzgar dichos crímenes.

¿Que han hecho para evitar esa ejecución los defensores de la impunidad en España?. Ignorar dichas normas y construir un entramado jurídico que evita que las mismas se apliquen. Y ¿cuáles son los pilares de ese entramado? Además de una administración de justicia, que al menos en su cúspide los ignoran consciente e interesadamente,

6.- ILC Report, A/1316 (A/5/12), 1950, part III, paras. 95-127. *Yearbook of the International Law Commission*, 1950, vol. II.

su principal pilar es la preconstitucional Ley de Amnistía de 1977 y la mal llamada Ley de Memoria Histórica, tanto la estatal como las de las comunidades que tienen el mismo fundamento.

El artículo 2 de la Ley de Amnistía de 1977, Ley 46/1977 de 15 de octubre dice:

«En todo caso están comprendidos en la amnistía:

- a) Los delitos de rebelión y sedición, así como los delitos y faltas cometidos con ocasión o motivo de ellos, tipificados en el Código de justicia Militar.
- b) La objeción de conciencia a la prestación del servicio militar, por motivos éticos o religiosos.
- c) Los delitos de denegación de auxilio a la Justicia por la negativa a revelar hechos de naturaleza política, conocidos en el ejercicio profesional.
- d) Los actos de expresión de opinión, realizados a través de prensa, imprenta o cualquier otro medio de comunicación.
- e) Los delitos y faltas que pudieran haber cometido las autoridades, funcionarios y agentes del orden público, con motivo u ocasión de la investigación y persecución de los actos incluidos en esta Ley.
- f) Los delitos cometidos por los funcionarios y agentes del orden público contra el ejercicio de los derechos de las personas»^[7].

Aquí escondido en su artículo dos, letras a) y f), se encuentra la verdadera razón de que en nuestro país, de una manera sencilla pero oscura, se eviten la apertura de juicios por los crímenes del franquismo. Pero como vemos, la mencionada ley, emanada de un régimen ilegal e ilegítimo, y contraria al derecho internacional porque el mismo impide amnistiar los crímenes contra la humanidad, no usa el derecho de Núremberg

y habla eufemísticamente de los derechos de las personas. Pero además de ello, y es lo importante, se contradice en su contenido con lo anteriormente expuesto.

Además de ser inamnistiables los crímenes contra la humanidad, que es lo que al efecto hace, intenta legislar con tipos penales, que a la fecha de su promulgación no se correspondían con los términos jurídicos usados desde décadas antes por Naciones Unidas.

Y así lo especifica el informe Joinet, antes enunciado, en concreto en su letra B punto 2:

«2. Medidas restrictivas justificadas por la lucha contra la impunidad.

30. Medidas restrictivas deben ser utilizadas sobre ciertas reglas de derecho a fin de mejorar la lucha contra la impunidad. La finalidad es evitar que estas reglas sean utilizadas de tal manera que se conviertan en una prima a la impunidad, impidiendo así el curso de la justicia.

a) La prescripción.

31. La prescripción no puede ser opuesta a los crímenes graves que según el derecho internacional sean considerados crímenes contra la humanidad. En consideración a todas las violaciones, la prescripción no puede correr durante el período donde no existe un recurso eficaz. Asimismo, la prescripción no se puede oponer a las acciones civiles, administrativas o disciplinarias ejercidas por las víctimas.

b) La amnistía.

32. La amnistía no puede ser acordada a los autores de violaciones en tanto las víctimas no hayan obtenido justicia por la vía de un recurso eficaz. Carece además de efecto jurídico alguno sobre las acciones de las víctimas relacionadas con el derecho a reparación.»^[8]

7.- BOE, 17 de Octubre de 1977.

8.- <http://www.derechos.org/nizkor/doc/joinete.html>.



Momento en el que se aprueba en el Congreso la Proposición de Ley de Amnistía el 14 de octubre de 1977, con 296 votos a favor, dos en contra, 18 abstenciones y un voto nulo (Foto: Agencia EFE, fuente: elmundo.es).

Pero, no obstante a todo lo dicho, la sentencia del Tribunal Supremo 101/2012, absuelve al juez Garzón por la supuesta investigación del franquismo, pone de manifiesto contundentemente lo siguiente:

«Lo que evidentemente no se pretendía ni con las denuncias ni por el instructor que, en realidad, lo que perseguían era la satisfacción del derecho a conocer las circunstancias en que aquellas personas habían fallecido y el lugar en que reposan sus restos, a la manera de los «Juicios de la Verdad» llevados a efecto en otras latitudes, pero que no están reconocidos en nuestro ordenamiento y, menos aún, dentro de un proceso penal que, como hemos visto, tiene un objeto que excluye absolutamente esa clase de finalidad pues «El derecho a conocer la verdad histórica no forma parte del proceso penal...» ya que, como dice la de-

cisión mayoritaria, «difícilmente puede llegarse a una declaración de verdad judicial, de acuerdo con las exigencias formales y garantías del proceso penal sin imputados, pues ellos fallecieron, o por unos delitos, en su caso prescritos o amnistiados.

Y es que, en efecto, no puede caber duda alguna de que, no sólo los supuestos autores de los ilícitos que se denuncian habían muerto cuando las denuncias se presentan, sino que, en todo caso, sus actos, presuntamente delictivos, habrían sido objeto de amnistía como consecuencia de la LO de 1977 y, por si todo lo anterior fuera poco, se encontrarían además prescritos, de acuerdo con las previsiones de los arts. 130 y siguientes del Código Penal»⁹.

Parece evidente la ignorancia consciente del derecho internacional y de las reso-

9.- <http://regueraabogados.com/sentencia-integra-y-absolutoria-de-garzon-crímenes-del-franquismo/> (Consulta: 27 de septiembre de 2016).

(Consulta: 27 de septiembre de 2016).

luciones de Naciones Unidas, y en concreto del mencionado informe Joinet en aplicación de la decisión de Naciones Unidas 1996/119 de la Subcomisión de Prevención de Discriminaciones y Protección de las Minorías.

Pero la sentencia va más allá en la negación del derecho internacional y de la propia Constitución Española como hemos dicho mas arriba y se atreve a decir sin sonrojo:

«Se apoya el acusado en su Auto de 16 de octubre de 2008 en una particular lectura de la Sentencia de esta Sala de 1 de octubre de 2007 (caso «Scilingo») para sostener que el hecho de que encontrase la investigación de unos delitos de detención ilegal sin ofrecer razón del paradero de la víctima «en el marco de crímenes contra la humanidad» le faculta para atribuirse la competencia, criterio completamente erróneo, como se encargan de explicar mis compañeros suficientemente, habida cuenta de que no sólo la referida «doctrina Scilingo» no avala semejante decisión del acusado en modo alguno sino que, incluso, en esa Sentencia lo que pueden leerse son, en realidad, consideraciones tan contrarias a los intereses del Magistrado como las de la insistencia en la vigencia, en nuestro ordenamiento del principio de legalidad y sus exigencias de «lex pevia, lex certa, lex scripta, y lex stricta», la irretroactividad del art. 607 bis CP (delitos de lesa humanidad) no se incorporó a nuestro Código hasta el 1 de octubre de 2004, así como la necesidad de una precisa transposición, operada según el Derecho interno, para posibilitar la aplicación del Derecho Internacional Penal, al menos en aquellos sistemas, como el español, que no contempla la eficacia directa de las normas internacionales (art. 10.2 CE), incluidas por supuesto las de carácter consuetudinario y todas aquellas de esta misma naturaleza o

de otra distinta en las que intenta apoyar su decisión competencial el acusado».

Como vemos, y evitando consideraciones técnicas que nos llevarían a una mayor extensión del artículo, el Tribunal Supremo español, además de utilizar ilegalmente la Ley de Amnistía, mantiene con claridad que las normas de derecho internacional no se aplican en España, con claro desprecio a todo lo dicho anteriormente.

Y la Ley de Memoria corre en el mismo sentido, desconocer las normas de derecho internacional «erga omnes», oponibles contra todos y de aplicación directa en los ordenamientos internos, supone escapar de la aflicción del derecho y garantizar de una forma torticera la más absoluta impunidad, además de destruir conscientemente pruebas de un delito.

Cómo si no, puede entenderse el ignorar el Estatuto de Núremberg cuando dicta el contenido de lo que debe ser el derecho «a saber»:

«El derecho a saber el destino final de lo ocurrido a las víctimas de la represión en España, no consiste solamente en el derecho individual que toda víctima, o sus parientes o amigos, tiene a saber qué pasó en tanto que derecho a la verdad. El derecho de saber es también un derecho colectivo que tiene su origen en la historia, para evitar que en el futuro las violaciones se reproduzcan»¹⁰.

Reinterpretando dicho derecho de forma restrictiva y enmarcándolo, en el «desentierre a su familiar», «yo se lo subvenciono», «entiérrelo en su pueblo en la más absoluta privacidad», y, por supuesto, «olvídense de cualquier tipo de juicio a los asesinos de

10.- <http://www.derechos.org/nizkor/doc/joinete.html>. (Consulta: 27 de septiembre de 2016).

su familiar y al régimen que planificó su muerte».

Por lo tanto, es necesario enmarcar la estrategia del memorialismo en el obligado cumplimiento del derecho internacional emanado de Núremberg, y es imprescindible declarar nulas las sentencias por las que el franquismo condenó a los mártires de la democracia, declarar la nulidad de la Ley de Amnistía de 1977 que impide los juicios, y elaborar no una falsa ley de memoria sino una verdadera ley de víctimas dónde se reconozca, como marco, el derecho internacional: verdad, justicia y reparación.

Ese es el marco de una lucha que no sólo mira al pasado, sino una estrategia que nos sitúa en un órdago al régimen del 78 heredero del franquista, y empuja junto a otras estrategias territoriales, económicas y sociales hacia un nuevo régimen, hacia un

proceso constituyente.

Los juicios son necesarios no solo para hacer justicia a todas y cada una de las víctimas, son necesarios para avanzar hacia una verdadera democracia. Hacer homenajes simbólicos y cambiar el nombre de las calles no puede ser la estrategia, al menos no de los demócratas, la verdadera estrategia hoy, la que sirve para transformar el régimen es el centrarse en esa declaración de nulidad de la Ley de Amnistía del 1977, la anulación de las sentencias franquistas y la creación de una Ley de Víctimas. No hay que perder más tiempo en cortinas de humo y falsas estrategias que han demostrado por más de 40 años su ineficacia. El tiempo de la lucha efectiva por la memoria es el presente y su talón de Aquiles esa legislación que debemos atacar.

Memoria e Historia del Presente: La asignatura en que España no progresa adecuadamente

Fernando Hernández Sánchez
Universidad Autónoma de Madrid

La Historia del Presente (HPr) es aquella parte de la temporalidad sobre la que se proyecta la memoria colectiva y la experiencia socialmente vivida de las diversas generaciones que coexisten en un determinado momento histórico^[1]. Frente a la división cuatripartita y estática tradicional —Historia Antigua, Medieval, Moderna y Contemporánea—, la HPr tiene unos límites que fluyen continuamente. Para las sociedades de nuestro entorno, su hito inicial se sitúa en 1945 y llega hasta nuestros días. Algunas interpretaciones han llegado a referirse a su fase más reciente —la Historia Actual, la de la última generación— como la verdadera Historia, basándose en la afirmación de Marx de que, con el triunfo global del capitalismo, la Prehistoria humana llegó a su fin^[2]. Sea como fuere, la HPr es el territorio donde acampa la memoria histórica (MH) y se ha erigido, en consecuencia, en uno de los escenarios privilegiados en el combate por la hegemonía del relato político vigente.

1.- François Bédarida: «L'Institut d'Histoire du Temps Présent. Origines, trajectoire et signification», en *Seminario Internacional Complutense: Historia del Presente, un nuevo horizonte de la historiografía contemporánea*. Madrid, octubre, 1997.

2.- René-Éric Dagorn: «Una mundialización comunista abortada», en *Atlas de las Mundializaciones. Le Monde Diplomatique*. Valencia, 2011.

La Hpr, un campo de batalla

No solo en España la HPr es uno —y no el menos importante— de los campos de confrontación de los distintos proyectos políticos. Tras la derrota de 1945 y un dilatado período de silencio traumático, Alemania reinterpretó su pasado acorde a una política de memoria fundamentada en cuatro principios: el reconocimiento de los crímenes del nazismo; la asunción colectiva de responsabilidades; el estudio, identificación y destrucción de las semillas del totalitarismo; y la apuesta decidida por los valores democráticos^[3]. Este modelo no estuvo exento de altibajos. Las tesis de Ernst Nolte sobre la equiparación de los totalitarismos nazi y estaliniano, una cierta justificación de la emergencia del primero por reacción al segundo y la reticencia conservadora a asumir el pasado nacional desde la perspectiva de una «historia de desgracias» dieron lugar a disputas entre historiadores, y entre estos y los políticos.

En la Europa central y oriental, tras la implosión de la URSS, las interpretaciones historiográficas experimentaron una evolución caracterizada por la radical inver-

3.- Olga Novikova: «La política de la memoria: Moldear el pasado para construir la sociedad democrática (La URSS y el espacio postsoviético)». *Historia del Presente*, 9, 2007, págs. 71-100.

sión de la memoria oficial, marcada por el arrumbamiento de la vindicación antifascista y por la exaltación hipernacionalista. En la Ucrania post Maidan, los seguidores de Stepan Bandera, líder ultranacionalista y xenófobo responsable de perpetrar *pogroms* y crímenes de guerra, fue rehabilitado como luchador contra la opresión soviética. Los países bálticos —Estonia, Letonia, Lituania— y Polonia se contemplan a sí mismos como víctimas de dos poderosos agresores totalitarios, pero con diferencias cualitativas: mientras los colaboradores con la URSS son juzgados como elementos marginales a la comunidad nacional —una amalgama de judíos, rusos, inmigrantes, delincuentes o comunistas—, quienes se alinearon con los alemanes o se integraron en las Wafen-SS son considerados patriotas que combatieron por la independencia frente a la ocupación soviética. En Rumanía y Polonia, los vestigios del antifascismo —como el recuerdo de sus brigadistas internacionales— son erradicados, al tiempo que, en virtud de los esfuerzos de conciliación con Alemania, el gran enemigo ha pasado a ser Rusia^[4], otro buen ejemplo de reinterpretación del pasado reciente. En época de Yeltsin, sus intelectuales teorizaron la invención de un pasado virtual: si la revolución no hubiera tenido lugar, Rusia hubiera elegido sin duda el modelo natural del desarrollo occidental que le habría conducido a ser un país próspero. Bajo Putin, se ha formulado la reconciliación de dos realidades aparentemente opuestas, zarismo y revolución, herencias ambas de la historia y la cultura rusas, en pos de la creación de una nueva identidad basada en los aspectos consensuados y no controvertidos de la historia nacional. De ahí las celebraciones

4.- José María Faraldo: «Ocupantes y ocupados. La memoria de la Segunda Guerra Mundial en Europa Centro-Oriental», *Historia del Presente*, 14, 2009/II 2ª Época, 83-101.



Vista exterior del centro de documentación e interpretación *Topografías del Terror* en Berlín.

institucionales tanto del triunfo en la Gran Guerra Patria como de los fastos de la Iglesia Ortodoxa. El sincretismo se manifiesta en encuestas como las que entre 2001 y 2014 buscaron entre los jóvenes al ganador del concurso «El hombre en la Historia: Rusia, el siglo XX». El listado contenía nombres antaño irreconciliables: Lenin, Sajarov, Catalina la Grande o Gagarin. En 2007, un 28% de rusos estaba de acuerdo con la frase: «Sin importar qué errores y crímenes se le atribuyan a Stalin, lo importante es que bajo su liderazgo el pueblo salió vencedor de la Segunda Guerra Mundial».

Europa occidental no permanece ajena a estos conflictos de memoria. En el Portugal gobernado por los conservadores se desarrolló una tendencia a considerar la revolución de los claveles como un brote indeseado, surgido en un momento en que ya se estaba dando en el país una transición natural hacia la democratización. La revolución habría venido a interrumpir una modernización en curso, comprometiendo con sus avatares la estabilidad del Estado. En 2010, un programa de televisión sobre los «Grandes Portugueses de la Historia» dio como vencedor a Salazar, por delante de Álvaro Cunhal^[5]. La influencia de los *mass*

5.- Raquel Valera «¿Conflicto o cohesión social? Apuntes sobre historia y memoria de la revolución de los claveles (1974-1975)», *Historia del Presente*, 16, 2010/2, 2ª Época,

media en la conformación de los recuerdos colectivos se manifiesta, por ejemplo, en el hecho de que, en junio de 2014, un 57% de franceses opinaban que la derrota de la Alemania nazi fue obra de los Estados Unidos, mientras que solo un 20% la atribuía a la W. En 1945, las proporciones entre las dos potencias eran exactamente las inversas. Casi tres cuartos de siglo de superproducciones de Hollywood no pasan en balde.

En los Estados Unidos, el desconocimiento generalizado de la Historia a nivel escolar se ha correlacionado con el fulgurante ascenso de Donald Trump. Fenómenos como la brutalidad policial contra los afroamericanos, el resentimiento WASP (acrónimo de blanco, anglosajón y protestante), el del mundo rural contra las ciudades, de los varones infraeducados y precarios contra las mujeres y de los suburbios industrialmente deprimidos contra las regiones innovadoras hunden sus raíces en la incapacidad para reflexionar honestamente sobre su propia Historia y analizar sus errores. La resistencia a abordar críticamente la esclavitud y la segregación, el maniqueísmo en política exterior y el simplismo con que algunos responsables responden a cuestiones políticas complejas no son sino el reflejo, según algunos docentes norteamericanos, del fracaso de un sistema educativo en el que un 82% de escolares de 14 años suspende los exámenes de Historia Nacional. «Lo que está acabando con la formación cívica —afirman— es el régimen de exámenes estandarizados». Y aportan una muestra: el Estado de Ohio prescribe que los alumnos deben conocer las cláusulas del Tratado de Versalles (1919). Pero en ningún momento alude a la necesidad de conocer el contexto en que se firmó, ni los valores que lo inspiraron, ni sus consecuencias posteriores^[6].

pp. 63-75.

6.- Sebastiaan Faber: «Donald Trump y el ocaso de la

El corto siglo XX español, un agujero negro en el sistema educativo

Desde el despegue del movimiento memorialista en España, a comienzos del siglo XXI, la HPr ha sido objeto de polémica. El *think tank* conservador, FAES, marcó la pauta del argumentario de la derecha: la representación de la 2ª República como un régimen radical, poco inclusivo y tendente a la confrontación violenta. Por otra parte, una lectura del franquismo como un régimen funcional, autorregenerado al compás de la evolución del contexto internacional y del crecimiento interno sobre la base de una mayoría silenciosa de pujantes clases medias.

Las noticias del día a día permiten colegir que, desgraciadamente, sobre la HPr española existe aún hoy a nivel común una significativa mistificación, cuando no un simple y llano desconocimiento. Pero, aunque al conservadurismo español le ha costado consolidar desde la transición hasta ahora posiciones sustanciales en el ámbito historiográfico reciente, es preciso reconocer que sí ha conseguido hegemonizar el discurso social con un marco interpretativo peculiar. Al menos eso es lo que puede deducirse si se echa un vistazo al uso público que del pasado siglo XX español se ha hecho por él en los últimos años.

La conmemoración del septuagésimo aniversario del comienzo de la guerra civil y la práctica invisibilización del octogésimo, junto con la aprobación de la conocida como «ley de memoria histórica» y las iniciativas para exhumar las fosas del franquismo han provocado agudas controversias. El *think*

Historia ¿Cómo puede un candidato afirmar, contra toda evidencia, que Obama fundó ISIS o que él mismo nunca apoyó la invasión de Irak?» *CTXT, Contexto y Acción*, nº 84, 28/09/2016. <http://ctxt.es/es/20160928/Politica/8768/Trump-Estados-Unidos-republicanos-Sebastiaan-Faber.htm> Consultado el 30/09/2016.

tank conservador, FAES, así como una meflua corriente «científica» auspiciada, entre otros, por hispanistas en declive como Stanley G. Payne y la escuela sociológica de Juan José Linz han proporcionado claves de uso para combatir, desde una pretendida objetividad y una peculiar equidistancia, la supuesta idealización de la República por parte de la «izquierda historiográfica» en lo que no es sino la construcción de un nuevo relato debelador de aquel período a beneficio del presente. La República se presenta como un régimen radical, poco inclusivo y tendente a la confrontación violenta. Por el contrario, se difunde la lectura del franquismo como un régimen funcional, autoregenerado al compás de la evolución del contexto internacional y del crecimiento interno sobre la base de una mayoría silenciosa de pujantes clases medias.

La vulgarización de este discurso, su transferencia de las musas de la politología al teatro de la brega partidista se materializó durante el mandato de José Luis Rodríguez Zapatero, pero su mantenimiento hasta el día de hoy^[7] demuestra que las posiciones sobre la República, la guerra y el franquismo no eran coyunturales, sino que forman parte intrínseca de la cultura política del conservadurismo español. Batallas como la librada entre la oposición derechista y el Ayuntamiento de Madrid en torno a los cambios de denominación en el callejero urbano son un botón de muestra^[8]. Pero se pueden seguir citando precedentes.

7.- Véanse, a título de simple ejemplo, las palabras del inefable y pío ministro del Interior el 22/09/2016: <http://www.elperiodico.com/es/noticias/politica/jorge-fernandez-diaz-algunos-quieren-ganar-guerra-civil-anos-des-pues-5402915>

8.- Cualquier interesado podrá acceder a la mezcla heteróclita de verdades, mentiras y basura vertidas sobre el tema simplemente tecleando en Google «Catedra Complutense de Memoria Histórica del siglo XX Ayuntamiento Madrid» (49.800 resultados a fecha 28 de febrero de 2016).

El 28 de enero de 2013, Esperanza Aguirre mostró en *ABC* preocupación y tristeza al ver «el entusiasmo, no sé si ingenuo o malvado, con que se exhibe la bandera que simboliza uno de los períodos más nefastos de nuestra Historia, en el que se encaronaron los odios, se despreció al adversario político hasta llegar a su eliminación física y las libertades estuvieron constantemente amenazadas». La tristeza no nublaba su entendimiento ni le impedía ejercer su magisterio sobre nuestro pasado desde el elogio al amateurismo: «No hay que ser un historiador avezado, basta con ser un lector mínimamente crítico de los libros de Historia, para saber que la II República fue un auténtico desastre para España y los españoles». «Es cierto» —concedía— que fue recibida con la esperanza de que cerrara la crisis que había abierto el golpe de Estado de Primo de Rivera». Primera dictadura del siglo XX español a la que por una parte absuelve (un golpe «absolutamente incruento») y después utiliza para atizar al verdadero adversario («pronto contó con la complicidad del Partido Socialista, la UGT y Largo Caballero, todo hay que decirlo»). No tardó la República en revelar su lado pérfido, pues «es cierto que muchos políticos republicanos utilizaron el régimen recién nacido para intentar imponer sus proyectos y sus ideas —en muchos casos, absolutamente totalitarias— a los demás, y que faltó generosidad y patriotismo». Tras esta exhibición de generalidades, juicios de valor y pellizcos de monja, la lideresa realiza una pirueta en la que salva sin red un abismo de casi medio siglo sin caracterizarlo: «El rotundo fracaso de la experiencia republicana lo conocían muy bien los políticos responsables de 1977 cuando propugnaron una amnistía (siempre hay que recordar que amnistía viene de una palabra griega que significa olvido) total sobre los hechos acaecidos en los cuarenta

años anteriores»^[9]. Quien ha demostrado fehacientemente que el Griego y la Historia no son lo suyo es el portavoz del PP en el Congreso, Rafael Hernando, con sus exhibiciones de *cuñadismo* acerca del supuesto interés crematístico de los descendientes de los represaliados y la ocurrencia de que «las consecuencias de la República llevaron a un millón de muertos»^[10], algo equivalente a que un diputado de la CDU dijera en Alemania que Weimar fue la responsable de los cincuenta millones de muertos de la Segunda Guerra Mundial.

Mientras sigue la pugna en el campo político, la ingente investigación académica emprendida durante el último cuarto de siglo no cala lo suficiente hasta los niveles básicos del sistema educativo, que es donde se forman las representaciones con que la mayor parte de los ciudadanos se aproxima al conocimiento de su historia reciente. En febrero de 2010, el 40% de quienes respondieron a una encuesta del CIS afirmaron que la culpa del estallido de la guerra civil la tuvieron los dos «bandos» por igual y el 36% que ambos causaron las mismas víctimas. El 58% afirmó que «el franquismo tuvo cosas buenas y cosas malas» y un 35% valoró que, con Franco, «había más orden y paz», aunque a continuación, un 80 y un 88% admitiesen, respectivamente, que durante ese período se violaron los derechos humanos y no había libertad de expresión. El 74% creía que la transición constituye un motivo de orgullo para los españoles, aunque el 56% ignorase cuándo se aprobó la constitución. El 69% afirmó que recibieron poca o ninguna información sobre la guerra civil en el colegio o el instituto.^[11]

9.- <http://hemeroteca.abc.es/nav/Navigate.exe/hemeroteca/madrid/abc/2013/01/28/005.html>

10.- http://politica.elpais.com/politica/2013/08/28/actualidad/1377699685_004216.html

11.- Francisco Espinosa, *Lucha de historias, lucha de memorias. España 2002-2015*, Sevilla, Aconcagua, 2015, p. 350.

Iniciativas por la Memoria: ¿Suficientes?

Ante el clamor cívico surgido desde principios de siglo, la MH ha ido conquistando espacios y presencia en el ámbito formativo de la ciudadanía. Aunque, como siempre, de manera inconexa y territorialmente desigual. En algunas comunidades, el movimiento ha cuajado en la inclusión de contenidos específicos en los currícula de Ciencias Sociales, Geografía e Historia y en la elaboración de materiales^[12]. Al nivel del gobierno central, el gobierno de Rajoy liquidó las partidas presupuestarias destinadas a la investigación, divulgación o publicación de proyectos. La crisis económica sirvió de trampantojo para enmascarar la ausencia de voluntad política para sufragar estudios cuyos resultados nunca fueron cómodos. Solo comunidades de un color distinto al del gobierno central han impulsado políticas de recuperación cívica del pasado. El *Memorial Democràtic* de Cataluña^[13], la Junta de Andalucía y la Diputación General de Aragón han publicado materiales curriculares sobre episodios cruciales de la República, la guerra civil y el franquismo^[14]

12.- Enrique Javier Díez Gutiérrez y Javier Rodríguez González, *Unidades Didácticas para la Recuperación de la Memoria Histórica*, Foro por la Memoria de León-Ministerio de la Presidencia, León, 2008.

13.- Algunos de los títulos de los *Quaderns didàctics del Memorial Democràtic*: *Camins. Memòries d'una Europa en guerra* (2016); *Ensenyar a pensar. En memòria dels mestres de la República*; *a càrrec de Salomó Marquès i Sureda* (2013); o *Catalunya bombardejada. 75è aniversari dels bombardeigs a la població catalana i a les infraestructures catalanes* (2013). DE este último, por ejemplo, se puede descargar el dossier en pdf en esta dirección: http://memorialdemocratic.gencat.cat/web/.content/11_commemoracions_homenajes/21_catalunya_bombardejada/documents/dossier_educatiu_v2_web.pdf

14.- «Aragón lleva a los institutos la Memoria Histórica y el repudio de la violencia». *Público*, 21/03/2016. La propuesta didáctica es de Rafael González Requena (coordinador), Ricardo M. Luque Revuelto, Ana Naranjo Sánchez y Ana Oretga Tenor. Se puede descargar en: <http://www.>

y se han comprometido a recoger estándares de aprendizaje relativos a la MH en su desarrollo competencial de la LOMCE. No basta, sin embargo, con un mero espolvoreado de criterios entre los intersticios de la plantilla de un diseño curricular. El caso de Extremadura es paradigmático. Aparte de admitir la interpretación interesada del terrorismo durante la transición como un atributo exclusivo del nacionalismo radical y de una sedicente extrema izquierda (obviando el de las tramas negras y el de los servicios parapoliciales)^[15], el estándar de 4º ESO correspondiente al mapa de los lugares de memoria en la región y la represión que está en su origen se ubica en el bloque 8 —«El mundo reciente entre los siglos XX y XXI»— el último y posterior a aquel en el que se estudia la dictadura franquista, lo que no es sino una forma de postergarlo y, con suerte, eludirlo bajo la cómoda explicación de la falta de tiempo y lo apretado de los temarios. Otro tanto ocurre en 2º de Bachillerato, donde la recomendación del empleo de las fuentes orales para la reconstrucción de las trayectorias vitales segadas por la dictadura se encuentra ocupando el penúltimo lugar del último de los bloques del curso —«Normalización democrática de España e integración en Europa (desde 1975)»—, dos puestos por detrás de la reparación de las víctimas del terrorismo de ETA y el GRAPO^[16].

No es extraño que, al margen del mundo del mercado cautivo de los libros de texto

juntadeandalucia.es/administracionlocalyrelacionesinstitucionales/cms/export/sites/default/comun/galerias/galeriaDescargas/portal/MemoriaHistorica/publicaciones/La_Segunda_Republica_Espanola.pdf

15.- Ver Xavier Casals: *La transición española. El voto ignorado de las armas*. Pasado & Presente (2016).

16.- Decreto 98/2016 de 5 de julio por el que se establecen la ordenación y el currículo de la Educación Secundaria Obligatoria y del Bachillerato para la Comunidad Autónoma de Extremadura, DOE nº 129, miércoles 6 de julio de 2016, págs., 17491 y 18158.



Portada del décimo número de *Entresiglos: Historia, Memoria y Didáctica*.

y de los marcos legislativos discontinuos, dispersos, descoordinados y asistemáticos, sean iniciativas surgidas desde dentro de las aulas las que tomen a su cargo la aproximación al alumnado del conocimiento de aquellos tiempos decisivos. Tienen en común deberse a profesores de Secundaria, no enfeudados académicamente con el mandarinato del mundo académico. No es casual que, como ha señalado Francisco Espinosa, fuera ellos quienes estuvieron en vanguardia de las investigaciones locales sobre la represión franquista. Armados de las técnicas de la historia oral, docentes y alumnos de Secundaria y Bachillerato se dedicaron a recuperar la palabra de aquellos testigos a los que pocos se habían acercado a interrogar durante la transición^[17].

17.- Destaca como trabajo pionero el de Mª Ángeles Méndez y Herminio Lafoz (Coordinadores), *La memoria vencida. La guerra civil en las aulas*, Colección Los cuadernos de

Fueron proyectos que cumplían el doble objetivo de revelar la historia como parte de un pasado vivo a través de sus protagonistas y de introducir al alumnado en las técnicas de la investigación historiográfica. Tampoco han faltado iniciativas sufragadas mediante micromecenazgo^[18], productos de mayor fuste que el mucho más publicitado refrito de algún controvertido y mediático académico de la RAE.^[19]

¿Condenados a la frustración?

La HPr española sigue siendo víctima del canon interpretativo que se aquilató durante el franquismo y en la transición. El afán de consolidar una convivencia nacional mediante la superación de los conflictos y el rechazo de la violencia extendió sobre nuestra historia próxima el manto espeso de un «deber de olvido». De ello se derivó una lectura ahistorizada del pasado reciente, caracterizado con rasgos perdurables en el marco social de la memoria española: la guerra civil como locura colectiva; la teoría del empate moral en cuanto a responsabilidades y violencia; y la lectura teleológica que une indisolublemente a la República con la guerra civil, condenando a aquella como preámbulo indefectible de esta.

La enseñanza de la HPr ocupa, en la prác-

tica, un lugar testimonial en la práctica del sistema educativo obligatorio. El resultado es que para una gran parte del alumnado el conocimiento de la última mitad del siglo se compone de una mezcla heterogénea de elementos de procedencia diversa, herencias de la experiencia familiar, anécdotas, prejuicios, informaciones no contrastadas y mistificaciones. Con sus limitaciones, sus inercias e incluso sus reticencias a abordar el tema, la escuela no ha logrado reedificar un conocimiento de la HPr desde una perspectiva inequívocamente democrática. Sería necesaria una reforma curricular que otorgara a la HPr el protagonismo de un curso propio, con unos recursos enriquecidos por el cúmulo de fuentes —hemerotecas digitales, audiovisuales, bibliotecas, testimonios orales— accesibles en la red o facilitadas por el tejido social, con un aprendizaje comparativo de las experiencias desarrolladas en los países que también padecieron la convulsa historia del siglo XX, con sus guerras civiles, sus dictaduras y sus procesos de reconstrucción democrática. Porque incluso allí donde se ha creído haber avanzado más en los últimos años, la interpretación de la historia que, como decía el rival dialéctico de Gramsci, Benedetto Croce, siempre es Historia Contemporánea, puede llegar a experimentar giros inesperados, fruto una vez más de la manipulación o de la pura y simple ignorancia^[20].

clase, nº 3, Seminario de Fuentes Orales IES *Avempace*, Zaragoza, 2001. La experiencia aragonesa sirvió de modelo al Departamento de Geografía e Historia del IES *Sefarad*, de Fuenlabrada (Madrid) para montar la revista escolar *Entresiglos 20/21, Historia, Memoria y Didáctica*, de la que se publicaron once números, de septiembre de 2005 a octubre de 2010. Una experiencia muy gratificante para profesores y alumnos que no pudo resistir las inclemencias de los recortes presupuestarios y los comportamientos miserables de ciertos burócratas.

18.— Francisco Collado Cerveró, *Los del monte. Una historia del maquis*, FCC editor (mediante un proyecto Verkami), Paterna (Valencia), 2015. Le precedió la versión catalana, *Homes del bosc. Una història del maquis*.

19.— Arturo Pérez Reverte, *La guerra civil contada a los jóvenes*, Alfaguara, Madrid, 2015.

20.— Sobre la polémica suscitada por la exposición de la simbología del franquismo en el Born de Barcelona y los ataques de la CUP y ERC al ayuntamiento de En Comú: <http://www.ccma.cat/tv3/alacarta/els-matins/ricard-vinyes-els-conflictes-no-es-poden-tapar-shan-de-gestionar-i-en-fer-ho-un-es-pot-equivocar-o-encertar-la/video/5626460/> 20/10/2016.

«El ADN de la Memoria. Fosas del franquismo: semillas de memoria»

Paqui Maqueda
Asociación Nuestra Memoria

*¿Qué habéis logrado? Traed, traed la lámpara,
ved el suelo empapado, ved el huesito negro
comido por las llamas, la vestidura
de España fusilada.*

*Malditos los que un día
no miraron, malditos ciegos malditos,
los que no adelantaron a la solemne patria
el pan sino las lágrimas, malditos
uniformes manchados y sotanas
de agrios, hediondos perros de cueva y sepultura.*

Pablo Neruda, *España en el corazón*.

Nadie como Pablo Neruda para poner voz al horror que supuso en la España de 1936 el golpe fascista: «...traed la lámpara, ved la vestidura de la España fusilada». Estremece sus palabras. Estremece aún más saber que en pleno siglo XXI y en el marco de un sistema democrático como el español, el vientre de la madre patria albergue los restos de cientos de víctimas de desapariciones forzadas, víctimas de lo que Francisco Espinosa ha definido como la matanza fundacional del Franquismo. Estremece saber que, según Amnistía Internacional, España es el segundo país del mundo con el número más alto de desaparecidos, solo superado por Camboya. Estremece saber que, pese al intento titánico de los familiares y de multitud de asociaciones de memoria histórica y organizaciones de derechos humanos de revertir esta situación, los distintos gobiernos del Estado y la judicatura española han dado



la espalda a las víctimas.

Muchos de los familiares de estas personas desaparecidas forman parte del Movimiento Memorialista. Surgido hace más de una década como respuesta de la sociedad civil ante la alarmante situación de impunidad de los crímenes franquistas y ante una política de desmemoria democrática de nuestro país. Hoy por hoy y después de un largo camino, el movimiento memorialista enmarca su trabajo en la aplicación del Derecho Universal. Nuestro empeño se dirige a la aplicación de los tres pilares básicos del Derecho Internacional: Verdad, Justicia y Reparación y en la normativa de protección a las víctimas, concretamente en la Convención Internacional para la protección de Todas las Personas contra las Desapariciones Forzadas.

La exposición «El ADN de la memoria»

En la línea de lo expuesto anteriormente nace la exposición «El ADN de la memoria: fosas del franquismo, semillas de memoria», de la mano de la Asociación por la defensa de los derechos humanos de las víctimas del franquismo «Nuestra Memoria». La asociación se crea en el año 2015 en Sevilla, formada por personas que ya venían trabajando en distintas asociaciones y grupos memorialistas de la ciudad. Sus fines, entre otros son:

- Apoyar a todas las víctimas del franquismo en la reivindicación y consecución de sus derechos de Memoria, Verdad, Justicia y Reparación.
- Impulsar el estudio y la difusión de los conocimientos sobre las víctimas del franquismo.
- Promover, estimular y apoyar cuantas acciones culturales, en los términos más amplios, tengan relación con la Memoria Histórica.

Con motivo del 80 aniversario del Golpe Militar del 18 de Julio del 1936, dicha asociación ha organizado una exposición consistente en fotografías de personas desaparecidas tras el golpe de estado del 36 (cuyos cuerpos están en fosas comunes) y de sus familiares que a día de hoy forman parte del movimiento de memoria histórica.

El objetivo de este proyecto es visibilizar la lucha contra el olvido y el constante trabajo que desde las asociaciones memorialistas realizamos, en pos de la verdad, la justicia y la reparación que aun hoy se les debe a las víctimas del franquismo. Con la exposición de estas fotografías generacionales queremos transmitir el mensaje de que los familiares hemos recogido el testigo de los nuestros, para que sus historias no caigan en el olvido. Esta exposición tiene carácter itinerante, por lo que se expondrá en distintos lugares a lo largo de 2016. La fotografía, la imagen, ha tenido una impor-

tancia vital en todo lo relacionado con la Recuperación de la Memoria Histórica y el movimiento memorialista desde su nacimiento «oficial» en el año 2000. La visualización de los huesos de los «nuestros» en los procesos exhumatorios de las fosas comunes, junto a los propios rostros de esas víctimas que por primera vez salían del interior de nuestras casas, ha roto, de hecho, los silencios de miles de ciudadanos y ciudadanas, más allá del ámbito familiar y local. La exposición consta de un total de 38 fotografías de 50 x 70 cm sobre soporte de cartón pluma. Así mismo, esta serie de fotografías se acompañan de un vídeo con testimonios de los familiares, que se proyecta de forma conjunta a la exposición y que se puede ver a través de internet, ya que la asociación lo subió a las redes una vez que la exposición fue inaugurada en Sevilla, el 25 de abril de 2016.

Valoración de la exposición

Las reivindicaciones de los colectivos memorialistas son a día de hoy sobradamente conocidas por la sociedad española. Hemos logrado romper el silencio familiar y llevar a las calles, a las plazas, nuestras peticiones. A pesar de las mentiras que hemos oído sobre el movimiento memorialista (nos acordamos de sacar a nuestro padre de la fosa cuando hay dinero, queremos levantar viejos odios y rencillas pasadas, pretendemos ganar la guerra civil después de haberla perdido), de la ausencia de políticas públicas de Memoria Histórica en las instituciones (aunque se está avanzando algo en determinadas comunidades autónomas), del incumplimiento sistemático de la Ley de Memoria Histórica por parte de los sucesivos gobiernos y administraciones, de las agresiones sufridas, de los insultos soportados, de la negación del pan y del agua, a pesar de todo, seguimos adelante.

En el año 2015, la asociación «Nuestra

Memoria» se planteó la posibilidad de conmemorar los 80 años del inicio de la guerra civil en el Estado español. Pretendíamos unir dos ideas fundamentales: denunciar el estado de impunidad en el que se encuentran las víctimas de desapariciones forzadas después de transcurridos esos 80 años y proclamar públicamente que los familiares no las olvidamos. Nuestro compromiso con la memoria de nuestros familiares y conciudadanos es un ejercicio de amor hacia ellos, las víctimas, y un deber con la sociedad civil. Y se nos ocurrió realizar una foto donde la vieja fotografía de la persona desaparecida, (amorosamente guardada por la familia) estuviera sostenida por los descendientes del desaparecido. Con una premisa: estos familiares debían militar en las filas del movimiento memorialista. Y se nos ocurrió hacer esa foto a 38 familias. Y se nos ocurrió ofrecer a un colectivo de fotógrafos este proyecto, para que colaboraran de forma altruista con él. Y el fruto de esta idea ha cuajado en la exposición «El ADN de la Memoria: fosas del franquismo semillas de memoria», exposición que va y viene de un lugar a otro. Desde la inauguración hasta hoy, son numerosos los colectivos, asociaciones de memoria histórica, ayuntamientos, etc. que han solicitado a nuestra asociación que la exposición acompañe jornadas y encuentros de memoria histórica. A día de hoy, contamos con una larga lista de peticiones.

Nos sentimos orgullosos de este trabajo. Muy orgullosos. Hemos sabido plasmar el sufrimiento por la desaparición de un ser querido y también la dignidad de la lucha por su memoria, encarnado en los familiares que posan en las fotos. Aquellos que hemos tomado el relevo. En algunas aparecen, a pesar de la avanzada edad de muchos, los hijos de las personas que un día desaparecieron de sus hogares y que después de 80 años, aun no se sabe qué pasó con ellos. Los arropan en el dolor y el orgullo, los nietos,

los bisnietos y en algunas fotos, los tataranietos. Unos sonríen al fotógrafo; otros lloran de emoción. Muchos se abrazan alrededor de la foto de su familiar. En algunas no aparece la foto del desaparecido, porque ni ese recuerdo le queda a la familia. En otras aparecen 17 personas de una misma familia, en bloque, unidos en el reclamo de la figura familiar. Muchas han sido tomadas en el lugar donde fueron asesinados las personas desaparecidas o donde se suponen reposan sus restos: fosas comunes, paredones, campos, parques, lugares de memoria que no debemos olvidar.

Nuestro corazón siente un especial agradecimiento al colectivo de fotógrafos que, de forma desinteresada, han colaborado en este proyecto, así como al documentalista que ha elaborado el video. Para algunos de nosotros forma parte ya de nuestra familia. Porque para realizar la fotografía ha sido necesario que bucearan en nuestras historias, en nuestras vidas. Alrededor de una mesa, les hemos contado nuestros recuerdos, les hemos enseñado la foto familiar, les hemos presentado a nuestros padres y madres, abuelos y abuelas, a nuestros hijos. Han escuchado con respeto el porqué de nuestro dolor y el sentido de nuestra lucha. Y con esos trozos de nuestras vidas en sus retinas, emocionados, han sabido captar lo más profundo de nosotros. Han sabido plasmar en una foto de 50 por 70 el amor, el orgullo, la dignidad, el dolor, el desafío, la fuerza, la ternura, la constancia y como no, la alegría de cada una de las 38 familias. La alegría de seguir vivos, juntos, rodeados del recuerdo de nuestros familiares y conciudadanos y dispuestos a seguir batallando.

Porque estamos convencidos de que esta batalla, la de la memoria y la dignidad, la ganaremos.

Salú!

Ángeles Agulló de Guillerna. Una luchadora comunista asesinada por sus camaradas

Carlos Fernández Rodríguez
Doctor en Historia Contemporánea

Ángeles Agulló de Guillerna nació en Madrid en 1911. Sus padres, Luis Agulló y Ángeles de Guillerna, inculcaron a sus cinco hijos (Ángeles, Carlota, Luis, Luz y Gonzalo) una educación humanista y laica. Su padre, ingeniero industrial, no quiso que sus hijos fueran a colegios católicos, por ello iban profesores particulares a su casa para enseñarles. Angelines (así la llamaban en casa) era una mujer muy seria y disciplinada. Empezó a estudiar la carrera de Farmacia, pero debido a la muerte de su padre, unos días antes de la proclamación de la II República tuvo que dejar de estudiar en la Universidad.

Aprobó unas oposiciones al Cuerpo General de la Administración de la Hacienda Pública siendo destinada a Ciudad Real. Aquí se empezó a relacionar con personas más izquierdistas e ingresó en el Comité Provincial del PCE de Ciudad Real. Cuando empezó la guerra fue miembro en representación del PCE del Ayuntamiento de la ciudad manchega y secretaria femenina de dicho Comité Provincial. Durante la guerra civil participó en mítines y actos de propaganda para la organización comunista. En sus visitas a su familia en Madrid, coincidió con la dirigente comunista Matilde Landa en labores de ayuda y asistencia a favor de los republicanos necesitados.

Con el golpe de Casado, Ángeles Agulló



Ángeles Agulló de Guillerna (Foto facilitada por el autor).

participó desde el interior de la sede del PCE en Ciudad Real en el combate contra las fuerzas casadistas pero fue detenida y encarcelada por las nuevas autoridades franquistas. El 24 de julio de 1939 se celebró el consejo de guerra. En el proceso judicial, varios de sus compañeros de la Delegación de Hacienda (Antonio de la Encina

Meléndez y Vicenta Maderuelo del Rincón), declararon que Agulló salvó a varias personas de derechas y que nunca se aprovechó de los víveres almacenados por su partido en el Ayuntamiento. La acusación del fiscal militar franquista decía: «Con un fanatismo marxista rabiosamente bolchevique, con un cargo de oposición con el Ministerio, dejando su puesto en el Ayuntamiento y dedicándose a la propaganda. Fue detenida en el interior del domicilio del PCE al ser rendido, parece que confeccionó sacos para las barricadas levantadas dentro del edificio, parece que también lanzó una bomba de mano desde su puesto de trabajo hacia las fuerzas rojas gubernamentales de Casado pudiendo provocar la muerte a varios soldados y heridas, aunque no está comprobado. Incansable charlista en actos públicos, haciendo gala del peor revolucionarismo más encarnizado, lo dice el gobernador civil de Ciudad Real y el comisario jefe de Investigación». Angelines se defendió desmintiendo las acusaciones e imputaciones sobre su persona. Manifestó que tuvo cargos en el PCE a partir de 1938, que intervino en mítines relámpago, pero que no ayudó a hacer ninguna bomba ni sacos porque estuvo en los sótanos del Ayuntamiento. A pesar de ello la condena impuesta fue de treinta años, conmutada por una de veinte.^[1]

La primera cárcel donde estuvo fue en la prisión de Ventas (Madrid). En octubre de 1939 fue trasladada a la prisión de Amorebieta (Vizcaya) y luego a la de Palma de Mallorca. Aquí se reencontró con Matilde Landa, que junto a Isabel López de Andrés, Adoración Agustí García, Francisca Juanito Salas y otras presas formaron parte de la dirección clandestina del PCE. El director de esta prisión quiso que todas ellas fueran

trasladadas a una cárcel de Canarias debido a sus trabajos clandestinos y por su ideología. Angelines sufrió unos episodios epistolares similares a los vividos por Matilde Landa para que se convirtiera al catolicismo por parte de las mujeres de Acción Católica pero sin conseguirlo.^[2]

El 28 de agosto de 1940, Ángeles Agulló fue sancionada con la pérdida de su puesto de trabajo como personal del Ministerio de Hacienda por su participación en la guerra civil.^[3] A finales de 1943 salió en libertad y regresó a Madrid contactando con el aparato clandestino del PCE. Su casa fue utilizada como estafeta de correspondencia clandestina del Comité Provincial del PCE de Madrid y como lugar de reunión de dirigentes comunistas con el consentimiento de su familia.^[4]

La siguiente labor de Ángeles Agulló, *Teresita* (apodo que usó en la clandestinidad), en la reorganización del PCE clandestino fue la de ser enlace de la nueva dirección del Comité Central del PCE llegada de Francia y dirigida por Jesús Monzón, Gabriel León Trilla, Asensio Arriolabengoa y Pilar Soler. Entre las primeras misiones que tuvo que realizar fue contactar con una de las responsables del aparato clandesti-

2.- David Ginard i Ferón: *Matilde Landa. De la Institución Libre de Enseñanza a las prisiones franquistas*, Madrid, Ediciones Flor del Viento, 2005, pp.162-200.

3.- Ministerio de Economía y Hacienda, «Personal del Ministerio de Hacienda sancionado como resultado de su participación en la guerra civil», Archivo General del Ministerio de Economía y Hacienda, www.meh.es/es-ES/Publicaciones/.../Sanciones%20Guerra%20Civil.doc. (Consulta: agosto de 2015).

4.- La hermana de Ángeles, Luz Agulló fue detenida por recoger boletines ingleses en la embajada inglesa, junto a otras mujeres y hombres. Estuvo varios días en la Dirección General de Seguridad hasta que su madre acudió a dicha embajada para pedir ayuda y fue puesta en libertad. Luz trabajó para el servicio de propaganda y publicaciones de la propia embajada durante más de veinticinco años. Entrevista a Luz Agulló de Guillerna, 30 de junio de 2007.

1.- Ministerio de Defensa. Causa judicial nº 3.962, Archivo General e Histórico de Defensa de Madrid.



Ángeles Agulló en la cárcel de mujeres de Palma de Mallorca en septiembre de 1941. Aparece en la segunda fila y situada la segunda por la derecha. (Foto facilitada por David Ginard).

no del Comité Provincial de Madrid, Mercedes Gómez Otero *Merche*. Esta antigua compañera suya le comentó que no se fiaba de los que habían llegado de Francia y que si había detenciones tras la cita, ella sería responsable, ya que se habían producido muchas caídas. *Teresita* preparó la cita entre Mercedes Gómez y Pilar Soler, las cuales hablaron en varias entrevistas sobre la situación clandestina del PCE en Madrid y las diferentes políticas y reorganizaciones del partido tras la caída de Heriberto Quiñones.

La Delegación Nacional del PCE en España creó una comisión militar en Madrid liderada por el comunista vasco Celestino Uriarte Bedia, siendo ayudado por José Carretero Sanz. La comisión de propaganda estaba comandada por Gabriel León Trilla, ayudado por José María Manzanares López. Carretero estuvo haciendo labores de reorganización antes de formarse la comisión militar y pidió a Ángeles Agulló que reclu-

tara a algunas mujeres para que le ayudaran en labores de estafeta y como enlaces de la organización. Agulló habló con Mercedes Gómez para que contactara con Carretero y establecieran una serie de estafetas. *Merche* llevó algunos paquetes para Gabriel León Trilla, entregándoselos a las colaboradoras más cercanas a Trilla, Dolores Freixa y Esperanza Serrano. Agulló también ayudaba a Trilla en labores de propaganda. Éste era el encargado de escribir los artículos, Esperanza Serrano los pasaba a máquina y Dolores Freixa y nuestra protagonista se los entregaban a José María Manzanares para que los confeccionara con la ayuda de otro comunista, llamado Pedro Úbeda en la embajada de EE.UU. El primer número del periódico *Reconquista de España* salió en marzo de 1944 de la imprenta de la embajada, utilizando cuatro máquinas multico-pistas eléctricas. La tirada se realizaba en una hora y la propaganda se sacaba en pequeñas cantidades, ocultándola debajo del

abrigo de los dos comunistas.^[5]

En la secretaría político militar, Celestino Uriarte no tenía ningún servicio de información disponible, por ello solicitó a la Delegación Nacional más colaboradores, ya que consideraba que la guerrilla urbana madrileña tenía que tener un mayor número de guerrilleros. Con estos se multiplicarían las acciones a desarrollar y tendrían una mayor importancia en la lucha antifranquista. La única colaboradora que tenía Uriarte era Ángeles Agulló y con posterioridad Isabel López de Andrés, *Muñeco* o *Luz*. Esta comunista perteneció a la JSU durante la guerra civil, siendo también secretaria en la Subsecretaría de Armamento y Municiones. Al terminar la guerra fue detenida y condenada a treinta años, pasando por las cárceles de Claudio Coello en Madrid, Palma de Mallorca (donde coincidió con Agulló) y Saturrarán (Guipúzcoa). Isabel López salió en libertad condicional el 16 de abril de 1944 y fijó su residencia en Barcelona. *Muñeco* se puso a colaborar con el PSUC en el aparato de enlace y equipo de pasos dirigido por José Valero, *Valentín*, hasta que Agustín Zorúa le indicó que se fuera a la capital de España para colaborar con Uriarte, Agulló y los guerrilleros madrileños y más adelante con el propio Zorúa.

Ángeles Agulló siguió con su trabajo de enlace con Agustín Zorúa (a veces se hacía pasar por su mujer en la clandestinidad y utilizaba su casa para reuniones entre Zorúa, Monzón y Pere Canals)^[6] y Celestino Uriarte y colaboró en la preparación de un grupo de mujeres comunistas que montaron el aparato del servicio de información de la guerrilla urbana de José Vitini, en él estaban, entre otras, Mercedes Gómez Ote-

ro, Isabel López, Concepción Fera y Paz Azzati, hermanastra de Pilar Soler. Agulló también entregó a Celestino Uriarte la dirección de unos parientes de Pilar Soler en Valencia, ya que el dirigente comunista se fue de Madrid a tierras levantinas para colaborar con el Comité Regional del PCE en Levante. La dirección del PCE, con Zorúa a la cabeza, decidió que Ángeles se marchara a Barcelona para ayudar en algunos asuntos de la Delegación del PCE en la Ciudad Condal y por estar muy quemada en Madrid al haber colaborado con el equipo de Monzón y Trilla y con Celestino Uriarte y Agustín Zorúa.^[7]

Con la llegada de los dirigentes comunistas enviados por Santiago Carrillo para desplazar en la dirección clandestina al equipo de Jesús Monzón, Gabriel León Trilla y Pilar Soler, obligaron a éstos a viajar a Francia para dar explicaciones ante Carrillo de su trabajo durante la clandestinidad en Madrid. El viaje consistiría en llegar a Barcelona y desde aquí pasar la frontera pirenaica hasta el país galo. El viaje a Barcelona lo hicieron Monzón, Pilar Soler y la comunista Isabel López *Muñeco* (Trilla se negó suponiendo que el viaje supondría su muerte), llevando una dirección que les facilitó Ángeles Agulló para contactar con militantes del PSUC. Monzón y Soler se alojaron en la casa de los padres de un dirigente comunista catalán, Jaime Sierra Riera, en la calle Pablo Feu, en el barrio de Vallvidrera. Aquí Monzón, aquejado de unas dolencias que le causaban una elevada fiebre fue detenido por la policía franquista. Pilar Soler pudo escapar y llegó a Francia donde estuvo retenida en Toulouse por Carrillo y otros dirigentes durante varios meses para obtener una confesión de la mala gestión de Monzón en España al frente del aparato

5.- Ministerio de Defensa. Causa judicial nº 131.397, Archivo General e Histórico de Defensa de Madrid.

6.- Partido Comunista de España, Documentos PCE Anexos, Jacques 55-63, Informe de «Julio» (Canals), noviembre de 1945.

7.- Partido Comunista de España, «Informe sobre Mercedes Gómez Otero», Informe sobre Camaradas, Jacques 843, AHCCPE.

clandestino, que fue utilizado por Carrillo para iniciar una cruzada contra Monzón acusándole de chivato, colaboracionista y traidor al PCE.

Un caso peculiar fue el intento de tres comunistas españoles (Arturo Cabo Marín, José Valls y Miguel Valladares) procedentes de la URSS para la instalación de una radio en Madrid. Fueron conocidos como los *Músicos*. Valladares fue detenido en Francia y los otros dos comunistas llegaron a la capital de España a finales de 1944. Contactaron con la organización comunista clandestina para indicarles la pretensión de poner en marcha una emisora de radio que podría comunicar con la Delegación del PCE en Moscú. La Delegación clandestina del PCE en Madrid les facilitó dinero para comprar material técnico y Ángeles Agulló fue la enlace entre los *Músicos* y la dirección comunista. Cabo y Valls entregaban a Agulló los partes de radio Moscú, siendo el único trabajo que desarrollaron, ya que el contacto que aseguraron poder conseguir con la capital moscovita no lo lograron.

Gabriel León Trilla fue uno de los dirigentes más activos y sacrificados de la dirección monzonista. Ante la negativa de Trilla a ir a Francia, su persona estaba sentenciada de cara a sus antiguos camaradas de partido. El estalinismo más sectario hacía acto de presencia con la idea de purgar y liquidar todo aquello que fuera sospechoso de herejía y traición. Trilla se escondió en diversas casas de amigos en Madrid por miedo, no tanto a ser detenido por la policía represiva franquista, sino temeroso por su propia vida. El dirigente comunista Agustín Zorúa envió un informe a Santiago Carrillo en el que aseguraba que el «hombre orquesta» (refiriéndose a Trilla), aparte de ser un provocador por sus métodos de trabajo, sería bueno matarlo para evitar la caída de

otros camaradas.^[8] La orden de ejecución fue dada desde Francia por Santiago Carrillo. Ya se lo había dicho a Agustín Zorúa, en el viaje que éste había realizado a Francia. La orden fue dada por Antonio Núñez Balsera en Madrid a la guerrilla urbana madrileña liderada en ese momento por Cristino García Granda.^[9]

A finales de agosto de 1945, la nueva dirección del PCE en Madrid localizó a Trilla. Se creía que la persona que había localizado al dirigente vallisoletano y que luego lo llevó al lugar donde lo ejecutarían había sido su secretaria personal, Esperanza Serrano, pero no fue así. La persona responsable de facilitar esos actos fue Ángeles Agulló. Ésta había estado en Barcelona por temas de la Delegación del PCE y Agustín Zorúa le indicó que regresara a Madrid. *Rubia*, como también era conocida Agulló, intentó quedar con Gabriel León el día 5 de septiembre en un bar de la calle Ferraz pero el dirigente comunista no acudió. Todo se preparó para el día siguiente, siendo la cita en la salida del metro de Altamirano. Los dos camaradas se fueron andando de noche hasta la calle Diagonal, donde les estaban esperando los dos guerrilleros que le iban a liquidar (José Olmedo González y Francisco Esteban Carranque). Agulló dijo a Trilla que había quedado con otro compañero. En el momento en el que ella se iba fue apro-

8.- Partido Comunista de España, Carta de Darío a Santiago, mayo de 1945, Informe sobre camaradas, Jacques 33, AHCCPCE.

9.- Antonio Núñez Balsera dijo que le comunicaron la orden de matar a Gabriel León Trilla desde Francia. En esa orden le dijeron que había que prescindir de todos los colaboradores de la dirección monzonista. Enrique Lister narra cómo el propio Antonio Núñez, en 1971, le confesó que la orden de matar a Gabriel León fue dada por Santiago Carrillo y Dolores Ibárruri y no de Cristino, que se negó a ejecutarlo personalmente, diciendo que él era un revolucionario y no un asesino. Partido Comunista de España, «Llegada de Núñez a Madrid», 14 de febrero de 1985, Informe sobre camaradas, AHCCPCE y Enrique Lister: *Así destruyó Carrillo el PCE*, Barcelona, Planeta, 1983.

vechado por los dos guerrilleros para encañonar a Gabriel León y llevarlo hasta al campo de las Calaveras, al lado del antiguo cementerio despoblado cercano a la calle Abascal. Trilla en un primer momento creyó que era un robo, por eso sacó su cartera, pero al ver que lo encañonaban gritó que lo iban a matar. Para no hacer ruido, aparte de las pistolas, Olmedo llevaba un cuchillo de frutero de grandes dimensiones con el que le dio varias puñaladas cerca del corazón. Los dos guerrilleros salieron corriendo campo a través por el hospital Clínico hasta Moncloa. Al día siguiente Carranque comunicó a Cristino García que habían liquidado al delator.^[10] Trilla fue auxiliado por dos personas que lo llevaron en coche a la Casa de Socorro del Distrito de Universidad y al ver la gravedad de las heridas lo trasladaron en ambulancia al Hospital Provincial, donde murió unas horas después.^[11]

Sin embargo, el asesinato de Gabriel León Trilla no fue el único llevado a cabo por la guerrilla urbana de Madrid. Otro dirigente colaborador de Monzón en la Junta Suprema de Unión Nacional, que utilizaba el nombre de Alberto Pérez Ayala, siendo más conocido como César (su verdadero nombre era Fidel, durante la guerra estuvo en el SIM republicano y tras la finalización del conflicto pasó a Francia donde estuvo en los comités del PCE de Unión Nacional en Carcassonne y Aude y pasó clandestinamente a España donde trabajó como colaborador de Trilla), también fue asesinado. El 15

de octubre Ángeles Agulló fue la encargada de llevar a César ante los tres guerrilleros que iban a ajusticiarlo (Gonzalo González, Eduardo González Silván y Francisco Esteban Carranque). Agulló había trabajado en la secretaría de agitación y propaganda con César y el día convenido le llevó hasta la calle Cea Bermúdez, donde los guerrilleros le dispararon varias veces. Fue trasladado al Hospital Provincial donde murió el 20 de octubre.^[12]

La postura de Santiago Carrillo y sus camaradas dirigentes fue la de intentar justificar las acciones cometidas contra los provocadores. Para Carrillo, Monzón y Trilla contribuyeron a desarrollar una corriente de pasividad en la organización comunista española. En un editorial de la revista *Nuestra Bandera* de junio de 1948, Carrillo los calificaba como aventureros, traidores, herejes, agentes policiales y resentidos. Carrillo no se responsabilizó nunca de ninguna «caza de brujas» ni de ningún asesinato cometido. En un momento de exacerbada provocación y psicosis generalizada con el estalinismo extendido, todo estaba imbuido de sospecha en el seno interno de los partidos comunistas. Las penas impuestas iban desde la separación y expulsión del partido, hasta los asesinatos como pasó con Trilla. Carrillo indicó que la culpa de su muerte fue del mismo Comité del PCE de Madrid que, según él, junto con la guerrilla urbana, decidió acabar con la vida de sus camaradas.^[13]

Agustín Zorúa comunicó a Dolores Ibá-

10.- José Olmedo fue detenido años después. Estando en la cárcel de Ocaña confesó a algunos de sus camaradas su arrepentimiento por haber matado a Trilla. Olmedo indicó que había cumplido órdenes de sus superiores de la guerrilla, sabiendo con posterioridad que había cometido una injusticia. Entrevista a Timoteo Ruiz, 28 de septiembre de 2006.

11.- Ministerio de Defensa, Causa judicial nº 133.364. Archivo General e Histórico de Defensa de Madrid y Partido Comunista de España, Documentos PCE Anexos, Continuación de Jacques 67.

12.- Carlos Fernández Rodríguez: «Guerrilla urbana madrileña, Cristino García Grandá», I *Congreso sobre la historia del PCE (1920-1977)*, Oviedo, 6, 7 y 8 de mayo de 2004, FIM.

13.- Partido Comunista de España, «Informe de Santiago sobre la situación y actividad del partido en el interior de 1952», «Informe de Zorúa», Informe sobre camaradas, Jacques 119-125, AHCCPCE. Santiago Carrillo: *Memorias*, Barcelona, Planeta, 1993, pp. 414-415 y Entrevista a Santiago Carrillo, 24 de marzo de 2001.

rruri y Santiago Carrillo la buena conducta de Ángeles Agulló en el asesinato de Trilla y que estaba descontenta con la política y la vida privada llevada a cabo por Monzón. En palabras textuales de Zoroa: «de su garantía no hay duda. [...], ya que contra ella no había nada», «Teresita bien, ha sido mal utilizada».^[14] En otros informes de dirigentes comunistas clandestinos afirmaron como Agulló facilitó detalles de la vida privada de Monzón desde un punto de vista crítico. Un ejemplo de ello fue que Monzón y Pilar Soler frecuentaban el restaurante *La Criolla*, lugar asiduo por mandatarios falangistas madrileños. Otra muestra de esa crítica fue que en una ocasión Monzón le compró un abrigo de pieles a Ángeles Agulló a pesar de su negativa y que invitó varias veces a Pilar Soler y a Agulló al cine y a bombones, gastándose más de cien pesetas, cuando el presupuesto en el trabajo diario del partido llevado a cabo por ellos tres era de treinta y cinco pesetas.^[15]

Por esta labor y fidelidad a la organización comunista, estuvieron a punto de darle cargos de responsabilidad que no habían sido ocupados con anterioridad por ninguna mujer en la lucha clandestina del país. Zoroa pensó en enviarla a Andalucía para hacerse cargo del Comité Regional andaluz o también que fuera la secretaria de organización del Comité Regional de Levante. Sin embargo, con la caída de la dirección de Sebastián Zapirain y Santiago Álvarez y ante la falta de cuadros y militantes, Zoroa no quiso prescindir de Agulló, ya que había tenido un papel destacado en el Comité Re-

gional del Centro, no sólo por su labor de enlace, sino por su gran conocimiento en el trabajo de casi todas sus secretarías y de sus camaradas. No obstante, esto era contraproducente, ya que el hecho de que muchos militantes la conocieran suponía un peligro al estar quemada y podría suponer su detención. A pesar de ello y tras haber estado reponiéndose de una operación de apendicitis, Agulló se fue a Andalucía durante un tiempo.^[16]

Sin embargo, al poco tiempo la situación dio un giro inesperado. Aquella mujer que había colaborado en la muerte de sus camaradas, iba a sufrir la misma pena. De participante en una purga a ser purgada. Zoroa tras volver de Francia, llevaba la orden de eliminar a Ángeles Agulló. El motivo era su gran conocimiento de lo que había sucedido en el PCE clandestino durante casi dos años y por la involucración de algunos dirigentes en los hechos narrados con anterioridad. El plan de su asesinato fue organizado por Agustín Zoroa quien envió a Ángeles a Valencia. La Agrupación Guerrillera de Levante ordenó a un guerrillero asesinarla el 27 de marzo de 1946, yendo el propio Zoroa a supervisar su asesinato, e incluso habló con el guerrillero que la mató. La prueba de este asesinato está confirmada por partida doble. Por un lado, Agustín Zoroa escribió una carta a Dolores Ibárruri y a Santiago Carrillo narrando lo acontecido: «[...] como yo no estaba muy tranquilo de que las cosas salieran bien, cogí directamente a los guerrilleros que debían hacerlo, busqué el sitio donde había que hacerlo y casi me falta hacerlo a mí. [...] Últimamente con el caso de Teresita ocurrió lo mismo, yo la llevé a Valencia, busqué el sitio y además me puse a vivir en la casa del que lo hizo, con el que- dé citado media hora después de la cosa».

14.- Partido Comunista de España, Documentos PCE, Ane-
xos, Jacques, 32, Carta de Zoroa a Dolores y Santi, 12 de
octubre de 1945 y Jacques, 12, Carta de Darío a Santiago,
2 de marzo de 1945.

15.- Partido Comunista de España, Documentos PCE Ane-
xos, Jacques, 23, Notas de Santiago, 14 de noviembre de
1945 y Jacques, 55-63, Informe de «Julio» (Canals), no-
viembre de 1945.

16.- Partido Comunista de España, Documentos PCE Ane-
xos, Continuación de Jacques 67.

En otro fragmento de la carta decía: «Luego marché para Levante para cumplir la decisión en el caso de Teresita, fui el día 26 de marzo, el 27 estaba hecho y el 29 estaba en Madrid, creo que sin dejar rastro tras de mí, dadas las condiciones que se hizo la cosa. El día 5 de abril se constituía la nueva dirección de Madrid y me ponía con vuestra decisión al frente de ella».^[17] Por otro lado, Faustina Romeral Cervantes, la mujer que sustituyó a Ángeles Agulló en el cargo de «compañera sentimental» de Agustín Zoróa y que estuvo a su lado durante más de un año de lucha clandestina, me confirmó como Zoróa le contó la injusta muerte de Agulló a manos de sus camaradas, como la orden había partido de Francia y de qué manera Agustín Zoróa tuvo que llevarla a cabo en tierras levantinas. Incluso pasado un tiempo, el propio Zoróa indicó que ha-

bía cometido una injusticia contra Ángeles, ya que era una buena y comprometida camarada, pero que había tenido que cumplir órdenes.^[18]

En junio de 2007, el autor de este artículo se puso en contacto telefónicamente con la hermana de Ángeles Agulló, Luz. Ésta y su familia no sabían nada de ella desde hacía más de sesenta años, la habían dado por desaparecida. Desde su trabajo clandestino, Ángeles abandonó su casa por no comprometer a sus seres queridos y por su seguridad. Luz conoció la dura realidad tras la llamada de teléfono, sabiendo cómo y quiénes asesinaron a su hermana. Aquella comunista fiel y dogmática con los postulados de su partido, acabó sus días siendo purgada y víctima del estalinismo más ortodoxo y férreo.

17.- Partido Comunista de España, Documentos PCE Anexos, Jacques 119 a 125, Informe de Zoróa.

18.- Entrevista a Faustina Romeral, 28 de abril de 2005.

Entre la amnesia y el flagelo. Elucubraciones en torno a algunos de los episodios más traumáticos de la historia del PCE

Ramón García Piñeiro

Dr. en Historia Contemporánea por la Universidad de Oviedo

El pasado, como el cartero de James M. Cain, siempre llama a la puerta dos veces. Para darle una nueva vuelta de tuerca al aserto, Francisco Martínez López, un nonagenario militante comunista forjado en la resistencia armada antifranquista de la década de los cuarenta, emplaza al PCE a que «reconozca públicamente los repugnantes métodos que utilizó durante los años de la guerrilla antifranquista y rehabilite a las víctimas de las ejecuciones sumarias impuestas por la dirección del Partido»^[1].

En su conmovedor alegato Quico lamenta el menosprecio del que ha sido objeto cada vez que se ha dirigido al actual secretario general del PCE con la pretensión de que se restaure la dignidad y el buen nombre de dirigentes comunistas como el asturiano Víctor García Estanillo, asesinado entre enero y abril de 1948 en Silleda (Lugo) por su propia organización. Para salir al paso de quienes pretendan desvirtuar su reclamación alegando que es extemporánea, el veterano guerrillero sostiene que en enero de 1952, una vez exiliado en Francia,

ya exigió en vano a responsables del PCE cuya identidad no concreta que le fueran aclarados algunos de los hechos ahora denunciados. Tras este requerimiento inicial, admite que guardó silencio porque carecía de pruebas y porque en el marco de la dictadura franquista consideró contraproducente efectuar declaraciones que deslegitimaran la actividad opositora. Sin embargo, no termina de desvelar por qué razón, entre 1977 y la fecha de publicación de *Guerrilleros contra Franco*, no reclamó que entonaran públicamente la palinodia quienes tomaron las reprobables decisiones que condena, en aquel tiempo todavía al frente del PCE.

En puridad, a otros palos correspondería haber sostenido las velas de la rehabilitación que ahora Quico pretende agitar. Los trágicos episodios que evoca coincidieron con el ascenso de Santiago Carrillo a la cúspide de la pirámide organizativa del PCE, en la que asumió la máxima responsabilidad en la Comisión de Interior. Líster esgrimió un supuesto testimonio de Uribe para sostener que era el encargado de «asegurar las ejecuciones físicas» decididas por el Secretariado. En las distintas versiones de sus memorias, en su correspondencia y en sus manifestaciones públicas, Carrillo siempre

1.- Francisco Martínez-López (Quico), «Ese pasado que no tiene que caer en el olvido», *eldiario.es*, 10 de septiembre de 2016, (en línea: http://www.eldiario.es/cv/opinion/Carta-abierta-comunista-direccion-partido_6_556154385.html)

rehuyó pronunciarse sobre estas represalias o, cuando fue requerido de forma insoslayable, respondió con evasivas. Sistemáticamente rechazó que las órdenes de asesinato hubieran partido de la dirección exiliada y descargó toda responsabilidad en los dirigentes del interior o en los equipos de pasos. Para proceder con tanta contundencia, no precisaban de un mandato específico, ya que, según Carrillo, aplicaban una «ley no escrita de la clandestinidad», que les habilitaba para quitar de en medio, sin autorización previa, a quien comprometiera «la seguridad de los militantes clandestinos frente al terror del régimen».

Las precisiones realizadas no deben ser interpretadas como artificios retóricos de mal leguleyo para escamotear la gravedad de las prácticas políticas denunciadas por Quico. Estas tuvieron como escenario a una organización vertiginosamente precipitada desde una posición cimera bajo la República en guerra a un abismo sin salida en la posguerra. En esta etapa de sectarismo y glaciación ideológica, se retroalimentó el repliegue y aislamiento político de la organización, lastrada por un «cordón sanitario», el sinuoso devenir del exilio comunista y el recurrente exterminio de las sucesivas reconstrucciones que se intentaron en el interior. En lo más hondo del precipicio, pese a la contundencia de la derrota, no se vislumbró otra tabla de salvación que remilitarizar y jerarquizar al Partido para prolongar el conflicto armado hasta alcanzar el quimérico objetivo de voltear la correlación de fuerzas. Para ello, durante la década de los cuarenta se estimuló en sus filas un voluntarismo irracional, un discurso dogmático de una realidad impostada y la sacralización hasta el paroxismo de los principios de la disciplina y la obediencia, convertidos en los rasgos distintivos de la nueva cultura militante.

Hasta principios de los cincuenta estu-

vieron vigentes las coordenadas éticas de los tiempos de guerra, en las que se menosprecia la vida de quien no comulgue con las ruedas del molino, ya sea adversario, ya procede de las propias filas. En el maniqueo contexto de la Guerra Fría, con referencias paradigmáticas en el *modus operandi* tan aleccionadoras como las purgas estalinistas, y con un telón de fondo recurrentemente salpicado por la sangre de los activistas martirizados en el interior, el principio de la vigilancia revolucionaria y el temor a la infiltración policial franquista, no siempre sin justificación, adquirieron dimensiones rayanos en la paranoia. Plan-teado el pulso en términos tan drásticos, desde la dirección del PCE no se tuvo reparos en subordinar las circunstancias particulares del militante al interés supremo del Partido, del que se erigieron en sus únicos y legitimados intérpretes, y en disponer de la vida de quienes entorpecieran la consecución de sus objetivos. Fueron tiempos en los que dos principios rectores ocuparon el frontispicio de la organización política: «el Partido se fortalece depurándose» y «es mejor equivocarse con el Partido que acertar contra él».

Fue en esta excepcional coyuntura cuando las divergencias tácticas, las discrepancias políticas o las luchas por el control de la organización se estigmatizaron como *ismos* heréticos («quiñonismo», «monzonismo», «ladredismo», «hernandismo», «comore-rismo» o, por mimesis, «titismo»), cuyos cultivadores primero fueron motejados de ególatras, ambiciosos, arribistas, aventureros, oportunistas, liquidacionistas e, incluso, degenerados, para finalmente ponerlos en el disparadero al insinuar que eran provocadores o chivatos, cuando no convictos confidentes policiales o agentes al servicio del espionaje de Falange, del inglés o del norteamericano. Así se templó el acero y se cargaron las balas que segaron la vida

de militantes como Víctor García Estanillo, Pere Canals i Cambrissas, Gabriel León Trilla, Teófilo Fernández Canal, Llibert Estartús Vilas, Enrique Cantos (Alberto Pérez de Ayala) o, en otras circunstancias, Ángeles Agulló de Guillerma y Rosa Padilla Pulido; y así se urdió la trama que favoreció la captura y ulterior ejecución por el aparato represivo franquista de otros reos del mismo delito de soberbia y lesa disciplina, como Heriberto Quiñones, Baldomero Fernández Ladreda, Mateo Obra, Luis Evaristo González, Manuel Álvarez Arias o Doroteo Ibáñez Alconchel.

A la práctica del tiro en la nuca se recurrió con mayor asiduidad para poner coto a la disidencia, la indisciplina, la desertión o la traición entre los protagonistas de la resistencia armada, donde se observaron con mayor rigidez los códigos de conducta castrense heredados de la Guerra Civil. Se aplicó tan expeditiva medida, en particular, en dos contextos: durante el proceso de formación de las agrupaciones guerrilleras, entre 1944 y 1946, y a partir de 1948, cuando se reasignaron nuevos cometidos a los guerrilleros en virtud del cambio de rumbo acordado por la dirección exiliada. Bajo la acusación de sabotear las actividades de los enviados por el Buró, de boicotear el proceso de remilitarización de las partidas de huidos impuesto por el PCE, de excluir las acciones de tipo político o de optar por conductas etiquetadas de bandoleriles fueron pasados por las armas resistentes armados como Evaristo Cruz, José López, Miguel Cardañas Lozano, Francisco Corredor Serrano, Francisco Bas Agudo o Peregrín Pérez Galarza. Otros, como Pascual Gimeno Rufino, Juan Ramón Delicado González, Valentín Pérez o Luis Montero Álvarez, fueron condenados a la pena capital por haber salido indemnes, pese a sus antecedentes, de una detención, lo que siempre se interpretó como que se habían puesto a disposi-

ción del aparato policial franquista. Resulta aleccionador al respecto evocar cómo fue el preámbulo del interrogatorio al que fue sometido Sebastián Piera Llovera: uno de los torturadores le recordó que estaba en sus manos «hacer que te liquiden los tuyos». Muertes como las de Manuel Díaz del Valle, Redención Querol y su compañero, Miguel Montaner Escalas, que era guía del aparato de pasos, se insertan en el turbio contexto de la ilegalización del PCE en Francia, bajo una siniestra encrucijada en la que confluyen los servicios secretos españoles, franceses y soviéticos.

En su alegato, además de rememorar en términos emotivos algunos de los citados casos y demandar que sean vivificados en nuestra memoria con el honor y la dignidad que se merecen, Quico ilumina este oscuro pasado con un enfoque original, en sintonía con una determinada corriente historiográfica. Frente a la explicación más tópica de estas muertes, ofrece una perspectiva antropológica del conflicto cultural que, a su entender, subyace y contextualiza la pugna saldada con la liquidación de los activistas. Choques de identidades, diversidad de experiencias previas, concepciones de la protesta contradictorias e imaginarios colectivos antagónicos se esgrimen para explicar un conflicto surgido, a su entender, «cuando se nos trataba de imponer con la máxima violencia una cultura militarista totalmente contraria a la cultura de resistencia que nos unía desde 1936 a los campesinos, mineros, vecinos, familiares y amigos que formaban la red de apoyo a nuestro movimiento guerrillero». Más adelante apostilla que los sicarios con sus acciones pretendían erradicar «una cultura de resistencia autóctona con fuerte anclaje social».

Con independencia de que atribuya mayor capacidad explicativa a las variables antropológicas que a las ideológicas, convendría que Quico concretara con mayor

precisión qué gestos o actos públicos lleva vanamente esperando de su partido desde hace 64 años. Si se da por satisfecho con una declaración genérica en la que, sin más precisiones, se condenen las ejecuciones o asesinatos «inaceptables» de militantes promovidos por la propia organización en los años de plomo, la Comisión Ejecutiva no debería esperar ni un segundo para atender tan justa demanda y darle la satisfacción que él y los familiares de los inmolados se merecen. Ahora bien, si el acto de contrición y catarsis que se pretende incluye la identificación y rehabilitación de todos los represaliados por la organización comunista, no conviene soslayar que algunas de las víctimas se pusieron al servicio del aparato policial franquista. Situados en aquel sórdido contexto, ¿nos parece probable que se recurriera a cualquier procedimiento para contener las dramáticas secuelas de cada redada y preservar la integridad de la militancia? Como ante este interrogante titubean nuestros principios éticos, incluso desde parámetros actuales, cabría acotar que la reparación demandada debería afectar a quienes hubieran sido eliminados en un contexto de depuración política, quedando excluidos los militantes que devinieron en delatores convictos o confesos. Este pertinente y prioritario deslinde no está exento de dificultades, ya que las fuentes de información disponibles no suelen ser concluyentes. Al propósito deliberado de muñidores y sicarios de no dejar rastro de su sevicia a la hora de perpetrar el crimen, se unió con frecuencia el mistificador empeño de revestir la disidencia, la desobediencia o la indisciplina con el ominoso ropaje de la traición.

No se debe descartar que, una vez verbalizado o escenificado públicamente el error cometido con los inmolados, habrá quien no se sienta satisfecho y demande que se destigmatice también a todos los abnegados

camaradas injustamente condenados a una mortificante *dammatio memoria* por haber exhibido públicamente sus discrepancias, por no sumarse al coro de los aduladores de la dirección de turno, por haber sobrevivido a un campo de exterminio, por rechazar algún cometido, por dar pruebas de debilidad durante un interrogatorio, por incurrir en algún desliz, por abandonar la lucha en el interior y exiliarse o por titubear ante las sagradas certezas que acriticamente debía asumir todo militante. Aunque las medidas adoptadas en estos casos no hubieran sido tan drásticas, la apertura de una vorágine revisionista de esta laya podría derivar en que se exigiera la rehabilitación de los degradados o expulsados, de los condenados al ostracismo, de los confinados en un remoto destino de cualquier país del este o de los enviados a España, «a la base del Partido», para que purgaran frente al enemigo los citados pecados. Puestos a no dejar títere con cabeza, se podría añadir como cargo que, al menos durante los años cuarenta, este castigo implicaba una quimérica misión que, casi siempre, se saldaba con el sacrificio estéril del activista, ya que la mayoría murió en el empeño. ¿Cabría también exigir algún tipo de responsabilidad o algún gesto de reconocimiento por estas muertes?

Ahora bien, el veterano guerrillero no puede ignorar que dirige su demanda a un partido en los antípodas, por praxis política y funcionamiento orgánico, del que perpetró los atropellos que enérgicamente condena. Desde los años cincuenta del siglo pasado en adelante, con sobresaltos y vaivenes, los procesos convergentes de desmilitarización y desestalinización del PCE discurrieron parejos al paulatino arraigo de los procedimientos y prácticas democráticas que caracterizan a la organización en la actualidad. Por ello, pese a la continuidad de siglas y símbolos, los dirigentes y militantes del presente se sienten tan concer-

nidos por los hechos denunciados como el descendiente que descubre un proceder poco edificante en la conducta de alguno de sus antepasados. La existencia de un vínculo consanguíneo, como la militancia política en una misma organización, establece un nexo, pero no obliga a compartir ni a responder por los actos cometidos por otros en circunstancias, como hemos visto, radicalmente distintas. No es descartable que la mayoría de la militancia desconozca los pormenores de los cargos que en el alegato de Quico se formulan o, en el caso de conocerlos, que considere compatible el compromiso político adquirido con no asumir en su integridad la trayectoria de la organización a la que se pertenece.

Del ominoso silencio no cabe extrapolar que exista el propósito deliberado de ocultar, por puro tacticismo político, las tropezas cometidas «para no hacer el juego al enemigo», como sostiene Quico. Ciertamente es que el PCE hasta ahora no se ha mortificado públicamente con el cilicio de su pasado más incómodo, pero tampoco ha salido a la palestra cada día reclamando que sea saldada la deuda que todos tenemos pendiente con sus inmolados por la dictadura franquista y quienes se sacrificaron en desigual pulso contra ella. Aquellas aguas del olvido no se remueven porque bajaron turbias, pero también por desidia, porque otras prioridades, como la subsistencia de la propia organización, absorben no pocas energías, y porque la amnesia histórica es un rasgo diferencial de nuestro debate político desde la transición democrática. La rehabilitación de Estanillo por el Comité Central del Partido Comunista de Galicia y el insólito gesto de su secretario general, Carlos Portomeñe Pérez, depositando el 2 de septiembre de 2009 un ramo de flores y

una bandera republicana ante su tumba en Moalde fue la golondrina solitaria que no hace verano.

Y aun sin escenificar públicamente un acto de contrición que proporcionaría una gratificante satisfacción a los familiares de los represaliados, no se deberían desdeñar las acciones promovidas por el PCE para, sin alharacas, rehabilitar a quienes fueron víctimas de sus prácticas estalinistas. Las dudas que Quico tuvo antaño hoy pueden ser certezas porque la organización comunista ha abierto las puertas de su archivo de forma irrestricta a todo aquel que quiera consultarlo. Desde su legalización en España ha promovido jornadas de estudio, debates y publicaciones, como un libro sobre la guerrilla antifranquista durante los años cuarenta, en los que no se ha vetado ningún contenido, por crítico que fuera con la trayectoria de la organización, siempre que fuera expuesto con fundamento y rigor. Con la misma amplitud de criterio y libertad intelectual, la Fundación de Investigaciones Marxistas ha promovido dos congresos sobre la historia del PCE en los que se pudieron analizar sin tapujos ni censuras las prácticas condenadas por Quico. De esta insólita expresión de transparencia, ausencia de censura y capacidad de autocrítica han venido haciendo gala hasta el presente las distintas publicaciones periódicas promovidos por la FIM, cuyas páginas no se han cerrado a quienes han querido transitar por los desagües más recónditos del Partido. Tal vez este proceder no colme los anhelos de los familiares de las víctimas o de quienes, como Quico, fueron protagonistas de aquellos trágicos episodios, pero satisface las expectativas de quienes estamos convencidos de que el conocimiento nos hará más libres.

AUTORES

Autores del Dossier:

Marco Di Maggio. Enseña Historia contemporánea en la «Sapienza» Università di Roma y colabora con la Fundación Gabriel Péri (París) y la Fundación Istituto Gramsci (Roma). Entre sus publicaciones se encuentran numerosos trabajos sobre el comunismo francés e italiano, entre ellas los libros *Alla ricerca della Terza Via al Socialismo. I Pci italiano e francese nella crisi del comunismo* (1964-1984), (Napoli, Edizione Scientifiche Italiane, 2014) y *Les intellectuels et la stratégie communiste. Une crise d'hégémonie* (1958-1981) (Paris, Editions Sociales, 2013).

Francisco Erice Sebares. Profesor de Historia Contemporánea en la Universidad de Oviedo y coordinador de la Sección de Historia de la FIM. Autor de publicaciones de temática diversa, incluyendo en los últimos años trabajos sobre la memoria colectiva, la historiografía marxista o el comunismo español. Cabe mencionar en este último apartado sus contribuciones al libro colectivo '*Nosotros los comunistas*'. *Memoria, identidad e historia social* (Madrid, FIM/Atrapasueños, 2009), o a los dossiers «Política de alianzas y estrategias unitarias en la historia del PCE» (en *Papeles de la FIM*, 24, 2ª época, 2006) y «La(s) vida(s) de Santiago Carrillo» (en *Historia del Presente*, 24, 2014).

Alexander Höbel. Investigador de Historia Contemporánea en la Università di Napoli «Federico II», especialista en la historia del movimiento obrero y colaborador de la Fundación Gramsci. Miembro de la redacción romana de la revista «Historia Magistra», y autor del libro *Il Pci di Luigi Longo (1964-1969)* (2010) e *Luigi Longo, una vita partigiana (1900-1945)* (2013). Ha editado los volúmenes: *Il Pci e il 1956. Scritti e documenti dal XX Congresso del Pcus ai fatti di Ungheria* (2006), *Novant'anni dopo Livorno. Il Pci nella storia d'Italia* (con Marco Albeltaro, 2014) y *Palmiro Togliatti e il comunismo del Novecento* (con Salvatore Tinè, 2016). Es responsable de la Escuela de formación política Gramsci-Togliatti y coordinador del grupo de trabajo por la nueva serie de «Marxismo Oggi» on-line.

Gerardo Leibner. Uruguayo, hijo de exiliados políticos durante la dictadura uruguaya, docente e investigador en el departamento de historia de la Universidad de Tel Aviv, especializado en historia de las prácticas políticas y el pensamiento político revolucionario en América Latina, activista en movimientos políticos y sociales judeo-palestinos y anti-colonialistas en Israel. Autor de los siguientes libros: *El mito del socialismo indígena en Mariátegui. Fuentes y contextos peruanos*; *Camaradas y compañeros. Una historia política y social de los comunistas del Uruguay* (2 tomos, 1941-1973) Es autor de numerosos artículos académicos y políticos en castellano, inglés y hebreo.

Roger Martelli. Es historiador especializado en la historia del comunismo y co-director de la revista *Regards*. Fue durante muchos años director de los *Cahiers d'Histoire* del Institut de Recherches Marxistes, es miembro de Espaces Marx y ha presidido la Fondation Copernic, círculo de reflexión crítico con el liberalismo. Autor, entre otros muchos trabajos, de *Le Choc du 20 Congrès du PCUS : textes et documents* (Paris, Éditions Sociales, 1982); *1956 communiste. Le glas d'une espérance* (Paris, La Dispute, 2006); y *L'empreinte communiste. PCF et société française, 1920-2010* (Paris, Éditions Sociales, 2010).

Josep Puigsech Farràs. Profesor del Departamento de Historia Moderna y Contemporánea de la Universitat Autònoma de Barcelona y Doctor en Historia por la misma universidad. Autor de *Falsa leyenda del Kremlin. El consulado y la URSS en la Guerra Civil Española* (2014); *Entre Franco y Stalin: el difícil itinerario de los comunistas en Cataluña, 1936–1949* (2009) y *Nosaltres, els comunistes catalans. El PSUC i la Internacional Comunista durant la Guerra Civil* (2001). Ha participado en diferentes obras colectivas, como por ejemplo *Nous Horitzons. L'optimisme de la voluntat. Revista teòrica i cultural del PSUC* (2011), y también ha publicado en revistas científicas nacionales e internacionales.

fundación de
investigaciones
marxistas



www.fim.org.es

